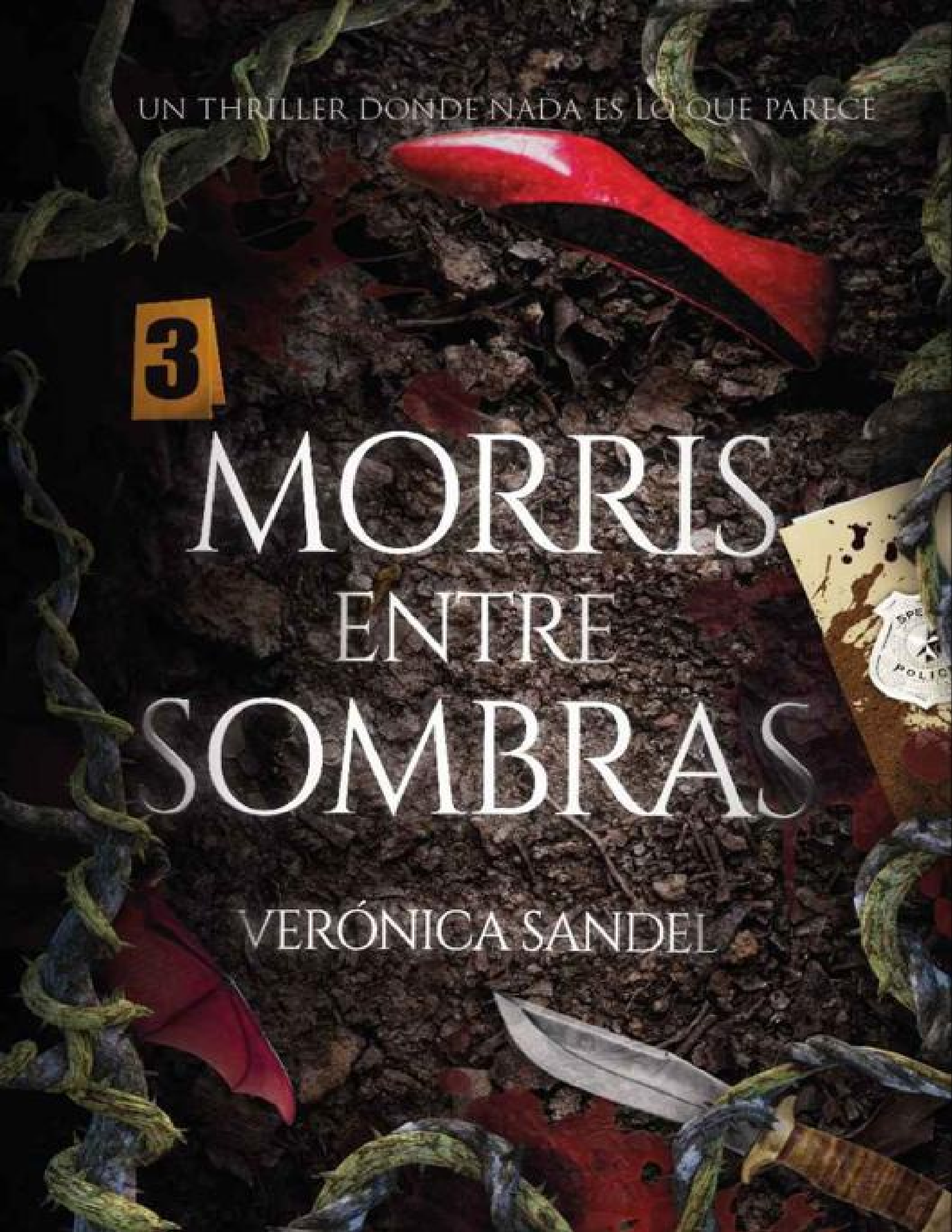
UN THRILLER DONDE NADA ES LO QUE PARECE

3

MORRIS ENTRE SOMBRAS

VERÓNICA SANDEL



MORRIS, ENTRE SOMBRAS

VERÓNICA SANDEL



Copyright © 2024 Verónica Sandel

Título original: Morris, entre sombras
Autora: Verónica Sandel.
Primera Edición: Julio 2024
Corrección: Celia Pérez
Maquetación: Verónica Sandel
Diseño de portada: Ndesing
Ilustraciones interiores : Veca Grace

Ⓒ Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos de autor.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

Para Labda Tatiana Leal:
sin ti,
Morris no existiría.

Eternamente agradecida.

Nota del autor

Quiero aclarar que, aunque los nombres de los lugares son reales, se quedan en eso: en los nombres, todas las situaciones que he creado a su alrededor han sido fruto de mi imaginación. Quise poner un lugar concreto para ubicar al lector de una manera más real y fácil a lo largo del globo terráqueo.

Por otro lado, he de destacar que a lo largo de la novela salen personajes de diferentes nacionalidades con lo que, en muchas ocasiones, veréis palabras diferentes y acentuadas donde no son (según las normas de la Real Academia de la Lengua Española y de mi gran Celia que ha dado soporte corrigiendo escrupulosamente esta novela), no os puedo avanzar que nacionalidades saldrán porque os haría spoiler y es lo último que quiero. Lo único que me gustaría es que lo leáis tal y como está escrito para que tengáis una experiencia más inmersiva.

Dicho lo cual, no me queda más que deciros que espero que disfrutéis de esta aventura protagonizada por nuestra inspectora Morris.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

23 de septiembre de 2020 - Alicante

Ring, ring.

—Son las siete de la mañana, Gabi.

—Buenos días, jefa.

—Buenos días, ¿va todo bien? —pregunta asomada al balcón del ático en el que vive desde hace tres años, cuando fue destinada como inspectora de homicidios.

Le vino bien dejar Madrid, su ciudad natal, y empezar de cero en una ciudad de la costa del Mediterráneo, pero sin duda lo mejor que le pudo pasar fue conocer a Gabriel, su actual compañero.

—Nos espera un día interesante —asegura él.

—Dispara de una vez, Medina —lo regaña con una media sonrisa.

—Ha aparecido el cuerpo de una mujer de unos cuarenta años a los pies del ficus del Parque Central.

—¿Un cuerpo? ¿Con signos de violencia? —Se incorpora y entra en el interior de su apartamento.

—Tienes que verlo con tus propios ojos —contesta el inspector
Medina, desde el lugar de los hechos.

—En veinte minutos estoy allí.

Se queda quieta en mitad del salón pensativa, se da la vuelta, coge la taza de café que está sobre la encimera, se la acaba de un sorbo y la deposita en el fregadero. Se coloca un blazer de color gris antracita, coge su bolso y sale con paso ligero del apartamento. Al entrar en el ascensor, se mira en el espejo, se da unos pequeños toques alrededor de los ojos verdes, se mira y, como de costumbre, se acomoda el moño color cobrizo, e instintivamente se alisa el blazer.

Respira hondo y dice en voz alta.

—Vamos a por un nuevo día.

A Camila Morris le apasiona su trabajo: había trabajado muy duro para llegar a ser inspectora de homicidios; demasiadas noches de insomnio estudiando milímetro a milímetro cada caso que le asignaban, infinidad de discusiones con Luca por no llegar a la hora de cenar a casa, por olvidarse de una cita o por no llegar a tiempo a recogerlo al aeropuerto. Sin embargo, había merecido la pena, y probablemente, si todo seguía el cauce correcto, en unos meses la trasladarían de ciudad y allí sería comisaria, un salto bastante importante dada su edad: la próxima primavera cumpliría treinta y cuatro años. Entonces sí, en ese momento Luca y ella podrían casarse y empezar a plantearse la idea de formar una familia, aunque había una parte muy pequeña en su interior, que le hacía dudar de si el puesto de comisaria estaba hecho para ella. En esos momentos de duda recordaba las palabras que su padre siempre le decía:

«Cami, cuando lleguemos a ese puente ya resolveremos de qué manera cruzarlo, mientras tanto estate pendiente del puente en el que estás para no caerte».

Los extrañaba muchísimo, había perdido a sus padres en un período de tiempo muy corto.

Entra al parking y se sube al coche poniendo rumbo al Parque Central,
situado a tan solo quince minutos. Al llegar deja mal aparcado el coche, sale y sonríe al agente

que custodia la entrada.

—Buenos días, García.

—Buenos días, inspectora; el día va a ser caluroso. —Señala el cielo despejado.

—Por favor, vigila que nadie me lo robe. —Le guiña un ojo al mismo tiempo que le lanza las llaves del coche.

—Será un honor custodiarlo —contesta García cogiendo las llaves al vuelo.

Morris conduce el viejo SEAT Ibiza de su padre que le da más quebraderos de cabeza que alegrías. Gabi insiste en que se compre uno nuevo, pero ella se siente segura dentro de ese coche, se siente en paz, en cierta manera siente que tiene una conexión directa con su padre.

Morris se queda parada varios metros antes de llegar a la entrada observando los enormes árboles, son realmente especiales. Una característica principal de la ciudad son sus ficus gigantes, su tronco es grueso y está bastante ramificado, lo que hace que los turistas se hagan la típica foto emulando que están metidos dentro del propio tronco. Morris está embobada mirando su enorme y poblada copa, y en ese momento el recuerdo de la sensación que tuvo cuando los vio la primera vez llega a su mente, una sensación de déjà vu: de haberlos visto antes, de haberlos olido antes, ese aroma cítrico y empalagoso que poseen, ese olor fue precisamente lo que le resultó tan familiar.

Su ensoñación es interrumpida por los aspavientos y silbidos que realiza Gabriel para que se acerque al cadáver, con lo que despeja la mente
moviendo la cabeza y vuelve a ponerse su máscara de inspectora.

—Hola, Gabi —sonríe.

—Morris, qué elegante vas —aprecia él levantando una ceja.

—¿Qué sabemos de la víctima? —pregunta ignorando por completo el halago de su compañero.

—Por el momento solo sabemos que es una mujer de unos cuarenta años y de constitución delgada; no lleva encima ningún tipo de documentación.

—¿Robo?

—Puede ser, pero el ladrón se ha dejado el reloj y las joyas —explica Medina señalando el cadáver que está a escasos metros de ellos.

Allí, sobre la tierra seca, hay una mujer bocarriba, con la cabeza torcida en dirección a ellos, sus ojos están abiertos, sin vida, su mirada muestra que sus últimos momentos fueron de auténtico terror.

—¿Han rastreado ya la zona? —pregunta ella tragando saliva y apretando el mentón.

—Están en ello, pero lo más extraño son las heridas que tiene por todo el cuerpo.

—¿Heridas? Entonces… ha sido atacada.

—Eso parece… Y son bastante extrañas.

—Quiero verlas. —Morris se dirige hacia la víctima.

Agachado sobre el cadáver, totalmente concentrado, está Álvaro, uno de los agentes de la científica; es bastante joven y tiende a ir encorvado, tiene el pelo moreno, rapado en los laterales y con un pequeño tupé de medio lado, lleva gafas de pasta negras y se limita a saludar a Morris sin
levantar la vista del cadáver.

—Buenos días, jefa; día caluroso para ese traje de chaqueta que lleva,
¿no le parece? —le vacila.

—Buenos días, Álvaro —contesta con una media sonrisa y cruzándose de brazos—. ¿Qué tenemos?

Álvaro es un auténtico cerebro en lo referente a análisis de pruebas y casos difíciles, le encanta que lo pongan a prueba y que lo reten. Se le nota que le apasiona su trabajo, tanto, que a veces hay que pararle los pies, porque se emociona en demasía cuando llega algún caso extraño, y es por esto por lo que congenia tan bien con la inspectora Morris.

—Déjame que te cuente lo que hemos averiguado hasta el momento. —Se incorpora, sonríe a los inspectores y empieza a caminar alrededor del cadáver—. Al llegar al lugar de los hechos he encontrado a la mujer bocarriba, y, al acercarme, me he percatado de que todo su cuerpo está lleno de pequeñas heridas. —Se agacha señalando con un boli las laceraciones.

—Las heridas son muy pequeñas —aprecia Medina.

—A simple vista parecen mordiscos, como si algo la hubiera atacado.

—¡Joder! —exclama Medina mirando hacia las copas de los árboles.

—¿Hora de la muerte? —pregunta Morris.

—Calculamos que fue sobre las dos de la madrugada.

—¿De qué animal crees que son las heridas, Álvaro? —insiste Medina sin dejar de mirar hacía los árboles.

—No estoy muy seguro, de algún animal pequeño, las incisiones son de un centímetro.

—¿Signos de que su muerte haya sido por veneno? —interrumpe Morris.

—Hasta que no lo analice la doctora Díaz no podemos estar seguros —confiesa Álvaro—. Tampoco hay signos de lucha ni de que quisiera huir.

—Quizá no tuvo opción —considera Medina.

—Lo dudo —contesta el agente.

—¿Por qué? —quiere saber Morris.

—Cuando te atacan, corres, ¿no? ¿Recordáis la que lio García en la fiesta de jubilación de Ángel? —pregunta poniendo los ojos en blanco.

—Es verdad, se puso a saltar como un loco. —Medina suelta una carcajada al recordarlo.

—Le atacó una abeja, tío, una simple abeja.

—Entiendo a lo que te refieres, Álvaro —contesta Morris observando el cuerpo.

—Te atacan y no corres… —dice Medina, pensativo.

—Tiene multitud de heridas, el miedo la pudo paralizar —aclara Morris.

—No me he encontrado ningún caso en el que la víctima no hiciera, aunque sea el ademán de irse, acurrucarse en el suelo, taparse la cara, algo… —insiste Álvaro.

—¿Algún testigo? —pregunta Morris alejándose del cadáver para observar la zona.

—Por el momento, nada —contesta Gabriel—. He hablado con comisaría antes de que llegaras y no hay constancia de ninguna llamada por
escándalo en esta zona.

—Entendido —dice Morris acercándose al cuerpo de nuevo—. ¿Cuándo os llevaréis a la víctima al depósito para que tú y la doctora Díaz le hagáis la autopsia?

—El juez debe estar al llegar, ¿quieres aprovechar y revisar el escenario? —sugiere Álvaro con una sonrisa cómplice.

—Gracias, Álvaro —le guiña un ojo.

Álvaro recoge su maletín y se aleja.

—Mujer de unos cuarenta años —empieza a decir Morris, se agacha

para observar las incisiones que tiene en el cuerpo—, pelo rubio, largo, va muy bien vestida con lo que parece un traje de alta costura, con zapatos altos de tacón. —Se queda en silencio observando el traje—. Debe trabajar en alguna de las oficinas de la Avenida. —Saca de su bolso un boli y una libreta pequeña y hace varias anotaciones.

—¿Qué narices hacías aquí a esas horas? Tiene multitud de heridas por todo su cuerpo, la ropa está destrozada, ¿cómo es posible? ¿Le habrá dado un infarto? —Hace una pausa, niega con la cabeza—. Demasiado joven, aunque todo es posible. —Se queda mirando los zapatos—. Hay algo extraño, sus zapatos están intactos, ni una sola rozadura.

El teléfono de Gabriel suena.

—¿Sí? Claro… Bien… Entendido, vamos para allí enseguida, señor —va diciendo Gabriel acercándose a Morris.

—El comisario quiere vernos.

—¿Alguna pista?

—Ya sabemos quién es la víctima.

—¿Quién? —Se acerca a su compañero.

—Eleanor Travis, una reputada abogada de la ciudad.

—¿Quién ha interpuesto la denuncia?

—El marido se acaba de personar en comisaría.

—Entendido, pero…

—¿Qué? —quiere saber Medina.

—Lleva desaparecida desde anoche y ¿la denuncia la pone esta mañana?

Gabi aprieta los labios y asiente con la cabeza.

—A ver que alega.

—¿Quién dio aviso, Medina?

—Aquel señor que está sentado en el banco. —Señala hacia un hombre vestido de runner que mueve la pierna derecha muy nervioso.

—Hablemos con él. —Medina asiente y se acercan.

—Buenos días, inspectora, ¿qué tal va todo? —pregunta el agente Muñoz que está cogiéndole los datos al runner.

—Buenos días, Muñoz —sonríe ella—. Vaya manera de volver de vacaciones —bromea.

—Ni que lo digas —resopla.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Todo vuestro, pero os advierto que está hecho un flan, los paramédicos vienen de camino, cuando hemos llegado estaba con un ataque de ansiedad.

—No es para menos. —Medina señala hacia el cadáver.

—Buenos días. —Sonríe Morris acercándose al runner que lleva unas mallas negras y una camiseta de tirantes azul eléctrica haciendo juego con sus deportivas—. Soy la inspectora Camila Morris y él es Gabriel Medina: nos encargamos del caso.

—Hola —contesta, mirándola con los ojos muy abiertos, y respirando por la boca.

—¿Cómo se encuentra? —quiere saber ella.

—No lo sé, nervioso, nunca había visto un muerto, y yo… UFF, voy a tener la imagen de sus ojos durante…

—Señor…, ¿cómo se llama?

—Mi nombre es Toni.

—Los paramédicos están de camino, no se preocupe —lo intenta calmar Medina.

—Vale, es que me cuesta respirar, como si el aire no entrase.

—Toni, ¿suele salir a correr a estas horas? —interrumpe Morris.

—Sí, salgo cada mañana —contesta sin dejar de mover la pierna.

—Buena forma de empezar el día. —Morris sonríe intentando empatizar con la esperanza de que se tranquilice, pero no surte efecto, porque Toni cada vez está más blanco.

—¿Hay algo que haya notado diferente hoy? ¿Algo que le haya llamado la atención? —pregunta Medina.

—No.

—Por pequeño que sea —interviene Morris y entrecierra los ojos mirándolo.

—Pues no, todo igual que siempre, no sé… Voy con la música puesta, a lo mío.

—Claro, no se preocupe —contesta Medina.

—No voy mirando a mi alrededor —se justifica Toni un poco nervioso.

—No se preocupe, si recuerda algo —dice sacándose una tarjeta de visita del interior del blazer—, por favor, hágamelo saber. —Morris le entrega su tarjeta con una sonrisa. Toni la mira, mira la tarjeta y duda, pero tras varios segundos, algo incómodos para ambos, la coge.

—Vale, lo haré —contesta.

—Cuídese, por favor. —Ella se despide con un apretón de manos y se da la vuelta para marcharse.

—Una cosa —interrumpe Toni.

—¿Qué…? —quiere saber ella dándose la vuelta.

—El olor.

—¿El olor? —pregunta Medina acercándose.

—El olor del parque no era el mismo de siempre, no sabría explicarlo, su olor suele ser dulzón… —Se queda en silencio pensando.

—Eso es por los árboles —confirma Morris—. Su olor es peculiar.

—Sí; sin embargo, esta mañana noté que era como, no sabría decirle…: amargo, sí, eso, un olor amargo.

—Un olor amargo —repite Morris lentamente.

—¿Cómo puede ser un olor amargo? —pregunta Medina mirando a su compañera.

—Gracias, Toni, ha sido de gran ayuda —contesta Morris.

—Un olor amargo —repite Morris mientras se alejan del runner.

—¿Posible envenenamiento? —sugiere Medina.

—¿Algún químico tal vez? —pregunta Morris.

Medina infla los mofletes, abre los ojos y expulsa con fuerza el aire encogiéndose de hombros.

CAPÍTULO 2

Morris aparca en su plaza asignada en el parking de la comisaría, apaga el motor y se gira para mirar a su compañero:

—¿Qué piensas?

—Es un caso extraño, sin duda, ¿qué se te está pasando por la cabeza?

—No dejo de pensar en el olor.

—A ver qué encuentra Díaz tras la autopsia.

—Si pusieron algo en el aire, algún producto químico, eso se habrá volatilizado, cuando llegamos no olía a nada.

—Igual Díaz encuentra algo en la ropa —sugiere Medina.

—Esperemos.

—El comisario sonaba serio —explica Medina.

—¿Y cuándo no? —sonríe Morris.

—Ya —suelta una carcajada y salen del coche.

—Buenos días, señor comisario. —Morris asoma la cabeza tras golpear varias veces en la puerta del despacho de Francisco Guitiérrez.. La cara de él es de preocupación absoluta.

Francisco Gutiérrez es comisario desde hace más de quince años,
destaca en el gremio porque en su comisaría se resuelven el noventa por
ciento de los casos.

Es un hombre alto, impone por su metro noventa, además de que su constitución es bastante corpulenta; aunque, una vez lo conoces, ya se rebaja esa primera impresión porque es un hombre sensato, y muy cercano con todo su equipo; sin embargo, hoy su cara traspasa los límites habituales de la seriedad y se balancea entre el enfado, la preocupación y algo de ira.

—Buenos días, Camila, Gabriel…: sentaos, por favor. —Señala las sillas que tiene delante de su escritorio.

—Gracias, señor. —Ambos se miran, saben que algo pasa, la cara del comisario oculta algo más.

—¿Qué sabemos del caso de la señora Travis? —El comisario aborda el tema directamente y sin tapujos.

—Por el momento, poco o nada, señor —empieza a explicar la inspectora—. Ha sido hallada por un hombre que hacía footing a primera hora de la mañana y no se ha encontrado su bolso. Tiene laceraciones pequeñas por todo su cuerpo, la doctora Díaz las analizará y nos podrá dar más información.

—El juez ya ha levantado el cadáver.

—Qué rapidez —se asombra Medina.

—Esto es prioritario.

—Entendido —contesta Morris—. ¿Qué sucede, comisario?

—¿Qué más han podido averiguar? —pregunta Gutiérrez, ignorando la pregunta. Ella coge aire, sabe que el comisario le está ocultando algo.

—Hemos hablado con la persona que dio el aviso…

—¿Vio algo? —interrumpe el comisario elevando la voz.

—No, señor, solamente nos dijo algo que nos pareció curioso —

contesta Medina mirando a Morris.

—El olor —interviene ella.

—¿El olor? —Gutiérrez entrecierra los ojos.

—Dice que cuando pasó por el parque olía amargo.

—¿Algo más? —pregunta sin darle importancia.

—Nada más por el momento, señor —se excusa Morris.

—No me sirve —espeta Gutiérrez elevando la voz—. Necesito que este caso se resuelva de inmediato.

—Pero, señor, acabamos de… —replica de nuevo la inspectora, moviendo negativamente la cabeza sin entender absolutamente nada.

—Morris, hay varias propuestas de unos importantes inversionistas, estamos creciendo como ciudad turística y, si este caso trasciende a los medios, estamos acabados —dice mirándola directamente a los ojos.

—Haremos todo lo posible, señor.

—Lo sé, lo sé. —Se levanta y mira por la ventana—. Su departamento es impecable y necesito que… —Se queda en silencio, Morris y Medina se miran sin entender nada—. Estamos en el punto de mira —confiesa finalmente dándose la vuelta—. No sé si me entienden.

—Sí, señor —contestan al mismo tiempo.

—La presión viene de arriba, ¿me explico?

—Sí, señor —contesta Morris.

—Y ya sabéis lo poco que me gusta que me toquen los cojones los de arriba, esta es mi casa.

El comisario se queda en silencio, carraspea.

—Hacen buen equipo.

—Gracias, señor —contesta moviendo la cabeza y mirando de reojo a Gabriel que tiene su media sonrisilla plantada en la cara de «somos los ases,
compañera», frase típica de Medina que utiliza cada vez que resuelven un caso.

—El alcalde me ha llamado muy alterado… Hay que solucionar este caso rápido y a poder ser sin prensa de por medio —insiste.

—Lo entiendo, señor.

—Tienen veinticuatro horas… Si se trata de un asesinato, nos hará bajar en picado, nos jugamos mucho. Y usted es la mejor en casos… digamos «raros», y este parece que lo es.

—No se preocupe, nos ponemos a trabajar de inmediato.

—Si necesitan más efectivos, tienen vía libre —aclara Gutiérrez.

—¿Podemos pedir ayuda a Lorente y a Carratalá? —Medina abre los ojos.

—Por supuesto —contesta sin ni siquiera mirarlo—. Pueden retirarse. —Acto seguido voltea su silla para mirar de nuevo por la ventana.

—Gracias, señor —contestan al unísono.

CAPÍTULO 3

—¿Qué cojones está pasando? —explota Medina.

—No tengo ni idea, pero necesito un café.

Se dirigen hacía una puerta de color blanco, entran en la sala común, está vacía, Morris se sienta en una de las mesas, saca su libreta y se pone a hojear, mientras Medina prepara un café largo sin azúcar para ella y un cortado para él.

—¿Qué piensas? —pregunta Medina, dejándole el vaso de plástico delante.

—No dejo de darle vueltas al olor. —Toma un sorbo de café y pone mala cara.

—¿Qué?

—El café en vaso de plástico debería estar prohibido.

Medina la mira y sonríe, se sienta delante de ella.

—Seguramente en la científica tengan un listado de venenos con olor amargo.

—Vayamos a ver a Álvaro, ya debe estar en su despacho. —La inspectora coge su café.

—No está tan malo —Gabi se queda mirando el vaso de plástico

Salen de la sala y se dirigen al ascensor, bajan tres plantas, salen al pasillo,
asoman la cabeza por la pequeña ventana de la morgue y allí ven a la doctora Díaz, que ya está trabajando con el cuerpo de Eleanor.

—Ya está la víctima —aprecia Medina.

Pasan por dos despachos y se paran frente al tercero.

—Álvaro, soy Morris, ¿podemos pasar?

—Adelante —se escucha su voz muy al fondo.

Entran al laboratorio de Álvaro, todo está meticulosamente colocado. En las estanterías no se aprecia ni una mota de polvo, la luz en aquel lugar es tenue y el olor a productos químicos suele estar en el ambiente. La pared lateral está revestida de estantes metálicos en los que están cuidadosamente envasados y etiquetados un sin fin de botes. Al otro lado, sobre una mesa de metal, se alzan tres microscopios de diferentes tamaños, en el centro una pequeña mesa de metal que ahora está vacía, y al final de la sala está Álvaro inmerso en el trabajo sobre un escritorio de madera blanco que va de punta a punta, encima hay dos ordenadores y mil cables.

—¿Tienes un momento? —pregunta ella con una sonrisa.

—Claro, dime. —Álvaro hace girar las ruedas de la silla—. Estaba analizando un trozo de ropa.

—¿Has encontrado algo?

—Por el momento, nada.

—Queríamos saber si tenéis un listado de venenos o químicos con olor amargo —pregunta Medina.

—Imagino que en la base de datos, sí. —Se gira y señala a uno de los ordenadores—. Pero no me hace falta.

—Ja, ja, ¡qué «vacilón», el tío! —se carcajea Medina. Álvaro se cruza de brazos y empieza a recitar.

—Uno, mi querido amigo, lo conoceréis sin duda, es el cianuro, su
principal característica es el olor a almendras amargas. El siguiente podría
ser la estricnina, su nombre te sonará del caso de la viuda del tercero. —Álvaro mira a Morris y

esta asiente.

—¿La que trató de envenenar a todos sus vecinos? —pregunta Medina.

—Efectivamente, su sabor se detecta fácilmente porque es amargo,

gracias a eso se salvó la última víctima.

—El arsénico podría estar en la lista —continúa petulante Álvaro mientras Medina lo mira sonriendo y con los brazos cruzados.

—El arsénico no tiene casi olor, Álvaro, ahí te has colado —replica este.

—Y cuarto, y no por eso menos importante —puntualiza sin hacer caso a su compañero—, Strychnos nux-vomica, más conocida como nuez vómica, tiene un sabor extremadamente desagradable y en altas cantidades es mortal. En referencia a los químicos, actualmente podríamos hablar del sulfuro de hidrógeno, la acetona en algunas situaciones también se ha descrito como amarga, y por último el fenol.

—¿Estarás atento si encuentras algún resto? —pide Morris.

—¿Es por lo que dijo el runner, verdad?

—Sí, ¿vosotros percibisteis algo al llegar?

—Nada, aunque la verdad es que no voy por la vida oliendo, estaba emocionado por… —Se queda en silencio.

—Es una zona abierta, con lo que se complica la situación.

El teléfono del despacho suena, Álvaro se desliza sobre el suelo con su silla y descuelga.

—Álvaro al aparato —contesta risueño, Morris lo mira y mueve negativamente la cabeza con una sonrisa.

—Sí, están aquí —dice mirándolos—. Vale, «oído cocina», vamos.

—¡¿Quién era?! —pregunta Medina.

—La doctora Díaz, quiere que analice los restos del estómago. —Abre los ojos en señal de asombro—. Está haciendo la autopsia a la velocidad de la luz.

—Es importante, Álvaro.

—¿Sí? —pregunta este levantándose para salir del despacho.

—Los de arriba están «metiendo caña» —explica Medina.

—¿Y cuándo no?

CAPÍTULO 4

Al entrar en la sala de autopsias un frío les recorre el cuerpo, siempre les sorprende cómo la doctora Díaz es capaz de trabajar con esa baja temperatura.

Se encuentran con que Díaz está absolutamente enfrascada en su trabajo, siempre lleva sus diminutas gafas a mitad de nariz y una música clásica sonando de fondo.

—Buenos días, Natalia —dice Morris con una voz suave.

La doctora Natalia Díaz es una mujer de unos cincuenta y pocos años, bajita y extremadamente delgada, y su alborotado pelo rizado negro le proporciona un aspecto alocado y jovial.

—Está concentrada… —susurra Medina con una mano metida en el bolsillo de su pantalón.

Carraspea para que Díaz se dé cuenta de que están allí.

Ella, al instante, levanta la vista.

—¿Se puede? —pregunta Morris.

—Ooh, no os había visto —se justifica y les hace señas con las manos para que pasen.

—Estabas super concentrada jefa —aprecia Álvaro.

—A ti tampoco te había visto —rie.

—No pasa nada jefa, estabas muy concentrada.

— Pasad, pasad —insiste—. Álvaro esos frascos son los que necesito
que analices, lo tienes todo anotado en el informe.

—Claro, enseguida me pongo a ello —contesta recogiendo los botes y saliendo a toda prisa.

—¿Cómo vas? —quiere saber Medina.

—Me ha llamado Francisco para decirme que dejara de hacer todo lo que estuviera haciendo y me pusiera de inmediato con este caso, que le diera prioridad máxima.

—Sí —confirma la inspectora—. Venimos de su despacho y la verdad es que le deben de estar presionando mucho. Natalia dime que has encontrado algo.

—¿Veis todas las marcas que tiene en su cuerpo? —Señala con cuidado las heridas:

Los inspectores se aproximan para poder observar desde cerca las laceraciones que la víctima tiene por todo su cuerpo.

—¿Tienes una teoría? —pregunta Morris.

—Más que teoría, tengo un recuerdo —dice sin más.

—¿Cómo? —.pregunta incrédulo Medina.

—¿Un recuerdo de que exactamente? —. Morris está perpleja ante la confesión de la forense.

—No es la primera vez que las veo —Suspira apretando los ojos, y mira el cuerpo de la víctima.

—No entiendo nada —exclama Medina.

—Explícate, Díaz —ruega Morris.

—Fue al poco de llegar a esta comisaria, uno de mis primeros casos. —Suspira y se quita las gafas, se aprieta la glabela y respira —. No se me olvidará nunca porque fue algo extrañísimo.

—¿Cómo que de tus primeros casos? —empieza a decir Gabriel.

—Sí. —Tensa los músculos de la cara y empieza a caminar por la sala.

Morris y Medina se miran, Medina abre mucho los ojos y señala hacía Díaz que está en silencio, Morris se encoge de hombros.

—. Yo acababa de llegar a la ciudad —comienza a explicar—. Estaba de prácticas, como

ayudante del forense; nos llegaron varios cuerpos de mujeres en un intervalo muy corto de tiempo. No dábamos abasto, el caso era muy extraño y todos estaban muy nerviosos.

—¿Varios? —la interrumpe Medina.

—Tres para ser más exactos.

—¿Todas mujeres? —pregunta Morris.

—Sí, tres mujeres —Los inspectores vuelven a cruzar sus miradas.

—¿Recuerdas sus edades?

—De mediana edad. Lo que sí recuerdo perfectamente es que todas tenían estas marcas.

Se gira para ver de nuevo el cuerpo, se pone las gafas y se acerca con su bisturí a una de las heridas.

—¿Estás segura de que son las mismas laceraciones? —pregunta con cautela Morris.

—Juraría que son las mismas, han pasado muchos años, pero… esto es algo que no se olvida, así como así, Camila.

La inspectora asiente observando con atención una de las laceraciones.

—¿Estamos hablando de hace veinte, treinta años, Natalia? —Gabriel se la queda mirando a la espera de una respuesta.

—¿Me estás llamando vieja, inspector Medina? —espeta Díaz con algo de retintín en su voz, quitándose las gafas para mirarlo de frente.

—No, no, Natalia, por favor. —Gabriel levanta las manos.

Natalia pone los brazos en jarras y se lo queda mirando.

—No pienses eso… Es solo que estaba intentando calcular… —contesta trastabillándose un poco al hablar.

— Gabiii, Gabiii —dice Morris en tono de reprimenda tras la soberana metida de pata.

Natalia y ella se miran y sonríen, y es que a la doctora Díaz le encanta hacer ese tipo de bromas.

—Muy graciosas —replica Medina—. En serio Natalia, solamente estaba tratando de calcular.

—Querido Gabriel, he de confesarte que han pasado nada más y nada menos que treinta años. Me gustaría acordarme de más, pero yo estaba de prácticas, era una simple ayudante y estaba más pendiente de apuntar y aprender que de los cadáveres en sí. Recuerdo que la ciudad quedó conmocionada por las muertes.

—¿Cómo es posible que treinta años después aparezcan dos mujeres asesinadas con los mismos signos? —pregunta Medina.

—¿Un asesino en serie? —sugiere la doctora Díaz.

—O un imitador —contesta él.

—Álvaro nos dijo que parecían mordiscos —recuerda Morris señalando las laceraciones.

—Sí.

—¿Se sabe cuánto tiempo tardó en morir?

—Minutos, Morris.

—¿Ha podido ser trasladada desde algún lugar? —pregunta Morris.

—Imposible —asegura la doctora—. La muerte sucedió en el parque donde la encontraron.

—¿Sabemos qué contenía el estómago? —pregunta Morris al mismo
tiempo que apunta cosas en su pequeña libreta.

—Es justamente lo que se ha llevado Álvaro; lo que sí te puedo adelantar es que contenía restos de un sándwich. Realmente las heridas en sí no, bueno…

—¿Qué? —la insta Morris.

—Pues que las heridas por sí solas no pudieron ser la causa de la muerte, Morris —continúa

Díaz—. Sí, es cierto que perdió mucha sangre, pero no para provocarle el fallo multiorgánico.

—Iba caminando por el parque, ¿igual algún insecto raro? —sugiere el inspector arrugando el labio inferior.

—Si hay un insecto que pueda hacer estas heridas, estamos ante un caso digno de los mismísimos Mulder y Scully —ríe Díaz.

—«La verdad está ahí fuera» —le sigue el juego Medina imitando la voz de la famosa serie Expediente X.

—¿Sugieres entonces que pudo ser alguna clase de animal? —Morris la mira muy seria.

—Podría ser —declara la forense para luego levantar los hombros, dudosa.

—Morris —la voz de Álvaro irrumpe en la sala, este está en la puerta de la entrada—. Nos acaban de llamar. Han encontrado otro cadáver.

—¿Otra mujer? —pregunta Morris.

—Sí, y parece que con las mismas laceraciones. —Álvaro tiene una media sonrisa de emoción en su rostro.

—¡Hostia, Morris! —La cara de Medina en ese momento es una mezcla de pavor y curiosidad.

—¿Dónde? —quiere saber la inspectora con el rictus muy serio.

—Ha sido hallada en el interior del gimnasio de un colegio.

—¡Virgen Santísima! —exclama la doctora Díaz santiguándose.

—En un colegio, ¡joder! —dice Medina.

—Vamos para allí inmediatamente. —La inspectora mira muy seria a su compañero. Este coge aire.

—Esto se está complicando, Morris.

—Justo lo que el comisario quería… —contesta ella irónicamente.

CAPÍTULO 5

Álvaro, Morris y Medina llegan al lugar de los hechos al mismo tiempo que dos coches patrullas. El cadáver había sido encontrado en el colegio Santa Margarita de Asís, uno de los colegios católicos más influyentes de la zona, situado a las afueras de la ciudad, junto a una zona residencial.

—¿Otro cadáver, inspectora? —pregunta el agente García bajándose del coche. Ella lo mira y asiente.

—Eso parece, García; cierren el perímetro, que nadie entre, por favor —ordena Morris.

—En seguida, jefa. ¿Qué está pasando? —insiste algo preocupado.

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar —contesta sonriendo.

Allí, junto a las escaleras de entrada que dan acceso al edificio, los espera un hombre espigado con barba canosa de no más de sesenta años, con el semblante preocupado.

—Buenos días, soy la inspectora Morris —. Le ofrece la mano—. Ellos son mis compañeros, Gabriel Medina, que está a cargo de la investigación, y el agente de la científica, Álvaro.

—Hola, Marco Aurelio de Sotoameno, soy el director del colegio —contesta demasiado rápido.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta la inspectora.

—El equipo de limpieza me ha llamado esta mañana para decirme que se habían encontrado a Clara muerta. —Empieza a rascarse la cabeza nervioso, y no deja de mirar hacia todos los sitios.

—¿Quién es Clara, señor Sotoameno? —pregunta Medina.

—Clara, no me lo creo todavía…: está muerta. —Se echa las manos a la cara y se pone a llorar.

—Lo sentimos muchísimo, señor —interviene Morris poniéndole la mano sobre el hombro—. ¿Entiendo que Clara era trabajadora del colegio?

—Sí, era maestra —confirma el afligido director.

—¿Nos lleva hasta ella? —pregunta Morris.

El director afirma abriendo una de las dos puertas de cristal de la entrada al edificio, que parecía haber sido reformado recientemente. Nada más entrar se encuentran con un largo pasillo, que a esa hora está en penumbras.

—¿Llevaba mucho tiempo trabajando para ustedes? —pregunta Medina situándose a la izquierda del director.

—Empezó el curso pasado, es muy querida por todo el mundo. De esas personas que se hacen querer enseguida: sociable, dispuesta a ayudar en todo lo que puede; ¿qué le ha podido pasar? —Se queda parado en mitad del pasillo mirando al infinito moviendo la cabeza.

—Intentaremos averiguarlo, señor.

—¿Nos indica dónde está el cuerpo? —pregunta algo ansioso Álvaro. Morris lo fulmina con la mirada y este agacha la cabeza.

—El cuerpo —repite el director mirándolo—. El cuerpo…

—¿Nos podría llevar hasta Clara? —ruega Morris cogiéndolo del brazo y sonriéndole para intentar que se relaje.

—Sí, sí, disculpe, por aquí, es al final del pasillo.

Terminan de recorrer el pasillo dejando aulas a ambos lados hasta llegar a la entrada de lo que

parecía una cancha de baloncesto.

—¿En el gimnasio? —Se asombra Morris.

—Los martes tenemos Educación Física, el equipo de limpieza repasa las pistas para que todo esté en perfecto estado, es una de las cualidades que nos caracteriza —explica vendiéndose como si ellos fueran unos padres en busca del mejor colegio para sus hijos.

—¿Podemos pasar? —pregunta Álvaro con una voz muy sosegada. Morris no puede evitar poner los ojos en blanco.

—Sí, sí, por supuesto. —El director se aparta para dejarlos entrar—. No sé muy bien qué hacía aquí, la verdad. Ella era maestra de Música —aclara sin querer mirar hacia el interior.

—No hace falta que entre señor Sotoameno —le indica Morris al darse cuenta de inmediato.

—Gracias inspectora, es muy duro ver a alguien que aprecias ahí, tirada en…en el suelo, y sola.

—Tranquilo, espérenos fuera —señala Morris.

El director asiente con la mirada perdida.

Una vez dentro de la sala de multideportes, llena de artilugios, se acercan al cadáver, que se halla bocarriba, con una de las piernas torcida.

Clara era una mujer regordeta de pelo oscuro, no tendría más de cincuenta años, lleva un jersey verde y unos sencillos pantalones negros con unos zapatos de tacón gris oscuro. En esta ocasión tampoco había ni rastro de su bolso, por lo menos a simple vista.

—¿Notáis algún olor raro? —quiere saber Morris.

—Huele a rancio —contesta Medina olfateando el ambiente.

—¿Este olor te recuerda a algún químico Álvaro?

—No te sabría decir, yo te diría que es como… —Se queda en silencio.

—¿Dulzón, pero amargo? —pregunta Morris.

—Sí, exacto, no sabría identificar el olor —contesta Medina.

—Mira, Álvaro —interrumpe Morris.

Algo llama la atención de la inspectora, la mano de la mujer está cerrada, en ella parece que hay algo. Álvaro se acerca con los guantes puestos.

—Parece un papel —dice mientras lo extrae con mucho cuidado para no romperlo.

—Es una entrada de cine. —Medina se acerca.

—Fíjate en la fecha —señala Morris.

—Es de anoche —dice Álvaro; después procede a meter la entrada en una bolsa de pruebas.

—¿Hora de la peli? —quiere saber Medina.

—«20.30 horas» —lee Álvaro—. Una noche para recordar.

—¡Y tanto! —replica Medina.

Su compañera lo mira volteando los ojos

—Vale, es una broma de muy mal gusto —se justifica.

—Humor, jefa, ¿qué sería de la vida sin humor? —Álvaro mira a Gabriel que le está sonriendo.

—No tenéis remedio de verdad —se queja ella.

—Me pongo al lío ya de ya —contesta Álvaro agachándose para abrir su maletín.

—Dos mujeres en menos de veinticuatro horas Morris.

Ella lo mira y suspira.

—Mujer de unos cincuenta años, bien vestida —empieza a explicar Álvaro—. Múltiples heridas por todo el cuerpo, la diferencia con la víctima
de esta mañana es que, además de las múltiples laceraciones, también presenta multitud de

magulladuras, debidas, lo más seguro, a una caída —dice señalando diferentes puntos del cuerpo donde se empiezan a apreciar los moratones.

—¿Fue golpeada? —pregunta Medina.

—Lo más probable sea que, lo que fuera que la atacara, lo hiciera desde allí arriba. —Señala hacia lo alto de las gradas metálicas.

—Eso la hizo caer rodando hasta aquí. —Termina la frase Medina.

—¿Qué narices hacías aquí sola, Clara? —pregunta en voz alta Camila.

—¿Sabrías la hora aproximada de la muerte, Álvaro? —quiere saber Gabriel.

—Calculo que sobre la una o las dos de la madrugada.

—No creo que estuviera sola —puntualiza Morris señalando una botella de vino con dos copas, situadas encima de una de las gradas. Medina se acerca a ella y ambos suben las gradas.

—¿Qué coño hacía aquí arriba? —dice Medina.

—Yo más bien diría, ¿qué hacía en un colegio cerrado a las dos de la mañana?

Morris abre una bolsa de pruebas y mete con cuidado la botella de vino; se dispone a abrir otra bolsa para meter las dos copas que había al lado, cuando se percata de un pequeño detalle.

—Las dos copas tienen carmín, Gabriel.

—Estaba con otra mujer —contesta su compañero.

—La pregunta aquí es ¿víctima o asesina?

—Lo único que sabemos es que se conocían. —Ella asiente y bajan.

—Álvaro, llévate esto a la morgue, las dos copas tienen marcas de carmín.

—¿Las dos?

—Las dos —confirma Gabriel.

—Tiene pinta de ser un caso goloso, goloso —Álvaro sonríe.

—Álvaro, por favor —lo regaña Morris—. Acaban de morir dos mujeres, compórtate.

—Lo siento, jefa —contesta serio.

Álvaro no puede evitarlo, siempre que hay un caso raro, la adrenalina se apodera de él.

—Nos vamos a comisaría. En cuanto el juez haga el levantamiento del cadáver y, cuando sepáis algo más, escríbeme, por favor —le indica Morris.

—Claro. —Asiente con la cabeza sin mirarla, está enfrascado haciendo fotos a cada centímetro de la escena, no quiere que absolutamente nada se le escape.

Morris y Medina se dirigen hacia las puertas del gimnasio para hablar con Marco Aurelio. Medina va cabizbajo.

—¿En qué piensas?

—En qué narices hacían aquí de madrugada.

—¿Romance oculto? —sugiere ella encogiéndose de hombros.

—¿Tú crees?

—Todo puede ser —contesta con la mano apoyada en la puerta, acto seguido la abre para toparse con el nervioso director del colegio que pasea pasillo arriba, pasillo abajo; nada más verlos se apresura a su encuentro.

—¿Saben algo?

—Por el momento no, —comienza a explicar Morris con una sonrisa—. En cuanto lo sepamos, se lo haremos saber, no debe preocuparse.

—Gracias, esto… Esto es una tragedia.

—Esta sala queda cerrada, en breve vendrá el juez para el levantamiento del cadáver, no puede entrar nadie, ¿entendido? —El director asiente con la cabeza.

—No se preocupe, inspectora, que me encargaré de que nadie entre, hemos cancelado las

clases —explica.

—Es lo mejor —afirma Medina.

—Todos los padres están consternados —continúa.

—Es normal.

—Clara es…era… muy cariñosa con sus alumnos: todos la querían muchísimo.

—Solo una cosa más —interviene Morris—. ¿Clara estaba casada?

—Divorciada, por eso se vino a vivir aquí, nos conocemos desde la infancia, en su matrimonio no fue muy feliz y…

—Entiendo —contesta Morris apretando los labios.

—Aquí parecía que volvía a sonreír, y ahora….

—¿Tenía alguna amiga íntima? —quiere saber Gabriel mirando de reojo a Morris.

—Se llevaba bien con todo el mundo, pero hizo un vínculo muy especial con Lidia.

—¿Quién es Lidia? —pregunta Morris sacando su libreta.

—La profesora de Historia: se entendían bien, ella también se acababa de divorciar y bueno…, imagino que compartían ese dolor y se comprendían.

—Se entendían —repite Medina, Morris carraspea porque sabe por dónde va su compañero.

—¿Podríamos hablar con ella? —quiere saber la inspectora.

—Curiosamente ha llamado esta mañana su abuela, para comunicarnos que no acudiría a trabajar, no se encontraba bien.

—¿Ha llamado su abuela? —pregunta Medina arrugando el entrecejo.

—Sí, es su única familia, vive con ella.

—¿Le han dicho lo que ha pasado? —quiere saber Morris.

—No, el conserje me ha explicado que se ha limitado a darle las gracias; él está también muy afectado, ¿sabe?

—Lo entendemos; ¿nos podría facilitar su dirección? Debemos ir a hablar con ella de inmediato —explica Camila.

—Por supuesto, acompáñenme, mi despacho es esa puerta de ahí —explica señalando hacia la última puerta del pasillo de la derecha.

CAPÍTULO 6

El despacho de Marco Aurelio de Sotoameno se caracteriza por tener dos de sus paredes repletas de libros. En el centro descansa una solemne mesa de madera maciza, con varias pilas de carpetas de color hueso, rosa y amarilla a la derecha, y un pequeño portátil encendido en el lado opuesto. En la pared trasera, la imagen del Papa preside solemne la estancia.

—Pasen, por favor.

Morris y Medina entran y se quedan esperando de pie, observando el despacho

—. Siéntense mientras busco en las fichas de profesores.

Se dirige hacia una cajonera de metal grande y saca una carpeta en la que pone «Profesorado».

—Aquí está el expediente de Lidia Cánovas —coge un post-it y anota la dirección.

—Gracias —contesta Morris al coger la nota.

—Está muy cerca —les informa el director.

—Gracias por su ayuda —contesta Medina.

En ese momento el teléfono del despacho del director suena.

—No hace falta que nos acompañe —se apresura a decir Morris

—Conocemos la salida —asegura Medina.

—Gracias —contesta Marco Aurelio y después descuelga el teléfono.

Al salir por la puerta del colegio se encuentran con una pequeña multitud de jóvenes que se está empezando a aglomerar en la puerta exterior del instituto.

—¿Qué narices…? —empieza a murmurar Morris.

—La noticia se ha extendido rápido —dice Medina—. ¿Sigues queriendo ir andando?

—No, llama a Bastida —pide Morris mientras se dirigen hacia el coche—. Diles que él y Dasilva hablen con el círculo familiar, laboral y de amistad tanto de Eleanor Travis como de Clara.

—Claro —contesta Medina sacando su teléfono.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una chica que tendrá unos dieciséis años.

—No podemos hablar del caso, chicos, de verdad —empieza a explicar con una sonrisa tranquilizadora el inspector Medina—. Lo mejor que podéis hacer es iros a casa.

—No —replica un chico de cabellos rizados.

—Haced lo que consideréis —contesta Medina encogiéndose de hombros—. La calle es libre siempre que no arméis follón —aclara metiéndose en el coche que Morris ya tenía encendido y listo para salir.

Esta baja la ventanilla.

—García —le dice al agente que está obstaculizando la calzada para dejar salir al coche de la inspectora—, habla con el director para ver si pueden sacar el cuerpo por otra parte del colegio, me parece una locura hacerlo por aquí delante.

—Entendido, jefa.

—Si necesitas refuerzos, llama a la central.

Morris pone el teléfono en manos libres.

—¿A quién vas a llamar tú? —quiere saber Medina.

—A Laura Mendieta —contesta dándole a la tecla de llamar.

—Como se entere de que es una urgencia, te va a soplar una pasta —advierte, esta lo ignora y acelera dejando atrás a los alumnos.

—¡Inspectora Morris, qué grata sorpresa! —dice la voz siempre melódica de Laura Mendieta.

—Es confidencial, Laura —contesta sin más.

—Te costará el doble —replica Laura. Medina mira a Morris con un gesto que dice: «Te lo dije».

—Esta mañana hemos hallado muerta a una mujer en el Parque Central —explica Morris.

—Lo sé, ha salido en el periódico digital —contesta Laura.

—¿Ya está en prensa? Joder —exclama mirando a su compañero que de inmediato se pone a buscar la noticia en su móvil.

—No es un ataque al corazón como dicen, ¿verdad? —pregunta por el altavoz Laura.

—Necesito que investigues lo que hizo la última semana, con quién se vio, si tenía un amante, a qué gimnasio iba, lo que comía, el nombre de su ginecólogo si hace falta. —La voz de Morris suena monocorde.

—Necesito más información, algo, Camila, para poder tener las alertas encendidas y saber qué es lo que estoy buscando —pide la investigadora.

—Te mando toda la información por mail. Pero Laura…

—Dime.

—Si algo de lo que te envío se filtra a la prensa… —amenaza Morris.

—Nadie se va a enterar de que la estoy investigando, soy una profesional —replica ofendida.

—Gracias —contesta Morris y sin más cuelga.

Su compañero la mira con los labios apretados.

—¿Estás segura?

—¿Segura de qué?

—Te va a desplumar, y toda la información que consigamos de ella no la vamos a poder usar.

—Medina, tenemos al alcalde, al comisario y al mismísimo presidente de los Estados Unidos metidos en nuestro trasero —contesta Morris.

—Vale, vale, entendido —contesta y se pone a reír. Le encanta ver a su compañera en modo inspectora de homicidios: «no me toques las narices».

—¿Te has fijado en los zapatos? —pregunta de golpe ella.

—Es por aquí a la derecha —le indica Medina que lleva el GPS en su móvil. asiente con la cabeza, pone el intermitente y gira.

—¿En los zapatos? No entiendo mucho de zapatos —contesta encogiéndose de hombros.

—No me refiero a eso, la ropa de ambas víctimas estaba destrozada, a excepción de los zapatos, las dos víctimas tienen los zapatos intactos —explica Camila.

—¿En qué piensas? —pregunta el inspector.

—No lo sé, Medina, realmente no lo sé.

—Hemos llegado, es aquí —señala Medina.

—Vaya, ¡menuda casa! —exclama ella bajándose las gafas de sol para observarla con detenimiento.

CAPÍTULO 7

Están frente a una impresionante casa colonial, con un jardín y varias fuentes perfectamente cuidadas. Nada que ver con las casas aledañas, están en una zona de alto nivel económico y todas las casas son espectaculares, pero esa casa en concreto probablemente es la más imponente de todas.

Morris llama al timbre, esperan varios minutos, no se escucha absolutamente nada. Rodean la casa y se asoman por las ventanas de los laterales, pudiendo observar que la televisión del salón está encendida, pero sin volumen. Vuelven decididos a insistir a la puerta de la entrada y de nuevo llaman al timbre.

—Buenos días, somos la policía, queremos hablar con usted sobre su amiga Clara —dice Camila con voz autoritaria.

—Buenos días, Lidia —interviene Medina—. Sabemos que está dentro, nos han informado que ha llamado esta mañana al colegio diciendo que se encontraba indispuesta.

—Necesitamos hablar con usted, es importante —repite la inspectora.

La puerta se abre lentamente y ante ellos aparece una señora de unos ochenta años, su pelo es de color canoso y tiene una mirada triste.

Se queda muy seria mirando a los agentes, a los que inspecciona de arriba abajo, como si estuviera viendo a dos extraterrestres.

—Buenos días, señora, ¿vive aquí Lidia? Somos los inspectores Morris y Medina —pregunta amablemente Gabriel.

—Mi nieta está indispuesta en este momento.

—Igual podemos ayudarla —sugiere Gabriel.

—Sinceramente, agente, dudo muchísimo que puedan ayudarla.

La señora se dispone a cerrarles la puerta en las narices, cuando Camila pone estratégicamente el pie en medio.

—Por favor, solo necesitamos saber si se encuentra bien, su amiga Clara ha aparecido muerta, y creemos que ella puede saber algo.

—O estar en peligro —añade Medina.

—¿Clara? —pregunta abriendo mucho los ojos. Los inspectores asienten, se miran porque han dado en el clavo—. Ahora entiendo todo, por eso no deja de repetir «han vuelto».

—¿Quiénes? —quiere saber Gabriel.

—Pasen, por favor. —La señora abre la puerta.

Se encuentran ante un salón enorme, con dos estancias visiblemente divididas. En la parte de la izquierda, al lado de la ventana, está el televisor con varias butacas que parecen bastante caras y un sillón de cuero de esos que dan masajes situado al lado. A su derecha hay una mesa de roble macizo con ocho sillas a juego y una alacena con una vajilla muy variada.

—Siéntense, por favor. —Los inspectores obedecen, entonces la anciana toca una campanilla, ellos se miran sorprendidos y un segundo después una joven aparece sonriendo por una puerta lateral.

—¿Sí, señora? ¿Qué desea?

—Haga té, por favor, tenemos invitados.

—Oh, por favor, no se moleste por nosotros, será solo un momento —aclara Morris.

La anciana hace caso omiso, mira a la chica y le hace un gesto con la cabeza para que se retire.

—Señora… —empieza Gabriel.

—Disculpe, soy Caterina Quirán, la abuela de Lidia. En primer lugar, les pido disculpas por no abrirles la puerta, pero, como les comenté, mi nieta está indispuesta y di órdenes de no abrir a nadie.

—Lo entendemos —contesta Gabriel con una sonrisa.

—Señora Quirán, estamos aquí por la muerte de Clara.

—¿Qué le ha sucedido? —quiere saber.

—La única información que le podemos dar es que ha sido hallada muerta en el gimnasio del colegio.

—¿En el gimnasio? ¡Qué horror, Santísima Virgen! —dice santiguándose.

—¿Dónde estuvo Lidia anoche? —pregunta Morris directamente.

—Mi nieta había quedado con Clara para ir al cine, las dos se han hecho muy amigas este último año —explica con una sonrisa—. Se han ayudado mucho.

—Estamos al tanto de que eran buenas amigas —contesta Medina.

—Mi nieta está en pleno proceso de divorcio, y ella…, bueno, la vida de mi nieta ha sido difícil desde bien pequeña. —Se queda en silencio, los inspectores se miran—. Nuestra vida ha sido difícil en general —asegura Caterina.

—¿Recuerda a qué hora llegó a casa? —pregunta con tono serio Morris. Su compañero le da con la rodilla, y la regaña con la cabeza por ser tan brusca con sus preguntas.

—Señora Quirán, disculpe que hayamos irrumpido así en su hogar —empieza a decir dulcemente el inspector Medina—. Pero las circunstancias
que rodean la muerte de Clara son, por decirlo de alguna manera, bastante extrañas y lo único que necesitamos es hacerle unas preguntas a su nieta.

—Verá, es que… —empieza a excusarse Caterina.

—No queremos molestarlas —se adelanta Medina—. Solo queremos aclarar qué ha podido pasar.

—Mi nieta no va a poder decir nada.

—Bueno, si se niega a colaborar —empieza a decir Morris—, sería obstrucción a…

Gabriel le vuelve a dar un rodillazo.

—Señora… —La anciana se queda mirando a la inspectora—. Usted no lo entiende.

—Explíqueme, tengo la mente bastante abierta —replica Morris con un tono mucho más amable: necesitan avanzar en este caso, pero también necesitan que Caterina esté de su parte.

—Mi nieta está en plena crisis, tras los sucesos de anoche.

—¿Qué sucesos? —pregunta Morris.

—La muerte de Clara —dice como si fuera algo lógico.

—Señora Caterina, necesitamos que nos explique que es lo que su nieta sabe.

—Acompáñenme a su habitación. —Caterina suspira, se pone con
dificultad de pie—. Es la única manera que entiendan de lo que les hablo.

Los tres se dirigen a un pequeño ascensor que hay situado al final de la estancia por el que la señora Caterina sube al piso superior. Caterina se para en la puerta de entrada de la habitación de su nieta.

Toca tres veces con los nudillos.

—Querida, vamos a pasar —susurra cariñosamente—. Estoy con dos
inspectores que quieren hablar contigo.

No se escucha absolutamente nada en el interior de la habitación. La señora Quirán abre la

puerta muy despacio y allí, en mitad de la cama, está Lidia abrazada a sus propias rodillas, balanceándose de atrás hacia delante, con los ojos rojos, y la cara llena de rímel.

—Han vuelto, han vuelto, no, no —repite una y otra vez.

—Señorita Lidia, ¿podemos hablar con usted un momento? —quiere saber Morris entrando con cautela.

Gabriel se acerca a la chica, se sitúa frente a ella, le pasa la mano por delante de los ojos, pero Lidia ni se inmuta, ella sigue con su balanceo como si frente a ella no hubiera nadie.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Morris.

—Está en plena crisis, inspectora —explica la abuela de Lidia—. Es lo que trato de explicarles, ella ahora mismo no puede decir nada, básicamente porque su cuerpo está aquí, con nosotros, pero su mente…, su mente no sabemos dónde está.

—Pero, ¿por qué? —Morris se acerca a Lidia.

La abuela aprieta los labios y una pequeña lágrima resbala por su mejilla. Se da la vuelta y sale de la habitación. Medina al darse cuenta toca el brazo de su compañera y la insta a salir.

Los tres bajan al salón, allí se encuentran que el té ya está preparado, se sientan sin decir una palabra.

—Hace treinta años hubo tres ataques —comienza a relatar Caterina—. Mi hija, la madre de Lidia, fue una de las víctimas. La encontraron muerta en el parque, a los pies de un árbol, junto a ella estaba Lidia en crisis, tal y

como está ahora mismo.

—¿Qué ocurrió? —quiere saber la inspectora.

—Nadie lo supo, mi hija tenía todo su cuerpo lleno de heridas y la ropa estaba totalmente destrozada. —Los inspectores se miran incrédulos—. Lidia no recuerda nada de ese día, pero lo más curioso es que ella no tenía ni un solo rasguño.

—¿Nada? —pregunta Morris.

—Absolutamente nada.

—Puede ser que se resguardara durante el ataque —racionaliza la inspectora.

—No lo sé, señora Morris.

—¿Qué le dijeron durante la investigación? —quiere saber.

—Nada —contesta.

—¿Recuerda el nombre del inspector que llevó el caso?

—¡Uy! Apenas puedo recordar qué cené anoche. Solo recuerdo que fue un hombre, y que hubo dos muertes más, dos mujeres encontradas en las mismas circunstancias que mi hija. El caso quedó sin resolver, y jamás encontraron al agresor o agresores. —La anciana se mira las manos, muy pensativa, está recordando uno de los peores momentos de su vida. Levanta la vista y su rostro está inundado de dolor.

—Señora Quirán, lo sentimos muchísimo, no queremos perturbarla más, ha sido de gran ayuda. —Los inspectores se levantan—. Si usted o su nieta recuerdan algo más, por favor, háganoslo saber —dice Morris entregándole una tarjeta de visita.

—Inspectora…

—Dígame, señora Quirán.

—Tenga mucho cuidado.

CAPÍTULO 8

Carmen Dasilva y Ángel Bastida están enfrascados entre pilas de documentos en la sala número dos de la comisaría.

—Hola —dice Morris, entrando por la puerta con un par de bolsas de comida mexicana y una sonrisa.

—Ostras, ¡cómo te lo curras, jefa! —exclama Bastida.

—Venga, comamos algo mientras nos explicáis qué habéis averiguado —sugiere Medina, apartando de la mesa la pila de archivos y sustituyéndolos por los recipientes de cartón de la comida preparada.

—La verdad es que ahora que huelo la comida me doy cuenta de que estoy hambrienta —dice la agente Carmen Dasilva.

Carmen es la agente encargada de los delitos de menores, hace su papel estupendamente, ya que con su casi metro noventa y su cuerpo de atleta prácticamente ningún menor se atreve a rechistar. La habían asignado al departamento de homicidios momentáneamente hasta que el compañero de Bastida volviera de su baja por paternidad.

—¿Qué has averiguado del marido? —quiere saber Medina.

—Sinceramente, Gabriel —empieza a decir Carmen—, nada inusual: el marido de Eleanor se llama Jorge Roca y es un empresario de prestigio en la ciudad, deportista, sin ninguna multa de tráfico, un ciudadano ejemplar
que ha llegado hasta donde está escalando a base de trabajo duro.

—¿Familia? —pregunta el inspector.

—Aquí es donde la cosa se enrevesa un poco —interviene Ángel. Morris entrecierra los ojos mirando.

—El padre de Eleanor es William Miller y…

—¿William Miller, el secretario de defensa de Estados Unidos? —pregunta Medina con la boca abierta.

—El mismo —contesta Ángel.

—Morris no te equivocabas cuando decías que teníamos a los Estados Unidos metidos directamente en nuestro «ojete» —declara Medina abriendo uno de los recipientes de comida.

—Continúa, Ángel —pide Morris.

—Por lo que nos ha contado Jorge Roca, la familia de Eleanor no está muy unida; ella tiene una hermana que vive en Australia, trabaja para el estado en un laboratorio, pero no nos ha sabido explicar en qué trabaja exactamente.

—¿La familia de ella viene para aquí? —quiere saber Morris.

—No, me ha dicho Jorge que en el testamento está especificado que, si ella muere, no quiere que avisen a nadie de su familia —aclara Ángel.

—¿A nadie? —pregunta Medina.

—A nadie —repite.

—Ella se cambió el apellido por el de su abuela para que no pudieran localizarla —puntualiza Carmen.

—William y su esposa imagino que serán fáciles de rastrear —dice Morris—. Carmen intenta averiguar dónde han estado ellos y su hermana

en las últimas cuarenta y ocho horas, por favor.

—Claro, jefa.

—¿Crees que han podido tener algo que ver?

—Llegados a este punto no podemos descartar absolutamente nada.

—El secretario de los Estados Unidos… —susurra Medina pensativo.

—De Clara, ¿sabemos algo? —pregunta Morris mirando el teléfono que no deja de vibrar—. Disculpad, vuelvo enseguida.

Se levanta, sale de la sala y se pone el móvil en la oreja:

—Hola, amor —dice la seductora voz de Luca al otro lado del teléfono.

—Vuelve ya, te necesito —contesta Morris.

—Pasado mañana por la noche estoy con *vos*, ¿todo bien?

—No muy bien —contesta ella.

—¿Qué sucede?

—Ha habido dos asesinatos y…

—¿Dos? —interrumpe perplejo Luca.

—Sí, dos mujeres han sido halladas muertas… —Se queda en silencio—. No te puedo contar mucho más porque el caso está…

—¿*Vos* te *encontrás* bien? —quiere saber él.

—Sí, un poco agobiada porque tengo al alcalde y al comisario nerviosos y…

—¿Creen que han sido asesinadas?

—Amor… —lo regaña ella.

—Ya sé, ya sé que no *podés* decirme nada, solo me preocupo por *vos*. ¿*Podés* estar en peligro?

—No, Luca, no te preocupes por eso, yo estoy bien. ¿Te recojo en el aeropuerto? —cambia de tema.

—No hace falta, me tomo un taxi. ¿Qué *llevás* puesto ahora, señora inspectora? —pregunta con su voz seductora.

—Luca —vuelve a regañarlo, pero no puede evitar sonrojarse.

—*Dale*, amor, te extraño mucho, solo *decime*… —insiste él. Morris nota cómo las mejillas se ponen calientes, hay una especie de interruptor que se enciende dentro de ella cuando él le susurra con esa voz.

Traga saliva y se recompone.

—Hablamos esta noche, Luca.

—*Dale*, esta noche jugamos —contesta él. Ella coge aire y sin contestar cuelga.

—Es incorregible —dice en voz alta antes de volver a entrar en la sala.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta.

—¿Todo bien? —quiere saber Medina.

—Sí, sí —sonríe.

—Clara —empieza a explicar Carmen—: Es una mujer separada y sin hijos. Su hermana vive en un pueblo del interior y debe estar al llegar, está muy afectada, y culpa directamente al exmarido.

—¿Por qué? —quiere saber Medina.

—Según ella, el exmarido, llamado… —Carmen rebusca entre unos papeles— Pedro Lino, se paseaba con sus amantes como si nada por todo el pueblo, hasta que Clara se cansó, se separó y se trasladó aquí.

—¿Y dónde está el problema? —quiere saber Medina levantando las manos sin entender.

—Por lo visto este tal Pedro se negaba a firmar los papeles del divorcio, cuando Clara se puso

firme, él intentó una y otra vez volver a conquistarla, hasta que una noche se emborrachó tanto que intentó atacar a Clara. Hay un parte de intento de agresión —explica al mismo tiempo que le hace entrega del documento a Morris.

—Ni contigo ni sin ti, él tiene perfil de maltratador, pero nada que ver con este caso, creo —espeta Morris.

—¿Vosotros habéis averiguado algo? —pregunta Ángel.

—Sí —contesta Morris—. De hecho, necesito bajar al archivo para intentar localizar los casos sin resolver de hace treinta años, porque la doctora Díaz nos explicó que ella ya había visto esas heridas.

—¿Qué dices, Morris? —exclama Ángel.

—Díaz nos explicó que hubo tres asesinatos ocurridos hace unos treinta años, no recuerda muy bien los casos porque estaba de prácticas —empieza a narrar Morris—. De lo que sí está segura es de que las heridas de las víctimas eran exactamente iguales a las que se han encontrado en el cuerpo de Eleanor.

—Y las que tiene Clara, la última víctima, son idénticas también —añade Medina.

—¿Estamos hablando de un asesino en serie o un imitador? —pregunta Carmen.

—No lo sabemos —se sincera Morris–. Pero tengo la corazonada de que debemos seguir por ahí.

—¿Por dónde crees que debemos seguir nosotros? —pregunta el agente Bastida.

—Vosotros intentad localizar a la familia de Eleanor sin que se enteren, y llama a los agentes Lorente y Carratalá, los necesitamos —ordena Morris.

—Creo que están en medio de un caso de prostitución —recuerda Ángel

—Los necesito, Bastida, diles que entrevisten a la hermana de Clara cuando llegue, que le saquen toda la información que puedan, ellos son buenos en interrogatorios.

—¿Y qué hay de la familia de Lidia? —pregunta Medina.

—Tenemos muchos frentes abiertos, jefa —exclama Carmen con una sonrisa algo temerosa.

—Vamos paso a paso —contesta ella cogiendo aire—. Mantenedme informada.

CAPÍTULO 9

Los inspectores entran en la sala de archivos, tras el cristal está sentado rellenando unos papeles un agente de policía de unos cuarenta años, lleva remangada la camisa y unos hilos de sudor se aprecian en su sien.

—Buenos días —saluda Medina dando pequeños golpes en el cristal. El agente levanta la vista de inmediato y sonríe al verlos.

—Buenos días, inspectores, ¿qué los trae por aquí? —pregunta abriendo la ventana de cristal que lo separa del exterior.

—Buscamos información sobre un caso de hace treinta años, y necesitaríamos… —explica Camila.

—¿Treinta años? En esa época no se documentaba prácticamente nada, inspectora. ¿Sabe quién llevó el caso?

—No, estamos siguiendo una pista que nos ha llevado hasta aquí —aclara Gabriel.

—Es importante, agente, tres víctimas murieron y el caso quedó sin resolver —ruega Morris con una sonrisa.

—De acuerdo, inspectora, a lo largo de la mañana intentaré buscar información, pero no prometo nada. Además, mi turno acaba a las tres —
sentencia el agente.

—Gracias, cualquier pista, cualquier documento será de gran ayuda.

—Lo tendré en cuenta.

Entran en la morgue, la doctora está enfrascada lavando a conciencia a la segunda víctima. La primera se halla completamente desnuda a la izquierda de la sala, las heridas empiezan a tomar un color morado.

—¡Oh! ¡Qué bien que hayáis venido! —exclama nada más verlos entrar—. Acercaos, quiero que veáis algo. Son heridas punzantes pequeñas con una separación de medio centímetro aproximadamente, con lo que el animal o animales en cuestión, no superan los diez centímetros.

—¿Entonces estamos frente a un ataque animal seguro? —repite Medina mirando a Morris que está observando el cuerpo sin decir nada.

—Yo diría multitud de animales porque las heridas están realizadas casi en el mismo momento.

—Esto reduce mucho la búsqueda —asegura Medina.

—Entonces, Díaz —interviene en ese momento Morris sin mirarla. No puede dejar de mirar las heridas—, ¿nos estás confirmando que es imposible que esto sea fruto de un solo animal?

—Al noventa y nueve por ciento, sí.

—¿Qué animal mide diez centímetros? —pregunta en voz alta Gabriel, hablándole a su móvil. Morris levanta la vista.

—¿Qué te dice el «señor Google»?

—Top de los diez animales más pequeños del mundo —empieza a leer Gabriel—. La rana paedophryne.

—Las ranas no atacan de esa manera, Gabi.

—La carpa descartada, el jaragua, no sé ni lo que es…

—Es como una especie de lagartija —explica Díaz.

—El murciélago, nariz de cerdo, eso lo veo más factible, tiene colmillos.

—Hasta donde yo tengo entendido, no son agresivos —dice Morris.

—Luego está la musaraña, la rana de monte y el caballito de mar.

—¿Ataque de musaraña? Lo dudo por el tipo de mordisco —explica Díaz con contundencia.

—¿Cuántos mordiscos tiene? —pregunta curiosa la inspectora.

—Bueno, eso es otra cosa que os quería comentar. Ambas víctimas tienen más de trescientas heridas.

—¡Trescientas! —exclama Gabriel levantando los brazos—. Eso es una brutalidad.

—Pues no he acabado, hay otra cosa más. No hemos hallado restos de veneno en ninguno de los análisis de sangre. Y bueno…

—¿Qué?

—Ambas víctimas habían perdido una importante cantidad de sangre, pero en ningún caso para que tuvieran un fallo multiorgánico —explica.

—¿Tienes alguna teoría, Natalia?

—No es concluyente, y por eso no puedo añadirlo al informe de la autopsia, pero hay una sustancia en su sangre que no logramos averiguar, es como si fuera una sustancia nueva.

—¿Una droga nueva? —sugiere la inspectora.

—No tengo respuesta a esa pregunta.

—El olor amargo que nos dijo el runner —añade Medina.

—¿La sustancia que no lográis detectar está en ambas víctimas? —insiste Morris.

—Sí, en la primera víctima en menor cantidad; sin embargo, en Clara
hay mucha más cantidad, lamentablemente nuestro laboratorio no es capaz de averiguar qué es, y los recursos que tenemos llegan hasta donde llegan.

—Puedo hablar con el comisario y enviar las pruebas al laboratorio principal de Madrid —asegura Morris.

—Eso nos sería de gran ayuda.

—Hoy en día hay mucho tráfico de animales, puede ser que sea una especie traída de algún país de a saber dónde y que se hayan multiplicado.

—Puede ser una teoría, Medina —afirma la doctora Díaz.

—Has dicho que las víctimas habían perdido mucha sangre —dice Morris—. Sin embargo, en ninguno de los dos escenarios del crimen había restos de sangre.

—Es posible que esas cosas que las atacaron no solo las mordieran, sino que también les chuparan la sangre, inyectándoles al mismo tiempo alguna clase de veneno —explica Díaz.

—Pero, trescientas heridas supondrían un ataque de cientos —duda la inspectora.

Díaz la mira y asiente con la cabeza.

—Cientos… —dice en voz alta el inspector Medina—. ¿De qué, Camila? ¿De ranas? ¿De murciélagos? ¿De musarañas? Esto no tiene sentido, lo mires por donde lo mires.

—Todo es muy extraño, dos víctimas con apenas horas de diferencia, ambas con signos de mordeduras como de un ataque masivo de a saber qué, con poca sangre y una sustancia sin identificar en su organismo y una chica en estado de shock —las palabras de la inspectora salen atropelladamente.

—¿Una chica en shock? —pregunta la doctora.

—Sí, Lidia, la amiga de la segunda víctima, está en shock.. Además de
ser la hija de una de las víctimas de los asesinatos de hace treinta años.

—¡Oh! —exclama la doctora—. Recuerdo a esa niña, ha estado de

psiquiatra en psiquiatra desde que pasó…

—¿Qué pasa, Natalia? —quiere saber Medina.

—Ahora que lo decís, recuerdo que la niña dijo que unos pájaros las atacaron, es lo único que le lograron sacar, la pobre cría tenía unas pesadillas terribles.

—¿Unos pájaros? Pues ya tenemos algo de donde tirar —asegura Gabriel.

—Llama al centro de recuperación de aves, y que te digan todo lo que sepan sobre aves invasoras de un tamaño de diez centímetros, y si se ha reportado algún caso en los últimos meses, por favor —le pide Morris.

—Voy —contesta Gabriel, al mismo tiempo que sale por la puerta con el móvil ya en la oreja.

—Díaz, por casualidad, ¿recuerdas quién llevó el caso?

—El inspector Garza, pero falleció hace ya cinco años. Recuerdo que quedó marcado por estos crímenes. No pudo resolverlos y eso lo torturaba día y noche.

—¿Alguna cosa más que creas que debamos saber? ¿Algo más que recuerdes? —La doctora niega con la cabeza.

—Gracias, Díaz, por favor, cualquier cosa…

—Te informo.

Sale de la morgue y allí está Medina acabando de hablar por teléfono.

—Vayamos al archivo de nuevo, ya tenemos por dónde empezar.

—¿Qué has averiguado?

—Díaz dice que el inspector que llevó el caso se llamaba Garza.

—¡Estupendo!

—¿Te han dicho algo en el centro de recuperación de aves?

—Nada, me han dicho que las aves de ese tamaño no atacan. Son las aves que superan los cuarenta o cincuenta centímetros, como el quebrantahuesos o una simple gaviota, las que atacan, así que por ahí estamos perdidos.

—¿Quebrantahuesos?

—Sí, por lo visto, se comen la médula espinal de los animales.

—¡Puaj!

—En definitiva, las aves de unos diez centímetros —mira su móvil— son el colibrí, el jergón, el pardalote o el jilguero, son los pájaros más comunes de la zona, pero inofensivos, Camila.

—Maldita sea, estamos como al principio.

—Ataque de pájaros asesinos descartado entonces —dice haciendo una cruz imaginaria en el aire.

—¡Medina! —lo regaña Morris.

—Un poco de humor —replica abriéndole la puerta del registro.

—Inspectora Morris —saluda el agente del registro con una sonrisa cómplice nada más verlos llegar.

—Por su cara ha encontrado algo —contesta ella con una sonrisa.

—Creo que sí.

—Fantástico.

—No se lo van a creer. He encontrado tres carpetas con la referencia «Asesinatos sin resolver» de los inspectores, Garza y Urriaga.

—Son los casos, Camila —exclama Gabriel acercándose.

—Por lo visto asesinaron a tres mujeres —continúa explicando el agente del archivo, excesivamente emocionado y sin soltar las carpetas—. Pero hay más…, no se lo van a creer, nadie vio ni escuchó nada, en ningún

caso hubo testigos, precisamente por eso quedaron sin resolver.

—Gracias, agente, nos llevamos las tres carpetas —dice Medina.

—Claro, disculpe, señor.

—Nos has sido de gran ayuda —contesta Morris sonriendo.

—Un placer ayudarla, inspectora. He visto el caso en las noticias.

—Las carpetas, agente —insiste Gabriel.

—Claro, inspector, disculpe. Firme aquí y aquí —pide al mismo tiempo que le entrega un formulario y un bolígrafo, y después las carpetas.

—Agente, no hace falta que le diga que esta información es secreta, no puede filtrar absolutamente nada —recalca Morris mirándolo a los ojos.

—Descuide, soy una tumba —contesta este haciendo el gesto de sellarse los labios.

Los inspectores se instalan dos pisos más arriba en una de las salas de investigación; pasan prácticamente el resto del día separando pruebas, pistas, informes y fotos de los asesinatos sin resolver que han encontrado en el registro.

—Bien, Gabriel —dice Morris de golpe mirando su reloj—. Mañana podríamos ir a visitar a Urriaga y que nos cuente qué recuerda, él era el segundo al mando de la investigación. Y, la verdad, aquí no creo que vayamos a encontrar nada nuevo, es más de lo mismo. Fichas de cada víctima, atacadas por supuestos animales, las víctimas muertas casi en el acto, y una única superviviente que…

—Que no puede decir mucho —acaba la frase Medina.

—O no quiere, o no quiere —replica ella mirando el documento.

—¿Tú crees? Estaba en shock, Morris, tú la viste.

—Ella recuerda algo, su abuela dijo que decía que habían vuelto…

—¿Está Luca en la ciudad? —pregunta de golpe su compañero.

—No, llega mañana, ¿por qué?

—Han abierto un restaurante tailandés en el centro, ¿te hace?

—No sé, Gabi, estoy agotada, me apetece una ducha y dormir.

—Cenar tendrás que cenar, ¿no? —insiste.

—Sí, pero no quiero que… —La puerta de la sala se abre de golpe y la cabeza de Carmen asoma sonriente.

—¿Se puede?

—Adelante, cuéntanos qué habéis averiguado —la invita Medina.

—Los chicos se han ido ya para casa, este caso los tiene bastante inquietos. —Entra en la sala y se sienta en una de las sillas libres.

—Claro, Carmen —contesta la inspectora.

—Aquí está la declaración de la hermana de la segunda víctima, Clara. —Carmen les hace entrega de los informes—. Sigue inculpando al exmarido, insiste en que tiene trapicheos extraños y nos pide que lo investiguemos. En alguna ocasión, su hermana, con alguna copa de más le confesó que su marido tiene una parte oscura, como si formara parte de una banda o algo así.

—¿Una banda? —interrumpe Morris.

—Sí, por lo visto una vez al año o cada dos años no lo recuerda muy bien, hace un viaje para encontrarse con ese grupo —explica Carmen, al mismo tiempo que Morris y Medina se miran algo extrañados.

—¿Sabemos cómo se llama esa… banda? —pregunta Medina.

—No tiene ni idea, solo recuerda que a Clara le daban pánico esos viajes y que a su vuelta se pasaba días metida en la cama con medicación hasta que, de golpe, sin más, un día estaba bien.

—¿Dónde viajaban? —pregunta Medina.

—No lo sabe, jamás se lo decían.

—¿No preguntaba nada de los viajes? ¿No pedía fotos de ellos? Es todo muy extraño —dice Morris moviendo la cabeza.

—No les sacaban palabra alguna, la hermana no dejaba de repetir lo oscuro que es su cuñado —contesta Carmen.

—Que Lorente y Carratalá lo interroguen mañana, por favor.

—Vale.

—¿Habéis averiguado algo de la familia de Eleanor?

—Lo he dejado para el final —dice Carmen abriendo la carpeta—. El señor William Miller ha anulado todos sus actos sociales de esta semana y se ha marchado a una casa que tiene en Argentina.

—¿Argentina? —exclaman al mismo tiempo Morris y Medina.

—No sabemos a qué parte, porque eso es confidencial, pero hay más….

—Suéltalo ya, Carmen, que nos va a dar un infarto —exclama Medina, Carmen sonríe.

—¿Sabéis quién ha pedido una excedencia y está viajando exactamente en este preciso momento hacia Argentina?

—No puede ser —exclama Morris abriendo los ojos.

—Sí —afirma Carmen —. Aquí hay gato encerrado, jefa.

—¿Quién? —pregunta Medina—. Que me tenéis en ascuas.

—La hermana, Medina, la hermana.

—¡Hostia!

—He hablado con Jorge, el marido de Eleanor para saber si la familia se había puesto en contacto con él, y me ha dicho que no, que en teoría nadie de su familia sabía que estaban viviendo en Alicante.

—¿Ni la hermana? —pregunta Medina—. No me lo creo.

—He visto infinidad de casos de familias que no se hablan durante años o décadas, Medina.

—Jamás te puedes enfadar con una hermana —replica bruscamente.

Carmen y Morris se miran algo sorprendidas.

—Mañana intentaremos averiguar dónde se alojan los Miller en Argentina.

—Gracias, Carmen, vete a descansar —Morris sonríe y cierra las carpetas.

—Hasta mañana. —Carmen sale de la sala y Morris y Medina se quedan varios minutos en silencio con la mirada perdida.

—Venga, te invito a cenar —suelta de golpe Medina con una sonrisa.

—Yo pago las birras. —Morris se levanta y le guiña un ojo.

—Nos irá bien despejar la cabeza.

—Sí, mañana tenemos que encontrar algo, si no el comisario…

—Camila, hasta mañana queda terminantemente prohibido hablar del caso. —Gabriel la mira muy serio.

Morris menea la cabeza, coge su bolso y sale por la puerta sin decir una palabra.

—Venga, ¿no me ibas a invitar a cenar? —Se gira mirando a su compañero.

CAPÍTULO 10

—Mierda —dice buscando el móvil dentro de su bolso, ayer se le olvidó devolverle la llamada a Luca: justo cuando él llamó, estaba cenando con Gabi y lo cierto es que le apetecía desconectar, y su compañero, con un par de margaritas de más, lograba hacerla reír hasta tal punto que los dos se quedaban sin respiración.

El teléfono de Luca dio dos tonos y contestó un Luca con voz monocorde.

—Buen día.

—Buenos días, amor —contesta Morris—. Perdona, ayer acabamos muy tarde de trabajar y…

—Ya… —la interrumpe Luca de mala gana.

—Perdona de verdad, te lo compensaré —insiste ella.

Se hace un pequeño silencio.

—¿Me *invitás* a cenar cuando llegue? —dice finalmente Luca con la voz sensual que lo caracteriza.

—Claro, ¿qué te apetece?

—He leído que han abierto un restaurante tailandés, es tu oportunidad para probar la comida tailandesa —contesta. Morris pone los ojos en blanco, no se lo puede creer.

—Me parece una idea fantástica —contesta finalmente con la mejor voz que puede poner.

—No parece que te agrade mucho la idea.

—Sí, sí, amor, es solo que estoy ya en «modo inspectora» —se disculpa.

—¿Han avanzado algo? —quiere saber él. Aunque sabe que Morris jamás le cuenta absolutamente nada de sus casos, él siempre insiste.

—Por el momento nada, son dos casos muy extraños —confiesa ella.

—Vos *sos* especialista en casos raros, amor —susurra Luca.

—No tanto, este caso me tiene realmente descolocada. —Morris nota una vibración en el móvil, lo mira y lee un mensaje de Gabi:

Medina: Saliendo para casa de Urriaga

—Luca, tengo que dejarte, luego hablamos.

—Te amo, *masita*.

—Yo más —contesta ella con una sonrisa en los labios.

Morris aparca el coche justo detrás del Citroën blanco de su compañero. Urriaga vive en una modesta casita a las afueras.

Los inspectores tocan el timbre. Un par de minutos después, el inspector Urriaga abre la puerta con ropa de deporte y unas gafas de pasta en la mano.

—¡Buenos días! ¿Inspector Urriaga? —pregunta Morris.

—¡Uy! ¿Inspector?, de eso hace ya años, ahora soy Pedro a secas —contesta con una afable sonrisa.

—Somos los inspectores Morris y Medina, queríamos hacerle unas preguntas sobre unos asesinatos que quedaron sin resolver. Son de hace treinta años, ¿podemos pasar? —pregunta Morris.

—Lo he visto en las noticias, está volviendo a pasar, ¿verdad? —quiere saber.

—No lo sabemos, pero usted igual nos puede ayudar —contesta Morris.

—Pasen, pasen.

—El comisario tiene que estar… —le dice Medina a Morris haciendo aspavientos con las manos. Ella se saca el teléfono y le muestra tres llamadas perdidas.

—¿No se lo has cogido? —pregunta abriendo la boca.

—¿Y qué le digo?

Entran en la casa de Pedro Urriaga, una casita de dos plantas modesta. La planta baja es básicamente un amplio salón-comedor con cocina abierta, los muebles son de estilo rústico, y a la izquierda hay un pasillo que parece dar a varias habitaciones.

—Siéntense, ¿desean tomar un café?

—Yo no, muchas gracias —se adelanta a decir Morris, ya está totalmente concentrada en las preguntas que le quiere hacer.

—Yo estoy servido —contesta Medina.

—Muy bien. —Pedro se sienta frente a ellos en el salón.

—Gracias por atendernos sin avisar —empieza Morris.

—No hay de qué —la sonrisa de Pedro se nota que es forzada, traga saliva—. ¿Han hallado dos cuerpos en las mismas circunstancias que los que encontramos hace treinta años?

—Eso parece —contesta Gabriel—. La primera víctima en el parque,
la segunda en la escuela, ambas…

—Pues os falta la tercera —interrumpe Pedro Urriaga removiéndose inquieto en el sillón.

—¿Tercera? —pregunta Morris.

—Siempre son tres —confirma.

—¿Qué quiere decir con «siempre»?

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde se sienta más cómodo, Pedro —lo anima Morris apretando los labios en un claro gesto de nerviosismo.

—Nunca olvidaré ese maldito caso, y cómo cambió al inspector Garza, lo volvió huraño, cascarrabias, hasta el punto de que no me quedó más remedio que pedir el cambio de compañero. —Se queda en silencio por un momento, parece que está rememorando esos momentos, y Morris y Medina esperan pacientemente—. Él no me lo perdonó nunca, y eso es algo que ahora me atormenta muchas noches, porque lo dejé solo.

—¿Por qué este caso lo afectó tanto? A lo largo de treinta años, seguro que hubo más casos que quedaron sin resolver —dice Morris.

—Muy sencillo, inspectora, porque no pudo salvar a la última víctima, llegó a tiempo, pero no pudo hacer nada.

—¿Qué quiere decir con que «no pudo hacer nada»? —pregunta confuso Medina.

—Presenció el último crimen —contesta Urriaga.

—¿Qué? —exclama Morris—. Esa información no está registrada en ningún sitio, en el informe de la última víctima pone que el inspector Garza fue el primero en llegar al lugar de los hechos porque estaba siguiendo una pista y al llegar ya…

—Bueno, la realidad es… —interrumpe el exinspector.

—¿Qué? —exige saber Morris, que está ya sentada al borde del sofá.

—«A toro pasado», ya no creo que afecte a nadie… —se encoge de hombros Pedro Urriaga.

—Continúe, por favor —pide Medina.

—Se ocultó el hecho de que Garza y la última víctima tenían una aventura, y la realidad es…

—Urriaga calla.

—¿Qué realidad? Prosiga, por favor, es importante —lo insta a seguir Medina, mientras Morris tiene la cara desencajada y aprieta con fuerza el bolígrafo.

—La realidad fue que el inspector Garza…; Luis y María estaban paseando por el parque cuando fueron atacados por…, no me van a creer, pero fueron atacados por una horda de murciélagos. Lo extraño viene en esta parte de la historia, porque únicamente atacaron a María. Luis no pudo quitárselos de encima, se la comieron delante de él.

Los inspectores Morris y Medina se quedan boquiabiertos, sin palabras, mirando a Urriaga.

—Me llamó absolutamente histérico, casi no entendía lo que me decía, y me personé de inmediato en el parque. Él estaba junto al cuerpo de María, que estaba destrozada a picotazos, y de nuevo, como las anteriores víctimas, sin apenas sangre en sus venas. Luis, sin embargo, no tenía ni un solo rasguño.

—Disculpe, Pedro —interviene Morris—. No entiendo una cosa: si él no pudo hacer nada, no fue su culpa, ¿por qué no se reflejó lo que pasó en el informe policial?

—Porque Luis estaba casado con la hija del comisario, hubiera sido un auténtico escándalo, inspectora. Los tiempos han cambiado, ahora la gente se casa y se separa, y no pasa absolutamente nada. Hace treinta años Luis
tenía dos niños pequeños, su mujer era la hija de un alto cargo…, créame cuando le digo que hubiera sido terrible decir la verdad.

—¡Oh, vaya! Pero… —interrumpe Morris.

—Inspectora, hubiera sido el fin de Luis, y sin duda alguna también del
comisario. Era un hombre temperamental, de ideas… bueno, digamos algo «arcaicas», estoy completamente seguro de que lo hubiera matado si se llega a enterar de la verdad.

—Dice que la última víctima —Medina mira su bloc de notas—: María, fue atacada por una horda de murciélagos, ¿encontraron el nido?

—Nada en absoluto, eso es exactamente lo que encontramos, nada —recalcando la palabra, «nada» con las manos—. Rastreamos hasta el último árbol, arbusto o hueco de la zona sin éxito. Incluso subimos a las montañas e inspeccionamos cada cueva, cada rincón, pero seguíamos a ciegas, ni rastro, nunca dimos con ellos. Al año, el propio comisario cerró el caso.

—¿Cerró el caso sin más? —pregunta algo perpleja Morris.

—Necesitaba «cerrar página», que la ciudad volviera a la rutina, los ciudadanos tenían miedo.

—Entendible —afirma Medina.

—Pero nosotros dos seguimos buscando, hasta el punto de que para Luis pasó a ser una obsesión. No tenía descanso, dejaba de lado otros casos para seguir investigando, buscando sobre lo ya buscado, era un sinsentido y decidí pedir el cambio de compañero.

—Normal, Pedro —lo alienta Morris.

—Para él no, no me lo perdonó en la vida.

—Pero, hay algo que no entiendo, hubo otra testigo, Lidia, la hija de la segunda víctima. ¿Llegaron a hablar con ella? Porque tengo entendido que estuvo de psiquiatra en psiquiatra.

—Sí, Lidia tendría seis o siete años cuando pasó. Fuimos a verla en varias ocasiones, pero no sabemos por qué la niña no recordaba nada, solo miraba al infinito y se balanceaba. Hubo una ocasión en la que Luis le dijo que él también había visto a los bichos, y ella se lo quedó mirando y dijo:
«No van a volver, se han marchado». Después de esas palabras no conseguimos sacarle nada más.

—¿Qué llevaba puesto María? —pregunta de golpe Morris.

—No lo recuerdo bien, pero imagino que un vestido y un chaquetón, estaba empezando a refrescar —recuerda Urriaga.

—¿Llevaba zapatos de tacón? —insiste Morris.

—Mmmm… —Se queda pensando—. Ahora que lo dice, sí, no le sabría decir el color, pero llevaba zapatos altos, lo recuerdo porque se rompió un tobillo en el ataque, uno de los tacones se le metió en la hierba y la hizo caer al suelo.

—Vale —Morris asiente con la cabeza.

—¿Qué ocurre, Camila? —Gabriel la mira, sabe que ha encontrado una conexión.

—Todas las víctimas son mujeres y todas llevaban tacones, tacones altos, Gabriel.

—¿Quizás eso sea lo que atraiga a los murciélagos? —Medina piensa en voz alta.

—Hay algo más que creo que deben saber —dice de golpe Pedro Urriaga muy serio.

—Somos todo oídos —contesta Morris.

—En una de las excursiones a la montaña, en busca de los malditos murciélagos, nos encontramos una casa pequeña, fabricada con tablones de madera. En ella vivía un ermitaño, llevaba viviendo allí desde que tenía
memoria, nos explicó que un grupo de hombres había asesinado a su hermana cuando él era tan solo un crío, que lo obligaron a presenciarlo.

—¿Un grupo de hombres? —Morris no entiende nada, pero Urriaga levanta la mano para que espere.

—Nos relató cómo un grupo de hombres con antifaces habían asesinado a tres mujeres, una de ellas su hermana; él afirmaba que una horda de murciélagos se las comió vivas.

—¿Investigaron esos crímenes? —pregunta Gabriel.

—No encontramos nada al respecto. Delirios de un loco.

—En los archivos tampoco está la declaración del ermitaño —asegura Morris con mala cara.

—No hubo declaración —contesta sin más.

—¿Por qué?

—Primero porque se negó a acompañarnos, también tratamos de investigar las fechas que el ermitaño recordaba, pero no logramos encontrar nada, y a la semana decidimos ir a interrogarlo de nuevo, pensando que quizás tras nuestra conversación se había acordado de algo.

—¿Y? —Medina está intrigadísimo.

—La cabaña estaba quemada y no encontramos ni rastro del ermitaño.

—Bueno, esto ya parece una película de terror. —Morris se echa hacia atrás en el sofá—. Por un lado, tenemos a una colonia de murciélagos que sale cada cierto año para alimentarse de humanos, y por otro, un grupo de hombres que… Eso es una locura —sentencia.

—Hay que buscar el patrón, Morris —sugiere Medina.

—Inspectora Morris, usted puede pensar lo que quiera, pero lo cierto es que es la tercera vez que se repite la historia, y en las dos veces anteriores fueron tres las víctimas —explica con calma Pedro Urriaga.

—¿Le da veracidad al testimonio del ermitaño? Nos acaba de decir que no encontraron nada y que eran delirios de un loco.

—El día que nos encontramos la cabaña quemada decidimos seguir investigando, evidentemente en secreto. —Se queda en silencio, toma aire
para continuar—. Encontramos el testimonio de un anciano que aseguraba que en el pueblo se contaba que el ermitaño había sido encontrado, siendo tan solo un niño, lleno de sangre en mitad del bosque, sin una sola herida.

—Pudo ser sangre de animal —dice la inspectora.

—Llevaba consigo una caja de madera, llena de murciélagos bebés.

—Oooh —acierta a decir Medina.

—No tuvimos pruebas, pero mis entrañas, inspectores… Mis entrañas me dicen que hay algo… Algo que no podemos explicar, pero que ataca cada cierto tiempo, y que tenemos… Bueno, tenéis todas las papeletas de que vuelva a atacar.

—Camila, Pedro tiene razón, todos los indicios indican que van a volver a atacar —dice Medina.

—Si no digo que no, pero me resulta muy difícil creer en cosas sobrenaturales, Gabriel, siempre hay una explicación detrás de cada acción. Pero en este caso… Me está costando encontrarla.

—Ojalá pudiera ayudaros más —finaliza Pedro.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Urriaga, ha sido de gran ayuda —contesta Medina.

—Espero sinceramente que lleguen a tiempo y puedan salvar a la tercera víctima —dice levantándose—. Los acompaño.

Al abrir la puerta se encuentran con dos furgonetas, un coche de las noticias y varios periodistas que salen corriendo en su dirección.

—¡Mierda! ¿Cómo narices se han enterado de que estábamos aquí?

—exclama cabreada Morris.

—Inspectores —una periodista rubia se acerca a toda prisa—, ¿es cierto que está volviendo a ocurrir? ¿Estamos en peligro?

—Sin comentarios —dice Morris. Mira de arriba abajo a la periodista y piensa: «con esos tacones, puede ser, querida».

—Dicen que falta otra víctima, ¿es cierto? —pregunta un chico joven con aspecto de haber salido ayer de la universidad.

—Muchas gracias a todos, pero no tenemos nada que decir, en cuanto sepamos algo nuestro gabinete se pondrá en contacto y haremos una rueda de prensa —informa Medina con su sonrisa encantadora.

Un mensaje llega al móvil de Morris:

Comisario: Vengan de inmediato a mi despacho.

—Medina, el comisario nos quiere ya en comisaría.

—Uffff.

CAPÍTULO 11

Algún lugar de Italia - año 1750

—Padre, ¿qué son? —quiere saber el pequeño Francesco.

—Liebres para comer, hemos tenido mucha suerte —contesta su padre alzando como un trofeo el animal que acaba de cazar.

—No, lo que vimos ayer —replica el niño.

—Hijo, no sé de qué me hablas. —El padre se lo queda mirando.

—El pájaro negro que vimos ayer noche.

—Aaah eso, son ratas voladoras.

Francesco se queda mirando a su padre, analizando sus palabras.

—No te acerques a ellas —lo advierte el padre mientras se ata a la cintura una de las liebres.

—¿Por qué? —quiere saber el niño curioso.

—Porque muerden.

—¿Por eso las espantaste anoche?

—Sí, con tan solo una mordedura de uno de ellos, la muerte estaría asegurada, hijo.

—Pues parecen inofensivos —insiste el niño.

—Eso es lo que el diablo quiere que creas. —El padre se lo queda mirando severamente.

—¿Son hijos del diablo?

—Algo así —contesta el padre y echa a andar hacia el camino de tierra para volver a casa.

—Padre, ¿usted ha visto alguna vez al diablo?

—Solo en sueños, hijo.

—¿Y da tanto miedo como dice el párroco? —El niño tiene que correr un poco para alcanzar a su padre que da zancadas muy largas.

—Más —contestó el padre—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—No sé, ¿está mal que me gusten esos pájaros negros, padre? —dice mirando al suelo avergonzado y encogiéndose de hombros. El padre se para en seco.

—Las serpientes y las ratas voladoras son animales del diablo y punto, ¿me has entendido? —Su padre se agacha para quedar a su misma altura.

—Está bien, padre, me alejaré de ellas.

—Prométeme que no te acercarás a ellas, Francesco —lo zarandea de los hombros.

—Vale, padre —contesta el niño cruzando los pies algo avergonzado.

—Eso espero, ¿no querrás darle un disgusto a madre, ¿no?

—No, padre.

—Con un hijo muerto en la guerra ya hemos tenido suficiente —escupe las palabras con rencor y tristeza.

—Lo siento, padre.

—Volvamos rápido a casa que está empezando a refrescar y tu madre debe estar preocupada.

CAPÍTULO 12

—¡A mi despacho los dos, rápido! —vocifera nervioso el comisario nada más verlos entrar.

—Enseguida, señor —dicen acelerando el paso, el comisario cierra la puerta del despacho tras ellos.

—Díganme que tienen avances en el caso, esto es una auténtica locura. Estoy recibiendo llamadas sin parar y…

—Señor, hemos averiguado que hace treinta años hubo tres ataques similares y que antes hubo otros tres ataques más.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con antes? —pregunta algo perplejo.

—Hemos ido a ver al exinspector Urriaga y nos ha contado que… —empieza a explicar Morris.

—Hubo un testigo de la última víctima, pero nunca quiso declarar por miedo —termina Gabriel la frase.

—¿Quién era ese testigo? —pregunta algo más calmado.

—No ha querido decirlo, señor, únicamente vio cómo una horda de murciélagos atacaba a María, la última víctima. Y hay más, señor… En una de las investigaciones se encontraron con un ermitaño que decía que cuarenta años atrás su hermana fue asesinada por hombres con antifaz y
ayudados por unos murciélagos.

—¿Se encontraron a los culpables?

—No, señor, es solamente un testimonio aislado, cuando fueron por segunda vez a visitarlo había desaparecido y su cabaña estaba quemada —explica Medina.

—Aseguraba que unos hombres encapuchados asesinaron a su hermana con murciélagos —recalca Morris.

—¿Me están diciendo que lo que le tengo que decir al alcalde y a la prensa es que estamos en una película de terror y que nos atacan murciélagos dirigidos por hombres con antifaz? —pregunta muy serio.

—Señor —dice Morris—, los hechos apuntan en esa dirección…; sé que suena inverosímil, incluso descabellado, yo dudo hasta de lo que me están contando, pero señor, los cuerpos del depósito, las marcas de mordiscos, todo apunta a algo así.

—Morris, me sorprende que usted crea en estas cosas, además de que no podemos decir esa sarta de bobadas a la prensa —sentencia el comisario.

—Lo sé, seguiremos trabajando, señor —se excusa.

—Quiero el informe del caso cerrado en veinticuatro horas en mi mesa, ¿queda claro? —espeta el comisario.

—Sí, señor —contesta Morris.

—Morris, se juega mucho con este caso.

—¿A qué se refiere? —pregunta ella atónita, intuye a que se refiere, pero no puede creer que lo utilice para presionarla.

—Su carrera y su reputación están en juego —contesta muy serio; se queda unos segundos en silencio mirándola, finalmente concluye—: Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, señor —contesta Morris apretando los labios y el puño izquierdo.

Los inspectores salen del despacho. Ya fuera, Medina coge del brazo a Morris para pararla en mitad del pasillo.

—¿A qué ha venido eso, Camila?

—A nada —contesta ella con brusquedad zafándose del brazo de su compañero.

—¡Camila! —Gabriel se pone delante de ella mirándola directamente a los ojos.

—Nada —contesta ella apartando la mirada.

—Somos compañeros desde hace tres años, me merezco saber qué pasa.

—Está bien —suspira Morris—. Hace unos meses me ofrecieron el puesto de comisaria en otra ciudad.

—¿Qué? —exclama Gabriel confuso—. ¿Y cuándo me lo ibas a decir? ¿El día que te fueras?

—Gabriel, entiende que…

—¿Qué quieres que entienda? Somos compañeros, Camila, deberías habérmelo dicho —le reclama él elevando el tono de voz un poco más de la cuenta, varios compañeros de administración se los quedan mirando.

—¡No chilles, joder! —le espeta ella.

—Perdona —se excusa Gabriel—. Pero deberías haberme dicho algo.

—Lo sé, y lo siento, pero ni siquiera se lo he dicho a Luca, no quiero que nada lo gafe.

—Ah, ¿Luca tampoco lo sabe? —pregunta con cara de sorpresa.

—No.

—¿Estáis bien? —pregunta su algo serio.

—Sí, sí, estamos bien —contesta ella—. Es solo que no he visto el momento, es un paso importante y ya sabes cómo se emociona Luca
siempre con nuestro futuro.

—Bueno, pero yo soy tu compañero y… —replica Gabriel.

—Lo siento de veras, Gabriel.

—Está bien… ¡Enhorabuena, señora comisaria! —le dice finalmente con una sonrisa.

—Bueno, primero vamos a resolver este caso. Creo que deberíamos hablar con alguien que sepa del tema.

—¿De qué tema? —pregunta algo confundido por el cambio tan repentino de conversación.

—De murciélagos —contesta Morris.

—Aaaah —exclama Gabriel.

—Igual nos puede decir algo sobre rutinas o incluso podríamos hacer una expedición por el bosque, pero debería ser un experto en la materia.

—Muy buena idea, de hecho, tengo un amigo que nos puede ayudar.

—Vayamos a verlo —se apresura a decir Morris.

—¿Ahora?

—No, mañana, cuando el comisario nos presente la carta de despido —exclama con sorna Morris—. Pues claro que ahora.

—Bueno, bueno, tranquila, «señora comisaria» —replica Medina, al mismo tiempo que Morris pone los ojos en blanco—. Lo llamaré a ver si está en la asociación.

—Yo voy a llamar a Sáez.

—¿Para qué?

—El comisario ha dicho que podemos disponer de todos los efectivos posibles, quiero que rastreen la ciudad, la montaña, las cuevas, el parque: todo, en busca de esos bichos.

CAPÍTULO 13

Llegan a lo que parece una pequeña tienda de animales situada casi en las afueras de la ciudad. El local da la sensación de estar semi abandonado, en el letrero se lee:

«Reserva animal»

—Que no te engañe el exterior, es una asociación que se dedica a rescatar toda clase de animales. Alejandro y yo nos criamos juntos, vivíamos en la misma calle —explica Medina, al mismo tiempo que llama al timbre.

—¡Hola, Gabi! —Abre la puerta un chico alto con el cabello rubio, desenfadado y ligeramente rizado, tiene unos ojos verdes intensos y una sonrisa arrebatadora—. Me ha sorprendido tu mensaje, adelante.

—Cuánto tiempo, Álex —contesta Gabriel dándole un afectuoso abrazo.

—Soy Álex, encantado —dice girándose hacia Morris y le extiende la mano.

—Camila Morris, encantada —contesta embobada con una sonrisa.

Entran a lo que parece una salita de espera de un veterinario, con un mostrador atestado de panfletos, varias sillas y un pasillo con diferentes puertas.

—Vayamos a mi despacho, estaremos más cómodos —sugiere Álex.

Pasan por varias puertas transparentes, Morris asoma la cabeza curiosa, pero únicamente se ven cubículos de cristal y jaulas.

—Si queréis, luego os hago una visita guiada —explica sonriendo directamente a Morris. Esta se sonroja y niega con la cabeza, volviendo a sonreír como una boba.

«¿Qué me pasa? ,piensa».

Respira profundamente para relajarse y centrarse, ese hombre de sonrisa arrebatadora la había puesto realmente muy nerviosa tan solo con mirarla.

Entran en el despacho de Álex, allí se encuentran con una gran mesa de madera y tres sillas, y a la izquierda hay una mesa de metal, semejante a una de las mesas del depósito de cadáveres, pero más pequeña.

Se escucha un ruido y de golpe de detrás de la mesa sale un mono. Morris no puede evitar dar un respingo.

—Tranquila, este es Coco. —Alejandro lo coge en brazos, saca algo del bolsillo del pantalón y se lo entrega, el mono lo coge, le da un abrazo y sale por la puerta dando saltitos.

—Vaya, esto si que no me lo esperaba —exclama Morris siguiendo al mono con la vista.

—Álex rescata animales —Gabriel sonríe orgulloso de su amigo.

—A Coco lo rescatamos de una casa okupa al norte del país, lo tenían como… un mono de feria, nunca mejor dicho. Estaba atado todo el día y
bueno… Ahora vive aquí, luego os enseño la parte trasera que da al bosque
está todo adaptado para ellos.

—Hace una magnífica labor, es zoólogo. Su asociación es sin ánimo de lucro y viven de los donativos y ayudas —explica Gabriel.

—Sí, sobrevivimos —contesta Álex sonriendo—. Pero… dime, Gabi, inspector Medina —carraspea y se pone de repente muy serio—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Nos gustaría que nos proporcionaras información sobre murciélagos, su hábitat, la forma en

la que se alimentan, si viven solos, en grupo… —empieza a decir Morris.

—¿Murciélagos? —pregunta interesado.

—¿Has visto el caso en las noticias, Alejandro? —pregunta Morris, lo mira directamente a los ojos y algo en el estómago le da un aviso, se intenta poner recta en la silla, debe concentrarse.

—Ciertamente no, no veo la televisión, y mucho menos las noticias, y llámame Álex, por favor. —Este le ofrece una vez más su sonrisa, y Morris se ruboriza de nuevo.

«¿Pero qué mierda me pasa?», se pregunta.

—Eeh, Álex, no hay muchas personas que puedan decir eso, hoy en día —logra articular la inspectora.

—No tengo tiempo —explica con total naturalidad—. ¿Qué es exactamente lo que necesitáis saber de los murciélagos?

—¿Por esta zona hay? —pregunta Medina.

—Sí, en casi todos los sitios hay —contesta Álex—. Los murciélagos viven en lugares oscuros como cuevas, huecos de árboles, debajo de rocas, incluso en zonas abandonadas, pero casi siempre alejados de las grandes ciudades.

—¿Has visto alguno últimamente?

—Hace mucho que no veo ninguno por aquí, pero si subimos a la montaña de noche probablemente veamos. Suelen salir por la noche a comer, se alimentan de insectos, frutos, de otros animales pequeños que puedan cazar y de sangre.

—¿Sangre? —dicen al unísono los dos inspectores.

—Sí, hay una subfamilia de murciélagos llamados «vampiros» que se alimentan de sangre. —Al ver la cara de espanto de los inspectores, añade con una sonrisa—: Pero no de sangre humana, los vampiros son un mito, no os asustéis, se alimentan de sangre de otros animales.

—¿Y podrían atacar a humanos? —pregunta Morris.

—Si ellos se sienten atacados o en peligro, por supuesto que sí, como cualquier animal salvaje. Tranquilos, esta subfamilia en concreto no habita aquí en España, son originarios de América, desde México a Brasil, Chile, Argentina y Uruguay. ¡Así que estamos a salvo! —dice sonriendo.

—¿Poseen veneno? —quiere saber la inspectora.

—Veneno como tal, no —contesta algo confuso.

—Álex, ha habido dos asesinatos y creemos que en los dos casos las mujeres han sido atacadas por una horda de murciélagos —explica su amigo para ponerlo un poco en antecedentes.

—¡Vaya! Ahora entiendo las caras. Pero, para empezar, las colonias de murciélagos huyen de los ruidos y de la luz. Es por eso por lo que en las grandes ciudades es raro que se vean. Y bueno, mucho menos atacan en masa a alguien hasta matarlo. Los murciélagos vampiros atacan a sus víctimas cuando están durmiendo, y la víctima prácticamente ni se entera, ya que su saliva posee un anestésico que duerme la zona.

—Pero ¿ha habido algún caso registrado de ataque a humanos?

—Ciertamente, hay una leyenda oscura que cuenta que hace unos
cincuenta o sesenta años, un testigo vio a unos murciélagos atacar a su hermana. Pero es eso, una leyenda como la de los hombres vampiros. —

Álex suelta una carcajada, pero los inspectores se quedan serios.

—Pues parece que la leyenda no es tan leyenda —dice Gabriel suspirando—. Las dos mujeres estaban casi sin sangre en sus venas.

—Eso no es posible —replica Álex muy serio—. Los murciélagos vampiros no chupan la sangre, hacen cortes y lamen la sangre que sale de las heridas, tardan varios minutos.

—Parece ser que los ataques fueron rápidos, la primera víctima fue encontrada en el parque sola. El parque no es muy grande, si el ataque hubiera durado unos minutos le hubiera dado tiempo a salir de allí y pedir auxilio o por lo menos intentar huir. La segunda víctima —prosigue Medina— fue hallada en el interior de un colegio, parece ser que cayó desde lo alto de las gradas.

—¿En el interior de un colegio? —pregunta —. Eso es más extraño todavía, te diría que imposible. ¿Y solo atacan a mujeres?

—Sí, tanto los dos casos actuales, como los casos del pasado, las víctimas siempre fueron mujeres —explica Camila.

—Intentaré buscar información al respecto, llamaré a un amigo que vive en Argentina. Allí este tipo de murciélago es más común, quizás haya habido algún caso y nos lo pueda reportar —les propone Alejandro.

—Gracias, Álex —dice Gabriel, al mismo tiempo que los dos inspectores se levantan.

—¿Os hago la visita? —pregunta emocionado con una sonrisa.

—Vamos un poco justos de tiempo y estamos en medio de… —empieza a excusarse Medina.

—Nos vendrá bien despejar la cabeza quince minutos, —interrumpe
Morris. Medina se la queda mirando con la boca abierta.

—Os lo enseñaré rápido —dice Álex.

—¿Qué? —le pregunta Morris en un susurro a Medina que la mira extrañado.

—¿Desde cuándo te gustan los animales? —susurra Medina.

Morris lo hace callar y sigue a Álex que ya está en mitad del pasillo esperándolos con Coco en brazos.

—Todas las habitaciones por las que hemos pasado son donde duermen los animales por la noche, esa puerta del fondo está siempre abierta para que puedan entrar y salir durante el día si les apetece, y aquí fuera es donde viven, no es un espacio muy grande, pero es lo que tenemos.

—¿Tenemos? —quiere saber Morris con una leve punzada en el estómago.

—Estos terrenos fueron una herencia que mis abuelos nos dejaron a mi hermana y a mí. Ella es veterinaria y ahora está estudiando la carrera de Biología. Tres veces por semana habilitamos la asociación como centro veterinario.

—Claro, de algo hay que vivir —dice Morris.

—¡Las damas primero! —Caballerosamente Álex está sujetando la puerta que da al bosque de la asociación.

—¡Uaaa! —exclama Morris nada más salir—. Esto es una auténtica selva, desde fuera no parece que sea así. —Morris admira la vista. A la derecha de ellos hay una amplia zona de bosque con una valla de madera que lo rodea, a la izquierda casas de madera creadas directamente en los pinos con puentes de madera que los unen y en la base un gran estanque con rocas, dentro se pueden ver tortugas.

—Esa es la idea, no queremos que esto se haga muy popular, ya sabes,
hay mucho malnacido por el mundo y estos animales ya han sufrido suficiente.

—¿Pero si no os conocen, ¿cómo obtenéis donaciones? Hay muchas
asociaciones que crean visitas guiadas y de ahí sacan dinero —se interesa Morris.

—Eso implica tiempo, inspectora.

—Llámame, Camila —interrumpe ella.

—Camila —sonríe Álex—, implica tiempo, implica contratar gente, implica medidas de seguridad, permisos por parte del ayuntamiento y un sin fin de papeleo que sinceramente nos crearían más gasto del que obtenemos con los socios que tenemos en la actualidad.

—Entiendo, ¿entonces contáis con socios que os ayudan económicamente?

—Sí, te inscribes y puedes aportar desde un euro al mes, te aseguro que eso nos ayuda muchísimo.

—Pues lo haré —sonríe.

—Mira, las ardillas han salido a verte. —Álex señala hacia la parte del bosque que está vallada.

—¿Eso son ardillas? —pregunta Gabi desde detrás.

—Sí.

—Pensaba que las ardillas eran pequeñitas y rojizas —puntualiza Morris.

—Bueno es que esas son enormes Álex , intuyo que fueron rescatadas ¿verdad?

—Efectivamente, esas ardillas en concreto fueron rescatadas en el aeropuerto, las traían de contrabando desde Canadá.

—Mirad allí vive una pequeña manada de zorros que rescatamos de un pueblo del interior, nos dio aviso justamente uno de nuestros socios. Estaban haciendo una ruta de senderismo y escucharon aullidos, al acercarse vieron a un zorro atrapado en una trampa ilegal.

—¿Trampas? —pregunta Medina.

—Sí, muchos cazadores utilizan trampas ilegales, las ocultan bajo tierra de tal forma que no se ven, y cuando los animales las pisan se quedan atrapados.

—Es terrible, ¡pobrecillos! —exclama Morris.

—Al llegar allí nos encontramos una zorra atrapada, debía de llevar allí días porque al llegar estaba prácticamente exhausta, le pudimos poner el bozal sin esfuerzo, el problema vino al meterla en la jaula, nos dimos cuenta de que estaba recién parida.

—¿Y qué hicisteis?

—Hacer noche con jaulas trampa para rescatar a los cachorros, ya que sin la madre morirían. Al llegar aquí mi hermana le tuvo que amputar la pata a la madre, con lo que es imposible devolverla a su hábitat. Afortunadamente, solamente dos de los ocho cachorros se han quedado aquí, nacieron débiles y en su hábitat morirían, con lo que viven los tres aquí.

—Vaya, ¡increíble lo que hacéis!, es admirable —Ambos se miraron y se quedaron así en silencio.

Medina carraspeo.

—¿Y dónde vive Coco? —preguntó de golpe Morris.

—Aquella zona es la de los monos, ellos juegan allí, es lo más parecido a una selva que les podemos ofrecer.

—¿A ellos si que los podéis devolver a su hábitat? —pregunta ella.

—No, la mayoría han sido traídos ilegalmente en maletas desde África, soltarlos sería lo mismo que matarlos. Estamos en contacto con asociaciones más grandes, aquí únicamente los mantenemos hasta que tienen tres o cuatro años y, una vez son adultos, se los entregamos a esas asociaciones para que puedan hacer una vida más parecida a la que tendrían en su hábitat —explica Álex sonriendo orgulloso—. Y las tortugas más de lo mismo: son traídas en maletas cuando son tan pequeñas como una uña, hay algunas especies que sí se pueden soltar en los ríos de la zona, pero otras, sin embargo, no, con lo que las mantenemos de la mejor manera posible.

—Bueno, Álex, ha sido un auténtico placer, pero debemos irnos ya, hay un caso que resolver y… —dice Morris.

—Claro, claro, cuando me pongo a hablar de ellos… No me doy cuenta —se excusa él.

—Es normal, se nota tu pasión.

—Son su vida —asegura su amigo.

—Cierto —rie —. Son mi vida.

—Hacéis una gran labor.

—Ahora mismo le mando un mensaje a mi amigo de Argentina y os digo algo en cuanto me conteste.

—Gracias, Álex, me ha alegrado verte —contesta Medina y se dan un abrazo.

—Camila, un placer. —Instintivamente Morris se acerca y le planta un beso en cada mejilla. Él al mismo tiempo le pone una de las manos sobre la cintura, y ella se ruboriza.

—Gracias de nuevo, Álex.

—Un placer, te lo aseguro.

En el coche, camino de comisaría, los dos inspectores iban en silencio,
seguían sin tener nada concreto.

—No llegamos a ningún sitio, Gabriel —dice Morris. En ese momento le vibra el móvil—. Oh, es Laura.

—Cógelo —la insta su compañero.

Morris pone el manos libres.

—Laura, ¿alguna novedad?

—Buenas tardes, Camila, —la voz de Laura suena seria—. No hay nada inusual sobre la vida de Eleanor Travis en los últimos nueve años: llegó a Alicante, creó su propio bufete de abogados y a los dos años se casó con Jorge Roca. Antes de esto no hay nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Medina.

—Inspector Medina, ¿cómo estás?

—Pues un poco hasta el cuello, tenemos a los de arriba pisándonos los
talones.

—Me lo imagino, he visto las noticias.

—Continúa, Laura —pide Morris.

—Es como si su rastro se hubiera querido difuminar… —Hace una pausa—. En este mundo; sin embargo, en el mundo en el que yo me muevo, su rastro llega hasta el capo de los capos de los hackers, él fue el encargado de borrar parte del pasado de Helen Miller Travis y transformarla en Eleanor Travis, una prestigiosa abogada norteamericana sin familia.

—¿Has averiguado qué hizo en su pasado? ¿Algo turbio de los Miller, quizás? —quiere saber Morris.

—Absolutamente nada, no se puede acceder a la vida de los Miller, exceptuando lo que ellos quieren que se filtre, hay una puerta gigantesca a
la que ni tan siquiera yo, que soy la «puta ama», puedo acceder, Camila.
Aquí hay algo oscuro, muy oscuro.

—¿No ha hablado en los últimos nueve años con su familia?

—No he encontrado nada.

—Gracias, Laura, por favor, mantén el teléfono alerta, me da la sensación de que esto no acaba todavía —sentencia la inspectora con tono lúgubre.

—Camila.

—Dime, Laura.

—Ten mucho cuidado, te estás adentrando en un mundo… peligroso, muy peligroso.

—Laura, habla claro —interviene Medina.

—El tío que borró los datos de Helen…, ahora Eleanor; el tío es una especie de fantasma en la

red oscura, un Dios para los Hackers, nadie lo
ha visto, nadie sabe dónde vive ni quién es; sin embargo, todo el mundo conoce sus trabajos.

—¿«La red oscura»? —pregunta Medina.

—La red de internet paralela a la que todos conocemos, donde se subastan mujeres, órganos, donde se vende droga sin límite, armas... El otro lado de la vida —explica Morris.

—Un resumen muy «light», Camila —contesta Laura—. Pero sí, eso es… Si este tío ha sido el encargado de borrar parte del pasado de una de las hijas del secretario de defensa de los Estados Unidos…

—Entiendo, Laura —interrumpe Morris—. Por favor, si te enteras de algo más…

—Siempre a su disposición, inspectora Morris.

—Gracias, Laura.

—Cuidaos el uno al otro —contesta y cuelga.

—Joder, Morris, esto… —Medina está anonadado cuando el teléfono de Morris vuelve a vibrar.

—Es Luca —dice ella guardando el móvil en el bolso.

—No parece que te alegres mucho —contesta su compañero arqueando las cejas.

—Sí, sí, tengo ganas de verlo, pero es que este caso me tiene la cabeza en otro sitio. Todo se enrevesa cada vez más. ¿Qué tiene que ver el secretario de los Estados Unidos con un ataque de murciélagos?

—Camila, ¿y si es cierto? ¿Y si hay una raza de murciélagos que ataca a los humanos?

—Vale —acepta ella—. ¿Pero dónde están? ¿Nadie ve una colonia de cientos de murciélagos sobrevolando la ciudad? ¿Nadie los ha vuelto a ver en treinta años? No tiene sentido, Gabriel. —Los dos se quedan callados
durante un largo rato.

—Y menos sentido aún que se cambiara de identidad.

—No sé, Gabi, es como que estamos dando palos de ciego, cada vez que nos acercamos a algo, aparece otra cosa que hace que nos alejemos más de la verdad.

El teléfono de Medina suena, mira la pantalla y ve que es Álex.

—Dime, Álex —contesta poniendo el manos libres.

—Acabo de hablar con mi amigo de Argentina y no os lo vais a creer, hay varios casos reportados por Sudamérica de ataques de murciélagos a humanos. —Los dos inspectores se miran—. Y hay más, todos los casos son mujeres —dice bajando la voz hasta convertirlo en un susurro.

—¡No me lo puedo creer! —exclama la inspectora abriendo los ojos—. ¿Tienes algún dato más, Álex?

—No, por el momento solo sabe que son casos aislados, aunque hay
una curiosidad y es que en cada supuesto ataque hay tres muertos, bueno, muertas. —Alejandro se queda callado—. Las tres muertes casi al mismo tiempo.

—¿Capturaron algún ejemplar o saben dónde se escondían?

—Nada de nada, únicamente tienen testimonios de personas que vieron los ataques.

—¿Ni nidos ni nada?

—Nada, Gabriel, nada; lo siento —contesta Álex.

—Hay algo que no entiendo —dice en tono de enfado Morris—. Ves un ataque en el que están matando a alguien y te quedas ahí parado, ¿no ayudas?

—Bueno, a veces el miedo paraliza —replica su compañero.

—No vas mal encaminado, amigo —contesta Alejandro.

—¿A qué te refieres?

—Los testigos de los ataques relatan que quedaron totalmente paralizados, no podían moverse, aunque quisieran, no podían. Y el ataque duraba escasos minutos, ya que la víctima quedaba también petrificada.

—Deben tener alguna especie de veneno en sus colmillos para que la víctima quede petrificada, pero ¿cómo se explica que el testigo tampoco pueda moverse? —pregunta Gabriel.

—Ni idea, amigo —contesta con total sinceridad Álex—. Lo peor es que nunca se ha conseguido capturar a ningún ejemplar de esta especie para poder analizarlo.

—Con lo que seguimos a ciegas —replica Morris.

—Gracias, Álex, si averiguas algo más, no dudes en llamarme, —Medina cuelga el teléfono —. ¿A qué narices nos estamos enfrentando?

—¿Crees que deberíamos emitir una alerta? —pregunta ella algo
preocupada.

—No, esto solo atraería a locos cazadores de murciélagos y se le daría más importancia al caso —razona Gabriel.

—Tienes razón. ¿Tienes pensado ir a comer a casa? —pregunta Morris.

—No, me iba a comer algo en la comisaría, Maite trabaja hasta las nueve, ¿por?

—Vayamos a mi casa, tenemos que pensar sin distracciones.

CAPÍTULO 14

Camila se descalza nada más entrar y Gabriel la imita, ella se lo queda mirando y sonríe.

—Hace mucho que no venía por aquí.

—Toma, ponte estas zapatillas, son de Luca, son un poco grandes, pero creo que estarás cómodo.

—Gracias, ¿cuándo viene?

—En principio, mañana.

—Lleva un año muy movidito, ¿no?

—Sí, la verdad es que el sector inmobiliario de lujo no ha dejado de vender ni con la pandemia —asegura Morris.

—Joder —silva Medina.

—Quieren expandirse a otros países —explica ella mientras saca una bandeja de pollo, una cebolla, un tomate y tres pimientos: uno rojo, otro verde y otro amarillo.

—¿Qué hago? —pregunta Medina poniéndose el delantal que le ofrece su compañera.

—Pica la cebolla muy finita.

—Ok.

—Toma. —Le hace entrega de una tabla para cortar de color verde.

—La empresa era familiar, ¿no?

—¿Qué empresa? —pregunta algo distraída empezando a cortar en tiras las pechugas de pollo.

—La de Luca.

—Aah, sí, la empresa en sí la llevan unos amigos suyos, pero no son familiares, son unos conocidos argentinos que lo ayudaron cuando llegó a España.

Se quedan en silencio durante un rato largo, Morris al ver que Medina ya está acabando de picar la cebolla corta un trozo de cada pimiento y se lo entrega para que lo pique de la misma forma. Pone dos sartenes al fuego con un poco de aceite de oliva, en una de ellas pone dos ajos cortados y a los pocos minutos introduce el pollo, le pone sal y pimienta blanca. En la otra sartén pone dos guindillas y casi de inmediato añade las verduras picadas.

—¿Puedes picar el tomate en dados? —Le señala el tomate que se ha quedado solo sobre la encimera. Abre la nevera, saca un aguacate, lo parte en dados y lo reserva en el mismo plato en el que está acabando de cortar el tomate.

—Esto ya casi está —dice removiendo el pollo—. En el armario del fondo están las tortitas de espelta.

—¿Espelta? —pregunta abriendo el armario y sacando el paquete.

—Me gustan más que las de trigo o maíz —contesta mezclando la verdura en la sartén del pollo.

—Las tortitas no sé —dice Gabriel oliendo el ambiente—, pero el relleno huele…

—¿Puedes ir montando las fajitas? —le pide Morris—. Necesito darme una ducha.

—Te espero, se van a enfriar.

—Tardo tres minutos —contesta entrando por la puerta que da a su habitación.

—Te contabilizo —replica y se pone a montar las fajitas.

Le vibra el móvil: en la pantalla pone: «Luis, periodista».

—Joder.

—Luis, ¿qué es de tu vida? —contesta con tono jovial.

—Tío, ¿qué cojones está pasando? —pregunta una voz de pito al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa de qué? Tienes que ser más…

—Gabi, joder, no me vaciles —contesta Luis.

—Eeeh, relájate —replica Medina.

—En las noticias están pidiendo que no se salga a la calle de noche y…

—¿En qué cadena? —lo corta.

—En la nueve —contesta.

Medina busca el mando a distancia para encender la televisión de Morris. Lo encuentra sobre el sofá y enciende la tele, va pasando canales y prácticamente en todos están hablando de las muertes, pero en el canal nueve hay un hombre calvo con gafas, llamado Emiliano Rua; Medina sube el volumen sin apartar el teléfono de la oreja.

—¿Entonces recomienda a la ciudadanía que se quede en sus casas? —pregunta la periodista con cara de miedo.

—Estos ataques están siendo aleatorios, con lo que yo aconsejaría que no se saliera de casa pasadas las diez de la noche.

—¿Y para las personas que trabajen de noche, señor Rua? ¿Algún
consejo?

—¿Qué pasa? —pregunta Morris saliendo por la puerta.

—La puta prensa, joder —exclama Medina.

—¿Qué…?

—Gabi, ¿es verdad lo que dicen? —pregunta al otro lado de la línea Luis.

—Luis, ha habido dos muertes, sí, eso es innegable, pero no sabemos qué ha pasado, estamos investigando.

—Gabi, no me mientas, nos conocemos desde críos —le recrimina.

—Luis, por favor, necesitamos resolver esto antes de que… —Medina se queda en silencio.

—¿Antes de qué? —lo insta. Medina se queda en silencio arrugando la frente y respirando profundamente—. Gabi, ¿antes de que …?

—Joder, Luis, esto no puede salir de aquí, ¿me entiendes?

—Sí.

—Júramelo por tus hijas.

—Joder, Gabi.

—No, «joder, Gabi», no.

—Vale, te lo juro, pero prométeme que seré el primero al que avises si te enteras de algo más, la noticia tiene que ser mía.

—Vale —contesta Medina, dando vueltas por la sala. Mientras, Morris está hablando por teléfono con alguien.

—¿Qué está pasando, Gabi?

—Según nuestras investigaciones, tenemos sospechas de que faltaría una muerte más.

—Joder, joder, joder —exclama alterado Luis—. Mi abuela tenía razón.

—¿De qué estás hablando?

—Mi abuela me ha llamado esta mañana en cuanto ha salido la noticia
para decirme que el pasado estaba volviendo.

—Entiendo.

—Se está repitiendo la historia, ¿verdad?, Gabi.

—Eso parece, Luis —contesta, Morris está de brazos cruzados esperando a que Medina acabe —. Luis, te tengo que dejar.

—He hablado con Carmen —empieza a explicar con cara de pocos amigos—. La ciudad está entrando en pánico, la centralita está colapsada de llamadas de todo tipo, están llegando grupos de gente a la puerta de la comisaría.

—Se está liando, Morris, y no tenemos nada.

—Hay que volver a comisaría —contesta ella cogiendo el bolso.

—¿Y las fajitas? —pregunta Medina mirándolas a medio montar.

—A mí se me ha quitado el hambre

CAPÍTULO 15

Al llegar a comisaría, la situación era mucho peor de lo que habían imaginado, todo estaba plagado de furgonetas de cadenas de televisión, no solo de aquí, sino también de Francia y de Estados Unidos. Habían tenido que crear un cordón policial, para retener a los asistentes, algunos de ellos con carteles de murciélagos.

—No me lo puedo creer, parece la escena de la película Independence Day —dice atónita.

—Totalmente.

—Según la página de Facebook de la cadena nueve, están saliendo testimonios por todo el mundo.

—¿Por todo el mundo? —resopla ella.

—Yo no había escuchado hablar jamás de estos casos, Morris, todo esto es muy raro.

—Ni yo tampoco, a ver si Álvaro o Díaz tienen algo más, porque con lo que tenemos, estamos perdidos.

—¿Has hablado con Sáez?

—Me envió un mensaje, por el momento, ni rastro de nada.

Salen del coche y van directos a comisaría, evitando las preguntas que les lanzan los periodistas.

Nada más entrar se encuentran con las miradas inquietas de varios de sus compañeros.

—Buenas tardes —Morris saluda a Teresa, que está sentada en una de las mesas de la entrada con el auricular en la mano.

—Inspectora, el teléfono está…

—Me han informado —contesta ella apretando los labios.

—El comisario quiere veros en su despacho —les dice otro agente.

—Joder, no nos deja ni respirar —se queja Medina.

—No está solo —le advierte Teresa.

—¿Con quién está? —Se gira Morris.

—Con el alcalde.

—Maravilloso.

Allí estaban esperándolos en absoluto silencio y con cara de preocupación el comisario y el alcalde.

—Buenos días, comisario. Señor alcalde… —saludan los inspectores añadiendo un leve gesto de cabeza.

—Siéntense, por favor.

—Esto es una locura, no dejamos de recibir llamadas de ciudadanos asustados que no quieren salir de casa. Inspectora, dígame que han encontrado el nido y que podemos acabar con ellos —exige saber nervioso el alcalde.

—Lamento tener que decir que no, señor. Sáez y algunos agentes más están rastreando cada centímetro de la ciudad, pero lamento tener que decirle que, por el momento, no hay ni rastro de los murciélagos —explica cautelosamente Morris—. Señor —dice dirigiéndose al comisario—, ¿puedo hablar con franqueza?

—Debe.

—La realidad es que estamos total y absolutamente perdidos —confiesa al mismo tiempo que mira a su compañero que asiente con la cabeza para darle confianza y corroborar las palabras de su compañera—. Es como si estuviéramos en un bucle, no hay ninguna pista fiable que seguir.

—Están saliendo casos por todo el mundo, inspectora —interviene el alcalde.

—Lo sabemos, señor alcalde, y eso quizá sea bueno porque podemos trabajar en equipo con otras unidades policiales de otros países y crear un patrón. Pero eso lleva tiempo y…

—No tenemos tiempo, inspectora —asegura el comisario.

—La ciudadanía está enloquecida —comenta el alcalde—. Tengo la cuenta de Twitter hasta arriba de haters pidiendo mi dimisión.

—Lo entiendo, señor, pero debemos mantener la calma y…

—¿Qué se piensa que después no pedirán sus cabezas? Yo no pienso caer solo —amenaza el alcalde. Morris se echa hacia atrás en la silla perpleja.

—Vamos a tranquilizarnos todos —interviene Francisco.

—Señor alcalde —empieza Medina.

—Gabi… —susurra Morris.

—No —su compañero eleva la voz—. No le voy a consentir que falte el respeto al trabajo que estamos haciendo. Ni usted ni nadie, ¿entiende?

—No tiene ni puta idea de la presión que tengo, inspector Medina —replica alterado el alcalde.

—¿Usted tiene presión? —Se levanta Medina hecho una furia—. Usted recibe presión de gente anónima desde una puta red social, recibe mensajes
de dimisión de los partidos políticos de la oposición con el único objetivo
de que usted dimita para subir ellos para chupar del puto bote.

—Inspector Medina, controle… —le advierte el comisario.

—Pero nosotros y el resto de compañeros —sigue Medina hablando como si en lugar de lengua tuviera una ametralladora— tenemos la presión de resolver este caso, ¿y sabe por qué? Con el único objetivo de salvar una vida, y mientras estamos aquí discutiendo sobre sus followers o sus haters no estamos investigando.

—Medina, por favor, siéntate —ruega Morris, pero él sigue mirando al alcalde que está impertérrito. Tras unos segundos de tensión en el ambiente, bufa y sale del despacho del comisario dando un portazo.

—Señor, disculpe…

—Morris, ¿por dónde tienen pensado seguir? —pregunta el comisario como si allí no hubiera pasado nada.

—Habíamos pensado ir de nuevo a los dos escenarios de los crímenes para ver si eso nos puede ayudar, o más bien para ver si podemos encontrar algo que se nos haya podido escapar.

—Vayamos a la sala dos, su equipo los está esperando —ordena el comisario levantándose. Ella asiente y sale tras él.

Los tres salen en silencio, evitándose las miradas. Morris saca su móvil y le envía un mensaje a Medina:

Morris: Ven a la a sala dos.

Caminan por el largo pasillo hasta llegar a la sala, que en ese momento está casi al completo.

—Inspectora —interrumpe el alcalde, esta se da la vuelta con el pomo en la mano.

—Confiamos en usted.

—Haremos todo lo que podamos, señor —contesta tragando saliva.

La sala atestada de agentes se queda en silencio en el momento que se abre la puerta.

—Buenas tardes, señores —empieza a hablar Morris en tono autoritario—. Espero que hayan comido bien porque no acabaremos el turno hasta tarde, tenemos mucho trabajo, ¿queda clara la urgencia? —Un murmullo afirmativo invade la sala, ella mira al comisario que le hace un gesto afirmativo para que siga. En ese momento entra Medina y ella le alienta para que se acerque.

—Lorente y Carratalá: ¿algo de interés que debamos saber con respecto al marido de Clara?

—Nada relevante —se apresura a contestar Lorente—. Es un tipo raro, oscuro, diría yo, y no es muy inteligente, dudo mucho que haya orquestado todo esto, no le da —dice golpeándose la sien.

—A veces los que menos parecen…, poned a dos agentes detrás de su culo desde ya las veinticuatro horas —dice, ambos asienten.

—Muñoz, baja a la científica y trabaja estrechamente con Álvaro, volved a repasar las autopsias de ambas víctimas con pelos y señales, buscad algo inusual, algo raro, lo que sea. —Este asiente y apunta algo en una libreta.

—Sánchez, necesito que busques alguna conexión en la red de alguna de las víctimas. Si tenían amigos en común, restaurantes favoritos, gimnasio, qué sé yo, lo que sea, haz un mapa de las posibles conexiones.

—Entendido, jefa —contesta.

—Busca en la red que todos conocemos y en la otra también, si es necesario, tienes vía libre, ¿queda claro? —Morris se lo queda mirando.

—Eeeeh, yo….

—Sánchez, es una orden —dice y mira al comisario, este está sin pestañear.

—Así lo haré.

—Carmen y Ángel, vosotros sois los que más sabéis del caso, necesito que volváis al colegio y después hacedle una visita a Lidia, a ver si recuerda algo más. Es la única testigo que ha presenciado los ataques.

—Nos ponemos a ello, jefa —contesta Carmen.

—¿Las traemos aquí para presionar más? —pregunta Ángel.

—Mejor en su casa, no queremos que se asusten, queremos que confíen en nosotros —interviene Medina, Morris lo mira y asiente.

En estos momentos Medina solía ser la voz de la conciencia, ya que Morris muchas veces sobrepasaba los límites con tal de buscar la verdad.

—Teresa y Ana —Morris se dirige a las dos agentes novatas que durante esos días se estaban encargando de la centralita—, necesito que escuchéis con oídos de inspectoras a todos y cada uno de los testimonios que os llamen, que hagáis un plano desde donde llaman, las edades que tienen, si los han visto o si han oído hablar de los murciélagos, si conocen a alguien. Quiero un filtrado exhaustivo, aprovechad la oportunidad —les aconseja.

—Gracias, inspectora —dicen al unísono Teresa y Ana, a Gabriel casi se le escapa una sonrisa.

—Sánchez, por favor, habilita una de las salas para que estén ellas sin interrupciones y asigna a cuatro o cinco agentes más para que todo vaya más rápido —ordena Morris; este levanta el dedo pulgar.

—González y Sáez asignad a varios agentes para que se peguen al culo del marido de Eleonor Travis, no nos podemos fiar de nadie.

—Entendido.

—¿Algún rastro de los murciélagos? —quiere saber ella.

—Nada por el momento —contesta González—. Es como si se hubieran esfumado.

—También necesito que alguien vaya a hablar con los directores de las cárceles de la zona, para saber si recientemente ha salido algún preso; y, si es así, averiguad cuánto tiempo estuvo en prisión. Para ver si cuadran las fechas con los anteriores asesinatos.

—¿Solamente de Alicante?

—Empezad por las cárceles de aquí y luego ir ampliando el cerco.

La sala se queda en silencio.

—¿Alguna pregunta? —Morris mira a los presentes.

—¿Estamos frente a un asesino en serie o un imitador? —quiere saber Sáez.

—Es lo que estamos intentando averiguar, Sáez —contesta bruscamente ella.

—Cualquier cosa inusual… —interviene de nuevo Medina—. Cualquier cosa, de verdad, por pequeña que os parezca, no dudéis en investigarla. —Todos los agentes presentes asienten.

—Gracias; ¡a trabajar! —dice la inspectora y se gira cruzando los brazos para mirar por la ventana de la sala.

—Lo ha hecho fantástico, Morris, manténgame informado —dice el comisario y sale de la sala junto al alcalde.

—¿Estás bien? —pregunta su compañero.

—Sí, vayamos al parque, tengo una corazonada —dice Morris; coge su chaqueta, el bolso y sale de la sala prácticamente sin esperar a Medina.

CAPÍTULO 16

Los inspectores deciden salir por la parte trasera del edificio con el coche de Morris para evitar ser vistos por la marabunta de periodistas y ciudadanos que se agolpan a las puertas de la comisaría. Ponen rumbo al Parque Central, no tardan más de quince minutos en llegar, pues la ciudad está casi desierta.

—La población tiene miedo, Morris.

—Lo sé, tenemos que resolver esto —dice apretando el volante.

—¿Cómo es posible que haya casos por todo el mundo?

—La mano del hombre está detrás —asegura ella.

—¿Cómo estás tan segura?

—Me niego a creer que una horda de murciélagos tiene la capacidad de elegir a mujeres así porque sí.

—Quizá los atraigan porque son mujeres, quizá tengáis una hormona que los altera —sugiere Medina.

—Y el olor, joder, no han dado con el olor, no saben qué es.

—Igual ese olor es el que los altera.

Llegan a la entrada del Parque Central, donde se había producido la primera muerte, y allí están de pie varios agentes custodiando la entrada.

—Buenos días, inspectores, menuda hay liada, ¿eh? —dice con sorna el agente.

—Sí, vamos a echar un vistazo —informa Morris.

Entran por la puerta principal del parque, en ella se sitúan los dos árboles más importantes que dan carácter al parque, allí es donde habían encontrado el cuerpo sin vida de la primera víctima: Eleanor Travis. Se acercan a los árboles e inspeccionan la zona, todo parece seguir igual. Siguen avanzando con cautela por el parque en silencio, observando cada planta, cada ardilla, cada detalle.

La inspectora se quita la chaqueta y se la ata a la cintura.

Llegan hasta el pequeño lago urbano, en el centro hay una estatua de un precioso oso tallado en piedra.

—¡Qué raro!, suele haber cisnes y patos en el lago —comenta Gabriel. Normalmente en el lago suelen estar esas aves que se acercan cuando divisan a los transeúntes.

—Será que hace calor y están refugiados. —Morris intenta buscar la lógica, aunque en su fuero interno sabe que algo extraño está pasando.

Siguen caminando, observando todo, hasta que llegan al enorme árbol, uno de los más antiguos de la ciudad. Tiene más de ciento cincuenta años, muchísimos turistas visitan la ciudad expresamente para hacerse una foto con él, pero ahora el parque está vacío y la sensación es extraña. Camila se ruboriza.

—Tengo una sensación extraña, Gabriel —confiesa.

—Yo también, como si algo estuviera mal aquí dentro. —Se queda mirando a su compañera.

—¿A qué huele? —pregunta Morris.

—Yo no huelo nada.

—¡Ayyy! —se queja Morris, tras sentir un pinchazo en la parte de la

nuca, se toca con la mano y siente una especie de líquido, se mira los dedos y tiene sangre—. Pero, ¿qué? Gabi, tengo…

De golpe siente que todo su cuerpo se convierte en una roca, mira a su compañero y se fija en sus ojos, son de absoluto pánico, la mira con una intensidad nunca antes vista, y en ese momento lo entiende, él está petrificado. Ella tampoco se puede mover, lo intenta, pero le resulta imposible, empieza a sentir punzadas por todo el cuerpo, los murciélagos salen de todas partes, hay centenares, la rodean, y ella sigue sin poder moverse. Entonces empieza a sentir cómo sus párpados se cierran, va a morir, va a morir irremediablemente.

Mira a Gabriel, de sus ojos brotan lágrimas y más lágrimas.

Y sin poder evitarlo, todo se oscurece y ella se siente en paz.

CAPÍTULO 17

Poco a poco va abriendo los ojos, se siente aturdida, no sabe dónde se encuentra. Todo está bastante oscuro, nota que está en una cama, de eso sí está segura. «Estaré en un hospital», piensa; le duele la cabeza, se incorpora lentamente cuando una voz familiar interrumpe sus pensamientos.

—¡Cami! —La voz de su madre suena desde la planta de abajo.

—¿Mamá? —exclama dando un salto de la cama, pone los pies sobre una alfombra e instintivamente enciende la luz de la mesita.

—¡Estoy en casa! ¿Pero cómo…? —se pregunta atónita mirando su antigua habitación.

Se escuchan unos pasos que suben lentos, pero firmes por las escaleras, y un momento después se abre la puerta. Allí está su madre: eso no puede ser, su madre está muerta, debe estar en mitad de un sueño, un sueño demasiado vívido.

—¡Vamos!, ¿qué haces ahí todavía, hija? Nuestro vuelo sale en dos horas y el taxi llegará en media hora, llevo llamándote más de veinte minutos.

—¿Mamá? ¿Eres tú?

—Pero Camila, hija, ¿qué te ocurre? ¿No tendrás fiebre? —Su madre se acerca a ella con cara de preocupación, le pone las manos sobre la frente y en ese mismo instante Camila se lanza a sus brazos, esos brazos que lleva anhelando años, y es tan real que le da miedo.

—Mamá, cuánto te he extrañado. Esto debe ser un sueño, pero da igual, parece muy real.

—Hija, ¿qué ocurre? Me viste ayer por la noche. Anda, cámbiate rápido que el taxi está al llegar —dice su madre al mismo tiempo que sale de la habitación, dejando a Camila perpleja, sin entender nada.

—Esto es un sueño, pero es muy real, debe ser que los murciélagos tenían veneno y… —Se queda en absoluto silencio, mirándose al espejo.

Y allí está: una Camila veinte años más joven, mirándola fijamente.

—Esto no puede ser —repite una y otra vez tocándose la cara, los brazos y de repente se acuerda del disparo que sufrió el año pasado en el hombro, se descubre el hombro y allí no hay nada, ni rastro de la cicatriz.

Ring, ring… El teléfono suena dos veces y segundos después su madre la llama desde la planta baja.

—Camila, al teléfono está Cecil, quiere desearte feliz vuelo, ¿lo coges arriba? —Camila sigue petrificada—. ¿Camila? ¿Te has vuelto a dormir?

—No, mamá, ya lo cojo.

—Se ha levantado muy rara, Cecil. —Escucha cómo dice su madre.

—¿Hola? —dice Camila tímidamente.

—Cami, ¡oh, Cami! Te voy a echar tanto de menos, tanto… Sé que solo te vas el verano, pero esto no va a ser lo mismo sin ti. ¡Ay!, pero disfruta mucho, por favor, y escribe todo lo que te pase —dice su amiga muy rápido.

—Cecil, ¡eres tú! Había olvidado tu voz.

—¿Mi voz? Tengo la misma voz de siempre, por favor, prométeme que no te olvidarás de mí, que no te harás allí una superamiga y que me llamarás siempre que puedas, prométemelo.

—Claro, Cecil, te lo prometo, te escrib…. —Camila se queda callada por un momento.

«Claro, el viaje a Argentina, el verano que pasé allí, es hoy» , piensa

—. ¿Qué día es hoy?

—Martes —contesta su amiga.

—Pero, ¿qué fecha?

—Cinco de julio, Cami.

—Claro, el viaje con mi padre, allí estuvimos en una reserva de murciélagos, ¿cómo he podido olvidarlo? —dice caminando dando vueltas hacia un lado y otro.

—Cami, estás muy rara.

—Debo colgar, gracias por todo, Cecil. —Al mismo tiempo que cuelga el teléfono, siente que se desvanece, y se adentra en la oscuridad.

♦♦♦

—Se lo juro, ha hablado —Morris escucha la voz de Gabi muy a lo lejos.

—Eso es buena señal, avisaré a su médico —contesta una voz dulce y cantarina de una mujer que Morris no reconoce.

—Estoy aquí, por favor —dice cariñosamente Medina; la inspectora nota como su compañero le aprieta la mano una y otra vez. Le devuelve el apretón y él abre los ojos—. ¿Me escuchas?, lo sabía, lo sabía; lucha, por favor, lucha por despertar, no me dejes solo.

Ella se siente tranquila, en paz, como si estuviera dentro de una burbuja, escucha a su compañero, pero no tiene la capacidad para moverse, no tiene voluntad sobre su cuerpo, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Dónde…? Y entonces un millón de imágenes ruedan por su cabeza de golpe y lo recuerda todo: el ataque, los murciélagos, como ella se desvanecía y como se despertaba en…

De golpe, una fuerza empieza a arrastrarla hacia la superficie, nota la mano de su compañero, nota la cama en su espalda, todo al mismo tiempo, y en un segundo se encuentra en la habitación y empieza a toser.

—Camila —exclama Gabriel ayudándola a incorporarse.

—Estoy bien —acierta a decir al mismo tiempo que pone cara de dolor al sentir un millón de punzadas en su cuerpo.

—Intenta no moverte.

—¿Qué ha pasado? Yo… sentí que me moría y luego estaba en casa de mis padres y…

—Y casi te mueres, Morris, de hecho no sabemos cómo estás viva… Es… un milagro…

—¿Qué? He sentido cómo… Y luego estaba en casa de mis padres.

—Camila, estás aquí, no has ido a ningún sitio, no te has movido de aquí.

—Pero… he estado en casa de mis padres; Gabriel, he…

—Balbuceabas, habrá sido un sueño.

—¿Qué he dicho? —quiere saber algo aturdida todavía.

—Llamabas a tu madre —contesta Gabriel—. Luego has nombrado a una tal Cecil, has dicho algo sobre Argentina… y poco más.

—¡Oh! Era tan real que…

Unas voces interrumpen la conversación:

—Buenos días, inspectora —dice un hombre alto de unos cincuenta años con un bigote muy poblado—. ¿Cómo se encuentra? —Morris hace el intento de levantarse, pero él la frena en seco —. Eeeeh, eeeh, ¿dónde quiere ir usted? Acaba de despertar de un coma, debe quedarse tumbada.

—¿Coma? —pregunta mirando a su compañero, este asiente con la cabeza y le aprieta la mano.

—Señorita Morris, lamento comunicarle que no le puedo informar de mucho, estamos todos algo perplejos todavía por lo sucedido. Llegó al hospital en coma, no había signos de actividad neurológica, no tenía fiebre. Lo único que pudimos hacer por usted fue curarle las múltiples heridas. —Ella asiente sin decir nada—. ¿Qué recuerda?

—Todo —contesta—. Recuerdo quedarme paralizada, recuerdo ver cómo Gabi se quedaba de igual manera paralizado, sentí cada uno de los picotazos, y luego sentí que me moría.

—Vaya —acierta a decir el médico—. Solamente puedo decir que ha tenido mucha suerte, tengo entendido que las otras víctimas no corrieron la misma suerte.

—No podemos hablar del tema, estamos en mitad de una investigación —se apresura a decir Medina.

—Entiendo —asiente el médico con una sonrisa—. Empiece bebiendo agua muy poquito a poco, si la tolera y no vomita le daremos algo de comer.

—¿Cuánto tiempo he estado en coma, doctor?

—Tres días.

—¿Tres días? —repite abriendo los ojos y mirando de nuevo a Gabi.

—Tranquila, ahora debes descansar, te pondré al día en cuanto el médico me dé autorización.

—Hoy nada de hablar de trabajo —dice el médico.

—Está bien.

—Oh, claro —sonríe ella.

—Aprovecho y te hago las curas ahora, querida. —La enfermera se queda mirando al doctor y a Medina para que abandonen la habitación.

—Me alegro de que esté de vuelta, inspectora —dice el médico y sale por la puerta.

—Esta tarde me paso a verte, jefa; debo ir a comisaría. ¿Estarás bien?

—Estará bien —replica la enfermera para que se vaya, y este así lo hace.

—Señorita, no se han separado de su cama ninguno de los dos.

—Tengo mucha suerte —contesta ella con una media sonrisa.

CAPÍTULO 18

—Amor. —La voz de Luca despierta a Morris.

Abre los ojos muy poco a poco y lo ve allí como un ángel, tan guapo, tan bien vestido, tan elegante, tan él…, que lo único que puede hacer es llorar de pura emoción.

—Luca…

—Amor, no, no ya estoy *acá*. —Él la abraza con tanta ternura como si tuviera miedo de que se fuera a romper en cualquier momento—. Estás a salvo, en mis brazos, *vos* siempre estarás a salvo.

—Te quiero tanto, Luca, yo… —Está tan emocionada que le cuesta que las palabras salgan—. Me siento tan afortunada que…

—No hables, amor, no hables. —Él la mece como a un bebé.

—¿Has hablado con el comisario o con Medina?

—Sí, fui a exigir una explicación. —El tono de voz de Luca cambia, ahora ya no es el Luca amoroso, ahora es el Luca prepotente, ese que sale muy de vez en cuando, pero que está en su interior y al que Morris le tiene un poquito de manía.

—¿A exigir? —pregunta ella con la cara totalmente desencajada.

—No te protegieron.

—Luca, yo era la inspectora jefa del caso, si alguien tiene la culpa de lo que me ha pasado, soy yo misma.

—No —replica elevando la voz—. Debieron de poner más medios, siempre te hacen lo mismo. —Luca se levanta bastante ofendido—. Como *sos* una «superinspectora», *podés* con todo, y mira…: el año pasado el disparo, ahora casi mueres… ¿Qué será lo siguiente?

—Luca, tranquilízate, por favor, las cosas no son así…

—Siempre los *defendés*… ¿Por qué?

—No los defiendo a ellos…

—La realidad es que no *tenés* la seguridad suficiente.

—Es mi trabajo —contesta ella algo molesta—. Soy inspectora de policía y me enfrento a situaciones que…

—¿Y si un día tenemos familia? —Se gira para enfrentarla cara a cara. Ella cierra los ojos, de nuevo la discusión de la familia…; hoy no, hoy no quería tener esa discusión.

—Estoy bien, amor, estoy aquí —dice ella pasados unos minutos.

—¿Se puede? —La voz de Medina irrumpe de golpe en la habitación, con una sonrisa y un ramo de flores.

—¡Gabi! —Una sonrisa ilumina la cara de Morris, tiene la fantástica habilidad de llegar en los momentos precisos y este es justo el momento en el que ella necesita a su compañero.

—Gabriel —el tono de Luca sigue siendo de enfado—, ¿saben algo más?

—Luca, te digo lo mismo que todos estos días, no te puedo contar nada del caso, estamos en mitad de una investigación y…

—Un caso en el que mi prometida casi muere. —Se acerca a Medina—. Exijo respuestas, exijo saber cómo va el caso.

—Luca, por favor —la voz de Morris esta vez ha subido de decibelios y Luca se da cuenta inmediatamente, se acerca a ella y la besa

cariñosamente en la frente.

—Vos no *sabés* lo que fue… No *tenés* ni idea de….

—Luca, estoy aquí, mírame. —La mira, suspira y se gira para encararse con Gabriel—. *Cuidala*, *prometémelo*.

—Siempre, Luca —contesta con cara de pocos amigos.

—Tengo que coger un avión en un par de horas, amor, debo irme; me encantaría aplazarlo, pero no puedo.

—Tranquilo, estaré bien. —Morris le aprieta la mano y este la besa dulcemente en los labios. Se separa de ella, le besa también la mano.

—Te amo, bella. —Ella sonríe—. Chau, Gabriel, nos vemos a la vuelta, *manteneme* informado. —Le ofrece la mano como si de una tregua se tratara. Este se la devuelve con un fuerte apretón.

—Así lo haré —contesta Gabriel.

Una vez se hubo marchado, Morris y Medina se quedan en silencio durante un largo rato, él se sienta en un taburete que hay al lado de la cama y es Morris la que rompe el hielo.

—Es muy intenso —dice. Su compañero no le contesta—. ¿Me vas a poner al día del caso?

—Sí, estaba esperando a que me lo pidieras. —La cara de Medina cambia por completo, ahora sonríe de oreja a oreja.

—Mira que te gusta hacerte de rogar, eeeh —ella ríe.

—No hay mucho que contar, todos seguimos dando palos de ciego, no hay pistas que seguir, no hay murciélagos. Tal y como llegaron, se fueron,

sin dejar rastro, sin testigos, a excepción de nosotros dos —dice señalándose a sí mismo y a la inspectora.

—Esto es increíble, Medina, ¿Sánchez no ha encontrado nada en la red oscura?

—Nada de nada, a excepción de grupos satánicos que adoran a los murciélagos, chats de «frikis» que dicen ser murciélagos y poco más. González y Sáez estuvieron tras un narcotraficante que había salido de prisión hacía poco más de tres meses y que por lo visto había sido el exnovio de Clara, la segunda víctima.

—Oooh.

—No, nada de «oh», estuvo en Asturias de viaje en las fechas del ataque. Sin embargo, nos habló fatal del exmarido de Clara, nos dijo que era un tipo oscuro, que nadie sabía nada de su familia y que una vez Clara le confesó que se había equivocado al dejarlo por él, pero nada más. —Morris suspira—. Díaz vino para revisarte las heridas y para llevarse una muestra de sangre y enviarla al laboratorio de Madrid para que la analizaran.

—¿Y?

—Nada de nada, Morris, tienes la misma sustancia indescifrable que las otras víctimas; sin embargo, sigue siendo un misterio porque tú te salvaste y ellas no.

—En conclusión, estamos peor que al principio.

—Morris…, ¿viste a alguien por la zona? ¿Recuerdas a alguien?

—Llevo toda la mañana rememorando el recorrido y nada; sin embargo, lo que me trae de cabeza es el recuerdo de la casa de mis padres.

—¿El recuerdo? ¿Eso no fue un sueño?

—No, Medina, eso fue un recuerdo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Mi padre y yo estuvimos hace más de veinte años en una reserva en

Argentina; era una reserva de mamíferos y reptiles, y uno de los señores estaba investigando la forma en la que viven los murciélagos…

—Nunca me habías hablado de ese viaje con tu padre.

—Es que lo había olvidado por completo —se excusa ella.

—¿Cómo vas a olvidar un viaje? Se olvidan fechas, nombres, pero un viaje y nada menos que a Argentina…

—Algo sucedió en ese viaje Gabriel, algo… —Se queda en silencio apartando la mirada.

—¿Qué? Me estás asustando.

—Algo realmente traumático. —Morris abre mucho los ojos—. Que hizo que mi memoria lo borrara.

—¿Una especie de amnesia selectiva? —sugiere Medina.

—Puede ser —afirma ella—. Cuando pasas por una situación traumática, tu mente elimina ese… —Se queda en silencio.

—¿Qué?

—Estoy recordando algo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—Cierra los ojos y respira profundamente.

—Recuerdo… recuerdo una especie de poblado, estamos en mitad de la selva, me vienen flashes pero nada más.

—Bueno, no te agobies ahora. ¿Se lo has contado a alguien más?

—Solo confío en ti, Gabi.

CAPÍTULO 19

Finales de octubre

Había pasado un mes, ya estaba totalmente recuperada y hoy se incorporaba de nuevo a su puesto de trabajo.

Aparca el coche en su plaza de parking que tiene asignada en la comisaría, apaga el motor y un calor le recorre el cuerpo. Está nerviosa, no puede evitarlo. Aunque está viva, el ataque de los murciélagos todavía la acecha casi cada noche, y ahora se tendrá que enfrentar de nuevo a todo.

Sube las escaleras y traspasa el umbral de la entrada; está oscuro, mira su reloj y ve que son las siete y media de la mañana.

—Vale —dice en voz alta—. He llegado demasiado pronto, mejor porque…

De la nada empiezan a salir compañeros con gorros de fiesta, una pancarta gigante con las palabras «Bienvenida, jefa» se despliega desde el techo y un millón de matasuegras suenan al mismo tiempo. Morris se queda blanca, y todos empiezan a aplaudir.

—Estáis como una cabra —exclama con una sonrisa.

—Bienvenida, jefa. —Teresa, la agente novata, se lanza a sus brazos.

—Oooh, vaya —contesta Morris devolviéndole el abrazo que por nada del mundo se esperaba.

—Dejadla respirar —se queja Medina, menos mal que él siempre llega en su rescate.

—Gracias Gabi.

—Toma. —Le hace entrega de un paquete.

—Pero… que…

—¡Que lo abra! ¡Que lo abra! —empiezan a jalear todos.

Ella mueve la cabeza y rompe el papel de regalo, se topa con una caja de cartón. La abre.

—Propiedad de Camila Morris —lee. Todos estallan en carcajadas.

—Tu propia taza, ya no te podrás quejar del café en vaso de plástico —rie su compañero.

—Jefa, hemos dejado café y magdalenas en la sala dos, así puede estrenarla. —dice Sánchez.

—No se que decir, gracias de verdad.

—Nos alegramos de que estés de vuelta —Carmen se acerca a ella y le da un tímido abrazo. Morris busca con la mirada a su compañero.

—Venga, ya, ya, que el comisario la espera —interviene Medina y se la lleva a rastras por el pasillo.

—Joder, menudo susto —dice Morris.

—Eeh, esa boca —la regaña su compañero con una sonrisa traviesa.

—¿Qué?

—El de los tacos soy yo. —Se paran frente a la puerta del despacho.

—¿Entras conmigo?

—Me temo que esto te toca a ti sola. —Medina le da un abrazo y abre la puerta.

—¡Morris! —Francisco se levanta con una sonrisa nada más verla y abre los brazos—. Pase, pase.

—Gracias, señor. —Entra y cierra la puerta, sinceramente se sorprende bastante del caluroso abrazo que le ha ofrecido su jefe.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor —contesta ella y en ese momento se da cuenta de que el comisario le mira las manos en busca de cicatrices. Ella, sin ningún pudor, se levanta el jersey para mostrárselas con total naturalidad.

—Tengo todo el cuerpo lleno, señor, pero estoy viva —añade con una sonrisa sincera.

—¿Le duelen?

—Me tiran, son muy pequeñas, y son muchas….

—Siento de veras lo que le ha sucedido Camila, yo…

—Señor…

—Me siento en deuda, creo que la presionamos tanto que la lanzamos directa a los brazos de… —Se queda en silencio.

—De los murciélagos asesinos —acaba la frase por él—. Medina me ha puesto al día de todo y, bueno, veo la televisión.

—Ha salido en todos los programas de todo el mundo, una auténtica locura.

—¿No han encontrado absolutamente nada?

—Camila, no hemos encontrado nada, la única pista que tenemos eres tú.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿por qué has sobrevivido?, quiero decir… Cientos de laceraciones.

—Doscientas noventa para ser más exactos —aclara la inspectora.

—Tienes en tu sangre la sustancia, que desgraciadamente no hemos logrado averiguar qué es.

—¿El laboratorio de Madrid tampoco? —Ella se incorpora un poco de la silla.

—Nada, es una sustancia nueva.

—Podemos ponernos en contacto con la policía de otros países y…

—Morris… —El comisario se pone en pie, se acerca hasta la ventana y suspira.

—Van a cerrar el caso, ¿verdad? —pregunta apretando los puños. El comisario se queda en silencio.

—He intentado hacer todo lo posible, pero me obligan a cerrar el caso.

—¿Por qué? ¿Qué motivos le dan?

—Lo siento, Morris, de veras que yo… —Se gira y se queda mirándola.

—Viene de arriba —contesta ella sin más—. De muy arriba, ¿verdad?

—Quieren zanjar el tema, van a emitir un comunicado en el que se informe a la población de que se ha encontrado el nido, se han exterminado a todos los murciélagos y se cerrará el caso para siempre.

—¡Qué! —exclama.

—Lo siento, Morris, ahora lo tiene muy reciente y no piensa con claridad.

—¿Van a mentir al mundo? —pregunta con un hilo de voz.

—Es lo mejor, para que todo funcione bien, necesitamos que la sociedad se sienta segura.

—Pero es mentira, comisario —recrimina ella con impotencia.

—A veces hay que mentir, Camila, nuestro trabajo es mantener a la población a salvo, y estando en un estado de alerta no estarán a salvo, el miedo hace que…

—Le han aleccionado bien, señor —lo interrumpe.

—Algún día lo entenderás. —La mirada del comisario es extraña, tiene los ojos vidriosos, parece que está a punto de llorar.

—¿Me está pidiendo que haga borrón y cuenta nueva?

—Camila, lo que usted haga durante su tiempo libre, no es asunto de la comisaría.

—Claro, comisario. ¿Qué debo hacer?

—Saldrá en rueda de prensa, explicando cómo y dónde encontraron los murciélagos. —Ella

asiente tras escuchar las palabras de su jefe.

—¿Puedo retirarme?

—Debe entender que es lo mejor. —Ella no le contesta.

CAPÍTULO 20

La sala de prensa de la comisaría está iluminada con luces tenues. Medina se acerca al podio y deja una botella de agua. Morris asiente con la cabeza y se plancha instintivamente con las manos el elegante traje de chaqueta blanco y negro que lleva, se ha dejado el moño un poco despeinado para parecer más informal, y se ha pintado los labios de un rojo intenso.

Medina se acerca a ella y le aprieta el brazo. El rumor de los periodistas es incesante, pero ella está calmada. Se adelanta y se posiciona frente a los periodistas, la sala se queda de inmediato en silencio.

—Buenos días a todos. Gracias por venir. Como Inspectora Jefe del Departamento de Homicidios, me complace anunciarles que hoy cerramos oficialmente el caso de «los murciélagos asesinos». —Los murmullos entre los periodistas se acrecientan al mismo tiempo que millones de flashes se lanzan en su dirección—. Este caso ha sido un desafío tremendo para nuestros equipos, pero he de decir con orgullo que… —Se queda en silencio y traga saliva—, gracias a la perseverancia, la dedicación, y la determinación de todos nuestros agentes, se ha localizado la cueva donde se refugiaban los murciélagos. —La sala se remueve inquieta—. Entendemos el interés público que tiene este caso, pero os digo ya de
antemano, antes de que me lo preguntéis, que no daremos la ubicación del lugar donde han sido hallados.

Un periodista eleva la voz:

—¿Y cómo sabemos que lo que nos cuenta es verdad?

—Buenos días, pasaremos a la ronda de preguntas en un momento, contestaré a todas y cada una de ellas, pero antes déjenme acabar —espeta muy seria.

El periodista, que se había medio incorporado, se sienta y asiente con la cabeza.

—Comprendemos el interés público que este caso ha suscitado, pero por respeto al proceso legal y por sobremanera a las familias afectadas no podemos proporcionar más información por el momento. Les pedimos paciencia y comprensión. —Coge la botella de agua y le da un largo trago—. Quiero desde aquí mandar un cálido abrazo y todo mi apoyo a las familias de las víctimas, queremos que sepan que todo el departamento de policía los acompaña en su largo y doloroso duelo —finaliza. Se queda mirando a Gabriel para que le dé aliento, este asiente, y se adelanta.

—Buenos días, ahora daremos paso a la ronda de preguntas. —Medina sonríe—. Os pedimos tranquilidad, se van a responder todas y cada una de las preguntas que se realicen siempre y cuando no sean preguntas que formen parte de la investigación.

Se acerca a Morris, esta asiente con la cabeza y él lee el primer nombre que tiene en la lista.

—Laura Martínez, del periódico digital El Día. —Levanta la vista y justo en medio de los periodistas una chica menuda, rubia y con una sonrisa de oreja a oreja levanta la mano.

Medina asiente para darle paso.

—Buenos días, inspectora; lo primero que quería saber es: ¿cómo se encuentra usted?

—Buenos días, Laura —sonríe Morris—. Gracias por interesarte, estoy bien.

—Me alegro —carraspea—. ¿Puede proporcionar más detalles de cómo fueron los ataques? Gracias —dice y se sienta.

Medina mira a Morris que está aferrada al atril con ambas manos.

—Vaya —contesta Morris con una media sonrisa—. Estaba preparada para que alguien me

hiciera este tipo de pregunta, pero no pensé que fuera la primera.

—Morris —susurra Medina, pero ella levanta la mano.

—Despejaré todas vuestras dudas —dice con sarcasmo, un murmullo llena la habitación—. Sentí una punzada en la parte trasera del cuello y me quedé paralizada, todo mi cuerpo era una roca. Todo fue muy rápido, diría que pocos segundos después me vi rodeada de esos animales, que venían una y otra vez hacia mí. —Se le quiebra un poco la voz y la sala ahora está en absoluto silencio.

—Pasemos a la siguiente pregunta —dice de golpe Medina.

—No —interrumpe la inspectora—. No he acabado. —Toma aire—. Sentí cada uno de los mordiscos que me propinaron esas bestias, para ser más precisos, ya que necesitáis datos, recibí doscientos noventa picotazos.

Ahora sí, inspector, siguiente pregunta.

—Pedro de la Torre, de la radio ALC —anuncia Medina en voz alta. Un señor con una barriga bastante prominente se levanta y se quita unas diminutas gafas.

—¿Hay posibilidad de que vuelvan a atacar? Sé que ha dicho que han encontrado el nido de los murciélagos asesinos, pero han salido casos de
todas partes del mundo, ¿cómo pueden afirmar tan categóricamente que no van a volver a atacar?

—Pedro de la Torre, me alegra volver a verlo —sonríe Morris, él la ha entrevistado en varias ocasiones para su programa de radio, es un hombre
bastante sensato y cabal.

—A mí me alegra verla viva —confiesa con sinceridad.

Morris traga saliva al escuchar sus palabras.

—Hemos creado un departamento nuevo a nivel nacional y hemos alertado al resto de países en los que ha habido casos. Yo les puedo hablar de nuestra ciudad y está limpia, los murciélagos asesinos desprenden un olor particular y se ha creado una máquina que los detectaría al instante. —Medina la mira algo sorprendido, no estaba al tanto de ese detalle.

—¿Es segura? —pregunta una chica sin esperar a su turno.

—Si se refiere a la salud pública, sí, es totalmente segura y se acabarán de instalar a lo largo de esta semana.

—Entonces no estáis seguros de que hayan desaparecido… —la voz de otro periodista suena fuerte.

—Por favor, debemos respetar el turno de preguntas —dice Gabriel.

—Estamos seguros de haber exterminado a todos los murciélagos asesinos que había en la ciudad, pero no podemos estar seguros de que no vengan más, eso está fuera de nuestras manos, por eso instalaremos las medidas de seguridad adecuadas.

—Siguiente: Antonio del periódico Tu voz.

—Buenos días, inspectora, gracias por ofrecer esta rueda de prensa —empieza el periodista, esta asiente con la cabeza—. ¿Se sabe cómo elegían a las víctimas? Todas han sido mujeres.

—La verdad es que no, no sabemos por qué eligen a las víctimas.

—¿Parece que siempre son tres víctimas, no? Con lo que ya no deberían volver a atacar. —Se vuelve a levantar Antonio.

—En los casos que tenemos registrados en este país, sí, siempre han sido tres; pero nos consta que en otros países han sido dos, o una.

—¿Entonces cierran el caso porque ya han sido tres o porque realmente han encontrado el nido? ¿Cómo podemos estar seguros? Soy Violeta del canal de podcast Crímenes sin resolver.

—Muy bonito el nombre para su podcast, Violeta —la halaga Morris—. Cerramos el caso

porque, como les he dicho, hemos encontrado el nido donde se alojaban los murciélagos.

—¿Y cómo sabe que no hay más nidos? —insiste Violeta.

—Porque hayamos evidencias de los tres ataques en la cueva, y hasta ahí puedo decir.

—Bien. —Se adelanta Medina que, al escuchar la frase «hasta ahí puedo decir», sabe que Morris pide finalizar la rueda de prensa—. Damos por finalizado el ruego de preguntas.

—No hemos hablado todos —se queja un periodista.

—Mentirosos, nos estáis ocultando la verdad —dice de golpe la voz de una mujer.

—¿Quién nos ha llamado mentirosos? —La voz de Morris suena alta buscando entre los periodistas, el silencio se vuelve a hacer de ultratumba y todos se miran, nadie sale a la palestra.

—Les ruego que no falten al respeto ni a esta comisaría, ni a los agentes que en ella trabajamos, porque nos dejamos la piel cada día, es nuestro trabajo y así lo hemos elegido, pero les rogaría un poquito de empatía porque les recuerdo que tienen delante a la tercera víctima. Desde aquí
mando un mensaje de calma a toda la población, confíen en mí. Gracias,
esto ha sido todo —concluye y se retira, pero al pasar por al lado del comisario le susurra:

—Me debe el ascenso.

CAPÍTULO 21

Al día siguiente Morris danza de un lado al otro en su despacho, Medina está sentado cotilleando el móvil cuando entra el comisario Gutiérrez.

—Señor —lo saluda ella. Francisco mira a Medina y después la mira a ella.

—Gabriel es mi compañero, lo sabe todo.

—Morris, le pedí expresamente que no podía decir nada y…

—Comisario, Gabriel es mi compañero —repite ella.

—Jefe, no le puede pedir que lleve esta carga ella sola —suelta Medina—, aparte de que es más real que los dos encontrásemos el supuesto escondrijo de los murciélagos.

—Tienen razón, pero mi experiencia es, que cuanta menos gente lo sepa, mejor —dice dejándose caer sobre una de las sillas.

—Medina no es gente, comisario —replica ella.

—Sí, lo sé, lo sé, es que tengo mucha presión.

—Jefe, ¿por qué quieren cerrar el caso? —pregunta Medina.

Francisco levanta la vista con los ojos muy abiertos, mira a Morris y le señala a su compañero.

—¿Lo ve? ¿Entiende a lo que me refiero?

—Medina, no podemos hacer preguntas, todo lo que yo dije en la rueda de prensa de ayer es lo que los de arriba quieren que diga, y el caso se cerrará y jamás volveremos a hablar de los murciélagos asesinos.

—Joder, vale.

—Gracias —dice Francisco.

—¿Y ahora qué? —quiere saber Morris.

—Pues ahora a volver a la rutina, y yo a hablar con el alcalde para que ordene instalar unos palos de metal ficticios que se supone que nos avisan de la llegada de los murciélagos.

—Joder, jefe, improvisé —se justifica Morris. Medina, que está medio recostado en la silla, se incorpora.

—¿Te lo inventaste? —pregunta con la boca abierta.

Morris lo mira y asiente con la cabeza, Gabriel estalla en una carcajada sonora.

—La puta ama, lo que yo te diga, la puta ama.

Alguien llama a la puerta.

—Adelante —dice Morris.

Un agente uniformado asoma la cabeza.

—Oooh, disculpe, no sabía que… —Le cambia la cara al ver al comisario allí.

—No se preocupe, agente, ¿qué necesita?

—Me han pedido que la avise, por lo visto anoche le dieron una paliza a un tío en su apartamento y acaba de fallecer.

—¿No hay algún otro agente disponible para el caso? —pregunta Morris mirando al comisario.

—Me han pedido que la avise porque es un caso raro —se justifica encogiéndose de hombros.

—¿Qué es raro?

—¿Hay murciélagos? —pregunta riéndose Medina.

Morris lo atraviesa con la mirada.

—Perdón, era una broma.

—Tenemos varias llamadas de una pelea entre una pareja en la madrugada de ayer, al personarse los agentes se encontraron a la víctima. —Mira una carpeta que tenía en sus manos y añade—. Mike Teller, estaba semiinconsciente y el lugar de los hechos, su casa, parecía el escenario de una batalla. Sospechan de su novia.

—¿Dónde está lo raro? —quiere saber Morris ya metiéndose de lleno en el caso.

—Los médicos nos dicen que recibió una paliza mortal, él mide metro noventa y la novia metro cincuenta y poco.

—Vamos para el hospital, gracias —contesta Morris.

—¿Y ya está?—pregunta Medina.

—Sí, ya está, Medina, no quiero volver a escuchar hablar de ellos —le dice y le guiña un ojo, este se incorpora y mira al comisario Francisco que tiene una media sonrisa en la cara.

SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO 22

Junio de 2021 - Alicante

Han pasado nueve meses desde que dio carpetazo al caso de los murciélagos, la ciudad estaba empezando a volver a la calma. Aunque habían dado por cerrado el caso, habían sido meses durísimos, de incertidumbre, de miedo, de pánico social, de presión política. Pero ni un maldito murciélago había vuelto a aparecer, ni una sola señal, nada, y eso la mataba por dentro: tal y como habían llegado, se habían marchado. Siempre tres muertes, siempre tres mujeres y un rastro de un olor amargo en el ambiente. Ese era el patrón, eso era lo único que sabían, a lo único que se aferraba. Pero lo que más la atormentaba era saber por qué ella había sobrevivido al ataque, ¿alguna víctima más en el pasado habría sobrevivido?

Morris está despierta desde muy temprano, sentada en una silla en la terraza de su ático, quiere grabar esas vistas en su retina por última vez. Hoy es su gran día, la ascienden a comisaria. Todavía no sabe ni cómo lo ha logrado, pero aquí está, a las puertas de conseguir su sueño.
Sin embargo, no está tan feliz como debería, hay algo en su interior que no la deja disfrutar de ese momento, que se supone que debería ser mágico.

En su mente aparece la sombra de la duda, ¿quiere realmente ese puesto?, ¿quiere dejar esa ciudad que tantos quebraderos de cabeza le ha dado? Y, lo más importante, ¿quiere abandonar a su compañero?

Muchas dudas le asaltan en su gran día, pero realmente es por lo que ella ha luchado tanto, ahora podrá llevar una vida más relajada y formar una familia. Intenta pensar en que el cambio de ciudad le sentará bien, hará nuevos amigos, conocerá gente diferente; y, lo más importante, allí en su nuevo destino, quizás y solo quizás, dejará de ser la «inspectora de los Murciélagos». Pero, ¿es eso lo que realmente quiere?

—Amor, ¿qué *hacés* tan pronto despierta? Son las cinco y media de la mañana —pregunta Luca.

—Quería despedirme de estas maravillosas vistas —contesta con una sonrisa. Él se acerca y le da un beso en los labios.

—Voy a salir a correr un rato, ¿a la vuelta te apetece que me acerque a tu panadería favorita y compre un par de croissants de avellana?

—Sería fantástico, gracias.

—¿Nerviosa? —quiere saber él poniéndose los pantalones.

—Inquieta.

—Disfruta del momento, amor, tus viejos estarían orgullosos de *vos*.

—Lo sé, Luca, lo sé, es solamente que…

—Es normal sentir miedo.

—No tengo miedo, es…

—¿El caso? ¿*Seguís* con eso? —Luca se acerca, la coge en brazos y le besa el cuello—. Olvídate ya de eso, amor. Hace nueve meses que se cerró, ¿por qué le seguís dando vueltas?

—No lo sé, tengo un «run run» en la cabeza. —Ella se zafa de sus brazos.

A ojos de la sociedad el caso se había cerrado, habían instalado un «sistema de seguridad» para que los murciélagos no volvieran, pero su mente no dejaba de darle vueltas, sentía la

constante sensación de tener una piedra dentro del zapato.

Morris se asoma al balcón, Luca la abraza por detrás y le vuelve a besar el cuello.

—Cambié de opinión, creo que antes de ir a correr prefiero una ducha con *vos*, con tu piel, con tu olor. —Luca le da la vuelta y empieza a besar su cara susurrando—: Amo tu olor, tu piel, tu suavidad, *vos*, solamente *vos*, voy a hacerte mía. —Sigue bajando hasta los pechos, le quita la camiseta.

Ella no se resiste, echa hacia atrás la cabeza y gime involuntariamente, él se excita todavía más al escucharla; le quita los pantalones y la coloca sobre su cintura, ella nota su miembro, se besan más apasionadamente, el cuerpo de ella lo busca, él lo sabe, la mira a los ojos y la penetra, ella gime y se dejan llevar.

Luca se ha ido a correr, Morris está acabando de recoger sus últimos enseres personales, el resto de sus cosas están ya en su nueva casa de Burgos, cuando se percata de que del maletín de Luca asoman unos informes que parecen ser policiales. Sabe que no debe; sin embargo, una punzada en el estómago le hace volver a mirarlos.

—¿Qué hace él con un informe policial? —dice en voz alta.

Mira la puerta de entrada, se acerca a los papeles, y gira la cabeza para conseguir leer:

«Comisaría Mar del Plata, Argentina».

El corazón se le acelera, no entiende nada.

—No, no debo —Se aleja —Quizás sea algo de su familia, él es muy reservado con su familia, casi nunca habla de ellos. Pero… Él es agente inmobiliario… —Se sienta en el sofá—. ¿Qué hace con un informe policial de Argentina?

Se incorpora, coge los papeles y se pone a leerlos…

—¡Oh! No puedo creerlo —exclama.

En ese momento Luca entra por la puerta con cara de felicidad y un absoluto y embriagador olor a croissants de avellana inunda la estancia.

—¡Tachán! —dice enseñándole el paquetito de la pastelería. Su vista baja hasta las rodillas de Camila y ve el informe en su regazo—. ¿Hurgaste en mis documentos? —pregunta muy serio.

—No quería hacerlo, pero los papeles sobresalían y me pudo mi vena de inspectora, porque… ¿Qué hace un agente inmobiliario con un informe policial de Argentina?

—No deberías tocar las cosas de los demás, eso es …

—¿Demás? —contesta furiosa—. Eres mi pareja, nos casamos el año que viene y ¿me estás ocultando cosas que pueden estar relacionadas con el caso más importante de mi carrera?

—No te estoy ocultando nada, es únicamente…

—¿Qué no me estás ocultando nada? Por Dios, Luca, ¿cómo puedes ser tan cínico?

—¿Cínico? Habló la que resulta que ahora se dedica a hurgar entre mis cosas; no *tenés* derecho, son mis cosas, mi privacidad, Camila.

—Oh, ¿es tu privacidad ocultar pruebas relacionadas con uno de mis casos? —espeta poniéndose frente a él con las manos en jarras.

—No te estoy ocultando nada; cielo, vamos, no vamos a discutir el día más importante de tu carrera.

—Ni se te ocurra abrazarme ahora —eleva la voz fulminándolo con la mirada.

—Te lo iba a contar en Burgos, tenía miedo de que, si te lo decía ahora, te volcaras en el caso de nuevo y pospusieran tu nuevo cargo.

—Deberías habérmelo dicho, ¿desde cuándo tienes este informe? —Luca se queda en silencio —. ¿Desde cuándo?

—Hace seis meses.

—¿Qué? ¡Oh, esto es el colmo de todos los colmos! Me voy a comisaría y me llevo esto — dice levantando el informe policial de Argentina.

Coge su bolso, y cierra la puerta con un portazo.

En cuanto Camila sale por la puerta, Luca coge su teléfono, marca una tecla y espera pacientemente a que su interlocutor responda.

—Dime.

—Elimina todo lo que haya en el sistema del caso McArthur.

—Entendido —contesta al otro lado la voz de una mujer—. ¿Aviso a…?

—No —contesta sin dejarla acabar.

—¿Está seguro, señor?

—No creo que pase de aquí, ella no recuerda nada, esto ha sido un despiste mío.

—Entendido —contesta la voz monocorde.

Luca cuelga y lanza el móvil contra el sofá con rabia.

CAPÍTULO 23

Morris está furiosa, le tiemblan las manos, sentada en su coche, marca como puede el teléfono de Gabriel.

—Señora comisaria. —La alegre voz de Gabriel suena por los altavoces del coche.

—Necesito verte, en quince minutos, en el puerto.

—¿Qué sucede?

—Por aquí, no, Gabi.

—¿Estás bien?

—He encontrado algo.

—Entendido, en quince minutos.

No podía creer que Luca le hubiera ocultado información de su caso más importante. Según los papeles que acaba de encontrar, había una conexión con Argentina, pero ese caso era antiguo, de 1969, ¿por qué Luca se lo había ocultado? Aparca en el parking del puerto y nada más salir ve que la está esperando Gabriel.

—¿Qué pasa?

—Caminemos, ahora mismo no me fío de nadie —contesta, Medina la mira extrañado, pero la sigue.

—Me estás asustando.

—Sentémonos en aquel banco. —Señala un banco que está situado justo delante de un catamarán de lujo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás temblando? —le dice mientras se sientan.

—Mira esto. —Sin más dilaciones, Morris le hace entrega de los informes.

—¿Qué es esto? —pregunta al cogerlo.

—Es un caso de ataque de murciélagos en Argentina…

—«En el año 1969» —lee Gabriel—. El caso se llama «McArthur».

—Aquí dice que —empieza a explicar Morris— la señora McArthur fue de vacaciones a la selva, en Argentina; viajó con varias amigas, en una especie de expedición en busca de nueva flora y fauna. Su marido denunció su desaparición a la semana, no había rastro de ninguna de las tres amigas, parece ser que su marido era un influyente británico muy importante en esa época… —Se lo queda mirando y le hace el símbolo del dinero.

—Entiendo…

—Envió varias expediciones con los mejores rastreadores para localizar a su mujer, él seguía pensando que estaba viva, pero desgraciadamente a la semana de empezar la búsqueda las encontraron muertas.

—No me digas más, muertas a picotazos.

—Efectivamente, ¿pero qué es lo raro de este caso? Los zapatos, es de lógica pensar que estas mujeres no iban con zapatos de tacón por mitad de la selva, ¿no?

—Me las estaba imaginando con las típicas ropas de Indiana Jones.

—Encontraron los cadáveres con las manos atadas a la espalda, zapatos de tacón atados a sus pies de tal manera que no pudieran quitárselos y evidentemente con cientos de picotazos por todo el cuerpo.

—No te puedo creer. —Gabriel está mirando el informe—. «Las
víctimas encontradas no llevaban enseres personales y sus ropas eran de expedición, excepto los

zapatos que los llevaban clavados a su piel» —lee Gabriel abriendo la boca.

—¿Qué opinas?

—Que hasta donde yo sé los murciélagos no atan zapatos —contesta sarcásticamente.

—Como llevamos sospechando todos estos meses, la mano del hombre está detrás de todo esto… —se adelanta Morris.

—Joder, pero ¿cómo? No vimos a nadie durante tu ataque, había policías por todo el perímetro.

—Quien esté haciendo esto lo va a volver a hacer, Gabi, no sé cuándo ni por qué, pero va a volver a atacar.

—El informe es de 1969, han pasado cincuenta años, es imposible que sea la misma persona, Morris.

—Lo he pensado, pero es la primera pista que tenemos en meses.

—¿De dónde has sacado este informe?

—No te lo vas a creer.

—Dispara —dice recostándose—. Nada me puede sorprender más.

—Estaba en el maletín de Luca.

—¿Qué? ¿Tu Luca? —lanza un grito que más que un grito era un aullido.

—¿Qué otro Luca conoces, Gabi? —Lo mira entrecerrando los ojos.

—Vale, sí, joder, es que esto es…, no encuentro palabras. ¿Sabe que lo tienes tú?

—Sí, hemos discutido. Me ha dicho que me lo iba a enseñar cuando llegáramos a Burgos.

—¿Qué narices hace un agente inmobiliario con un informe de 1969 de Argentina?

—Eso mismo le he preguntado yo y me ha cambiado de tema.

—Es ocultación de pruebas, Morris.

—Lo sé, sabes que él solo quiere ayudar y que…

—Deja de defender lo indefendible.

—Es solo que quiero… Necesito pensar en positivo.

—¿Crees que ha podido tener algo que ver? Al fin y al cabo él es de Argentina y…

—Conozco a Luca, será muy prepotente, será un chulo muchas veces, pero de lo que estoy segura es de que no es un asesino, además yo fui la tercera víctima, Gabi, no lo olvides.

—Sí, tienes razón, era por descartar.

—Estoy segura de que ha tenido que mover cielo y tierra para localizar este informe.

—Pero una cosa, este informe es de Mar del Plata y Misiones está como a mil quinientos kilómetros, ¡no tiene sentido!

—Ninguno.

—Vayamos a mi casa y desde allí nos metemos en los archivos policiales con mi clave secreta —dice apostillando con las manos la palabra «secreta».

El año pasado, durante la investigación del caso de los murciélagos, el agente Sánchez les proporcionó un acceso privado a la red oscura, y Gabriel la usaba de vez en cuando para seguir investigando en segundo plano.

—Démonos prisa.

—¿A qué hora tienes que estar tú en comisaría?

—A las cinco tenemos que estar en el salón de actos, no puedo faltar; encontremos lo que encontremos, Gabi, hoy no puedo faltar.

Gabriel se había mudado a un pequeño apartamento de un dormitorio situado a dos calles del puerto tras casarse con su novia de toda la vida, Maite. Era un sitio

pequeño y tenían claro que iba a ser un piso puente, Maite estaba embarazada y estaban buscando un lugar más apropiado para afianzar su familia. En una de las paredes del salón estaba el escritorio de Medina, con dos ordenadores, uno para trabajar y el otro, como solía decir él, «para desconectar». Un equipo de alta gama de gamer profesional que usaba sobre todo los fines de semana.

—¿Cómo era el nombre del caso? —pregunta ya con la base de datos secreta abierta en la pantalla del ordenador.

—McArthur —repite Morris.

—Bien, veamos qué más sale de… ¡Mira!, aquí hay dos archivos de Argentina con ese nombre, voy a descargarlo y veamos qué hemos…

—¿Qué ha pasado? ¿A dónde han ido? —pregunta ella al ver cómo desaparecen delante de sus narices las dos carpetas con el nombre McArthur.

—¡Hostia!

—Los casos han desaparecido.

—No están, Camila, ya no están en la base de datos. —Gabriel vuelve a teclear a toda velocidad la palabra «McArthur», nada.

—¡Maldita sea!, lo han borrado, Gabi, ¡lo han borrado!

—Nos estamos metiendo en algo muy gordo.

—¿Y qué tiene que ver Luca en todo esto?

—No te vayas a Burgos, Camila —ruega de golpe su compañero mirándola a los ojos.

—Debo ir, no te preocupes por mí, no me va a pasar nada.

—No me fío de Luca.

—Yo ahora mismo tampoco —confiesa ella—. Pero…, si queremos averiguar qué es lo que pasa de verdad…, debo ir a Burgos, no puedo cambiar los planes, Gabi: sospecharía.

—¿Y convivir con él? ¿Casarte? ¡Es de locos! —Se levanta haciendo aspavientos con las manos.

—No me voy a casar con él, no después de esto. Pero iré a Burgos y allí le diré que necesito un tiempo, mientras investigamos; le diré que no hemos encontrado nada concluyente para no levantar sospechas.

—Me asignan nueva compañera mañana, no tendré tiempo de nada.

—Buscaremos una solución.

—Compraremos móviles de prepago y hablaremos a través de ellos, no me fío de nada ni de nadie, Camila.

—Yo tampoco.

—¿Tendrás cuidado en Burgos? ¿Me lo prometes?

—Tranquilo, estaré bien.

—Prométeme que me llamarás si ves o notas algo extraño, lo que sea.

—Te lo prometo, compañero. No te preocupes por mí.

—Cami…, yo…, para mí no eres una simple compañera —confiesa.

—Lo sé, Gabi, tuvimos una conexión desde el minuto cero.

—Eres como mi hermana, y no quiero que perdamos el contacto.

—Y no lo haremos. —Morris se lanza a sus brazos. —Cuida de Maite y de la pequeña que viene en camino.

—O pequeño —replica él.

—Te veo luego, no me falles —Morris sonríe y sale por la puerta.

—Hasta esta tarde, señora comisaria.

CAPÍTULO 24

Septiembre de 2021 - Burgos

Camila lleva tres meses instalada en Burgos y, como era de esperar, extraña el olor a salitre, esa sensación de humedad que te dan las ciudades pegadas al mar, su ambiente festivo. No es que su nuevo destino no le guste, pero todo es muy diferente a como ella se lo había imaginado. Se suponía que Luca estaría con ella y que estarían planeando formar una familia; pero ahora, evidentemente nada de eso iba a ocurrir, se siente traicionada por él. Cada semana recibe un ramo de nueve rosas rojas en la comisaría, y eso, en lugar de relajar la situación tan tensa entre ellos dos, porque cada vez que hablan por teléfono acaban discutiendo, hace que Morris se altere más todavía. La ha traicionado, no puede perdonarlo, además de que su amiga Laura Mendieta lo ha investigado y su pasado anterior a su llegada a España está bastante confuso.
Esa mañana dará carpetazo al tema de Luca, necesita centrarse en su trabajo, en su nueva vida y volver a empezar, no quiere saber nada de hombres, eso lo tiene claro, por lo menos no por ahora, está demasiado dolida, con lo que decide enviarle el último mensaje:

Camila: Buenos días, Luca, esta situación no va a ningún sitio, no nos hacemos bien, nos hacemos daño, cada vez que hablamos, discutimos…

Luca: Te veo en línea, amor, ¿cómo has pasado la noche?

Morris respira hondo. Continúa con la redacción del mensaje, debe cortar por lo sano, pero no le quiere hacer daño, en el fondo todavía lo ama. Respira hondo y le da a enviar.

Camila: ... y debemos rehacer nuestras vidas. Han sido unos años maravillosos a tu lado, pero hay que aceptar que lo nuestro no tiene vuelta atrás. Yo estoy dolida, y necesito pasar página, y tú te mereces una mujer que te ame. Sé feliz, Luca. Adiós**.**

No quiere enzarzarse en una conversación sin sentido. No ha terminado de guardar el móvil, cuando una llamada entrante de Luca aparece en la pantalla. Guarda el móvil en el bolso y entra

en la comisaría.

—Buenos días, Marco. —Sonríe al agente apostado en la entrada de la comisaría central de Burgos.

—Buenos días, comisaria. ¿Qué tal se encuentra esta mañana?

—Muy bien, gracias. ¿Alguna novedad?

—Ha llegado un paquete para usted —informa él.

—¿Un paquete? —pregunta un tanto sorprendida—. ¿De quién?

—No lo sé, señora; se lo he dejado sobre su mesa.

—Está bien, gracias.

—¿Café?

—Hoy no gracias, he desayunado en casa —contesta sin dejar de sonreír.

Morris entra en su despacho, todavía no lo siente suyo del todo, no acaba de encajar en aquel sitio y no sabe por qué.

El paquete está sobre el teclado de su ordenador, parece del tamaño de un libro. Le da varias vueltas, no lleva remitente. Lo abre con el abrecartas que le habían regalado sus compañeros de Alicante, dentro hay una nota:

«Deja de investigar».

Su primer impulso es cogerla, pero sus años como inspectora de homicidios hacen saltar las alarmas en su cabeza, con lo que abre el primer cajón y se pone con cuidado unos guantes de látex.

La nota está escrita a mano y al cogerla descubre que debajo hay un diminuto paquetito de papel que envuelve algo, lo toca y parece ser una pequeña figura, al desenvolverlo se pincha el dedo.

—¡Auch! —Se limpia el hilo de sangre y acaba de quitar el papel que envuelve la figura.

Se queda petrificada, ante ella tiene un diminuto murciélago disecado, no debe medir más de seis o siete centímetros de largo. Se siente algo mareada, coge aire y sale de su despacho a toda prisa.

—Marco.

—¿Sí, comisaria? —El muchacho se levanta como un resorte al verla tan azorada.

—¿Quién le ha dejado el paquete para mí? —quiere saber con un tono demasiado autoritario.

—No lo sé, estaba sobre mi mesa cuando llegué esta mañana —explica el agente.

—Pídale al departamento de seguridad que revise las cámaras —ordena Morris—. Necesito saber quién me ha dejado ese paquete.

—Enseguida. —Marco se levanta y sale disparado, escaleras abajo.

—¿Sucede algo, comisaria? —El inspector Santamaría al escuchar las voces y ver salir a Marco corriendo sale de su despacho situado al otro lado del pasillo.

—Me temo que sí —contesta suspirando—. Pase a mi despacho, y cierre la puerta, por favor.

—¿Qué sucede? —pregunta curioso.

—Sinceramente —empieza a explicar Morris—, solo puedo confiar en usted, en los escasos tres meses que llevo aquí, es el único que parece estar de mi lado y le agradezco el apoyo. No es fácil ser comisaria siendo mujer, aunque estemos en pleno siglo XXI y todo el mundo se empeñe en decir lo contrario.

—Comisaria, yo creo que —interrumpe Santamaría— los tiempos han cambiado y le aseguro que todos los compañeros la aprecian y respetan tanto o…

—Santamaría, —Ella levanta las manos—. Eso no importa, le he hecho pasar porque le quiero

enseñar una cosa. Pero esto no puede salir de aquí, ¿entendido?

—Entendido.

Morris saca al diminuto murciélago poco a poco y se lo muestra al inspector que se queda perplejo.

—¡Un murciélago disecado! —Santamaría abre mucho los ojos, era lo último que esperaba ver esa mañana—. ¡Maldita sea! Debe ser algún loco que…

—Santamaría —interrumpe Morris—, hay una nota. —Le pasa unos guantes de látex y luego la nota.

—Esto… esto es claramente una amenaza, comisaria. ¿Quién ha entregado el paquete? —quiere saber sin levantar la vista de la nota.

—Eso es exactamente lo que le he pedido a Marco que averigüe. —Justo en ese momento Marco llama a la puerta.

—Pase —dice Morris.

—Comisaria, eh… Eh..

—Arranca, Marco, arranca —dice el inspector Santamaría.

—No tenemos imágenes de quién entregó el paquete, han sido borradas —dice Marco del tirón sin pararse a respirar.

—¿Borradas? —Morris se levanta de su silla y apoya las palmas de las manos sobre la mesa.

—¿Cómo es posible? —pregunta Santamaría girándose en la silla para tener a Marco de frente —. Hay turnos de guardia durante las veinticuatro horas.

—El agente al mando en las salas de visualización me ha dicho que jamás le había pasado algo así —explica Marco.

—Increíble.

—Es como si hubieran cortado justo ese trozo, pero no sabe cómo, porque no se han movido de allí.

—Han hackeado el sistema —replica Santamaría.

—Dice que no.

—Esto es imposible —dice Santamaría.

Morris cierra los ojos y en su interior sabe que sí es posible, en este maldito caso todo es posible.

—Gracias, Marco, puede retirarse —interrumpe Morris, para luego dar un largo suspiro.

—Sí, señora comisaria. —Marco sale cerrando la puerta tras de sí. Ambos se quedan callados por varios minutos, finalmente Morris se sienta.

—Comisaria, ¿cómo puede ser? —rompe el silencio Santamaría.

—Por favor, Santamaría, deje de llamarme «comisaria», en privado llámame, Morris o Camila, me sentiría más cómoda.

—Como usted quiera, com…, por supuesto, Morris.

—Gracias, salgamos a tomar el aire —propone ella. Se levanta, abre la caja fuerte y allí mete con cuidado el paquete, a buen recaudo.

Santamaría y Morris salen del despacho de esta, bajan por las escaleras en riguroso silencio y ya una vez fuera, en plena calle, ella se aventura a hablar:

—Caminemos por el paseo, lo que voy a contarle es… confidencial…; no puede contarlo a nadie, no puede hablarlo con nadie, ni con su esposa, ni con nadie, ¿entiende?

—Por supuesto.

—Como bien sabe, hace ahora casi un año que tuvimos el famoso caso de los murciélagos asesinos.

—Lo recuerdo —contesta él—. Salió en todas las noticias, es famosa por ese caso, la única superviviente al ataque.

—Sí, como imagino que también sabe, no es un caso aislado, hubo otros tres casos treinta años atrás. —Mira a Santamaría para que le confirme con la cabeza que está al tanto de esta información, este así lo hace—. Ha habido muchos más casos; sin embargo, la mayoría de esos casos han sido silenciados, más en concreto, uno que sucedió en el año 1969 en Argentina.

—¿En Argentina? —pregunta parándose en seco y mirándola directamente a los ojos—. No entiendo qué tiene que ver con los casos de aquí.

—Santamaría, sé que están entrelazados, y por una razón que no sé o no recuerdo, están relacionados conmigo de alguna manera.

—¿Qué quiere decir?

—Hace muchos años yo hice un viaje con mis padres a Argentina —empieza a relatar ella reanudando la marcha por la avenida—. Yo no recordaba que había hecho ese viaje hasta el día del ataque de los murciélagos asesinos. En ese momento, mientras estuve en coma, ya sea por la medicación o por el shock del ataque, no me pregunte por qué, porque ni yo misma lo sé, en mi mente se desbloqueó un recuerdo. —Se lo queda mirando.

—Vaya.

—Yo viajaba con mi madre a Argentina para reunirme con mi padre que estaba allí de expedición, e íbamos concretamente a una zona de la Selva Misionera para convivir con un amigo de mi padre durante todo el verano. Tengo una especie de flashes de ese verano, pero no tengo un recuerdo del viaje como tal.

—¿Cómo es posible?

—He ido a varios psicólogos, psiquiatras y terapeutas emocionales para saber más y por lo visto, y en esto coinciden todos, debí sufrir alguna situación tremendamente traumática, lo que provocó que mi mente bloqueara ese recuerdo.

—¿Y tus padres? —pregunta Santamaría con curiosidad.

—Mi padre murió a finales del año 2012 y mi madre en 2015.

—Vaya, lo siento muchísimo, ¿algún familiar cercano al que pueda preguntar?

—No… —Morris se queda en silencio.

—¿Qué sucede? ¿Está recordando algo ahora?

—No, es solo que quizás pueda preguntarle a una amiga de mi madre, quizás ella pueda decirme algo.

—¿Y dónde está?

—Lamentablemente, está en una residencia.

—Morris, perdone que insista, pero… ¿Está totalmente segura de que viajó?

—Sí, estoy segura, algo me sucedió allí, algo traumático que mi mente bloqueó. Y sé qué tiene que ver con los murciélagos.

—¿Jamás se mencionó ese viaje con sus padres? Es un poco extraño, la verdad.

—Lo sé —asiente ella—. Y eso me hace querer saber más del tema, no puedo evitarlo.

Santamaría se ríe.

—¿Qué le hace tanta gracia? —pregunta molesta.

—Lleva en las venas la investigación. Se le nota, realmente está desperdiciada como comisaria, si me disculpa el atrevimiento.

—Si le soy sincera, llevo tres meses pensando exactamente lo mismo. Pero, por otra parte, estoy en una posición, digamos privilegiada, para acceder a lugares y archivos que como inspectora no sería capaz.

—¿No tiene algún álbum de fotos familiar? O algo que le pueda hacer recordar.

—Vendí la casa de mis padres cuando me concedieron el traslado a Alicante. Tengo un par de cajas llenas de cosas que me traje y las tengo todavía sin abrir, nunca he encontrado el momento.

—Igual ahora es ese momento.

—Puede que tenga razón, puede que encuentre alguna pista que me lleve a mi pasado.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Dispare —dice Morris e inmediatamente sonríe, porque se acuerda de Gabriel.

—La nota decía: «deje de investigar». ¿Sigue investigando?

—Sí, y nadie se supone que lo sabe, estamos teniendo muchísimo cuidado, se lo aseguro.

—¿Estamos? —pregunta confuso.

—Gabriel y yo seguimos investigando el caso, estamos tirando de un hilo muy fino, pero ese asunto no se lo puedo revelar ni a usted.

—Puede confiar en mí —replica un poco ofendido.

—No es por eso, Santamaría —se excusa—. Confío en usted, si no, le aseguro que no le hubiera contado todo esto; es que no quiero poner en riesgo su vida o la de su familia.

—Pero…

—Volvamos a comisaría, y no volveremos a hablar del tema, ¿entendido?

—Pero…

—Santamaría, es una orden.

—Entendido, comisaria.

CAPÍTULO 25

22 de diciembre de 2021 - Alicante

—Buenos días. —Camila entra por la puerta de la recepción del hotel ABC, situado al lado del puerto de Alicante.

—Buenos días, señora —contesta la recepcionista con una sonrisa.

—Tengo una reserva a nombre de Camila, Camila Morris —informa enseñándole la reserva en la APP de su teléfono móvil.

—Oh, sí, aquí la tengo. Bienvenida, señora Morris; le asigno habitación enseguida —La recepcionista teclea a toda velocidad—. ¿Alguna preferencia?

—Vistas al mar, si puede ser. Lo he extrañado mucho.

—¿Viene a visitar a la familia por Navidad?

—Se podría decir que sí.

—Estupendo, que disfrute de la estancia. Aquí tiene la llave de su habitación. —Le hace entrega de una tarjeta blanca con el logotipo del hotel en color azul.

—Muchas gracias —. Morris coge la tarjeta y sonríe.

—¿Necesita que avise para que la ayuden a subir las maletas?

—No, no, gracias, solo llevo esta. —Señala su pequeña maleta, sonríe, y se dirige con pasos rápidos hacia el ascensor. Al entrar inconscientemente se mira al espejo y se coloca el moño—. Vaya, no me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba mirarme en el espejo de un ascensor —dice en voz alta.

En Burgos vive en una pequeña casa adosada, con lo que había perdido ese momento tan suyo de mirarse al espejo del ascensor y darse a sí misma valor para empezar el día.

Llega a la habitación, ha reservado una suite doble, aunque se aloja ella sola, le apetece sentirse mimada, y ese hotel y esa habitación en concreto le darán todo lo que necesita.

Ni siquiera había dejado la maleta cuando suena el teléfono, mira la pantalla y sonríe al ver que es Medina.

—Inspector Gabriel, parece que me huela —contesta en tono socarrón.

—Ja, ja; estoy abajo, pero no me quieren decir en qué habitación te alojas, se pensarán que soy un loco.

—Puntos extras para el hotel —contesta Morris chasqueando los dedos—. Estoy en la 575.

—Voy para arriba. —Gabriel cuelga y ella sonríe, tiene muchas ganas de verlo. Se apresura para guardar en el armario las cuatro cosas que trae en la maleta y se descalza; escucha cómo llaman a la puerta, tres veces para seguir la tradición, y se dirige corriendo hacia la puerta.

Allí está Gabriel al otro lado, con dos cervezas en la mano y una amplia sonrisa que deja entrever sus hoyuelos.

—¿Brindamos?

—¡Gabriel! —Ella se lanza a darle un abrazo—. No sabes cuánto te he extrañado; pasa, por favor.

—No es por nada, pero como en la Terreta no se está en ningún sitio —sonríe y le hace una reverencia al entregarle una de las cervezas, Morris la coge y le da un largo trago.

—Por los viejos tiempos —dice tras beber.

—¿Hasta cuándo te quedas? —quiere saber el inspector acomodándose en el sillón de la suite.

—Aquí estaré unas dos semanas.

—Estupendo, contamos contigo para Nochebuena, Navidad… —contabiliza Medina con los dedos.

—No sé, Gabi, creo que es demasiada molestia.

—Camila, estoy feliz de tenerte aquí, y me gustaría compartir contigo un poco de mi vida, que conozcas mejor a Maite, y bueno…, a Lucía…: ella es… perfecta.

—Tengo muchas ganas de conocerla en persona —sonríe.

—Te vas a enamorar de ella.

—Te lo mereces, Gabi, te mereces eso y más, y estas fechas son para estar en familia.

—Somos familia, Camila —replica, algo ofendido.

—Bueno, ya veremos —contesta para salir del paso—. Ahora, a lo que vamos, ¿cómo va la investigación?

—Directa al grano, como siempre —sonríe él.

—Perdona, estoy ansiosa, llevas varios meses con mensajes misteriosos.

—Sentémonos a la mesa, que esto va para largo. —Coge la mochila que había dejado en la entrada y de ella saca varias carpetas.

—«Los atacantes», ¿en serio? —ríe Camila leyendo la primera carpeta que saca Medina.

—No podía levantar sospechas, si ponía los murciélagos asesinos, o el
el árbol maldito, alguien podría sospechar, ¿no crees?

—Bien, bien, captado. Yo he traído también algo. —Se levanta y se dirige hacia la mesita de noche. Allí había dejado un álbum familiar con una carta.

—Toma.

—¿Qué es esto? —quiere saber él algo confuso.

—Esto son algunas fotos de mi niñez —explica mostrándole el álbum—. Y esto es una carta que mi madre tenía escondida debajo del colchón, atada al somier.

—¿Debajo de su colchón?

—Sí —contesta Morris tras un suspiro.

—¿Pero está cerrada? —Medina no entiende nada. Morris asiente.

—¿Y por qué no la has abierto?

—Es una larga historia —contesta ella—. Pero básicamente porque la carta va dirigida a mi padre, un tema de confidencialidad, Medina.

—Pero si tu padre está muerto.

—Cuando mi madre enfermó y descubrí esta carta, no fui capaz de abrirla.

—Lo siento, Cami, pero no te entiendo: ¿por qué?

—Varios días antes de que mi padre falleciera, mi madre me llamó y me dijo que mi padre había sufrido un ictus, y que él tenía un mensaje para mí, una especie de misión.

—¿Misión? —pregunta abriendo la boca perplejo.

—Yo tenía que encontrar a una persona y entregarle unas cartas, esas cartas eran de suma importancia —explica Morris.

—Entiendo —contesta Medina tras un rato procesando la información en silencio—. Pero ¿qué tienen que ver esas cartas con tu padre?

—Esas cartas, Gabi, cambiaron las vidas de dos familias y al ver esta carta… —Levanta la carta que tenía entre sus manos—. Simplemente sentí miedo de que algo parecido pudiera suceder en mi vida y decidí no abrirla y enterrarla en el rincón del olvido.

—Señora inspectora, ahora comisaria de policía, Camila Morris, me cuesta muchísimo

esfuerzo creer que tú, que llevas en las venas la investigación hasta el último pelo del moño, no quisieras abrir esa carta.

—No estaba preparada, Gabriel —se excusa ella.

—¿Y ahora lo estás?

—Pienso que sí.

—¿Qué ha cambiado?

—El remitente de la carta.

—¿Quién es? —pregunta bajando la vista hasta la carta.

—Héctor Morales —contesta ella mirando la carta.

—¿Te dice algo ese nombre?

—Me dice algo el lugar de procedencia de la carta: Selva de las Misiones, Argentina.

—¿Argentina? ¡La hostia! —exclama Gabriel arrebatándole la carta de las manos—. La fecha del sello es de hace más de veinte años, Camila.

—Sí —confirma ella—. Barajo varias posibilidades, la primera es que la carta nunca llegó a ser abierta porque mi padre no quiso, y la segunda es que mi madre fue la que recibió la carta y la escondió para que mi padre no llegara a verla jamás.

—Menuda bomba —suelta Medina.

—Me decanto más por la segunda opción, básicamente por el sitio donde la hallé.

—¿Crees que está relacionado con los recuerdos?

—Rotundamente sí, me vi en una Selva, en una especie de poblado y… Bueno, no recuerdo mucho, pero sé que viajé a Argentina, aunque sigo sin entender por qué no se volvió a hablar de ese viaje en mi casa. Y eso es algo que me tortura, ¿por qué no tengo ni una fotografía?, ¿por qué me lo ocultaron?

—Abre la carta —la anima entregándosela de nuevo—. Salgamos de dudas. Sea lo que sea que encuentres, lo resolveremos juntos.

Morris respira profundamente, abre la carta con mucho cuidado como si de una bomba se tratara y la lee en voz alta:

Queridísimo amigo Morris,

Me decido a escribir esta carta tras muchos intentos por otras vías, pero al ver que no consigo contactar con vos o con vuestra esposa tras lo sucedido en la Reserva, decidí dar el paso y escribir esta carta, algo que, como bien saben, es muy riesgoso para nuestro programa.

Lamento profundamente lo ocurrido, créame si le digo que no era mi intención asustarla, y muchísimo menos la intención de Bruno era de lastimarla, les pedimos disculpas encarecidamente por el suceso y por lo que tuvimos que hacer después, pero entiendan que era la única salida posible tras los hechos que trágicamente acontecieron.

Les ruego se pongan en contacto para que este tema quede zanjado lo antes posible.

Les recuerdo no obstante el contrato de confidencialidad que firmaron antes de entrar en la Reserva, esto debe mantenerse en secreto por encima de cualquier cosa.

Atentamente su amigo,
Héctor Morales
Director de la Reserva por la conservación
y el medio ambiente de Misiones.

—Hostia, Camila, esto es una pista brutal —exclama Medina.

—Me hicieron algo, Gabriel, siento que me hicieron algo allí… o… —Camila cierra los ojos, está intentando acceder a sus recuerdos, saber si esa carta le ha despertado alguna parte oculta en su cerebro, respira hondo varias veces tal y como su psicóloga le había dicho y entonces sucede: está en otro sitio, está oscuro…

♦♦♦

—Camiiiii —grita la voz masculina.

—¿Qué? —contesta ella instintivamente.

—¿Dónde estás? —pregunta—. Debemos volver, si mi padre se entera de que te traje aquí, me matará.

—¿Quién eres? —pregunta ella, se siente inquieta, pero no tiene miedo.

—Bruno, ¿quién va a ser?

—No veo nada.

—*Sacate* el antifaz, pero no se vale chillar —le advierte.

—Vale —contesta. Camila se quita lentamente el antifaz y se ve en una cueva, sus ojos se van adaptando poco a poco a la oscuridad, escucha zumbidos extraños, muchas respiraciones, siente que no está sola.

—¿Ves la luz al final del pasadizo?

—Sí —contesta ella.

—Ve hacia ella, pero no mires hacia arriba.

Y claro su instinto le hace mirar automáticamente hacia el techo de la cueva y lo que ve la horroriza por completo.

—Aaaaaah —gritó.

Camila empieza a chillar y a zarandear los brazos como si estuviera espantando moscas.

—Camila, estás bien, estás aquí, tranquila. —Medina la abraza y le sujeta la cara para que lo mire.

—Han vuelto —dice.

—Estás a salvo, estás a salvo.

—He visto…

—Estamos en el hotel, ¿vale?

—Estaba lleno de murciélagos, esto…

—Respira, respira, siéntate de nuevo, te traigo agua. —Medina se levanta para buscar una botella de agua del minibar y unos frutos secos.

—He recordado una cueva enorme —empieza a explicar—. Yo estaba dentro, con los ojos tapados y encima de mi cabeza había miles de murciélagos dormidos, eran miles, Gabriel.

—Oh —exclama él, traga saliva—. Pero, ¿te atacaban? Como en…

—No, no —contesta ella de inmediato—. Simplemente, estaban ahí arriba durmiendo y había un hombre, no llegué a verlo, pero me dijo que se llamaba Bruno.

—Vale, ¿algo más?

—Era muy real, muy muy real, todavía tengo la sensación en mi cuerpo, el frío, la humedad.

—Estás bien, bebe agua. Creo que hemos avanzado más en quince minutos que en el último año. —Saca su portátil, abre el modo incógnito y se decide a buscar en la red el nombre de Héctor Morales.

Minutos después, frente a ellos sale la foto de un señor de unos ochenta años rodeado de

murciélagos junto a otro hombre, al pie de la foto reza:

«Héctor y Bruno Morales, directores de la Reserva de Misiones especializada en murciélagos vampiro».

—Bruno, es el nombre de mi recuerdo —explica tocando la pantalla del portátil involuntariamente, como si así pudiera trasportarse a ese lugar.

—Voy a llamar a Álex —suelta de golpe Medina.

—¿A Álex para qué?

—Él fue el que habló con un amigo suyo de Argentina.

—¿Estás seguro de que quieres meterlo en esto? —Medina aprieta los labios—. Oooh, venga ya, Medina.

—¿Qué? Necesitaba a alguien con quien desahogarme, y me ha ayudado mucho, te lo aseguro.

—Venga, llámalo. —Lo anima ella, sintiendo una pequeña punzada de nervios en su estómago.

Sin más dilaciones, descuelga el teléfono y se mantiene a la espera. Camila está con la mirada perdida cuando su teléfono suena.

—¿Sí? —Está tan despistada que contesta sin tan siquiera mirar quién la llama.

—Camila —susurra una voz demasiado familiar.

—¿Luca? —pregunta, esa voz la hace volver a poner los pies en la tierra de golpe.

—¿Cómo estás, cielo? —quiere saber él con su voz más seductora.

—Bien, gracias —contesta ella seca.

—Te extraño, cariño.

—Luca, no tengo ganas de perder el tiempo, ¿qué quieres?

—Verte —contesta él ignorando por completo las negativas de ella.

—No —replica ella.

—¿Por qué? —quiere saber él. Su voz ya no es seductora, ahora es ansiosa.

—Ya sabes por qué, Luca; deja de llamarme, pasa página, enamórate, haz tu vida; lo nuestro ya se acabó.

—No me dejaste explicarte por qué tenía ese informe, y es importante. —La voz de Luca vuelve a sonar amistosa.

—No me interesa, Luca —vuelve a replicar ella con una voz monocorde—. Ese caso se cerró ya, ahora soy comisaria en otra ciudad.

—Pero hay algo que *debés* saber, hay algo relevante en ese caso.

—¿El qué?

—Por teléfono, no —contesta Luca dulcemente.

—Nos conocemos, estás utilizando este truquito para que nos veamos y eso no te va a funcionar. —Morris mueve la cabeza negativamente al mismo tiempo que se acerca a la ventana de su hotel y observa el mar, su mar, ese mar que tanto había extrañado.

—Ninguno de mis trucos funciona —sisea Luca—. ¿Qué más *querés* de mí? ¿Qué más *necesitás* que haga? —vocifera ahora al otro lado del teléfono.

—No quiero nada, Luca; entiéndelo, no quiero nada —contesta ella con voz calmada. Conoce a Luca perfectamente, sabe que si entra en el juego acabarán los dos a gritos, y ella ya no quiere eso. En estos momentos necesita tener la mente calmada.

—¿Por qué? —insiste él—. Lo tenía todo y *vos* me lo arrebataste, maldita sea.

—Estás desvariando, Luca, en serio no quiero ser insensible pero pasa página.

—¿Pasar página? ¿Pasar página? —pregunta incrédulo— Nos íbamos a casar, íbamos a

formar una familia, Cami…

—Luca —lo interrumpe Morris—, siento mucho todo lo que estás sufriendo de verdad, pero hace un año que rompimos, y tu conducta está empezando a ser un poco obsesiva.

—No soy obsesivo —contesta con una voz totalmente siniestra.

—Luca, voy a colgar. —Y cuelga.

—Deberías ponerle una orden de alejamiento, te lo digo seriamente. —Gabriel la está mirando muy serio.

—Lo sé, me da pena, actúa así porque quiere que vuelva con él.

—Ha pasado casi un año, Camila; es un hombre de cuarenta años, atractivo, y no ha querido pasar página, yo le pondría una orden de alejamiento.

—Es inofensivo, de verdad; bueno, ¿qué te ha dicho Álex? —se le escapa una sonrisa involuntaria al recordar a Álex.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta con los ojos como platos y, al ver la cara que pone ella, estalla en una carcajada.

—No seas crío, Gabi —lo regaña Morris—. He sonreído por ser amable, nada más.

—Ya… —replica él chasqueando la lengua—. Pues que sepas que hemos quedado los tres para comer en una hora.

—¿Los tres?

—Si quieres quedar a solas con él… —Gabriel levanta las manos como defendiéndose de un ataque—. Yo me retiro sin ningún problema, señora comisaria.

—¿Dónde hemos quedado? —pregunta, ignorando por completo a su amigo.

—En el restaurante que hay al final de la playa.

—Fantástico. ¿Te importa que vayamos ya y así paseo un poco por la orilla?, necesito poner en orden las ideas.

—Por supuesto, a mí me vendrá bien la brisa del mar.

—Muchos casos los resolví en la orilla de la playa, ese sonido a las cuatro de la mañana me daba una paz que aclaraba al instante mis ideas.

—Bueno, bueno, acabamos de descubrir el método de la inspectora Morris —dice guardando el ordenador y las carpetas que ni siquiera había abierto.

—No hemos visto las carpetas, Gabi.

—Oh, no te preocupes, son los casos registrados a lo largo de Sudamérica y Europa, luego os los enseño a los dos.

—Vale, estupendo.

—Pero ya te digo que después de la carta, esto no es para nada relevante.

—Dame un segundo que me cambie y me ponga algo más cómodo.

—Te espero abajo, me apetece un café. —Medina sale por la puerta y Morris se dirige hacia la ducha con una sonrisa tonta dibujada en su cara.

CAPÍTULO 26

Pese a estar en el mes de diciembre, Morris pasea descalza por la orilla de la playa, las olas rompen con suavidad contra sus pies. Camina concentrada en cada paso que da a lo largo de la playa, para luego dar la vuelta y hacer de nuevo el mismo recorrido.

—¡Camila! —grita Gabriel desde el paseo para llamar su atención. Ella se gira, saluda con la mano y sonríe.

—Con que comisaria, eh —dice Álex mirándola desde el paseo.

—Sí —contesta su amigo—. Yo creo que jamás debería haber aceptado el puesto, su alma es de inspectora.

—¿Ella qué opina? —quiere saber Álex.

—No lo sé, la verdad… —Se encoge de hombros

—Hola, Álex —saluda Morris, llegando al paseo donde ambos la están esperando.

—Hola, Camila, ¡qué alegría verte! —Se acerca a ella y le ofrece la mano para salir de la arena, esta la recibe y nota el calor que se desprende de él con su tacto, se ruboriza.

—Gracias —Lo mira y se aproxima para darle dos besos, él la agarra de la cintura y ella cierra los ojos para aspira su aroma.

—Estás guapísima Camila.

—Y tú estás muy moreno para esta época del año. —Los dos se miran y se ríen como dos bobos.

Gabi los mira y pone los ojos en blanco.

Morris se sonroja, agacha la cabeza y se sienta en el poyete para limpiarse la arena y calzarse de nuevo.

—¿Alguna conclusión, señora comisaria? —quiere saber Medina sonriendo.

—Lo cierto es que no, pero he tomado una decisión —confiesa sin más. Cuando se levanta, están Álex y Gabriel mirándola expectantes—. ¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Cuál es la decisión? —quiere saber Medina.

—Ah —se disculpa riendo—. Voy a pedir una excedencia.

—¿Una excedencia? ¿Para qué? —Gabriel está confuso.

—Para viajar, Gabi, para qué va a ser —contesta ella, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Y el caso?, no te entiendo, Álex ha venido hasta aquí para hablarte del caso y…

—Me parece a mí que eso es exactamente lo que vamos a hacer —interrumpe Álex sonriendo.

Gabriel mira a Morris que también sonríe, después a Álex de nuevo que hace lo mismo.—. ¿Me lo explicáis o tengo que adivinarlo?

—Si no me equivoco, Camila va a tomarse una excedencia laboral para poder viajar a Argentina —explica Álex mirándola buscando su aprobación; esta, tras escucharlo, sonríe y muestra sus dos dedos pulgares.

—Uffffff, esto no me gusta nada, viajar hasta allí, sola… — Menea la cabeza como si lo que Álex acabara de decir fuera la peor idea del mundo.

—¿Desde cuándo necesito a alguien para viajar, inspector Medina?

—pregunta Morris mirándolo de hito en hito con las manos en jarras.

—No creo que sea una buena idea —contesta él.

—Tengo un hambre voraz —dice ignorando por completo a Gabriel—. ¿Vamos a la Perla de Oro, ¿no? Hacen el mejor arroz caldoso de la ciudad.

—Y me han dicho que la mejor tarta de tres chocolates —informa Álex ofreciéndole caballerosamente el brazo.

—Pues no se diga más. —Morris se agarra del brazo, su brazo es fuerte y sus miradas se cruzan, fugazmente, Morris carraspea y ambos toman rumbo hacia el restaurante. Gabriel los mira todavía en estado de shock. Morris se gira y al verlo allí pasmado en mitad del paseo, le grita:

—¿Te vas a quedar ahí?

—Voy —contesta refunfuñando.

Una vez sentados en el restaurante, Álex y Camila piden un arroz caldoso para dos, y Gabriel un chuletón a la brasa. Estuvieron charlando de banalidades, de las series favoritas de Morris, de las anécdotas de Álex durante el viaje que hizo a Francia para rescatar a unos monos, y por supuesto Gabriel les enseñó prácticamente todas las fotos y videos de la pequeña Lucía.

Cuando les sirvieron los postres, Morris decidió sacar el tema:

—Gabi, enséñanos por favor la cronología que tienes de los ataques —pide ella.

Medina saca las dos carpetas de su mochila, una la deja en un lado de la mesa, pero la otra la abre y de allí saca varios papeles.

—El primer caso que encontré, aunque no está registrado, sucedió aquí y es el caso de la hermana del ermitaño. Sin embargo, el primer caso registrado en Sudamérica sucedió en… —Se los queda mirando.

—¿Argentina? —contesta Álex moviendo la cabeza, incrédulo.

—No puede ser una casualidad, Gabi —dice Morris.

—Hay más —prosigue Medina—. Efectivamente, el primer caso registrado en Sudamérica sucedió en Argentina, pero claro, ¿en qué lugar de Argentina? No podía ser otro sitio que en la Selva Misionera. El famoso caso McArthur, el que te comenté por teléfono, Álex —explica mirándolo, este asiente—. El siguiente caso fue diez años después en Brasil, aquí únicamente hallaron a dos víctimas en la playa de Santa Catarina.

—Se supone que es una de las zonas más seguras de Brasil —exclama sorprendido Álex.

—Segura de delincuencia, no de estos animalejos —aporta Morris con cara de pocos amigos.

—La tercera víctima nunca fue hallada.

—Seguro que hay más —interrumpe Álex, que ya está totalmente metido en la trama de los asesinatos.

—¿En qué mes sucedieron los asesinatos? —quiere saber Morris.

—Estaba esperando tu pregunta —Medina sonríe—. Todas las que te he nombrado en septiembre, entre el 22 y 26 de septiembre.

—¿Por qué esa fecha? —pregunta Álex.

—Un patrón de conducta —concluye Morris.

—Pero no todas son en esa fecha; espera —pide Medina—. Este de aquí es el caso de la madre de Lidia. —Medina le pasa el documento con las fotos—. Después hubo otro caso en Italia más o menos a los diez años, en este caso en el mes de diciembre, pero sigue siendo claramente un patrón, Morris.

—¿Dónde fueron encontradas las víctimas? —quiere saber ella.

—Eso es lo extraño, en la localidad de Lacio hay un pequeño pueblo
llamado Calcata.

—¿Calcata? ¿El pueblo medieval? —preguntó Álex.

—¿Lo conoces? Yo nunca lo había escuchado. —Morris se lo queda mirando sorprendida.

—Es un pueblo de no más de mil habitantes —empieza a relatar Álex—. Está construido literalmente sobre una roca, es una maravilla para los amantes del mundo medieval, está totalmente rodeado de acantilados.

—Vaya, tiene pinta de ser precioso —aprecia Morris.

—Lo es por su ubicación. Está a tan solo una hora de Roma.

—Las dos primeras víctimas —interrumpe Gabriel, — fueron halladas en el patio de una casa que habían alquilado para pasar fin de año.

—¿Fueron asesinadas la noche de fin de año? —pregunta Álex.

—Eso parece —contesta Gabriel—. La tercera víctima apareció al lado del río al día siguiente, iba vestida elegante, con lo que los investigadores apuntan a que debió desaparecer la noche de fin de año o esa misma mañana.

—¿Y nadie denunció su desaparición? —pregunta Morris.

—Por lo visto, en Calcata viven muchos hippies, y a veces desaparecen por varios días y luego vuelven a aparecer, con lo que no le dieron importancia.

—Pobre chica —se lamenta Álex.

—¿Hay alguna clase de registro de visitas o de habitantes? Igual por ahí podemos tirar.

—Nada, Morris, ya lo he preguntado y me pasan de un sitio a otro, de teléfono en teléfono.

—Yo no tengo más contactos en Italia, *sorry* —se adelanta Álex.

—¿Más? —pregunta ella, que se percata enseguida.

—Bueno, Álex me ha puesto en contacto con una gente de Italia, pero
eso está a medias.

—¿A medias de qué?

—Que no hay nada concluyente.

—Vale, señor misterioso, sigue.

—Después de Italia, se registra otro caso en Chile, aquí se pueden ver sus fotos porque el caso es más reciente. —Se las enseña Gabriel—. Este caso es extraño, una única víctima.

—¿Dónde? —se apresura a preguntar Morris.

—En las vías del metro de Santiago de Chile —contesta él.

—Ostras —se sorprende Álex.

—Y el último caso registrado es el nuestro, señora inspectora Morris.

—Puff —resopla Morris—. Tenemos siete casos registrados con diecisiete víctimas, todas mujeres, ¿cierto?

—Cierto —confirma Gabriel—. Hay que puntualizar que todas iban bien vestidas, a excepción del caso de McArthur.

—¿Pero por qué pensáis que tienen relación si están a miles de kilómetros de distancia? —quiere saber Álex.

—Para empezar, hay un patrón claro de ataque: tres víctimas, siempre mujeres —explica Morris.

—Ya… pero hay casos que solo hay una víctima como es el caso del metro de Chile —rebate Álex.

—Cierto, pero la muerte es de la misma forma, como mínimo hace que se enlacen los casos —explica Morris.

—Entiendo —contesta él.

—En Brasil fueron dos muertes solamente —puntualiza Medina.

—Las víctimas de Brasil fueron halladas en una de las zonas más

seguras —comenta Morris—. Santa Catarina se caracteriza por ser una zona de dinero. ¿Has investigado las denuncias por desaparición de mujeres de edades comprendidas entre los treinta y cincuenta años en esa zona?

—La verdad es que no se me había ocurrido, Camila —contesta Medina.

—Ponte a ello —ordena Morris.

Gabriel se la queda mirando porque ella ya no es su jefa, y Álex, al darse cuenta, oculta su risa.

—Entonces en Santiago de Chile ha podido suceder lo mismo —analiza Álex.

—Sí, puede ser —contesta ella sin mirarlo a la cara porque está apuntando algo en su pequeña libreta que ha sacado del bolso—. No hay que dejar cabos sueltos, eso también debemos investigarlo.

—Álex, ¿qué nos puedes contar de tu amigo de Argentina? —pregunta Medina.

—Andrés es de Santa Fe y es el director del centro de Recuperación y reproducción de murciélagos de la zona, que está excesivamente poblada por la ganadería y gracias a los murciélagos se mantienen a raya todas las plagas de mosquitos, ya que los murciélagos de su reserva son en su mayoría insectívoros. Le he preguntado por la zona de Misiones, Gabriel me mandó un mensaje con el nombre del director y me dice que tanto Héctor como su hijo Bruno son una eminencia en este tema, que él nos puede poner en contacto con ellos. La reserva ahora la lleva Bruno.

—Eso sería maravilloso. Si no estoy equivocada, él fue el que escribió
la carta a mi padre.

—Estamos en el camino —contesta Medina.

—Como os comentaba —continúa explicando Álex—, en la zona de Santa Fe no se han visto murciélagos vampiros desde que él está llevando el programa, hace más de veinte años, pero tiene informes de ataques a ganado que se remontan a cincuenta años atrás.

—Cuando dices ataques a ganado, ¿te refieres a que los mataban? —quiere saber Morris.

—Sí, las vacas aparecían en un charco de su propia sangre con muchísimas heridas, murieron agónicamente desangradas, con lo que no es lo mismo que vuestro caso.

—Bueno, o no eran tan agresivos como ahora —puntualiza Gabriel.

—¿Qué quieres decir?

—El primer caso registrado en Argentina cuadra más o menos con los años de los informes de tu amigo de Santa Fe, con lo que quizás antiguamente atacaban y desangraban a las reses y con el paso del tiempo se fueron haciendo más agresivos hasta matar y desangrar a la víctima.

—Pero eso no cuadra con el caso McArthur, ese caso claramente fue un asesinato intencionado, la mano del hombre estuvo ahí —rebate Morris.

—¿Por qué estás tan segura? —quiere saber Álex—. Le pregunté a Andrés si tenía constancia de algún caso en Misiones y me dijo que no había ningún caso registrado.

—Muy sencillo, el informe fue borrado, pero Luca tenía una copia, ¿por qué? No lo sé.

—Y dudo que lo sepamos, Camila —concluye Gabriel.

—En el informe que le quité a Luca ponía que las víctimas llevaban las
manos atadas de tal forma que les fuera totalmente imposible quitarse los zapatos que llevaban clavados en los pies.

—El informe era de Mar del Plata —aclara Gabriel—. Los hechos sucedieron en Misiones, igual es por eso que tu amigo Andrés no sabe nada.

—Mar del Plata y Misiones distan unos mil quinientos kilómetros, no tiene sentido que haya un informe. Igual no sucedió en Misiones y fue un error en la transcripción —sugiere Álex.

—Puede ser —contesta Morris—. Tengo la sensación que avanzamos una casilla en el juego y de repente encontramos algo o sucede algo que nos lleva tres casillas atrás; mira: —Saca la carta de su padre y se la deja leer. Le explica por encima su recuerdo y su viaje olvidado.

—¿Cómo puede ser que no recuerdes nada de nada? —pregunta confuso Álex.

—Amnesia por estrés postraumático me dijo la psicóloga.

—Entiendo que cuando una persona sufre un accidente, olvide el accidente y las horas o días posteriores, pero… ¿Todo un verano…?

—La mente es un misterio a día de hoy —contesta ella encogiéndose de hombros—. Hay casos de gente que no olvida ese momento traumático y olvida a una persona, olvida que la conoce o todo lo que ha vivido con ella, o desde una parte de su vida.

—Igual algún olor te hizo recordarlo —sugiere Álex.

—Un olor —contesta Morris abriendo los ojos.

—Justo antes del ataque me dijiste que olía raro —exclama Medina.

—Sí, olía diferente, pero recuerdo que tú no llegaste a oler nada.

—Cierto, no recuerdo ningún olor.

—¿Cómo recuerdas el olor? —pregunta Álex.

—No sabría decirte, parecía… —Se queda en silencio.

—¿Familiar? —pregunta Medina.

—Sí, ya conocía ese olor. —Los tres se quedan mirándose y el camarero se acerca para retirarle los platos del postre.

—¿Van a tomar café? —pregunta.

—Largo, por favor —pide Morris.

—Cortado —dice Gabi.

—Nada, estoy bien.

—¿Qué recuerdas de Cecil? —pregunta de golpe Gabriel.

—¿Quién es Cecil? —quiere saber Álex.

—No sé, ¿qué pasa con ella? —Morris no entiende a que se refiere Gabi.

—El día que recordaste que habías viajado a Argentina, recordaste hablar con tu amiga Cecil, igual ella recuerda algo de tu viaje.

—No tengo ni la más mínima idea de dónde puede estar, le perdí el rastro cuando me fui a Madrid a la academia de policía —contesta Morris—. Realmente no sé por qué no seguimos en contacto, recuerdo que éramos grandes amigas.

—Mañana tengo algo de tiempo libre, intentaré localizarla —le dice Medina mirando el reloj —. Ahora os tengo que dejar, tengo que ir a recoger a la peque, la tiene mi madre y no queremos abusar de los abuelos.

—Yo tengo que ir a rescatar una tortuga —contesta Álex mirando el móvil—. He quedado con mi colega en veinte minutos, pero, por favor, Camila, tenme informado.

—Por supuesto, Álex. —Ella se levanta y se despide de él amistosamente con un par de besos. Y de nuevo ese cruce de miradas, y ese calambre en el estómago.

—Camila, ¿te llevo a algún sitio? —pregunta Gabriel.

—No, Gabi, gracias, me quedaré aquí un rato más, mañana te llamo.

CAPÍTULO 27

29 de diciembre de 2021 - Guadalajara

Camila se encuentra en Guadalajara de pie frente a una casa unifamiliar adosada. La vivienda es de estilo moderno, tiene una pequeña puerta blanca de metal, y a la derecha, sobre el muro, un enorme número veintisiete de color dorado te invita a entrar. Ella no sabe si s estará en casa, pero ha viajado hasta allí para intentar descubrir si su amiga de la infancia sabe algo más sobre su pasado. Está nerviosa, en el fondo le da miedo qué pueda descubrir.

Toma aire y se decide a llamar, justo debajo del número veintisiete hay un pequeño interfono. Espera pacientemente y tan solo unos pocos segundos después una voz masculina sale con fuerza a través del aparato.

—¿Quién?

— Hola, busco a Cecil —explica Morris acercándose al interfono.

—No está, tiene consulta hasta las seis, ¿quién pregunta por ella?

—¿Es mamá? —se escucha de fondo una voz infantil, Morris no puede evitar sonreír al imaginarse a su amiga de infancia con hijos.

—Oh, disculpe, soy una vieja amiga de la infancia —se excusa—. Pasaba por la zona y simplemente quería saludarla.

—Ah, ¿quiere dejarme su número de teléfono y que ella la llame? —pregunta el hombre con voz curiosa.

—¿No sabe a qué hora va a llegar? —insiste Morris.

—Debería estar al llegar, pero ella es muy impredecible —contesta tras soltar una carcajada—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Disculpe, me llamo Camila —tras decir su nombre hubo unos instantes de silencio.

—¿Camila? —pregunta sorprendido el hombre al otro lado.

—¿Nos conocemos? —Morris está perpleja, ¿quién está al otro lado? Unos segundos después se escucha el zumbido metálico que abre la puerta.

Duda un par de segundos, pero finalmente se decide y empuja la puerta hacia el interior y se adentra en un pequeño jardín que parece hacer de antesala de la propia casa. La puerta de la casa se abre de golpe y allí delante de ella está un hombre de metro noventa, con el cabello negro y ondulado, Morris se fija y su cuerpo es atlético, detrás de él asoma la cabeza una niña que tendrá siete u ocho años.

—Hola —dice Morris con una sonrisa—. Siento muchísimo la intrusión, no quería molestar, simplemente quería…

—¿En serio no me reconoces? —pregunta el hombre entre curioso y divertido, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Qué? —Ella se lo queda mirando confusa. La sonrisa del hombre se hace más amplia, pues parece que se está divirtiendo de lo lindo con la situación, y entonces es cuando Camila se fija en unos pequeños hoyuelos,

y de golpe a la mente de Morris empiezan a acudir multitud de imágenes de su adolescencia.

—¡No puede ser! —exclama de golpe tapándose la boca con las manos por el asombro y la

incredulidad al mismo tiempo —. ¿Pablo?

—El mismo que viste y calza, ja, ja, ja —contesta.

—No me lo puedo creer, esto es… vaya … Esto… —repite en shock, delante suyo está uno de sus amigos del colegio.

—¡Dame un abrazo! —Se acerca a grandes zancadas Pablo. La abraza cariñosamente—. Estás igual que siempre, ¿cómo lo haces?

—Vaya… ¿Cecil y tú? —pregunta todavía perpleja.

—Sí, ja, ja, ja; Cecil y yo, bajo nulo pronóstico, acabamos casándonos —sus palabras salen con un halo de orgullo y satisfacción.

—Mi abuela solía decir que los que se odian se desean, —dice Morris y ambos ríen, se vuelven a abrazar y a mirar todavía incrédulos.

—Pues en nuestro caso fue así; pero pasa, por favor, que aquí fuera hace un frío de locos, esperaremos a Cecil dentro.

—Gracias —Morris agradece la invitación, puesto que no lleva guantes y los dedos de las manos se le están empezando a poner rojos; al entrar descubre allí a la tímida niña que se escondía minutos antes detrás de su padre—. ¿Y tú quién eres? —Morris la mira con una sonrisa.

—Soy Leonor, es un placer, señora —contesta la niña muy educada ofreciéndole la mano.

—Vaya, encantada, Leonor, mi nombre es Camila e iba al instituto con tus padres.

—¿En serio? —pregunta la niña con los ojos abiertos como platos—. Entonces tienes que contarme historias, me encantan las historias, tengo una libreta en la que escribo mis historias, ¿quieres verla?

—Claro —contesta Camila siendo arrastrada por la niña que la ha cogido de la mano para que se apresure a entrar.

—Leonor, por favor, ¿qué te tengo dicho? No puedes ser tan intensa, cariño —la regaña su padre.

—Lo siento, papá —contesta la niña con cara de pena.

—Cariño, luego me enseñas la libreta, ¿vale? —le dice Morris acariciándole la mejilla.

—Vale —contesta la niña sonriendo—. Iré a buscarla y así la tengo preparada para cuando quieras verla. —La niña sale corriendo escaleras arriba.

—No sabes lo que has hecho —ríe Pablo moviendo la cabeza.

—Tenéis una hija preciosa, Pablo —contesta Morris mirando las escaleras vacías por las que acaba de subir Leonor.

—Camila, ¿te quedas a cenar, imagino? Estoy preparando pollo a la cerveza, me sale riquísimo y no admito un «no» por respuesta.

—Pablo, yo no quiero ser una molestia, de veras, solo pasaba por aquí y…

—Ten una cerveza; ¿qué es de tu vida?, cuéntame, lo último que sabemos fue… Bueno, lo de los murciélagos lo vimos por la televisión y... —Pablo da un largo trago de cerveza y se la queda mirando, esperando una respuesta.

—Sí, no te preocupes, eso ya está más que superado —sonríe un poco incómoda: desde el ataque de los murciélagos no puede evitar que la gente la reconozca, incluso en alguna ocasión la han parado por la calle.

—Me alegro muchísimo de verdad, Cecil estuvo realmente preocupada, ¿sabes? Estuvo a punto de llamarte en varias ocasiones, pero no quería molestarte y bueno…

—Los amigos nunca molestan.

—Y cuéntame. ¿Qué es de tu vida ahora?

—Soy comisaria de policía y…

—Fiiuuuuu —silva Pablo—. Nada más y nada menos que comisaria de policía; ¡enhorabuena!

—Gracias —ríe—, no ha sido nada fácil, la verdad —confiesa ella.

—Muchos sacrificios, imagino —supone Pablo.

—Alguno que otro —contesta ella con una sonrisa, la verdad es que no le apetecía hablar mucho del tema porque le recordaba a Luca—. ¿Y tú? Recuerdo que querías ir a la universidad y ser médico.

—Buena memoria —contesta Pablo—. Cambié de idea e hice la carrera de Derecho para posteriormente especializarme en derecho mercantil.

—Enhorabuena, señor letrado.

—Gracias —ambos ríen—. No me puedo quejar, actualmente trabajo en un bufete familiar situado en el centro de Guadalajara: buen sueldo, horario de lunes a viernes, ¿qué más puedo pedir?

—¿Y Cecil? —quiere saber.

—Mira, que te lo cuente ella. —Señala hacia la puerta al escuchar el sonido de las llaves.

Leonor baja las escaleras de dos en dos, muy emocionada.

—Mamá, mamá, ¡tenemos una supervisita! —grita la niña.

—Oh, vaya, Leonor, ¿visita? ¿De quién? —quiere saber una Cecil algo aturdida por el excesivo entusiasmo de su hija.

—Sí, mira: —La niña la acompaña al salón y Cecil al ver a Camila se queda sin palabras.

—Hola, Cecil —dice Camila, levantándose del sofá y acercándose a su amiga.

—¿Camila? ¿Eres…? —balbucea Cecil sin poder moverse.

—Sí, soy yo, disculpa por presentarme así… —Su amiga no le deja
acabar la frase, se lanza directa a sus brazos y no puede evitar romper a llorar.

—Cami, ¡eres tú! —Cecil la mira a la cara, le toca los hombros, no da crédito de ver a su amiga de la infancia en el salón de su casa—. Cuántas veces he pensado en ti, cuántas veces, pero mírate, estás igual; Pablo, mírala, está igual —dice mirando a su marido que está de pie sonriendo.

—Cecil, estás fantástica —dice Morris, se siente muy emocionada.

—Bueno, fantástica, con algunos kilos de más; hija, no hay manera que me los pueda quitar, pero…

—Estás perfecta, cariño —interrumpe Pablo.

—Zalamero —contesta ella guiñándole un ojo.

—Estoy haciendo pollo a la cerveza —informa Pablo acercándose a ambas, le da un beso en la cabeza a su mujer—. Camila se queda a cenar; Leonor, ven a ayudarme. —Pablo se lleva a regañadientes a su hija a la cocina para dejarles intimidad.

—Cami, dios mío, estoy en shock, ¿cómo no me has llamado antes de venir? —quiere saber Cecil cogiéndole de las manos y arrastrándola para sentarse en el sofá.

—No tenía tu teléfono hasta la semana pasada —se excusa Morris—. Para serte sincera, tenía miedo de que no quisieras verme.

—¿Por qué no iba a querer?

—No recuerdo muy bien por qué nos distanciamos, y…

—¿Qué quieres decir con que no recuerdas muy bien por qué nos distanciamos? —quiere saber Cecil poniendo una cara muy seria.

—El tiempo ha pasado muy rápido, éramos amigas y…

—Las mejores amigas —rectifica Cecil.

—Mejores amigas, sí. —Morris carraspea para continuar, nota un nudo

en la garganta—. Cuando volví del viaje de Argentina simplemente nos distanciamos, ¿verdad?

—Vaya —contesta su amiga removiéndose en su asiento, se la nota bastante incómoda.

—¿Qué sucede? —quiere saber Morris.

—¿Recuerdas el viaje a Argentina? —pregunta Cecil extrañada.

—Es largo de explicar, no lo recordaba hasta… Hasta el ataque.

—No quería preguntar, pero ¿estás bien? Quiero decir… Yo… quise…

—Cecil, estoy bien, aunque… —Morris se queda en silencio—, a ti sí que te lo puedo contar…

—¿Qué sucede?

—Fue la peor experiencia de mi vida, sentí cada uno de sus dientes, cada una de las punzadas al mismo tiempo, no me podía mover, sentía mi cuerpo como una roca y recuerdo los ojos de Medina mirándome con pánico. —Las manos de Morris tiemblan.

—¡Cariño! —Su amiga la abraza y Morris rompe a llorar como hacía mucho tiempo que quería hacer.

—Perdona —se excusa al rato limpiándose la cara, Cecil se levanta y le acerca una caja de pañuelos —, he venido aquí y…

—No quiero volver a perderte, Cami… —Se quedan en silencio—. Has dicho que tuviste un recuerdo.

—Sí, mientras estuve en coma tuve un flashback, me vi hablando contigo por teléfono, explicándote que me iba de viaje. ¿Sucedió de verdad?

—Claro que sucedió, te llamé la mañana de tu vuelo para despedirme de ti, y para pedirte que me escribieras cada día.

—Y me temo que no te escribí, ¿verdad? —quiere saber.

—Verdad; cuando volviste de tu viaje, yo estaba furiosa contigo, no podía creer que me hubieras olvidado así de la noche a la mañana, pero entonces me di cuenta de que… —Cecil se queda en silencio con la mirada perdida en algún recuerdo.

—¿Qué? —insiste Morris.

—Me di cuenta de que algo te había pasado, no eras tú misma, estabas distante, ausente, a los pocos días tu madre vino a hablar conmigo.

—¿Mi madre? ¿Y qué te dijo?

—Que no te volviera a nombrar el viaje a Argentina, me lo pidió encarecidamente, me explicó que tú habías sufrido un grave accidente, te habías golpeado la cabeza y no recordabas nada. Los médicos habían recomendado no hablar del tema por tu bien. Y eso fue exactamente lo que hice, Camila.

—Vaya, mi madre… No puedo creer…

—Pero una noche… —la interrumpe Cecil.

—¿Qué?

—Ya ha pasado tanto tiempo que… Igual ya puedo contarlo.

—Cecil, necesito respuestas —ruega— ¿Tiene que ver con el caso de los murciélagos, verdad? —su amiga la mira y asiente.

—Sí, todo en mi cabeza cuadró. Quise llamarte como te he dicho, pero…

—¿Qué te frenó?

—La voz de tu madre en mi cabeza diciéndome una y otra vez…: «Si la quieres, no le hables de ellos, ni de lo que recuerda, por favor, te lo pido».

—Mi madre —dice lentamente—. Cecil, creo que mi vida está en peligro, creo que… —Se queda en silencio—. No te puedo contar mucho porque no te quiero poner en peligro también,

pero debes entender que
necesito respuestas, necesito que…

—Está bien, Camila, te contaré todo lo que recuerdo.

—Gracias.

—Una noche de final de curso —empieza a narrar Cecil—, no estoy segura de si habían pasado ya dos o tres años de tu primer viaje a Argentina, recuerdo ese día perfectamente porque me asusté mucho. Íbamos caminando, charlando de nuestras cosas, y de golpe te quedaste como catatónica y a los pocos segundos empezaste a hablar. Bueno, al principio balbuceabas, pero luego fue todo más nítido y me explicaste con todo lujo de detalles que te encontrabas en una cueva repleta de murciélagos. Tú estabas sentada junto a otros niños, y estabais paralizados, frente a vosotros había tres mujeres atadas sobre palos y entonces… —Cecil vuelve a guardar silencio, una lágrima rueda por su mejilla.

—Continúa, por favor. —Le limpia la lágrima.

—Relataste cómo los murciélagos atacaron y mataron a la señora en escasos minutos, y que vosotros no pudisteis hacer nada porque estabais paralizados. —Cecil traga saliva y coge aire para poder continuar—. Recordabas que frente a vosotros había un hombre bastante mayor apuntando cosas en una libreta. Y luego, sin más, despertaste de ese sueño o lo que fuera que fue eso, y no recordabas absolutamente nada de lo que me habías contado.

—¿Por qué no fuiste a la policía en ese momento?

—Fui a hablar con tu madre; estaba asustada, Camila, yo era una adolescente.

—¿Qué te dijo ella? —quiere saber Morris, que está tensa y muy seria.

—Me rogó que no fuera a la policía, que eso te haría más daño, me confesó que te habían secuestrado y que te habían hecho cosas horribles.
Me dijo que, si realmente me consideraba tu amiga, no debía contárselo a nadie; ¿qué podía hacer, Camila? —Cecil suelta la mano de Camila y rompe a llorar.

—Cecil —Morris la abraza para consolarla—, hiciste lo que tenías que hacer, cariño, querías salvar a tu amiga, y eso hiciste, salvaste mi adolescencia.

—Al mes os trasladasteis a Madrid capital, y poco a poco nos fuimos distanciando más y más… Hasta el día de hoy —dice finalmente.

—Lo siento muchísimo, Cecil —confiesa angustiada Morris.

—No pienses que esto no me ha torturado durante todos estos años, siempre me sentí culpable, pensé que debí ayudarte de alguna manera, pero… la realidad es que no hice nada, ahora me doy cuenta y te pido disculpas, Camila, porque no te ayudé.

—Cecil, no tienes la culpa de lo que me pasó, ni de lo que me hicieron, al contrario, siempre fuiste una amiga.

—Desde que vi el caso en los medios de comunicación, no hay día en que no haya pensado en llamarte… pero la realidad es que tú no recordabas nada, no sabía si eso iba a perturbarte más, afectarte o…

—No te preocupes —asegura Morris—. Esos casos de murciélagos, creo que están relacionados con lo que fuera que me hicieron en Argentina, quiero y necesito averiguarlo.

—Pienso que también están relacionados, varias noches antes de irte, yo no sabía que os ibais a mudar, tus padres lo llevaron en riguroso secreto, me dijiste que llevabas semanas teniendo unos sueños raros.

—¿Qué tipo de sueños?

—Me explicaste que soñabas que dabas de comer a murciélagos, bebés más concretamente —contesta Cecil.

—¿Murciélagos bebés?

—Sí, me decías que lo soñabas muy a menudo. También me explicaste que estabas en una habitación blanca con más niñas, todas las niñas os encargabais de alimentar murciélagos.

—¡Qué horror! —exclama Morris.

—Me dijiste que cada niña tenía asignado a un murciélago, le grababan a fuego vuestras iniciales en las alas y vuestra misión era alimentarlos.

—Estoy segura de que eso era otro recuerdo —asegura Morris.

—No me preguntes por qué, pero tengo un presentimiento de que esto es algo gordo, Camila.

—Tú y tus presentimientos, amiga —dice riendo para quitarle importancia al tema y que su amiga no se quede con esa carga sobre sus hombros. Esa carga ahora debía de ser de ella y solo de ella.

—Creo que es peligroso —insiste Cecil.

—Lo sé.

—Pero no lo vas a dejar, ¿verdad? —Su amiga la mira. Habían pasado más de quince años, pero todavía podía ver a esa niña testaruda y cabezona a la que le gustaba siempre llegar hasta el final de las cosas.

—No, Cecil, debo saber qué me hicieron y, después de tu relato, debo saber qué es lo que nos hicieron porque yo no estaba sola. Quizá en su día no pude hacer nada, pero ahora soy comisaria, tengo medios.

—Tengo miedo por ti.

—No debes preocuparte por nada.

—Perdóname, Cami, debí hacer algo, avisar a alguien, pero…

—Siento interrumpir, pero la cena estará en diez minutos —dice Pablo asomando la cabeza—. Cecil, porque no subes a darte una ducha, y Camila y yo preparamos la mesa; luego podéis seguir hablando.

—¿No te parece un auténtico encanto, Cami? —sonríe su amiga—. En el instituto me parecía abominable, no sé cuándo cambió, ja, ja, ja.

—Oyeeee —se queja Pablo dándole una palmada en el trasero. Camila los mira embobada, se alegra de ver que sus viejos amigos están juntos y sobre todo de verlos tan felices.

Pasaron una velada maravillosa, rememorando momentos divertidos de su adolescencia, y Cecil y Pablo le mostraron sus fotos de boda: ella iba deslumbrante con un vestido beige corte sirena y él lucía muy elegante un esmoquin negro. Morris les explicó los momentos duros que pasó tras el fallecimiento de sus padres y cómo el traslado a Alicante la ayudó a superarlo.

La conversación parecía que no acababa, pero era tarde y la mente de Camila ya estaba en otro sitio, necesitaba estar sola para poder reorganizar en su mente toda la información que Cecil le acababa de proporcionar, con lo que se despidieron entre abrazos, risas y promesas de no volver a perder el contacto.

CAPÍTULO 28

31 de diciembre 2021 - Alicante

Sentada sobre la cama de la suite doble del hotel, mira y analiza las notas y papeles que ella misma ha ido escribiendo tras su visita a casa de Cecil, las tiene esparcidas por toda la cama y las observa. Finalmente, decide centralizar las ideas en una sola página:

- Grupo de niños en una especie de campamento.
- Realizamos juegos mentales.
- Hacemos juegos de campo con los ojos cerrados.
- Damos de comer a murciélagos bebés.
- Asesinan a una mujer y nos obligan a presenciarlo.

Vuelve a leerlas, resopla, y finalmente decide levantarse, guardarlo todo en su bolso y darse una ducha, en menos de una hora ha quedado con Álex y Gabriel.

Entra al restaurante y el camarero la saluda cortésmente, le pregunta si tiene reserva y ve cómo Gabriel le hace señas, le da las gracias al camarero y se acerca.

—Buenos días, caballeros —saluda con las gafas de pasta de carey en la mano.

—Camila, estás radiante —dice Álex que disimuladamente le da un repaso de arriba abajo. Se incorpora y le da un beso en la mejilla al mismo tiempo que le pasa cariñosamente la mano por la espalda, Camila no puede evitar ruborizarse al sentir la mano de Álex, así que se deja llevar alargando el momento de los dos besos de cortesía.

—Gracias —contesta con una sonrisa—. Tú tampoco estás nada mal, esa camisa blanca de lino te sienta muy bien.

Gabriel carraspea, y ambos salen de la vorágine de halagos.

—Gabriel, ¿tú qué tal?

—No tan bien como tú, parece que te ha sentado bien el viaje.

—Sí, no os imagináis la cantidad de cosas que tengo que contaros.

Retira una de las sillas, deja el bolso sobre la silla que había quedado libre y se sienta.

—He averiguado algo sobre lo que me pediste —se adelanta Gabriel orgulloso, mostrándoles una carpeta de color rojo.

—Dispara —contesta ella.

—Como sospechabas, hubo dos denuncias por desaparición en Chile.

—¡Ajá!, lo sabía —contesta ella.

—He conseguido hablar con los padres y amigos cercanos. Las autoridades que investigaron los casos no encontraron hallazgos o pistas para seguir investigando; sin embargo, los padres están completamente seguros de que a sus hijas les sucedió algo.

—¿Qué desea tomar? —interrumpe el camarero.

—Una copa de vino blanco de la casa —contesta ella, el camarero asiente y se aleja.

—La primera víctima se llamaba Martina: hija modelo, estaba acabando la carrera de farmacia no bebía, era buena estudiante. El novio quedó consternado por la desaparición porque estaban planeando un viaje. La otra se llamaba Florencia y era geóloga,

trabajaba en el centro de geología y minería de su ciudad. Más de lo mismo: trabajadora excepcional, buena compañera, su marido dice que llevaban varios años intentando ser padres sin éxito.

—Este caso sigue sumando víctimas —asegura Morris.

—Ninguno de los dos perfiles cuadra con abandono de hogar o fuga —interviene Álex.

—Es evidente que no, ¿y tú, Álex? ¿Alguna novedad? —pregunta Medina.

—Tengo buenas noticias. —Se queda en silencio para darle emoción al tema—. Voy a poder investigar a los murciélagos vampiros de primera mano.

—¿Cómo? —quiere saber Morris.

—Mi amigo me ha organizado un viaje a Argentina para finales de enero.

—Vaya, eso es genial, ¿a qué parte viajarás? —se interesa ella.

—Primero iré hasta Santa Fe, que es donde tiene él la reserva, pero me ha dicho que una vez allí nos podremos mover por varias zonas.

—¿Quién se hará cargo de los animales que se queden aquí? —quiere saber Gabriel.

—Mi hermana se queda a cargo sin problemas, van a ser tres semanas —explica Álex.

—¿Crees que yo podría ir con vosotros, Álex? —pregunta de golpe Morris.

—Bueno, la verdad es que… —Álex se queda mirándola muy serio y
de repente una sonrisa traviesa cruza su cara.

—¿Qué pasa? —exclama Gabriel mirando a su amigo.

—El viaje está organizado para los dos, Camila —contesta Álex.

—¿En serio? —Morris está con los ojos como platos.

—¿Querías viajar, no?

—Sí, sí, no sé cómo te lo voy a agradecer, gracias por pensar en mí, Álex —dice Morris bastante emocionada.

—No hay de qué —contesta—. Mi amigo me lo propuso y me vino a la cabeza tu excedencia, le pregunté a Gabi las fechas y me lo confirmó.

—No me lo puedo creer, por eso me lo preguntaste, Álex… —Gabriel niega con la cabeza.

—Gabi a ti te preocupaba que ella fuera sola, ahora iremos los dos —contesta.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero sigo pensando que es peligroso —refunfuña Medina.

—No me va a pasar nada, voy como turista —lo regaña—. Continúa, por favor —le pide Morris, que no puede evitar verle cada vez más guapo.

—Bien, pues le pregunté a Andrés si podía ir con una amiga, primero se quedó un poco reticente, y le tuve que confesar que eras la inspectora famosa de los murciélagos. —Se queda mirando a Morris con una sonrisa de perdón—. Era la única forma. —Morris pone los ojos en blanco.

—Odio que me llamen así.

—Lo sé, y lo siento de veras, pero si te soy sincero, se emocionó muchísimo, me dijo que tenía que haber algo más detrás, porque él asegura que los murciélagos no atacan de esa manera, asegura que es imposible.

—Te recuerdo que hay un rastro de cadáveres que atestiguan lo contrario, Álex —interviene Gabriel.

—Lo sé, por eso está tan emocionado, quiere mostrarte las reservas, quiere llevarte a los lugares y que los conozcas en persona para que veas que son inofensivos y, si de ahí sale alguna pista, él será feliz.

—¡Gabi! —Morris se lo queda mirando muy seria porque su amigo estaba con el morro torcido.

—¿Qué pasa ahora? —contesta de mala gana.

—¿Cuándo te has vuelto tan aburrido?

—Zas —dice Álex riéndose.

—Venga, va, ahora los dos juntos contra mí. —Gabriel se cruza de brazos como un niño pequeño con una "«pataleta».

—Yo iba a ir de todos modos, deberías estar feliz de que no vaya sola.

—Ya —contesta—. Me sigue pareciendo una mala idea, casi la «palmas».

—¡Maravilloso! —Morris ignora por completo a su compañero y mira ahora a Álex—. No sé cómo agradecértelo.

—¿Estás contenta entonces? Tenía miedo de que me hubiera tomado demasiadas libertades y…

—Para nada, es maravilloso ¿Podríamos planear una visita a la reserva de murciélagos que hay en Misiones?

—Lo podemos ver —contesta Álex.

—Cuéntanos qué más has averiguado con tu amiga —interrumpe Gabriel al mismo tiempo que llama al camarero con la mano.

—¿Lo mismo del otro día? —pregunta a Álex y Camila, ambos asienten.

—¿Ya lo tienen, señor? —pregunta el mismo camarero de mediana edad con un singular bigote que le traía la copa de vino a Morris.

—Un arroz caldoso para ellos dos y un chuletón a la brasa al punto para mí, por favor.

—Tomo nota, ¿más vino? —pregunta el camarero señalando las copas.

—Traiga una botella —pide Álex—. Hoy invito yo, es la última noche del año y es especial.

—Enseguida, señor —contesta.

—Dispara de una vez, Morris —pide Gabriel.

Ella los pone al día de su visita en Guadalajara, de los recuerdos que ella misma confesó a su amiga, y por último les enseña el resumen de las ideas que había escrito en el hotel antes de acudir a su cita.

—Esto empieza a ponerse siniestro, no recuerdas lo que te sucedió, y lo peor es que tus padres lo ocultaron —analiza en voz alta Gabriel.

—Lo sé, Gabi, y por eso debo viajar, necesito saber qué me pasó.

—¿Y las otras niñas? ¿Qué habrá sido de ellas? —pregunta él.

—Eso es otro punto que me eriza el vello —confiesa Morris.

—¿Recuerdas algo de ellas? —quiere saber Álex.

—Nada.

—Pero una cosa, una pregunta que siempre os he querido hacer a ambos, casi desde el minuto uno que vinisteis a pedirme ayuda.

—Dispara, Álex —dicen Morris y Gabriel al mismo tiempo.

—¿De dónde salen los murciélagos?

—Ese es el misterio más grande de este caso, Álex —contesta Morris.

—Aparecen y desaparecen sin dejar rastro —puntualiza Gabriel.

—Todo tiene una explicación, y esto también la tendrá, estoy segura —dice Morris—. Pero ahora brindemos por el viaje a Argentina.

—Por el viaje —contesta Gabriel de mala gana.

—Por los murciélagos —dice Álex, y los tres estallan en risas, el vino está empezando a hacer efecto.

CAPÍTULO 29

Enero 2022 - Argentina

—¿Estás nerviosa? —quiere saber Álex con la tarjeta de embarque en la mano.

—Más que nerviosa, estoy emocionada. Creo que este viaje va a despejar todas mis dudas. Lo que pasa es que estoy inquieta porque viajo como ciudadana, no tengo ningún tipo de autoridad en Argentina, y eso me angustia.

—¿Qué crees que puedes encontrar?

—¿Sinceramente? —pregunta ella mirándolo directamente a los ojos.

—Sí.

—Un viejo campamento en ruinas —confiesa—. Lo que pasó allí, ya no debe estar.

—Eso no lo sabes.

—Lo intuyo.

—¿Lo intuyes o es lo que te gustaría que pasara? —pregunta Álex. La pregunta queda sin respuesta porque por los altavoces del aeropuerto llaman a los pasajeros de su vuelo—. Nuestro vuelo —dice un Alex emocionado moviendo los billetes que lleva en la mano.

—Argentina, allá vamos —dice Morris sonriendo.

Viajan en avión hasta Buenos Aires, donde los espera un autobús que los lleva a Santa Fe para reunirse con Andrés, el amigo zoólogo de Álex.

—Bienvenidos —dice un hombre extremadamente flaco que los está esperando con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos.

—¡Andrés! ¡Por fin! —Álex abraza a su amigo—. Te presento a Camila Morris.

—Un gusto, señora —Andrés le brinda su mano.

—Encantada —contesta ella y le da un caluroso apretón de manos.

—¿Todo bien? —pregunta Andrés.

—Todo bien —contesta ella—. Estoy un poco mareada, pero se me pasará en unos minutos, no estoy muy acostumbrada.

—El autobús se movía bastante —confiesa Álex.

—Las carreteras están en mal estado —informa Andrés.

—Pero ya estamos aquí —exclama Álex inspirando emocionado el aire de ese nuevo lugar.

—Los llevaré en mi auto hasta el alojamiento que les he reservado para que duerman y descansen durante lo que queda de día y ya mañana les enseñaré la reserva —les explica Andrés.

—Muchas gracias, de verdad —dice Morris.

—Un gusto.

Andrés los lleva hasta un modernísimo edificio con pilares en la entrada, cristaleras ahumadas y maceteros gigantes llenos de plantas exóticas que cubren todo el largo de la entrada.

—Mi oficina está a dos *cuadras* —les señala con la mano el final de la avenida—. Si necesitan cualquier cosa, no duden en llamarme —les entrega dos llaves de hotel y se marcha sin más.

—¿Cuál quieres? —Álex le muestra las dos llaves.

—Me da igual, esta misma. —Morris coge una llave al azar.

Entran en el edificio y el hall les ofrece una pequeña visión de lo que les espera en sus respectivos apartamentos: lámparas en forma tubular, mesas bajas de metal con sillones

futuristas, … Al final hay un ascensor, suben en él y marcan el número cuatro: sus apartamentos son 4C y 4B, respectivamente.

—Parece que hay piscina y gimnasio en la última planta —dice ella señalando el botón que reza: «pool and gym».

—Según me explicó Andrés, estos apartamentos están enfocados totalmente al turismo.

Llegan a la cuarta planta, Morris entra en la puerta 4C y se despide de Álex que entra en la 4B.

Frente a ella tiene un salón comedor con acceso a un pequeño balcón con vistas a la ciudad; deja la maleta y la mochila que lleva encima del sofá y recorre la estancia. La cocina tiene de todo: lavavajillas, cafetera, tetera y tostadora. Justo en mitad de la sala hay una mesa con cuatro sillas y en el centro de la mesa hay una enorme cesta de fruta, bebida y algo de comida con una tarjeta que pone:

«Bienvenida al paraíso».

El salón tiene una pantalla plana de por lo menos treinta pulgadas con una estantería de libros minimalista a la derecha. Dos habitaciones: una de ellas con una amplia cama doble y un enorme armario de puertas abatibles, un puf y una televisión colgada de la pared.

También cuenta con aire acondicionado y calefacción, y una pequeña puerta que da a un aseo con bañera de hidromasaje y un gigantesco espejo de pared a pared. La otra habitación tiene dos camas individuales, una

cómoda grande, también televisión y un único aparato de aire acondicionado. Vuelve al salón y ve otra puerta pequeña, la abre y allí hay otro baño.

—¡Vaya! Esto es perfecto.

Coge su maleta, se instala en la habitación grande, se da un baño relajante y se mete completamente desnuda en la cama doble. Necesita dormir.

Varias horas después la vibración del móvil que ha dejado sobre la mesita la despierta.

—Morris —contesta medio adormilada.

—Cami, ¿habéis llegado bien?

—¿Gabi? —pregunta ella y en ese mismo momento se siente culpable. Había llegado tan mareada del viaje que ni se había acordado de mandarle un mensaje.

—Sí, joder, estaba preocupado, no me habéis devuelto las llamadas ni Álex ni tú.

—Perdona, llegamos muy cansados —se excusa ella.

—Estaba realmente preocupado —repite.

—Yo llegué bastante cansada y la verdad es que solo quería dormir e imagino que Álex habrá hecho lo mismo.

—¿Muy tedioso el viaje?

—El vuelo largo, pero bien, pero para mí lo peor ha sido el autobús.

—Te has mareado, como si lo viera.

—Es que se movía y daba cada salto que yo no sé ni como aguanté la comida en el estómago.

—¿Habéis ido a la reserva ya?

—No, hemos venido directos al apartamento, iremos mañana —explica

pacientemente ella.

—Te tengo que contar una cosa…

—¿Qué pasa? —Ella se incorpora.

—Me ha llamado Santamaría.

—¿Santamaría? ¿Ha sucedido algo? —pregunta sin entender.

—Bueno, dudaba si debía decírtelo… Pero…

—Gabi, suéltalo ya.

—Luca se ha presentado en la comisaría de Burgos preguntando por ti.

—¿Y qué le han dicho? —Se aprieta los ojos con la mano que le queda libre.

—Pues la verdad: que te habías tomado unos meses de excedencia y…

—Madre mía.

—Se ha puesto como un loco, exigía que le dijeran dónde estabas.

—Le tengo bloqueadas las llamadas entrantes —confiesa Morris—. Es por eso por lo que no puede localizarme y ha debido perder la cabeza.

—Te lo dije y te lo vuelvo a decir, deberías ponerle una orden de alejamiento, esto cada día va a más —replica Gabriel con voz de preocupación.

—Sí, a mi vuelta sin falta lo haré. —Se queda en silencio por varios segundos—. Gabi…

—Dime.

—Tengo sueño, ¿mañana hablamos, vale?

—Vale, mañana hablamos. Ten cuidado, por favor.

—Sí, papá —contesta ella, cuelga el teléfono y se vuelve a meter bajo las sábanas, pero ya no puede dormir, no se puede quitar de la cabeza a Luca, le da pena, pero Gabriel tiene razón, se ha obsesionado demasiado con ella y tiene que pararle los pies.

Le vibra el teléfono, es un mensaje de Álex:

Álex: ¿Estás despierta? Tengo hambre.

Camila: Sí, me ha llamado Gabi.
Me muero de hambre.

Álex: Tengo tres llamadas perdidas de él,
estaba tan cansado que ni me enteré.

Camila: Me ducho y en quince minutos
estoy lista. ¿Habrá algo por aquí?

Álex: Hay una especie de taberna
en la calle de abajo.

Camila: Genial**.**

♦♦♦

Andrés los está esperando debajo del edificio junto a su Land Rover de color marrón que está lleno de barro; han quedado para ir a visitar la reserva de murciélagos de Santa Fe.

—Disculpen la suciedad, ayer tuvimos que ir a rescatar a un *pelotudo* que se quedó atrapado en mitad del río con su canoa.

—¿Os encargáis de eso también? —pregunta ella mirando las ruedas del cuatro por cuatro.

—No, es que el *pelotudo* era mi hijo… —contesta Andrés. Álex se lo queda mirando y estalla en una carcajada—. ¿Están listos? —Los mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —contestan.

—Las damas primero: —Álex abre con exagerada caballerosidad la puerta trasera del todoterreno, ella sonríe y se deja hacer. Álex la hace sentir en paz, le transmite tranquilidad.

—Vaya, esto es bastante grande —se asombra él entrando por la otra puerta. Delante se suben Andrés y un muchacho retraído que acaba de llegar corriendo, sube y no dice ni «hola».

—Álex, no te he dado las gracias por organizar todo esto —dice Morris sin venir a cuento de nada.

—Es un placer —contesta apretándole la mano cariñosamente. Ese simple gesto hace que Morris sienta calor de golpe, y, al darse cuenta, se pone a mirar por la ventana para disimular.

Andrés los mira por el espejo y contiene una risa.

—No tardaremos ni veinte minutos en adentrarnos en la selva del río Paraná —explica Andrés —. Es un día nublado y eso es bueno para ustedes.

—Estupendo —contesta Álex.

—¿Cómo va la investigación del caso?

—Bueno… —contesta dubitativa que no se esperaba esa pregunta para nada—. La realidad es que el caso se cerró.

—Sí, Álex me tiene un poco al tanto, y le quería hacer unas preguntas, para entender un poco el comportamiento de los murciélagos, si no le causa molestia.

—No sé si voy a poder ser de gran ayuda —contesta Morris.

—El caso se cerró porque localizaron el nido de murciélagos, ¿se quedaron algún ejemplar para analizarlo? —Tanto Morris como Álex guardan un silencio sepulcral—. Bueno, por saber si tenían alguna enfermedad que los hiciera actuar así, porque es muy extraño ese comportamiento.

—En realidad, Andrés, como vengo a descubrir la verdad, le voy a ser totalmente sincera, porque necesito averiguar lo que pasa —asegura ella—: me obligaron a cerrar el caso.

—¿Qué? —exclama Andrés abriendo los ojos—. ¿Por qué?

—Para mantener a la sociedad tranquila, para no crear alarma social. Se supone que hallamos el lugar donde se alojaban los murciélagos asesinos que nos atacaron y el lugar fue destruido por las fuerzas policiales.

—Pero no encontraron dicho lugar…

—No encontramos ni un pelo de murciélago, Andrés.

—Ya veo, todo fue «paripé» por lo que veo…

—Correcto —confirma Morris.

—No lo puedo creer.

—Y la realidad, Andrés, es que me gustaría saber más sobre los murciélagos, para intentar entender por qué atacan a un perfil específico de mujeres.

—La entiendo perfectamente. Como buena policía, eso no la debe dejar dormir.

—Efectivamente —ríe Álex. Ella lo mira sorprendida.

—Cuando me llamó Álex, me quedé pensando, ya que los murciélagos no atacan, y mucho menos en masa, como hicieron en su país. Si es cierto que ha habido casos en los que han atacado a las reses, por lo que investigué por mi cuenta y…

—Hubo una víctima que se salvó, ¿no es cierto? —interviene por primera vez el muchacho.

—Este es mi hijo, Fernando…

—«Fer» para los amigos —interrumpe el muchacho a su padre.

—Fer, el *pelotudo* —suspira su padre—. Le estoy enseñando todo lo que debe saber sobre la reserva para que, llegado el momento, me sustituya, pero si sigue haciendo *pelotudeces* como la de ayer…

—*Paaaa* —lo regaña su hijo.

—Sí, Fer, hubo una única superviviente —dice Álex mirando de reojo a Morris.

—La tienes en el asiento trasero, muchacho —contesta Morris. Fernando se gira sorprendido.

—¿Usted fue atacada? —pregunta Andrés.

—Sí.

—Ahora entiendo, no es solamente un caso sin resolver —asegura Andrés—. Esto es personal.

—Total y absolutamente personal —contesta Morris.

—Lo siento, señora —dice Fernando mirándola consternado.

—Estoy bien.

—Cuando Álex me explicó todo lo sucedido, como decía, me puse a investigar por mi cuenta. No encontré nada relevante, nada parecido a lo que sucedió en su país, pero resulta que se han dado casos aislados de muertes sin explicación, con picotazos por el cuerpo, pero sin ninguna conclusión relevante. El único caso que resonó aquí mucho fue el caso de tres británicas que vinieron de viaje a Argentina…, pero no sé mucho más, sucedió hace mucho.

—El caso McArthur —aclara Morris.

—Sí, la última vez que hablé con Álex le dije que yo personalmente no sabía nada de ese caso, porque así era. Sin embargo, días después hice algunas llamadas a colegas y por lo visto fue un caso muy conocido en la Argentina, pero parece ser que enseguida se intentó ocultar o tapar a los medios, un caso extraño.

—Camila consiguió el informe policial, pero era de Mar del Plata …

—Eso está a mil quinientos kilómetros —dice Fer.

—Vaya, mi hijo sabe contar —dice Andrés; su hijo gira la cara y lo fulmina con la mirada.

—Esto es muy extraño, en ningún momento se nombra a los murciélagos, se dice que fue alguna especie de animal todavía sin identificar. No sé si saben que en Misiones cada dos por tres se encuentran insectos o reptiles nuevos.

—Vaya, no tenía ni idea —se sorprende ella.

—Es una zona impresionante —explica Andrés—. Y sin duda alguna La Selva es un lugar con muchísimas zonas sin explorar por su inmensidad.

—Nos encantaría poder ir —aprovecha para decir Morris.

—Pues igual los puedo meter en uno de los safaris que se van a hacer allí en una semana, ¿estarían interesados? —quiere saber Andrés.

—¿De qué se trata? —pregunta Álex.

—Es un safari turístico, que está organizando un conocido.

—¿Pasarán por Misiones? —pregunta Morris.

—No sé si tocaran la reserva de murciélagos que hay allí, porque Bruno, el director actual del recinto no está muy por la labor.

—No obstante, pienso que puede ser una oportunidad; no sé si a ti, Álex, se te fastidian mucho los planes —se apresura a decir Morris mirándolo.

—No, si me meto caña, puedo tener el estudio hecho.

—Estamos casi entrando —interrumpe Andrés girando por un camino de tierra que conduce al interior de una pequeña selva.

—A la izquierda dejamos el río Paraná —explica Fer—. Y a la derecha pueden observar una extensa zona de árboles y más árboles: es una zona protegida, no se puede construir ni acampar. Más adelante veremos una pequeña cueva con una placa amarilla en el exterior con las iniciales RMSF.

—¿Qué significan? —pregunta Morris asomando la cabeza por la ventanilla.

—Esa placa indica que los murciélagos que viven ahí dentro pertenecen a nuestra reserva,

básicamente están protegidos: Reserva Murciélagos Santa Fe.

—Yo pensaba que toda la zona era una reserva, Andrés —confiesa Álex observando la zona con atención.

—Sí y no —contesta—. Hay colonias de murciélagos que están absolutamente bien integradas, y no necesitan ayuda, porque han elegido una zona buena para vivir o alimentarse, porque sus cuevas no se han inundado, porque sus hembras siguen siendo fértiles, por un millón de razones. Pero hay colonias que son más débiles, o que simplemente sus hembras han muerto, son esas las colonias las que debemos proteger, ayudar o incluso introducir hembras dentro de esa misma colonia para que proliferen adecuadamente.

—¿Y cómo sabéis eso? —pregunta Morris.

—Por la cantidad de insectos que hay en la zona —contesta Fer.

—Aaah.

—Los murciélagos de esta zona son insectívoros; básicamente, si una colonia está afectada, los mayores mueren, y como consecuencia no nacen más, en pocas semanas los insectos se reproducen a la velocidad del viento.

—Hemos llegado —interrumpe Andrés parando el Land Rover al lado de una pequeña cabaña de madera.

CAPÍTULO 30

Salen del coche y entran en una pequeña caseta de madera oscura; Andrés le da una linterna especial a cada uno, un chubasquero, unas botas de agua y les indica que lo sigan.

—¿Alguno es claustrofóbico? —quiere saber Andrés mirando a ambos antes de entrar.

—No —contestan. Pero Morris ya no está allí: su cuerpo físico sí, su mente está muy muy lejos.

—Es de suma importancia que caminen con cuidado, y no se asusten por ningún ruido— advierte Fer.

—Vamos a entrar en la mayor cueva de murciélagos de Santa Fe —explica Andrés.

—¿Vamos a entrar en una cueva llena de murciélagos? —pregunta de golpe con los ojos abiertos Camila, que justo en ese momento se percata de la situación a la que ella solita se había lanzado.

—Sí, estamos en una reserva de murciélagos, inspectora —contesta Andrés, algo confuso, alternando la mirada entre ella y Álex, que la observa preocupado.

—Cami, no hay obligación de…

—No pasa nada, puedo.

—Es por el ataque, ¿verdad? —pregunta Fer.

—No —responde más fuerte de lo que hubiera querido, los tres hombres se miran.

—No es obligado que entre, puede esperarnos *acá* arriba.

—Quiero hacerlo, necesito hacerlo, es solo que… —Se queda mirando a Álex, este la estrecha entre sus brazos: son fuertes y el aroma de su cuerpo la invade por completo, se siente segura.

—¿Hay muchas cuevas por la zona? —pregunta Álex.

—Aquí en Santa Fe hay tres, pero sin duda la más impresionante es esta, ¿por qué?

—Quiero ir a Misiones —dice de golpe Morris levantando la cabeza y apoyando la mano sobre el pecho de Álex para incorporarse.

—Sí, algo me comentó Álex, pero, como les decía antes, los directores de la Reserva de Misiones son bastante reservados.

—Lo tenemos difícil entonces.

—Nunca se sabe, haré unas llamadas esta tarde, e intentaré hablar con el conocido que les comenté.

—Gracias —Morris sonríe recomponiéndose y elevando los hombros como si se estuviera preparando para realizar una maratón—. Es hora de entrar.

—¿Estás segura? —quiere saber Álex preocupado, esta asiente con la cabeza.

—Usted pase detrás de Álex y yo iré el último, así estará segura —Fernando la mira con una sonrisa.

—Vale, gracias —contesta ella devolviéndole la sonrisa.

Bajan por unas escaleras muy estrechas fabricadas en madera que finalizan en una especie de entrada a un túnel de piedra, tienen que ir enfila de uno porque es bastante angosto, hasta llegar a una pequeña gruta que
se aprecia a medio iluminar, a lo lejos se escucha el sonido suave e hipnótico del agua corriendo.

—Esto es impresionante —le susurra al oído Álex.

—Estamos en la gruta norte —comienza a explicar entre susurros Andrés—. Es la cueva más

pequeña de nuestra reserva y en ella vive una pequeña colonia de *murcielaguitos* hocicudos —dice al mismo tiempo que se le escapa una sonrisa—. Ellos se alimentan básicamente de néctar de flores, esta colonia cuenta tan solo con unos doscientos ejemplares —explica señalando al techo, donde se arremolinaban tranquilamente los pequeños voladores.

—¿Solo? —pregunta irónicamente Álex elevando las cejas.

—Es la colonia más reducida de las que habitan aquí —explica Fer sonriendo.

—¿Salen para alimentarse? —pregunta Morris que a simple vista parece que está tranquila, pero su mano agarra con fuerza el antebrazo musculoso de Álex.

—Por un lado, les traemos trozos de fruta que dejamos allá. —Señala unos cuencos que hay con frutas medio mordisqueadas—. Y, por otro lado, salen por allí arriba. —Señala unos pequeños agujeros situados en los laterales de la cueva.

—¿Esos agujeros dan al exterior? —pregunta Álex.

—Sí —contesta Fer—. Parece que estemos muy abajo, pero no lo estamos, estas cuevas son naturales, ellos ya vivían aquí antes de crear la reserva.

—Avancemos a la siguiente cueva, es por *acá* —indica Andrés. Se adentran por otro largo túnel, este no es tan reducido como el anterior, giran varias veces a la izquierda y otras varias a la derecha hasta que, de
golpe, aparecen en una especie de balcón creado en la misma piedra. Ante ellos tienen una cueva de más de cinco metros de altura con un pequeño lago a la izquierda.

—Estamos en la gruta denominada oeste, es la más grande, no se asusten al mirar hacia arriba. —Todos miran y el techo de la cueva está repleto de miles de murciélagos; Camila ahoga un pequeño grito y se aferra involuntariamente al pecho de Álex.

—Estoy a tu lado, no estás sola —susurra Álex; ella, que está con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, asiente con la cabeza y empieza a intentar controlar la respiración. Los brazos de él la rodean con más fuerza. Andrés y Fernando se miran.

—Podemos volver —sugiere la voz amable de Fernando. Morris niega con la cabeza y abre los ojos.

—Estoy bien —asegura ella recomponiéndose—. Continúa, Andrés, por favor —ruega; este aprieta los labios, mira a Álex y le afirma con la cabeza que puede seguir. Andrés toma aire.

—Esta amplia colonia está compuesta de murciélagos de cola de ratón, estos murciélagos suelen asentarse en colonias grandes.

—¿Cuántos ejemplares debe haber aquí? —quiere saber Álex.

—Quince millones.

—¿¿Qué?? Quince millooones de murciélagos —repite Álex alargando la palabra millones.

—Sí —ríe—, esta es la segunda colonia más grande registrada, en Estados Unidos hay una que tiene veinticinco millones de ejemplares.

—Increíble —dice Morris ya mucho más tranquila, pero sin soltar a Álex—. ¿Hay suficiente alimento para todos?

—Al lado de un río, siempre —sonríe este—. Realmente estamos en
una ubicación privilegiada para ellos, parte de nuestro trabajo es encargarnos de que ningún tipo de pesticida pueda llegar a esta zona para que estas colonias proliferen adecuadamente.

—¿Cuántos años puede vivir un murciélago?

—Depende de la especie, señora, de veinte a cuarenta años.

—¿Y esto no es contraproducente? —quiere saber.

—¿A qué te *referís*, Camila?

—Si siguen proliferando, llegará un momento que haya más murciélagos que mosquitos, ¿no?

—Le aseguro que tienen más que suficiente —aclara Andrés con una sonrisa.

—Los murciélagos hibernan de noviembre a marzo en España —apunta Álex.

—Interesante.

—¿Qué es lo interesante? —quiere saber Fernando, que, aunque parece ir a su bola no pierde el hilo de la conversación.

—La mayoría de los casos registrados ocurrieron en los meses que van de junio a octubre —explica Morris.

—Justo cuando están en época de cría —interviene Fer.

—Efectivamente.

—¿Sabemos cuándo sucedieron los casos de Chile o Brasil? —pregunta Álex.

—No lo recuerdo, le mandaré un mensaje a Gabriel porque creo que no hablamos de fechas concretas.

—Apostaría a que fue en esta misma época, ya que ahora estamos en plena época de cría aquí —contesta Fer con una sonrisa de oreja a oreja.

—Este está en su salsa —dice Andrés moviendo la cabeza.

—¿No se despiertan por nuestra presencia? —Morris señala el techo.

—Están acostumbrados a nuestra presencia, nunca hemos intentado hacerles nada o coger a sus crías, son mamíferos muy inteligentes, aunque no lo crean.

—No lo dudo, no —replica Morris.

—La última cueva está detrás, por esta puerta, ¿vamos?

—Claro.

—Es una colonia bastante grande, pero obviamente no tanto como esta. Son llamados los fruteros grandes, para mí son los más lindos. —Con el pomo de la puerta en su mano, Andrés se gira con una sonrisa muy cálida y feliz en su rostro—. Su pelaje es marrón por la parte de arriba, pero brillante por la parte de la *panza*, son un poco más inquietos que las otras colonias con lo que debemos entrar en silencio. —Álex y Morris asienten y entran a una pequeña gruta bastante más oscura que las anteriores. Fer saca con cuidado fruta que coloca en varios recipientes, las corta un poco y varios ejemplares se remueven inquietos.

—Fíjense en la *panza* como brilla en la oscuridad, son *relindos* —susurra. Andrés se queda mirándolos por largo rato hasta que su hijo le da un golpecito y le indica que es hora de salir. Salen de la gruta tras subir unas escaleras, apareciendo en mitad de la selva.

—Disculpen —se excusa Andrés—. Tengo algo especial con los fruteros, cuando era chico me encontré un murciélago medio herido, lo cuidé, lo alimenté hasta que se recuperó, pero nunca pudo volver con su colonia, ya que le fue imposible poder volar de nuevo, se hubiera muerto de hambre, un lastre para la colonia, así que estuvo conmigo por quince años, gracias a él soy biólogo y zoólogo.

—Tenía entendido que los murciélagos se cuidaban entre ellos,¿ no es

así? —pregunta Morris.

—Sí, en muchas colonias, sí, pero en otras no. Los murciélagos vampiros en este sentido son los más compasivos, pero tienen una facultad muy característica. —Se queda en silencio para darle intriga al momento—. Hay estudios que aseguran que son capaces de identificar a los miembros que han ayudado antes, y de esta forma saber si son dignos de ser ayudados o no.

—¿Cómo?

—Ya le he dicho que son animales extremadamente inteligentes. Muchas veces llegué a pensar que «Alita», el murciélago que rescaté, disculpen el nombre, pero era tan solo un crío cuando lo encontré —carraspea levemente emocionado—, me entendía cuando le hablaba.

—Fascinante —contesta Morris. —¿Hay estudios en los que se hayan adiestrado? —Andrés suelta una carcajada.

—No, señora, eso es imposible —contesta. Álex y Camila se miran—. ¿Hay algo que yo no sepa?

—No, Andrés, solamente estamos siguiendo pistas y no queremos dejarnos ningún cabo suelto.

—Padre, ¿les enseñamos la costa del río Paraná? —propone Fer—. Se ha despejado el día y puede ser interesante.

—Por supuesto —contesta—. Gran idea, además de que traje comida y «yerba mate» con lo que podemos parar en una especie de zona de acampada que hay en mitad del bosque, es un lugar realmente mágico, ya van a ver.

Bordean todo el río Paraná con el Land Rover de Andrés, internándose por caminos boscosos, a veces impracticables. El clima es fabuloso, están a veintitrés grados y la zona está muy viva; por el camino se encontraron
con varios senderistas acampados y con un grupo de jóvenes a punto de empezar su andadura en canoa.

El Land Rover para al lado de una pequeña arboleda que ha crecido salvaje al lado de unas rocas, formando de una manera mágica una especie de altares desde los que pueden admirar las fantásticas vistas tanto de la selva como del río.

Se sientan sobre las rocas y, tanto Andrés como Fernando, les enseñan orgullosos la magia de tomar y compartir mate junto con unos «sandwichitos de salame» que Andrés había preparado esa misma mañana.

El camino de vuelta lo hacen en silencio, y en esta ocasión es Fer el que conduce mientras su padre cabecea al lado. Un sonido suave de un pájaro cantando lo despierta.

—Uyyy, volvemos a tener cobertura —dice mirando su móvil que está sobre el salpicadero.

—Andrés al habla… Sí, soy yo… Oooh, hola, claro, ¡encantado! —Se queda en silencio escuchando. Morris y Álex están detrás sin prestar atención, cada uno con la mente en sus cosas —. Sí, son una pareja —dice mirándolos por el retrovisor, estos al sentirse aludidos se adelantan un poco.

—¿Quién es? —susurra Álex.

—Sí, no… No… Para nada, ellos están investigando para un libro —dice, Morris y Álex se miran sin entender nada. Fer se gira para mirar a su padre—. Estarán encantados de formar parte de la expedición, claro, sí… sí…, en cuanto llegue a la oficina le mando los datos y los pasaportes de ellos. —Se queda de nuevo en silencio asintiendo con la cabeza. Morris intenta agudizar el oído, pero no escucha nada—. Bien, bien, gracias te debo una, gracias —dice y cuelga.

—¿Quién era? —pregunta Álex tocándole el hombro.

—¡Estáis de suerte! —Da varias palmadas—. Me ha llamado un amigo, por lo visto hay un tipo que quiere hacer un tour por Misiones, pero antes de hacerlo oficial y venderlo a los turistas hay que hacer varios viajes de prueba, estudiar la zona, pedir permisos y todo ese rollo.

—Síííií —alarga la respuesta Morris que está sentada al borde del asiento con los pies en puntillas.

—Me ha dicho que podría llevaros con él para que conocierais la zona; eso sí, es un viaje un poco a la aventura y solamente tendríais que pagar los costes del viaje.

—Ostras, esto… Eeeh, ¿qué opinas, Álex? —Ella lo mira emocionada.

—Pues creo que es una buena oportunidad.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Un par de semanas —contesta Andrés.

—Por mí, sí —dice Álex.

—Lo único que le he dicho que estabais escribiendo un libro.

—¿Un libro, *pa?*— dice incrédulo su hijo.

—En estos viajes, como se va un poco a la aventura, igual os metéis por zonas prohibidas, si le digo que *vos*. —Señala a Morris— *sos* policía, os descartarían de primeras.

—Tiene lógica, estupendo por mí también entonces —contesta Morris recostándose en el asiento trasero del coche.

—Bien, usaremos la computadora de la reserva para contratar el *colectivo*.

—¿Cuándo es el viaje?

—El lunes.

—Gracias, Andrés, no sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por nosotros —se sincera Álex.

—Un placer. Eso sí, manténganme al tanto de todo lo que vayan encontrando.

—No lo dudes —sonríe Morris.

Se siente a gusto con Andrés y su hijo, la hacen sentir en familia.

CAPÍTULO 31

El autobús llega a la ciudad de Posadas pasadas las nueve de la noche, en la estación los está esperando un joven que no debe de tener más de veinte años, en sus manos porta un enorme cartel que dice:

«Camila y Álex»

—Creo que ese cartel es para nosotros. —Álex señala al muchacho.

—Menos mal que me bajo de este autobús, estoy mareada, se movía muchísimo; Álex, no sé cómo pudiste dormir durante todo el trayecto.

—Puedo dormir de pie si me lo propongo —sonríe levantando una ceja para hacerse el interesante.

—No lo dudo, visto, lo visto…

—Hola —dice Álex acercándose para darle la mano al chico que sostiene el cartel—. Ella es Camila y yo soy Álex.

—Bienvenidos a Misiones, mi nombre es David.

—Hola, David —contesta Morris intentando poner una sonrisa, pero lo cierto es que de lo único que tiene ganas es de tumbarse.

—No tiene muy buena cara, ¿se siente bien, señora?

—Estoy un poco mareada, eso es todo.

—Las carreteras están bastante mal, lo sé —el muchacho se rasca la cabeza apesadumbrado.

—Este lugar es precioso —dice Álex—. Tenemos muchas ganas de visitar la selva a fondo.

—¿A qué se dedican? Mi padre me ha dicho que van a escribir un libro.

—Soy zoólogo, suena pretencioso, pero me gustaría encontrar una especie nueva —confiesa Álex como si lo hubiera ensayado.

—Bueno, no es pretencioso, muchísimos zoólogos y etnobotánicos vienen hasta Misiones para intentarlo, pero muy muy pocos lo logran.

—¿A qué crees que se debe? —pregunta Morris.

—Paciencia, no tienen paciencia, se piensan que van a llegar y, por el simple hecho de ser famosos en sus países de origen, los animales, los reptiles o la flora se les van a aparecer porque sí. Se necesitan meses para que un animal confíe en uno, ¿sabe?

—Intuyo que tú has visto animales que no están reconocidos. —Morris lo mira bastante interesada.

—Más que animales, he encontrado reptiles e insectos —contesta orgulloso—. Tengo dibujos de todos ellos.

—¿Y de murciélagos? —aprovecha para preguntar Morris.

—Claro, hay muchas especies de murciélagos que no están en ningún libro, señora; Misiones es otro mundo, pronto lo averiguará —dice sonriendo—. ¿Los llevo al apartamento o quieren pasar primero a comer algo?

—Pues si podemos cenar algo estaría bien, David —contesta ella un poco más recompuesta.

—La verdad es que, ahora que lo decís, ¡estoy hambriento! —Álex se la queda mirando con una sonrisa. Ella lo mira y mueve la cabeza, y es que Álex no come, engulle.

—Voy a llevarles al mejor sitio de la ciudad, van a comer los mejores «Carlitos» que hayan probado en su vida.

—¿Carlitos? —pregunta confusa Camila.

—Ahora verá, señora.

Se suben a un pequeño Fiat de color gris y en menos de diez minutos David aparca en frente de una plaza con varios restaurantes con sus respectivas terrazas en la parte de delante, se sientan en una de ellos y David pide «Carlitos» para los tres. Los Carlitos resultan ser unos sándwiches calientes con jamón York, queso y kétchup.

—Esto está delicioso, David —dice Morris con la boca llena.

—Había probado en España el sándwich mixto, pero el toque del kétchup es… —comenta Álex.

—El pan es mucho más compacto además, no tiene nada que ver, Álex —añade Morris dando otro bocado.

—Su viaje por Misiones ha empezado bien, lástima que no tenemos mucho más tiempo, de lo contrario, mañana los llevaría a comer el mejor bocadillo de lomitos de toda la Argentina —les dice David recostándose en su silla y cruzando los brazos orgulloso de su país.

—Me están dando ganas de quedarme; ja, ja, ja —exclama Morris brindando con su segunda cerveza. Se siente relajada.

—Mañana los recogerá el colectivo a las diez de la mañana, justo en la puerta del apartamento —dice de golpe David poniéndose serio.

—¿Dónde nos alojamos? —pregunta Álex.

—Acá. —David señala un edificio con balcones que tienen justo detrás—. El segundo piso es un aparthotel. Aquí tienen las llaves, yo debo marcharme —se apresura a decir levantándose y dejando un manojo de
pesos argentinos para pagar la cena.

—No, no, ¡faltaría más, David!; has sido muy amable, invitamos nosotros. —Álex le devuelve el dinero.

—¿Mañana no nos llevas tú? —pregunta Morris.

—No, yo solo los recogía hoy, mañana los recogerá un «colectivo», un autobús —aclara este al ver la cara confusa de Morris—. Los llevará a Yaguareté; no se preocupe, señora —dice mirando a Morris que ha puesto mala cara al saber que de nuevo tiene que subir en autobús—, el viaje solo dura dos horas.

—Me quedo más tranquila; muchas gracias por la recomendación de la cena, David, ha sido un placer la cena y la compañía. —Le ofrece la mano con una sonrisa, el muchacho se la queda mirando.

—Un placer. —Arruga la boca como para decir algo, pero se suelta de la mano de Morris y se marcha sin mirar atrás y sin despedirse de Álex.

—Lo has dejado prendado —dice Álex.

—No sé, parecía que quería decirme algo, ¿no te lo ha parecido?

—Igual quería decir: está usted buenísima, señora inspectora, ahora comisaria de policía —replica Álex.

—Creo que las cervezas se te han subido a la cabeza más de la cuenta, vamos para el piso.

Camila y Álex suben al piso, es un apartamento sencillo con un salón comedor y una única habitación.

—Yo dormiré en el sofá —se ofrece Álex caballerosamente.

—No, ni hablar, somos adultos, podemos acostarnos en la misma cama sin… —Camila se

queda en silencio mirando a Álex.

—Perdona, Camila, creo que prefiero dormir en el sofá porque…

—¿Qué…? —quiere saber Morris acercándose demasiado a Álex.

—Tú quizás seas adulta… Pero yo… creo que en este momento soy un adolescente con las hormonas total y absolutamente… —Morris se lanza directa a sus labios, sus lenguas se entrelazan tan rápido que parece que se conocen desde siempre. Sus cuerpos se aprietan de tal manera que parecen querer fusionarse. Camila suelta un pequeño gemido al notar cómo el bulto de Álex palpita, no aguanta más y le desabrocha la camisa sin dejar de besarlo; sus labios se separan únicamente para que Morris se quite la camiseta que lleva, y la lanza por los aires. Álex la retiene unos segundos para mirarla a los ojos, ella aprieta su cuerpo contra el de él, este no puede ahogar un jadeo lanzándose de nuevo hacia los labios de ella, su aliento es cálido, con un toque de cerveza en su saliva que la hace más sabrosa. Se caen sobre el sofá, Morris se pone a horcajadas sobre él, y se queda quieta durante un segundo mirándolo directamente a los ojos, esos ojos que la han vuelto del revés desde el minuto uno. Álex le aprieta el culo, sube su mano hasta la mitad de la espalda y la acerca para poder besarla de nuevo, ahora con más calidez, disfrutando de sus labios carnosos, de su lengua, y lentamente va bajando hasta sus pechos, desabrocha el sujetador y lame sus pezones, ella se arquea hacia atrás y gime de puro placer. Álex no aguanta más: se levanta, la coge en volandas, y ella lo rodea con sus largas piernas; él se quita los pantalones y se funden en uno rodando por el suelo, algo se cae tras ellos y se rompe, pero ellos ni se dan cuenta.

CAPÍTULO 32

A las ocho de la mañana suena el despertador de sus teléfonos móviles al mismo tiempo. Ella se remueve bajo las sábanas y se tapa la cabeza.

—Buenos días, inspectora. —La voz de Álex suena cálida.

—Buenos días, soy comisaria —replica ella asomando la cabeza con una media sonrisa.

—Me pone más inspectora —contesta él poniéndose de lado en la cama para poder observarla mejor.

—¿Te pone más que quiere…? —le devuelve la sonrisa entrecerrando los ojos.

—Eso que estás pensando…

—Pues a la ducha que tenemos que irnos. —Morris salta de la cama.

—¿Bajo a por café mientras te duchas? —pregunta Álex algo confuso.

—¿Seguro? —Morris camina contoneándose hacia la ducha, se mete en el cuarto de baño y un segundo después la camiseta con la que había dormido vuela desde la puerta del baño hasta la cabeza de Álex. Este la lanza al suelo y se dirige a la ducha sin pensárselo ni un segundo.

—Ya tomaremos café de camino —dice en voz alta quitándose la camiseta.

A las diez, tal como habían acordado, el autobús está en la puerta del edificio, hay tres personas en el interior, y parece tener capacidad para diez personas como mucho. Dos de las personas que viajan con ellos se bajan veinte minutos antes, y en la última parada, que es Cuevas de Yaguareté, se bajan Morris, Álex y la señora que quedaba, que muy amablemente se despide de ellos, les desea buen día y echa a caminar calle abajo.

—Bienvenidos —dice la voz aflautada de un hombre detrás de ellos.

—Hola —contestan ambos dándose la vuelta.

—Mi nombre es Felipe, y dirijo una reserva natural en Cueva del Lagarto.

—Hola, soy Álex, no tenía constancia de que hubiera una reserva aquí, creía que la reserva estaba en Salto de Yasi.

—Oh, sí, sí, eso es el final de viaje, pero empezaremos por la reserva de aquí; como imagino que les dijo Andrés, quiero hacer una ruta muy especial por Misiones, por el interior de la propia selva, que nos llevará hasta el Salto del Yasi.

—Soy Camila, y eso sería perfecto —contesta sonriendo.

—Me comentó que estaban interesados en los murciélagos.

—Más concretamente en los murciélagos vampiros —aclara Álex.

—En esta zona hay muchos, pero primero querrán descansar, imagino. Vayamos a la reserva, comamos algo y organicemos la ruta, si les parece bien.

—Me parece perfecto —contesta Morris que mira al hombre alto y desgarbado que tiene frente a ella, sus ojos verdes se ven severamente cansados.

—No hay muy buena cobertura aquí, ¿no? —pregunta Álex.

—Amigo, estamos en plena naturaleza, lo último que les debería
preocupar es la cobertura.

—¿Sucede algo? —quiere saber Morris al ver a Álex con el móvil buscando cobertura.

—Tengo una llamada de Gabriel.

—No será nada —contesta Morris mirando su móvil—. A mí me ha enviado un mensaje y una foto, pero la foto no se descarga.

—¿Qué pone en el mensaje? —pregunta Álex metiendo la cabeza para ver en el móvil de Morris.

—Mira este informe, y me manda el informe, pero no sé de qué es. Será el informe que le pedí —contesta sin importancia ella.

—¿Me acompañan? —pregunta Felipe sonriente.

—Oh, sí, disculpe —Morris guarda el teléfono en el bolso.

—¿Hay alguna zona de wifi por aquí? —insiste con el tema de la cobertura Álex.

—En la reserva, la mayoría de veces hay —contesta Felipe entrando en un todoterreno bastante destartalado.

Cinco minutos más tarde se internan a toda velocidad en plena selva, por lo que Morris y Álex van embobados observando la vegetación.

Pasados treinta minutos llegan a un pequeño claro, Felipe apaga el motor del coche, se gira sonriendo y les dice:

—Bienvenidos.

Se bajan y cargan a sus espaldas las mochilas que llevan; frente a ellos hay una preciosa cabaña de madera de dos plantas —se ve antigua, pero muy bien conservada—, en la parte exterior hay un pequeño porche con una hamaca de tela, una mesa y varios sillones de mimbre que parecen comodísimos.

—¿Usted vive aquí? —pregunta curiosa Morris.

—Solo en verano —contesta sin mirarlos, mientras camina hacia la casa.

—Parece una especie de retiro, aquí en mitad de la selva. —Álex está embobado observando la vegetación que los rodea—. Mira, Morris, un mono dorado, están en peligro de extinción. —Álex señala a las ramas altas de un árbol.

—¿Dónde? —pregunta ella mirando hacia todos sitios sin ver.

—Mira: —Se pone detrás de ella, le coge la mano y señala justo donde está el mono; no puede evitar besarle el cuello, y acariciarle con la otra mano la zona de su ombligo, Morris se ruboriza.

—Les prepararé un té —interrumpe Felipe.

—Sí, muchas gracias. —Morris da un respingo separándose automáticamente de Álex.

—Aquí es tradición —continúa hablando Felipe como si nada—. No sé si lo sabrán, pero Misiones es una de las mejores zonas de cultivo de té y yerba mate.

—Pues la verdad es que no lo sabía; sí sé que el mate es muy típico de Argentina, pero el té no tenía ni idea —confiesa Álex.

—¿Té verde, señorita? —pregunta Felipe.

—Sí, gracias, el que tenga me vendría muy bien. —Se sientan en los sofás que hay en la terraza exterior, desde la que solo se ve selva y más selva, y se toman tranquilamente el té.

—Esto es maravilloso, hay una paz increíble, son afortunados de vivir aquí —comenta Morris respirando profundamente el aire puro.

—Toda la razón, señora, somos muy afortunados.

—¿A qué huele? —pregunta de golpe ella.

—Debe ser la vegetación, que no está acostumbrada. Simplemente,
disfrute —contesta Felipe.

—El viaje parece que me ha dejado más chafada de lo que yo imaginaba, siento que me pesa el cuerpo.

—Sí, yo estoy igual, estoy como medio dormido —aclara Álex.

—Eso debe ser el efecto de la altura que produce Misiones —explica Felipe.

—¿La altura? —pregunta algo confusa Morris.

—Aquí hay zonas de presiones que a veces afectan al cuerpo, si quieren dormir un poco para descansar… —sugiere Felipe.

—¿Qué es ese olor? —pregunta ahora Álex, pero sin poder moverse de su asiento.

—Álex…, esto ya…, no puedo moverme, esto… —empieza a decir Morris con el corazón acelerado porque en ese preciso momento ha reconocido ese olor.

—¿Qué pasa? —pregunta asustado Álex—. No puedo moverme y…

—No puede ser…, ya he tenido esta sensación antes… —Morris está paralizada.

—Les pedí expresamente que no investigaran más. —Una voz tremendamente familiar para Camila surge de la nada—. Pero no… la señora inspectora y el zoólogo entrometido no podían parar, ¿verdad?

Frente a ellos aparece Luca, los ojos de Camila desprenden pánico, Álex respira tan rápido que está empezando a hiperventilar.

—Oh, vamos, ¿en serio *vos* me cambiaste por este? —dice Luca mirándolo con desprecio—. Te lo pondré fácil. —Empapa un trapo con líquido y se lo pone sobre la nariz, Álex tarda dos escasos segundos en quedarse dormido—. Así mejor. Bueno, cielo —dice Luca mirando directamente a los ojos de Camila—. ¿Por qué me *mirás* así? Te pedí mil y
una oportunidades, pero no quisiste escucharme, con lo que no me dejaste más opción que esta. Nos vemos en un rato, querida. —Le pone el trapo en la nariz y Morris vuelve una vez más a sumirse en la oscuridad.

CAPÍTULO 33

Morris va abriendo los ojos muy poco a poco, le duele la cabeza, siente un hormigueo en las manos, está atada y el ambiente huele mucho a humedad.

—La bella durmiente se despierta, Felipe —dice Luca—. Dale, *amordazala*, no me apetece escucharla.

—Enseguida —contesta Felipe.

—¡¿Qué?! ¿Dónde estoy? —empieza a decir Morris mirando a su alrededor. Está en el interior de una cueva—. Luca, esto es ridículo —dice—. Vamos a hablarlo, tú no eres así…

—Cielo, perdiste tu oportunidad —contesta acercándose demasiado a la cara de ella.

—¿Dónde estamos? —exige saber.

—*Hacé* memoria, pequeña Cami, *hacé* memoria…

—¿Qué quieres decir? —Los labios de la inspectora empiezan a temblar.

—*Amordazala* ya… Es más divertido cuando se dan cuenta de que no hay vuelta atrás…

—Esta cueva…, yo ya he estado en esta… —Mira arriba y el techo está lleno de murciélagos, siente un escalofrío, presiente que es la misma cueva
en la que había estado de pequeña, pero ¿cómo es posible?—. ¿Dónde está Alex? —Felipe le tapa la boca.

—Tu amiguito entrometido ya no dará más problemas, tranquila; lo metimos en una canoa a la deriva en el río Paraná, ¿dónde acabará? —sonríe maléficamente.

—Se lo comerán los caimanes o las pirañas. —Felipe suelta una carcajada.

Camila intenta desatarse. Luca se acerca a ella, le coge fuertemente la cara y sisea:

—*Relajate*, cielo, no querrás hacerte una herida, y que estos de aquí arriba huelan tu sangre antes de tiempo, ¿verdad? —Camila mira hacia arriba, y se queda muy quieta—. Así me gusta, una niña buena que obedece a la primera.

Luca saca de una bolsa enorme unos zapatos de color rojo, Camila lo observa muy tensa, los extrae con sumo cuidado, los limpia meticulosamente con un trapo de algodón y les da un beso. Camila cierra los ojos, no reconoce a ese hombre. Sabe perfectamente lo que va a suceder, ella se va a convertir en la siguiente víctima de los murciélagos. Luca está loco y ella va a morir irremediablemente.

—Cielo, ahora te voy a poner estos zapatos tan lindos. —Morris se empieza a remover, intenta darle una patada, pero Luca la agarra con fuerza de las dos piernas—. No te resistas o será peor, me hace mucha ilusión que estés despierta viendo todo lo que te voy a hacer, y cómo te voy a preparar para ellos —dice señalando al techo de la cueva—. Pero si te *portás* mal, no tendré otro remedio que dormirte y únicamente te despertarás para morir, ¿lo entendiste bien? —Camila asiente con la cabeza y se queda muy quieta.

Mientras tanto Luca la va descalzando con mucho cuidado, le lava cada
pie, después los seca y les da un beso a cada uno, Morris siente ganas de vomitar. Una lágrima resbala por la mejilla de ella—. No *llorés*, cielo, estabas destinada a esto, *vos* debiste ser la tercera víctima, así debía haber sido, pero algo falló, no sé qué falló, no sé realmente por qué coño te salvaste, pero creo que esto es más divertido; así, da gracias por el tiempo que la vida te dio de más, es tiempo regalado.

Se levanta, coge los zapatos y se los pone con sumo cuidado, se los aprieta tanto que Camila

empieza a sentir que los pies se le duermen.

—Te quedarás *acá* dos días para que te depures bien, por tus pecados con el rubito, y pasadas esas cuarenta y ocho horas, estarás preparada para entregarte a ellos y serás sacrificada por un bien mayor, cielo. —Le acaricia la mejilla y le da un beso en la frente—. He de confesarte que, cuando te salvaste de tu final, ¡me emocioné tanto!, pensé que te habías salvado porque debíamos estar juntos, pero no, te salvaste porque debías saber cuál era tu cometido en esta vida.

Morris se queda sola en esa enorme cueva: hace frío, está oscuro, y escucha cómo los murciélagos respiran; no lo puede evitar y empieza a llorar desconsoladamente. Tras más de una hora entiende que ese no puede ser su final, que debe guardar fuerzas para cuando vuelva Luca, pero sus pies están empezando a ponerse morados, y debe quitarse las cuerdas que lleva en las muñecas; lo intenta una y otra vez, pero lo único que consigue es hacerse más daño. Grita, pero nadie la escucha, o quien la escucha disfruta con sus sollozos. Felipe le ha apretado tanto la mordaza que apenas sale un leve sonido. Finalmente se queda dormida.

—¿Está dormida o inconsciente? —pregunta Felipe entre susurros.

—Estará aturdida, por la falta de hidratación —contesta Luca. Se
acerca, le quita suavemente la mordaza que lleva y le pone una pajita entre los labios—. Cielo, ¡*tomá*! —Camila abre los ojos medio aturdida, su primer instinto es beber, pero al ver a Luca escupe la pajita—. Cielo, *debés* beber para hidratarte, para que tu sangre esté más deliciosa para ellos. —Le abre la boca y la obliga a beber agua, ella la escupe, pero él le tapa la nariz y la obliga a tragar.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Tengo que seguir el legado familiar, la sangre es lo más importante, cielo.

—Puedes pararlo, Luca…

—Podría, pero no quiero —contesta sin más.

Le acerca de nuevo la pajita a la boca—. *Tomá, bebé* más agua. —Morris se llena la boca de agua y de la rabia acumulada se la escupe en toda la cara.

—Cielo, te estás portando muy mal. —Luca suspira, se limpia la cara con la manga y la vuelve a amordazar.

—Es dura, eh —dice Felipe, que está al fondo de la cueva al lado de unas máquinas con cables.

—*Traé* a las otras, empezaremos el ritual en cuanto Camila se despeje, quiero que sea consciente de todo —ordena Luca.

—Enseguida —Felipe aparece a los diez minutos con una señora regordeta de piel oscura, Camila la reconoce de inmediato: es la señora que se había bajado del autobús con ellos. Está totalmente aterrorizada, la mira y al ver a Camila tirada en el suelo, amordazada y con unos extraños zapatos de tacón, le entra el pánico y empieza a chillar y a intentar huir.

—Maldita sea, ¿qué les pasa a todas hoy? —Luca coge un trapo que hay sobre una mesa, lo llena de líquido y se lo pone sobre la nariz—. *Atála* en
el segundo palo y *ponéle* los zapatos negros—. Al decir eso,

Morris se da cuenta de que ella no solo está en la pared, sino que está atada sobre un palo y que en aquella cueva hay dos palos más, observa el suelo y todos los palos tienen restos oscuros.

—Listo, ¿traigo a la otra? —pregunta Felipe.

—Sí —contesta.

A los diez minutos Felipe aparece con una delgadísima chica rubia a la que aparentemente le cuesta bastante trabajo caminar y mantenerse en pie.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Luca.

—Creo que me pasé con la dosis anoche, es que es un palo andante, no tiene casi grasa, y les di a las dos la misma cantidad —explica señalando a la señora.

—Eeeh, ¿hola? —dice Luca cogiéndole de la cara. La chica se lo queda mirando, está drogada —. Maldita sea, Felipe, si no son conscientes de lo que les va a pasar, no es una auténtica purificación, *atála* al tercer palo.

—Sí, *perdoná*.

—Lo bueno se hace esperar, esperaremos hasta el anochecer a ver como está —dice Luca.

—De acuerdo.

—Cielo, la vida os vuelve a dar unas horas más de regalo —susurra Luca cogiendo a Morris de la cara, le quita la mordaza y le da un largo beso en los labios.

—No lo hagas, Luca —ruega Morris suplicante.

—Debo, cielo.

—Recuerdo que estuve aquí, recuerdo a otros niños… ¿Qué nos hicieron?

—Lo necesario —contesta él y le pone de nuevo la mordaza. Salen de la cueva dejando a las tres mujeres solas.

Camila mira a la señora regordeta, le hace varias señas con la cabeza, esta asiente y se pone a llorar. Morris le intenta decir cosas, pero no se la entiende por culpa de la mordaza, la mujer la mira y Morris le parpadea rápidamente, la mujer suspira, asiente e intenta tranquilizarse. Morris intenta quitarse la mordaza empujando la lengua con todas sus fuerzas, pero no logra nada. Se resigna y se deja llevar por el sueño y el cansancio.

♦♦♦

—Buenas noches, mis queridas —dice la voz de Luca.

Camila abre los ojos en seguida, la mujer regordeta no dice ni una sola palabra, pero la chica rubia abre los ojos de golpe, justo en ese momento se da cuenta de lo que está pasando, está atada en una especie de cueva, a su lado hay dos mujeres también atadas y delante de ellas dos hombres las miran. Empieza a chillar, a moverse sin control, intenta quitarse la mordaza. Morris cierra los ojos, no es capaz de ver ese sufrimiento.

—Este momento me encanta —dice Luca riéndose—. Tomá, Felipe. —Luca le da una cosa de plástico que se mete en la nariz.

Se acerca a la máquina que hay en el fondo y la enciende, de allí sale una especie de vapor que inunda la sala de un olor que Morris desgraciadamente conoce ya muy bien y entonces llega esa sensación, de estar paralizada, pero despierta, de no poder hacer nada y ser consciente de todo lo que está sucediendo a su alrededor y ser incapaz de hacer nada.

—Llegó el momento —exclama Luca como si estuviera encima de un escenario y fuera a dar paso a una escena de teatro. Se pone una especie de silbato de madera entre los labios, alza los brazos, empieza a sonar una especie de silbido que hace que un grupo de los murciélagos del techo empiecen a revolotear y despertarse, no tardan ni diez segundos cuando se lanzan en picado hacia la chica rubia. Suben hacia el techo y bajan hacia el cuerpo de la chica una y otra vez hasta que la dejan inconsciente.

—Muy bien, queridos, muy bien —dice Luca pletórico, los murciélagos vuelven al techo.

Morris y la señora están con los ojos muy abiertos, mirando a Luca que está en mitad de la cueva, con los brazos en alto y los ojos cerrados, sin duda disfrutando como el maldito sádico que ha resultado ser.

—Baja los brazos muy lentamente, Luca —dice una voz desde algún punto de la cueva. Este

abre los ojos, asustado, y empieza a mirar a ambos lados buscando la voz.

—¿Quién anda ahí? —pregunta.

—Todo se ha terminado, Luca, tu compañero está fuera, esposado, esto es el fin, ríndete, no quiero dispararte.

—Esa voz —susurra Luca—. Yo conozco esa voz…

—Ríndete —otra voz desde otro punto de la cueva resuena fuerte—. Tenemos la cueva rodeada.

—No vais a disparar —contesta muy seguro de sí mismo, se da la vuelta y camina hacia la máquina.

—Cuento hasta tres y si no te rindes… —vuelve a decir la primera voz.

—¿Qué? ¿Dispararás? —ríe Luca—. Querido inspector Medina, estamos en una cueva repleta de murciélagos que están al parecer muy
tranquilamente dormidos, algunos con la barriga bien llena, pero otros…

—Luca, no me obligues.

—Si *disparás*, los murciélagos se asustarán y empezarán a sobrevolar la cueva, totalmente enloquecidos, quizás hasta podrían atacar a tu queridísima compañera, porque estarán asustados, sin control, *¿querés* eso?
Quizás sí… Su muerte pesaría en tu conciencia.

—¡Cállate! —grita la otra voz, los murciélagos se remueven—. No tienes escapatoria, la cueva está rodeada, antes o después tendrás que salir…

Luca se coloca el silbato de nuevo entre los labios.

—Yo siempre gano, inspector… —empieza a decir Luca cuando algo lo golpea en la cabeza y cae de bruces contra el suelo.

—Noqueado —grita Andrés. Y se lanza directo a desatar a Morris, ella está temblando y medio aturdida, de detrás de unas rocas sale Santamaría que va derecho a desatar a la señora, y Gabriel se lanza de igual manera a ayudar a Andrés levantando a Camila que no puede apenas caminar por los zapatos.

—Vamos, Camila, debemos salir de aquí —susurra Gabriel cariñosamente.

—No respires, Gabi.

—¿Qué?

—El olor paraliza —aclara.

—Sí, no te preocupes, llevamos tapones en la nariz. —Salen de la cueva lo más rápido que pueden, Santamaría ayuda a la señora, Andrés a Morris
y Gabriel tira del cuerpo inconsciente de Luca para sacarlo de la cueva, una vez fuera escuchan un aleteo intenso, se miran asustados.

—Al coche —grita Gabriel.

Todos se lanzan a la carrera hacia el interior del Land Rover de Andrés, dejando atrás a Luca, en el interior está Felipe esposado y cabizbajo. En ese momento ven cómo una horda de murciélagos se dirige directamente
hacia ellos y atacan el Land Rover una y otra vez, el sonido en el interior es ensordecedor. De repente los murciélagos dejan de atacar al Land Rover
y se lanzan en picado hacia el cuerpo de Luca, justo en el momento en que este despierta; no le da tiempo a reaccionar o moverse y los murciélagos lo atacan hasta dejarlo sin una gota de sangre.

—¡Justicia divina! —Andrés levanta el puño.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel cogiéndole la mano a Morris.

—Ahora sí. Realmente pensé que iba a morir. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Cómo sabías que…?

—Descansa, Morris, ahora descansa, eso es otra historia. —Ella se recuesta sobre su hombro y cierra los ojos.

—¿Álex? Él… —se sobresalta de golpe.

—Él está bien, está en un hospital de Uruguay recuperándose, te hemos podido localizar gracias a él.

CAPÍTULO 34

Unos días antes…

Santamaría está tranquilamente leyendo el periódico en su despacho cuando su móvil personal vibra en el bolsillo interior de la americana. Lo saca y ve un teléfono que no reconoce.

—¿Quién es? —pregunta.

—Santamaría, soy Gabriel, el excompañero de Camila Morris.

—Oh, hola —contesta incorporándose de golpe.

—¿Te pillo en buen momento? —pregunta Medina al otro lado de la linea.

—Sí, sí, por supuesto. ¿Qué tal va todo?

—En líneas generales bien —contesta Medina.

—¿Y Morris? —quiere saber.

—Pues precisamente por eso te llamaba, necesito tu ayuda.

—Claro, dime qué necesitas.

—Lo que voy a pedirte sobrepasa un poco los límites laborales.

—Cuéntame qué sucede y veremos qué podemos hacer —contesta levantándose de su silla y caminando algo nervioso por el despacho.

—No sé muy bien por dónde empezar.

—¿Tiene que ver con el caso que estáis investigando? —pregunta Santamaría.

—Sí, te llamo porque sé que Morris confía en ti.

—Vaya, eso me halaga.

—Como bien sabes, ella se ha tomado seis meses de excedencia personal.

—Sí, me dijo que necesitaba tiempo para aclarar sus ideas; el caso de los murciélagos que llevasteis, la sobrepasó un poco.

—Hay cosas que no cuadran, eso está claro, Santamaría.

—Ella recordaba situaciones ¿no?, y por eso ha querido hacer el viaje a Argentina.

—Sí, exacto —contesta Medina.

—¿Me llamas porque crees que allí pueda estar en peligro? —pregunta tragando saliva.

—Pues verás, después de tu llamada avisando de la visita que recibisteis de Luca, me quedé con «la mosca detrás de la oreja»; nunca me ha gustado ese tío, ¿sabes?, hay algo en él que me da repelús.

—Tiene claramente un perfil de psicópata, Gabriel; no te puedes hacer una idea de cómo se puso aquí en Comisaría, entró literalmente en cólera.

—Créeme, me hago una idea.

—Nos dijo que, si se enteraba de que le ocultábamos información del paradero de Morris, lo íbamos a pagar muy caro, que tenía contactos y que nos arruinaría nuestra carrera profesional.

—Admitió que tenía contactos…, vaya… Interesante… —dice Medina.

—¿Qué sucede, Medina? ¿Morris está bien?

—No estoy seguro. Luca está obsesionado con ella; tengo sospechas de que él le ha podido hacer algo.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella? —Santamaría pasea muy nervioso de un lado a otro del despacho.

—A los dos días de hablar contigo, intenté ponerme en contacto con Álex o con Morris, pero ninguno de los dos recibía mis mensajes, era como si se hubieran quedado sin conexión; vale que iban a internarse en plena selva…, pero estamos en el siglo XXI, hay cobertura, hay zonas con wifi.

—Bueno, igual están en mitad de la selva, ¿no? —sugiere Santamaría para intentar calmar a Medina.

—La cosa es que me preocupé bastante y decidí llamar a Andrés, el amigo de Argentina de Álex. Este me explicó que un colega suyo tenía un amigo que había organizado una ruta solo para ellos dos, que habían tenido mucha suerte y ahí fue cuando pensé que algo iba mal. ¿Una ruta por Misiones de la noche a la mañana?

—Raro es…, la verdad. Pero ese tal Andrés, ¿conocía bien a su colega?

—Esa es la cosa, Santamaría, lo volví a llamar para que me diera los datos, me explicó que era un colega de profesión que había llegado a Santa Fe hacía un año como mucho y que enseguida se había hecho un hueco.

—Demasiado rápido para no ser nadie, ¿no?

—Eso mismo pensé yo, así que le pedí el número de teléfono, pero al ir a meterlo en la base de datos, ese número no existía.

—Dirás que era un número prepago —aclara Santamaría.

—No, Santamaría, el número directamente no existía en la base de datos.

—Eso no es posible, te lo habrá dado mal.

—Le volví a escribir y me envió directamente el pantallazo de la conversación de WhatsApp que mantuvieron y el número era el correcto, volví a meterlo en la base de datos y sucedió lo mismo, el número no existe. Probé a llamar y daba como fuera de cobertura.

—Hostias.

—Exacto, en ese momento fue cuando me empecé a asustar.

—Normal —contesta Santamaría.

—Realmente no sé hasta dónde te explicó Morris, pero estábamos investigando una serie de asesinatos que tienen el mismo patrón y que han sucedido en diferentes países.

—Me dijo que estabais investigando algo más gordo que los simples murciélagos, pero no quiso decirme mucho más, me dijo que lo hacía por mi propia seguridad.

—Hizo bien —aclara Medina.

—También me habló de unos recuerdos que ella tenía un poco raros.

—Sí —contesta Medina—. Morris estuvo en una especie de campamento en Argentina, justamente en la zona en la que se supone que están ahora y he averiguado que varias de las víctimas también estuvieron en ese campamento.

—No puede ser casualidad.

—Nada de lo que está sucediendo es casualidad —aclara Medina.

—¿Has hablado con las familias de las víctimas para saber si recuerdan la estancia en ese campamento?

—Sí, pero no quieren hablar del tema. Al padre de una de ellas se le escapó que tienen firmado una especie de contrato con una cláusula de confidencialidad y no pueden hablar de ello.

—¿Un contrato? Pero ¿de qué?

—El padre de Morris firmó algo también, no sabemos qué exactamente, pero no podían hablar del tema.

—¿Has averiguado qué es lo que hacían en ese campamento exactamente? —quiere saber Santamaría con voz de preocupación.

—Sí y no, parece ser que experimentaban con niños, pero no hay nada claro.

—No te creo —exclama Santamaría.

—Morris recuerda cosas, situaciones con otros niños en una especie de sala blanca.

—Esto es gordo, Medina —interrumpe Santamaría.

—Considero que va más allá, pienso que puede ser una especie de secta porque hay casos por todo el mundo.

—¿Una secta?

—Sí, le he seguido la pista a varios casos de Italia, y parece ser que hay una red internacional, pero…

—¿Qué?

—Santamaría, el nexo de todo es Misiones, más concretamente el campamento en el que estuvo Morris y donde probablemente esté ahora.

—Mierda.

—Hay más… —dice Medina.

—¿Más? —pregunta algo perplejo Santamaría.

—Sí, tengo un contacto en Italia que me ha pasado un listado de nombres.

—¿De quién? —Santamaría traga saliva.

—Multimillonarios, empresarios y políticos de todo el mundo. Una lista con nombres muy muy jugosos.

—¿Seguro que están relacionados con toda esta locura?

—Parece ser que sí, todavía no sé muy bien cómo, pero mi contacto me explicó que su padre el día antes de fallecer le entregó la lista, y le hizo jurar que si alguna vez alguien amenazaba a su familia o le pasaba algo a algún miembro de la misma hiciera pública la lista.

—¿Quién es tu contacto? —quiere saber Santamaría.

—No puedo decirte el nombre, solo puedo decirte que pertenece a la nobleza italiana.

—Vale, eso sí que no me lo esperaba. Qué narices tiene que ver la nobleza italiana con un campamento en Misiones y con unos ataques de murciélagos —dice Santamaría en voz alta, pero más para sí mismo.

—Por lo poco que él ha averiguado, en la lista de esta supuesta secta o asociación o lo que mierda sea, los miembros empiezan a aparecer en el año 1800, pero no sé mucho más.

—¿Qué quieres decir con que empieza en el año 1800?

—Hay nombres desde el año 1800.

—¿Quieres decir que hay nombres registrados desde 1800?

—Sí.

—¿Y la mayoría famosos?

—Te sorprenderías, Santamaría, te sorprenderías mucho, pero hay de todo. Eso sí, hay un dato más que interesante.

—¿Cuál?

—Todos los nombres son masculinos.

—Esto parece una película, Medina.

—Lo sé, esto es algo gordo que realmente no sé a dónde nos va a llevar, pero ahora lo importante es Morris…

—Hay que encontrarla —afirma Santamaría.

—Lo sé y realmente creo que está en peligro.

—No es por ser negativo, Medina, pero, después de todo lo que me has contado, yo pienso lo mismo. ¿Qué tienes en mente? Puedo intentar llamar a las fuerzas de policía de Misiones para

ver si ellos pueden averiguar algo.

—No hace falta, eso ya lo he hecho yo.

—Entonces, ¿en qué te puedo ayudar? —pregunta perplejo Santamaría.

—He comprado dos billetes de avión…

—¿Te vas a Argentina?

—Nos vamos —dice Medina.

—¿Quiénes?

—Eso es lo que tenía que pedirte, Santamaría: que me acompañes; yo solo no voy a poder encontrarlos. —Hay un silencio al otro lado de la línea—. Sé que lo que te estoy pidiendo es…

—Por supuesto, ¿cuándo salimos? —pregunta Santamaría.

—Salimos mañana a las nueve de la mañana desde Madrid, ¿te va a dar tiempo a llegar?

—Cuenta con ello, tengo un amigo que vive a una hora del aeropuerto que me debe un favor enorme.

—Estupendo, no sé cómo te voy a agradecer esto, Santamaría.

—No te preocupes, lo hago encantado.

—Nos vemos mañana en el aeropuerto.

—Hasta mañana.

Santamaría cuelga el teléfono, se asoma por la ventana muy serio y suspira.

—Argentina, vuelvo a ti.

CAPÍTULO 35

Reino de Sicilia - año 1780…

Giovanni Abramo está tranquilamente en su taller de costura, acabando una de sus últimas creaciones. Ha diseñado unas botas de tacón para montar a caballo, ya que el barón Andrea Lechi le ha insistido en que quiere mejorar su traje de montura y, tras muchos diseños, a Giovanni se le ha ocurrido añadirle una especie de tacón a las botas. Sus pensamientos son interrumpidos por Bruno, un niño de ocho años que lo ayuda con las tareas de limpieza del taller. Bruno tiene el pelo rizado y unos ojos enormes de color verde, su cara está llena de manchas y su preocupación se puede ver claramente en su rostro.

—Por favor, señor, tiene que ayudar a mi madre, está muy enferma.

—¿Qué sucede, Bruno? —quiere saber Giovanni sin levantar la vista de su diseño.

—Mi madre, mi madre está muy enferma —insiste el niño.

—¿Y qué quieres que haga yo? —pregunta Giovanni sin darle importancia a las palabras temblorosas del pequeño.

—Ayúdeme, por favor. —El pequeño Bruno se acerca a la mesa y le
toca el brazo al costurero.

—¿Por qué debería hacer tal cosa? —quiere saber este algo molesto; al sentir la mano fría del niño, por fin levanta la vista de su diseño y posa sus ojos sobre el niño.

—Porque mi madre es la mejor costurera que tiene, y lo sabe —replica Bruno señalando la mesa de costura que suele usar su madre cuando trabaja en el taller de Giovanni.

—No digas bobadas, Bruno —contesta el costurero.

—Por favor, señor —insiste.

—No soy médico, Bruno —contesta bruscamente Giovanni zafándose de la mano del niño que todavía lo tiene sujeto del antebrazo.

—Pero seguro que conoce a algún médico, por favor —vuelve a insistir con lágrimas en los ojos.

Giovanni suspira, suelta la aguja que tiene en sus manos, mira al niño y le pregunta:

—¿Acaso tienes alguna moneda para poder ofrecer?

—Solo esto —el pequeño Bruno le muestra una única moneda.

—Querido, con eso no tienes ni para… —empieza a replicar Giovanni.

—Por favor, señor… —interrumpe desesperado el niño. Giovanni es la única persona que Bruno conoce, aparte de a su madre, evidentemente. Si él no lo ayuda no tiene a quién acudir; al darse cuenta de esto, empieza a llorar desconsoladamente.

—Bruno, por favor, no insistas —lo regaña Giovanni—. Ahora estoy trabajando y debo acabar este diseño para el barón lo antes posible, ya sabes lo insistente que es.

—Lo sé, señor Giovanni —contesta el pequeño limpiándose los mocos con la mano—. Estoy seguro de que con la ayuda de mi madre acabaría a
tiempo y el barón quedaría más que satisfecho, por favor… —ruega el niño. Giovanni se lo queda mirando y suspira.

—Está bien, está bien —dice finalmente levantándose de la silla en la que está sentado. Se queda mirando a Bruno y en ese momento se da cuenta de que realmente algo terrible debe

pasarle a su madre, pues la cara del niño está llena de churretes de suciedad—. Conozco un… No es médico exactamente, es un curandero, viene del sur de Italia, podría ayudar a tu madre…, pero no le va a bastar con esa moneda.

—Haré lo que sea —suplica Bruno.

—Ya arreglaremos esa parte después, quizás me puedas servir de ayuda con…, lo arreglaremos, Bruno —dice finalmente Giovanni. Se queda mirando de nuevo al pequeño pensando, pero no dice nada más y se dispone a ponerse su peculiar capa color burdeos.

—Sígueme, Bruno, debemos ir al norte de la ciudad.

—¿A los suburbios? —pregunta el niño con cara de asco.

—Es tu única oportunidad; si lo prefieres, yo tengo muchas cosas que hacer —Giovanni se lo queda mirando muy serio.

—Lo que sea, señor Giovanni —asiente el niño al mismo tiempo que se vuelve a limpiar los mocos con la manga de la casaca que lleva puesta.

—Vas hecho un asco, Bruno —lo regaña. Este saca de un pequeño cajón que tiene en la entrada del taller un pañuelo con las iniciales G. A. grabadas en color granate y se lo entrega al niño—. Límpiate un poco anda.

—Disculpe, señor, es que…

—No te preocupes, vamos —contesta saliendo del taller.

Giovanni Abramo y el pequeño Bruno se dirigen a paso ligero hacia el norte de la ciudad, a medida que avanzan las casas se van deteriorando y el ambiente se va enrareciendo. Bruno se agarra con fuerza de la mano de
Giovanni en varias ocasiones. La primera es cuando pasan por delante de una madre escuálida tirada en el suelo que intenta amamantar a su hijo igualmente escuálido; la otra cuando una mujer con un voluminoso pecho fuera se les abalanza y se restriega en el señor Giovanni, pidiéndole unas monedas a cambio de algo que él no entiende.

—¿Falta mucho? —pregunta el pequeño.

—Casi estamos, Bruno, tranquilo.

—¿Qué es lo que quería esa señora?

—Simplemente quería algo de comida para sus hijos —contesta amablemente Giovanni.

—Ah.

—Es allí, Bruno, al final de esa calle —muestra Giovanni. Bruno arruga la cara, ya que él solo ve unos tablones mal puestos, pero no dice nada, puesto que es la única oportunidad que tiene para curar a su madre.

La casa realmente parece estar fabricada de tablones mugrientos, Giovanni llama a la puerta tres veces, se para y luego llama dos veces más.

—¿Por qué llama de esa forma? —pregunta curioso Bruno. Giovanni mira al niño y sonríe—. Francesco únicamente abre a conocidos, es un poco especial.

—Ah, trataré de recordarlo —contesta Bruno mirando al frente con esperanza de que esa puerta o tablón sea su salvación.

Unos minutos más tarde se abre la puerta y allí frente a ellos está un hombre de no más de cuarenta años, pelo negro como el tizón, con unos rizos tremendamente alborotados; su cara huesuda y una extraña cicatriz
que le cruza desde el ojo hasta la comisura del labio le acabann de dar un
aspecto totalmente siniestro. Se los queda mirando como si fueran ratas, y un segundo después una amplia sonrisa asoma por su rostro.

—Giovanni —dice el hombre con voz aflautada—, ¿qué te trae por los bajos fondos?

—Necesitamos de tus habilidades —señala con el dedo al pequeño Bruno que está temblando de puro pánico.

—Hola, señor —acierta a decir Bruno, saca la mano del bolsillo del pantalón y le enseña la moneda.

—¡Guarda eso, insensato! —exclama Francesco al mismo tiempo que los empuja hacia el interior. Entran en la casa, por llamarla de alguna manera, medio derruida; en el centro hay una especie de camilla hecha de tablones, junto a una mesa repleta de frascos con líquidos de diferentes colores en su interior. Hay un olor extraño, como a hierro.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta Francesco dirigiéndose directamente al pequeño Bruno.

—Mi madre está muy enferma —explica Bruno, que mira a Giovanni para saber si debe continuar hablando, este le da el «ok» con la cabeza y el niño prosigue—. Tiene heridas por todo el cuerpo, señor, se queja mucho; por favor, ayúdela, haré lo que sea, señor.

—Cuidado con lo que ofreces, pequeño —contesta Francesco, mirándolo con los ojos muy abiertos. Bruno se asusta un poco, pero necesita su ayuda.

—¿Puede ayudarla? —insiste Bruno.

—Puedo intentarlo —contesta dándose la vuelta para entrar en una especie de sala que hay al fondo, Bruno mira a Giovanni que lo tranquiliza con la mirada, se escuchan ruidos de cajas. Unos minutos después, Francesco aparece con una caja en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunta el pequeño.

—Esto es lo que ayudará a tu madre —contesta Francesco. Un aleteo
se escucha en el interior.

—Oh —exclama Bruno acercándose curioso a la caja.

—¿Te gustan los animales?

—Sí, señor, mucho —contesta con rapidez el pequeño—. La semana pasada rescaté a un pájaro que tenía el ala rota, pero al final se murió.

—Vaya, interesante. Necesitaré un ayudante durante algún tiempo, así que vendrás dos veces a la semana durante los próximos meses, ¿entendido?

—Entendido, señor. —Una sonrisa de satisfacción aparece en la cara del muchacho.

—Empieza bien—exclama Francesco mirando a Giovanni. Este asiente con la cabeza y sonríe levemente.

—¿Vamos?

—Por supuesto —contesta Giovanni.

—Toma —Francesco le hace entrega a Bruno de la caja de madera—. Llévalos con mucho cuidado, ¿vale?

—¿Qué hay dentro? —pregunta cogiendo la caja con mucha cautela.

—Murciélagos —contesta Francesco—. Venga, muchacho —le apresura a salir por la puerta.

—¿Qué son los murciélagos? —quiere saber curioso intentando ver el interior de la caja a través de las rendijas que tiene.

—Una especie de pájaros —contesta Francesco.

—Vale, me gustan los pájaros —dice Bruno mirando la caja. Luego mira a Francesco y sonríe.

CAPÍTULO 36

Llegan casi oscureciendo a casa de Bruno, entran, pero su madre no está en el camastro ni en la cocina.

—¿Madre? —grita Bruno al ver el camastro vacío, no hay respuesta. Corre por toda la casa, pero no hay rastro de su madre, sale al patio interior y allí, tirada en el suelo está Giorgia, inconsciente—. ¡Ayuda! —grita Bruno. Giovanni y Francesco entran en el patio y llevan a la madre de Bruno hasta su catre.

—Está muy mal —confiesa Francesco al verla—. No hemos llegado a tiempo, lo siento mucho, muchacho.

—¿Qué? —grita Bruno—. Ni siquiera lo ha intentado, por favor.

—Querido… —dice Francesco mirando a Giorgia.

—Me prometió que intentaría ayudarla —replica furioso Bruno.

—Muchacho, yo no…

—No —exclama Bruno, sin pensárselo dos veces, coge la caja que había traído con sumo cuidado durante todo el camino, la abre y saca a un murciélago que está medio adormilado—. ¿Qué debo hacer? —pregunta mirando a Francesco que está perplejo.

—No servirá, Bruno —contesta cariñosamente Francesco—. Ellos se

pondrán nerviosos porque no están acostumbrados a ti.

—¿Qué debo hacer con ellos? —repite Bruno acariciando la cabeza del murciélago diminuto. Giovanni mira a Francesco y le hace una señal de asentimiento con la cabeza para animarlo a que lo ayude. Francesco mira con curiosidad al tranquilo murciélago que está en las manos del pequeño Bruno, respira y finalmente acepta.

—Está bien, muchacho, son murciélagos bebés, debes ponerlos por el cuerpo de tu madre, más concretamente sobre las heridas para que chupen la sangre de tu madre, ellos intentarán limpiar la infección, pero…

—Vale —contesta Bruno. Con especial cuidado y cariño empieza a colocar el murciélago sobre una de las heridas que tiene su madre.

—Su estado es muy avanzado, Bruno y… —empieza a explicar Francesco que se arrodilla al lado del camastro de Giorgia.

—Debo intentarlo —contesta el niño sin mirarlo. Muy poco a poco, Bruno coloca el resto de murciélagos sobre el cuerpo de su madre, bajo la atenta mirada de Giovanni y Francesco. Cuando termina, se queda mirando a Francesco.

—Ahora debemos esperar, Bruno.

—Esperaré —contesta sentándose en el suelo, mirando fijamente la cara de su madre. Francesco mira a Giovanni y niega con la cabeza.

—Bruno. —La voz de su madre suena como un susurro.

—Madre, te vas a poner bien, ¡te vas a poner bien! —contesta Bruno al mismo tiempo que se incorpora y le coge de la mano con los ojos inundados en lágrimas.

—Hijo —susurra Giorgia—, no aguantaré mucho más. ¿Con quién estás?, no logro ver nada, está todo oscuro.

—El señor Francesco ha venido para ayudarte, madre —explica Bruno con dulzura—. Viene desde el sur de Italia, madre, es curandero y el señor

Giovanni me ha ayudado a encontrarlo, porque eres la mejor costurera que tiene, y no te puede perder.

—Oh, señor Giovanni —susurra Giorgia, levanta la mano para buscarlo.

—Aquí estoy, Giorgia. —Giovanni se acerca y le ofrece la mano.

—Hágame un favor, cuide de mi Bruno por… —La madre de Bruno no pudo acabar la frase.

—Madreeee, madreeee —grita Bruno zarandeándola para que despierte, pero para Giorgia ya es tarde.

—Querido… —Francesco intenta separarlo de su madre.

—Déjalo, Francesco, que la llore —sugiere Giovanni indicándole que se alejen para darles algo de intimidad.

Ya desde el otro lado de la sala, Francesco curioso pregunta:

—¿Qué hay de su padre?

—Falleció el año pasado junto a la hija pequeña tras contraer el mal de las fiebres altas —contesta Giovanni—. Ella era su única familia.

—Pobre muchacho, solo en el mundo —contesta Francesco, observando la dantesca imagen de un niño llorando sobre el cuerpo muerto, lleno de fístulas de pus de su madre, se le encoge el corazón.

Giovanni se encarga de vestir el cuerpo de Giorgia, antes de llevarlo a la fosa común del pueblo, que él mismo pagaría.

—Bruno, ¿me permites que le haga un homenaje a tu madre? —pregunta Giovanni.

—¿Qué es un homenaje, señor?

—¿Me permites que la entierre con estos zapatos de tacón? Ella me ayudó a crearlos, me siento en deuda.

—Sería un honor —contesta orgulloso Bruno.

Giorgia es enterrada con un vestido gris clarito, y con uno de los prototipos de botas para montar a caballo que ella junto a Giovanni habían diseñado para el conde. Sorprendentemente, Bruno no llora durante ese día ni durante los siguientes.

Bruno pasa a vivir prácticamente en el taller de Giovanni, ya que la casa en la que vivía con su madre la ha ocupado una familia llegada del sur de Italia; le permiten dormir en el patio exterior, pero él ya no quiere estar en ese lugar. No se lo ha contado a nadie, ni siquiera al señor Giovanni, pero cada vez que duerme allí sueña con su madre muerta. Se ha vuelto huraño, triste y cascarrabias.

Pocos meses después, Bruno está limpiando la parte trasera del taller cuando Francesco llega inesperadamente. Bruno va dos veces por semana a casa de este para alimentar y cuidar de los murciélagos mientras que Francesco sale a hacer recados, con lo que le sorprende su llegada; él no suele venir al taller de Giovanni, dice que no se siente cómodo con tanto lujo, cosa que siempre extraña a Bruno, puesto que el taller de Giovanni es de todo menos lujoso: solo hay mesas para cortar las pieles, tijeras, agujas e hilos por todos sitios y una sala enorme en la que siempre hace mucho frío para secar las pieles especiales.

—Buenos días, Bruno —saluda Francesco desde la entrada del taller.

—Buenos días, señor Francesco —contesta levantando la vista del suelo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias, señor.

—He venido a hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Quiero hacerte una propuesta —dice sin apartar la vista de Bruno. Tiene una mirada rara, pícara, una media sonrisa en el rostro pero sin ser sonrisa. Como cuando un niño trama una travesura.

—¿De qué se trata, señor? —pregunta Bruno acercándose.

—Me marcho el mes que viene —dice Francesco sin más—. He conseguido un caballo y un carro bastante decente con el que quiero recorrer Italia sanando a la gente.

—¿Con ellos? —pregunta el pequeño refiriéndose a los murciélagos.

—Con mis murciélagos, sí, quiero llegar a más gente —aclara Francesco.

—Y ganar más dinero, imagino —interviene Giovanni, que se ha puesto detrás de Bruno.

—Eso también —afirma Francesco—. Aquí ya he hecho todo lo que tenía que hacer —asegura alzando la voz al mismo tiempo que se pasea por el taller como si estuviera en una obra de teatro—. ¿Qué me dices? ¿Te vendrías conmigo? —le pregunta a Bruno.

—No sé… La verdad es que no… —contesta el niño mirando a Giovanni, se siente en deuda con él y no quiere ofenderlo, pero la idea de estar más tiempo con los murciélagos hace que el estómago le dé un vuelco de pura emoción, pero no quiere herir a Giovanni.

—Bruno —dice Giovanni mientras se agacha para ponerse a la misma altura —, lo cierto es que no tienes las habilidades de tu madre —confiesa acariciando la mejilla sucia del niño—. Tu madre cosía como los ángeles; sin embargo, tú, por desgracia, no has heredado esa destreza.

—O afortunadamente —interviene Francesco.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Giovanni incorporándose.

—Tiene un don con ellos.

—¿Un don? —pregunta el costurero.

—Es mágico el vínculo innato que el pequeño Bruno tiene con los murciélagos —empieza a explicar Francesco—. Le sale solo, querido Giovanni, no tiene que forzar nada, eso es un auténtico don.

—¿Podré cuidar de ellos? —quiere saber Bruno con los ojos muy abiertos por la emoción.

—Deberás hacerlo. —Francesco lo mira con una sonrisa de oreja a oreja—. Una de las cosas por las que he decidido proponerte que te vengas conmigo es lo tranquilos que están los murciélagos contigo. —Francesco se arrodilla frente a Bruno—. Normalmente, ellos se alteran con la gente, pero contigo están bien.

—Tu madre siempre decía que tenías un don con los animales, Bruno —interviene Giovanni.

—¿Aprenderé a sanar? —quiere saber.

—Te enseñaré todo lo que sé.

—Deberías ir —confiesa Giovanni muy serio.

—¿Y usted qué hará, señor? —quiere saber algo preocupado Bruno.

—Oooh —Giovanni suelta una risotada—. Encontraré a otro muchacho que me ayude, por eso no debes preocuparte.

—¿Cree que a mi madre esto le haría feliz? —pregunta muy serio.

—Bruno. —Se agacha de nuevo para ponerse frente al muchacho—, tienes una oportunidad de aprender un oficio, aquí conmigo te pasarías la vida limpiando lo que yo ensucie, ¿es eso lo que realmente deseas?

—Eeeh. —El muchacho se queda pensando—. No.

—¿Entonces? —pregunta Francesco impaciente desde detrás. Bruno se da la vuelta sonriendo de oreja a oreja.

—Está bien, iré con usted, señor Francesco.

—Bravísimo —exclama dando palmadas de emoción. Coge en brazos al pequeño Bruno y

ambos empiezan a dar vueltas por el taller de Giovanni.

A la semana un Francesco emocionado y un Bruno feliz ponen rumbo al norte de Italia: Francesco con expectativas de hacerse rico y Bruno con muchas ganas de aprender y quizás un día poder llegar a ser como Francesco.

CAPÍTULO 37

Febrero de 2022 - Misiones, Argentina

Morris abre poco a poco los ojos, le duele bastante la cabeza. Lo primero que ve es un techo de vigas de madera con un ventilador de techo bastante antiguo. No recuerda dónde está, se incorpora y se ve en una cama con un dosel de madera; a su derecha hay otra cama exactamente igual, está deshecha. Se incorpora, frente a ella hay un pequeño ventanuco por el que está empezando a entrar la luz. Mira a su alrededor y entonces a su cabeza empiezan a llegar flashes: Luca torturándola, la llegada de Gabriel para salvarla, el sonido atronador de los murciélagos sobre el todoterreno de Andrés… Se tapa la cara y respira profundamente varias veces, escucha voces en la parte de abajo de la casa, parecen Santamaría y Gabriel hablando. Se viste y baja por las estrechas escaleras de madera que dan a un amplio comedor.

—Buen día, inspectora, ¿qué tal pasó la noche? —pregunta Andrés al verla bajar lentamente las escaleras.

—Bien, creo —contesta tocándose la cabeza con la mano derecha—. Me duele bastante la cabeza, pero estoy bien, gracias.

—¿Quiere un café? —pregunta Andrés mostrándole una cafetera de cristal llena de ese elixir negro.

—Por favor: doble y sin azúcar, ¡huele de maravilla! ¿Dónde estamos? —quiere saber asomándose por una ventana que da a un patio repleto de macetas con plantas exóticas.

—Estamos en la casa del jefe de policía —contesta al mismo tiempo que llena hasta arriba una taza de café—. No se preocupe, es el lugar más seguro por el momento.

—¿Seguimos en Misiones? —pregunta sin dejar de mirar por la ventana.

—Sí, seguimos en Misiones, más concretamente en Posadas —contesta acercándole la taza—. Maravilloso lugar, ¿a que sí?

—La verdad es que sí. Es la primera vez que veo alguna de esas plantas.

La casa está construida íntegramente de madera y tiene dos plantas. La planta superior alberga únicamente dos habitaciones: una es en la que ha dormido Morris que tiene dos camas individuales, y la habitación contigua, que tiene una cama de matrimonio. La planta baja es una amplia estancia que hace al mismo tiempo de cocina y comedor, a excepción de una pequeña puerta que hay al final que da acceso a una amplia alacena. El baño está situado debajo de las escaleras. En la parte trasera de la casa hay un amplio patio con zona de barbacoa para hacer unos deliciosos asados.

—Este sitio es bastante peculiar —advierte Morris tocando uno de los atrapasueños que, como puede observar, adornan casi toda la estancia.

—Era la casa de la abuela de Leandro, el jefe de policía —explica Andrés—. Su abuela falleció hace más de diez años, y él no quiso vender la casa: demasiados recuerdos, su abuela prácticamente hizo las funciones de madre. Ha querido mantener la casa tal y como la tenía su abuela, como puedes comprobar. —Señala por la estancia las cruces y los atrapasueños que la adornan.

—Peculiar, sí.

—Ella era bastante supersticiosa, de ahí los atrapasueños, las figuritas y cruces de madera.

—¿No vive nadie aquí? —pregunta Morris dándole un sorbo a su café.

—La usa como alquiler vacacional, al haberla mantenido con todo esto —explica señalando de nuevo los atrapasueños y toda la decoración antigua—. La alquila prácticamente durante todo el verano: podría decirse que precisamente este tipo de decoración es lo que atrae a los turistas.

—La verdad es que tiene encanto —confirma ella—. Si viniera aquí a hacer turismo, probablemente la alquilaría…

—Sí —confirma Andrés.

—El café está delicioso, por cierto, hacía mucho tiempo que no saboreaba un café así.

—Es lo que tienen las cafeteras de toda la vida: el sabor es auténtico, tardás el doble, pero es auténtico —ríe Andrés.

—¿Se sabe algo de Álex? —pregunta Morris de golpe con cara de preocupación.

—Sí, *quedáte* tranquila —la calma Andrés—. Él está en un hospital de Uruguay, recuperándose, pero se encuentra bien.

—Menos mal, no podría soportar si él… —contesta sentándose en una de las sillas del comedor con la taza de café entre las dos manos.

—Tranquila.

—¿Sabes si tiene acceso al teléfono? Me gustaría poder llamarlo..

—Pues imagino que sí, *tenés* un teléfono *acá*. —Andrés señala un teléfono alargado y rojo que está colgado de la pared.

—¿Mis cosas? —pregunta levantándose de la silla—. Arriba en la
habitación no vi nada.

—No se encontró nada ni en la casa ni en la cueva, Camila —explica Andrés.

—¿Nada? —repite ella algo confusa.

—Nada —confirma Andrés—. De todos modos esta mañana a primera hora me telefoneó Leandro, me dijo que venía de camino, necesita hablar con vos.

—¿Han encontrado algo? —pregunta, pero no obtiene respuesta porque Medina los interrumpe entrando por la puerta.

—Buenos días, señora comisaria, tienes buen aspecto —dice alegremente.

—Buenos días, Gabriel, ¿cómo estás? —Morris sonríe al ver a su compañero.

—Estupendo —contesta guiñándole un ojo. Morris se lanza directa a darle un abrazo.

—Vaya, jefa, ¡qué efusividad! —exclama bromeando.

—No sé cómo agradecerte que vinieras hasta aquí.

—Los compañeros jamás se abandonan —contesta.

—Gracias de verdad. ¿Y Santamaría? —pregunta, mirando por la puerta de la entrada que ha dejado abierta.

—Salió a pasear por la zona —contesta Medina—. Está absolutamente embobado con la vegetación del lugar.

—No me extraña —dice ella asomando la cabeza por la puerta principal—. Ya solo viendo las plantas que hay en el patio y aquí en la entrada me puedo hacer una idea.

—Ni por asomo, Morris —replica su compañero—. Al final de este camino —le explica señalando un camino de tierra que gira a la izquierda

—, hay una ruta que te lleva directo a la mitad de la selva, literalmente, es mágico de verdad.

—¿Cómo conseguiste embaucar a Santamaría para que te acompañara?

—Realmente fue fácil, te aprecia mucho y creo que le va la aventura.

—Vaya, pues no lo parece —contesta ella bastante sorprendida.

—¿Otro cafecito, Gabriel? —Andrés le muestra una taza enorme.

—Gracias, Andrés, huele de miedo —contesta aspirando el olor del café humeante.

—¿Otro café, señorita? —quiere saber Andrés.

—No, no, gracias, Andrés, mi dosis de café está hoy más que superada.

—Gabriel —Morris se gira de nuevo hacia su compañero, se pone muy seria—, me gustaría llamar a Álex, quiero hablar con él.

—Claro, toma. —Medina saca su teléfono del bolsillo y se lo entrega—. Es la última llamada, pide que te pasen con la habitación 309.

—¿Se encuentra bien? —quiere saber ella cogiendo el teléfono.

—He hablado con él hace un rato —contesta con una sonrisa—. Está deseando escuchar tu voz, «tortolita» —Gabriel sonríe.

—Oh, cállate, Medina —lo regaña con su tono de inspectora—. ¿Se encuentra bien entonces?

—Sí, un poco asustado, por lo visto lo ataron en una barca y lo dejaron a la deriva. La policía no sabe ni cómo ha sobrevivido.

—Un auténtico milagro —asegura Andrés desde la cocina.

—Ha sido culpa mía —dice Morris frotándose la frente preocupada.

—Probablemente si él no hubiera sobrevivido, estarías muerta —rebate Gabriel muy serio—. Álex está bien, tranquila. Llámalo, le hará bien escuchar tu voz.

—Vale —contesta al mismo tiempo que le da a la tecla de llamar.

Tres tonos después, una voz dulce y familiar contesta el teléfono.

—Hola, Gabi.

—Álex, soy yo —la voz de Morris es suave como un susurro—. Me alegra escuchar tu voz.

—¡Inspectoooora Morris! —contesta Álex alargando la palabra inspectora—. ¡Qué maravillosa sorpresa!

—¿Cómo estás, Álex? —pregunta ella, y de nuevo ese cosquilleo en el estómago la hace sonreír.

—Muy bien, la verdad es que ahora muy bien —contesta él, pero su voz no dice lo mismo.

—Álex, soy yo, puedes hablar con confianza.

—Estoy bien, de verdad —asegura él—. Cuando Gabi me dijo que te habían salvado, que habían llegado justo a tiempo, yo… —La voz se le quiebra inevitablemente.

—Álex, estoy bien…

—Cami, no te imaginas la cantidad de cosas que el loco ese decía, está totalmente trastornado.

—Estaba —rectifica Morris.

—Sí —contesta Álex—. Él estará muerto, pero esto es algo más grande, esto es otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—Camila, me desperté en el coche mientras me llevaban al río, me hice el dormido para ver si tenía alguna oportunidad de escapar, los escuché cómo hablaban entre ellos. Luca le decía a Felipe que él había sido el elegido y que después de esos sacrificios no le podrían negar la entrada.

—¿La entrada a dónde? —interrumpe ella.

—La entrada a una lista, ellos la llamaron el «elenco sacro».

—¿Elenco qué? —pregunta Morris sin entender muy bien qué es lo que Álex le está explicando.

—Sí, lo repitieron varias veces —continúa Álex—. Luca decía que era su momento, y que, después de ese gran sacrificio, su familia no podría negarle la entrada y formaría parte de los Pipistrellos más importantes de todos los tiempos.

—¿Los qué?, no te estoy entendiendo nada, Álex —asegura Morris moviendo la cabeza y

caminando nerviosa por la estancia mientras Andrés y Medina la observan impacientes.

—Los Pipistrellis son murciélagos en italiano —explica Álex—. Por eso lo recuerdo tan claramente, es una palabra que no pasa desapercibida, Camila. Esto es una secta o algo parecido, estoy cada vez más seguro.

—Las sectas suelen llevar detrás una religión, Álex; aparte, eso de «sacro» suena a religioso, pero no conozco ninguna religión que tenga devoción por los murciélagos. Las palomas blancas tienen significado para la religión católica, los elefantes para la cultura india, los gatos eran sagrados entre los egipcios, pero ¿los murciélagos?

—No lo sé, pero no es casualidad que haya muertes en diferentes sitios del mundo, debe ser alguna especie de ritual.

—Y bastante macabro me parece —contesta Morris.

—Me traen el desayuno. La enfermera tiene que ayudarme a comer, seguimos la conversación en otro momento, ¿vale?

—Claro, claro, no quiero molestarte —contesta Morris—. Álex, ¿has dicho que la enfermera tiene que ayudarte?

—Eeeh, si tengo el brazo derecho roto y la… —Álex se queda en silencio.

—Álex, por favor, dime qué te ha sucedido —suplica.

—Camila, no es culpa tuya, ¿vale?

—Álex, por favor, me estás poniendo nerviosa —Morris eleva el tono de voz mirando a Medina y este le dice que se calme con las manos, ella cierra los ojos y respira profundamente.

—Vale, te lo contaré, pero debes estar tranquila.

—Te lo prometo —dice de la forma más pausada que puede—. Pero te pido, por favor, que me lo digas de una maldita vez.

—Un «yacaré» me atacó y me quedé sin mano izquierda —dice de golpe Álex. Camila ahoga un grito y cae de rodillas en mitad de la sala.

—Álex, Álex, Álex —solloza.

—Camila, estoy bien, estoy vivo, ¿vale? —Álex intenta tranquilizarla desde el otro lado del teléfono—. Hoy en día hay prótesis que me harán más fácil la vida, estoy vivo y doy gracias.

—Pero… —solloza Morris al mismo tiempo que Medina se arrodilla a su lado para abrazarla.

—Pensé que iba a morir, Camila —confiesa Álex—. De verdad que creí que no te iba a volver a ver porque tú también ibas a morir.

—Dios mío, te juro que voy a encontrar a los que te han hecho esto y lo van a pagar —exclama escupiendo cada una de las palabras con odio.

—Por favor, no hables así —la regaña Álex—. Esa que habla no eres tú.

—Álex, te has quedado manco y todo por mí… —sus palabras se ahogan en un sollozo.

—Camila, la enfermera me está mirando mal. Lo siento, debo colgar, pero, por favor, no te sientas culpable, no te lo lleves al terreno personal, por favor —pide Álex, pero Morris no contesta—. Prométemelo. Hazlo
por mí —insiste.

—Está bien, Álex —cede Morris.

—Te llamo mañana. Cuídate, por favor.

Camila cuelga el teléfono, lo deja caer y llora como hace años no ha llorado. Medina la consuela en silencio, acariciándola entre sus brazos como si de una niña pequeña se tratara. Debía sacarlo todo, la conocía bien, debía sacar toda la rabia que tenía en su interior para poder aclarar sus ideas y poder seguir avanzando en el caso, para que ningún nudo se quedara dentro.

Un coche llega a la entrada de la casa, parece que es Leandro, el dueño de la casa donde están,

además de ser el comisario de Posadas. Es amigo de Andrés desde la primaria, pero sus vidas se separaron cuando a Andrés le asignaron llevar el centro de recuperación de Murciélagos de Santa Fe. Siempre han mantenido el contacto telefónicamente y cuando Andrés llamó a Leandro para explicarle lo sucedido puso inmediatamente en marcha un dispositivo para localizarlos y darles soporte.

Morris se levanta del suelo al escuchar cómo se cierra la puerta del coche y se acerca al baño a enjuagarse la cara, y vuelve rápidamente para recibir al jefe de policía de la mejor manera que puede, dada la situación.

—Buen día, ¿se puede? —la voz ronca del jefe de policía resuena, y asoma la cabeza por la puerta.

—Buenos días, señor, pase, por favor. —Morris se adelanta para darle la mano—. Gracias por la hospitalidad.

—No hay que darlas —contesta Leandro dándole un cálido apretón de manos a Morris—. Me alegra verla tan recuperada, si le soy sincero.

—Sí, muchas gracias —contesta con una sonrisa—. Me duele bastante la cabeza, pero estoy bien.

—El dolor de cabeza es debido a los gases somníferos que utilizaron —le informa el jefe de policía ahora bastante serio.

—¿Gases?

—Sí, señorita, ahora les explico bien todo, pero hemos averiguado que empleaban una planta que por lo visto paraliza los músculos. Además de que encontramos restos de otra planta que está todavía sin identificar.

—Buenos días, jefe, ¿cómo se encuentra? —Medina le da la mano.

—Buenos días, inspector —contesta el jefe de policía sonriendo—. Lo prometido es deuda, le traigo «facturas» típicas de la zona. —Leandro le hace entrega de un paquetito cuidadosamente envuelto en un papel de color violeta.

—Maravilloso —contesta Medina sonriendo al mismo tiempo que se apresura en coger el paquete y olerlo.

—¿Facturas? —pregunta extrañada Morris.

—Son unos dulces típicos de acá —informa Andrés—. ¿Café, Leandro?

—Andrés, ¿cómo te va?; americano, por favor —contesta Leandro.

—Marchando, siéntense en la mesa.

—Tengo que informarlos de bastantes cosas —empieza a decir Leandro sentándose en una de las sillas de madera.

—¿Han encontrado el campamento? —se apresura a preguntar Morris sentándose frente a Leandro.

—Vayamos por partes, señorita Morris —contesta el jefe de policía—. Hemos investigado la zona donde ustedes estuvieron retenidas. Parece ser que allá hubieron más asesinatos, con lo que me aventuro a afirmar que literalmente sus amigos le salvaron la vida.

—Sí —asiente Morris mirando a su compañero con una sonrisa—. Ahora que lo menciona, recuerdo que había tres palos, y en el suelo se veían restos de algo… Sangre, supongo.

—Pueden ser perfectamente fluidos corporales —interviene Medina metiéndose una factura en la boca.

—Perfectamente —constata ella.

—¡Tienes que probar esto, Morris! —exclama Medina señalando las facturas.

—No tengo hambre, Gabi.

—Señorita. —El jefe Leandro se la queda mirando—, le aseguro que una sola factura quita todos los males del mundo.

—Bueno, venga, dame una —cede Morris. Todos se quedan en silencio pendientes de la reacción de ella.

—¿Qué? —pregunta impaciente Medina.

—¿Lleva miel? —Morris se relame los labios, el jefe Leandro niega con la cabeza—. El sabor es como…, es… de las cosas más deliciosas que he probado en mi vida. —Andrés y Leandro se echan a reír.

—Ahora sí, un cafecito para acompañar, inspectora —dice Andrés haciéndole entrega de una taza.

—Justo en el momento perfecto, Andrés. Muchas gracias.

—Volviendo al tema —continúa Leandro—. Efectivamente, como bien suponía usted, señorita Morris, son fluidos corporales, heces y orines de las anteriores víctimas. Están analizando la zona, para ver si conseguimos algún rastro más de ADN y poder cotejarlos con la base de datos que tenemos de desapariciones en el país.

—La casa donde estuvimos recuerdo que dijo que era de Felipe —informa Morris.

—En realidad eso no es así del todo —aclara Leandro—. Felipe se encuentra en estos momentos en los calabozos de la comisaría. No ha dicho ni una sola palabra, se queda mirando a un punto fijo y no dice nada.

Dudo mucho que le saquemos una palabra, está, a nuestro pesar, muy bien entrenado. La casa y las zonas de los alrededores están a nombre de una asociación muy antigua, que se llama… —dice mientras busca el nombre entre los papeles.

—¿«La Vita Per Tre»? —pregunta Medina.

—Sí, ¿cómo lo sabe? Es imposible que se haya filtrado la información —pregunta bastante sorprendido Leandro.

—En España, mientras Morris estaba aquí, no estuve de brazos cruzados, ¿sabe? —se justifica Medina—. Estuve investigando una serie de crímenes que parecían tener conexión con el caso que investigábamos en secreto, el de los murciélagos asesinos. Parecía que la cosa avanzaba bien, en línea recta; sin embargo, en varias ocasiones me encontré en un callejón sin salida, del que me resultaba imposible salir.

—Entiendo, prosiga —lo anima el jefe de policía.

—Entonces hubo algo que me hizo pensar en que podía haber un nexo de unión porque todas las veces ese callejón sin salida era porque me topaba con una especie de asociación privada, otras veces aparecía como un lugar abandonado del que nadie sabía nada y decidí tirar de Laura.

—Bien hecho —le dice Morris.

—¿Quién es Laura? —pregunta Leandro.

—Laura es una hacker que trabaja en secreto para Morris, nos ha ayudado en casos bastante peliagudos y…

—Nadie en la comisaría sabe de su existencia, el comisario jefe sabe que trabajo con alguien, pero prefiere no preguntar ni saber.

—Entiendo perfectamente. En todos los sitios tenemos ayudantes —dice entrecomillando con las manos la palabra ayudantes.

—Ella logró averiguar que esta supuesta asociación data del año 1800.

Se creó en Italia, pero no sabemos muy bien con qué fin o a qué se dedican exactamente, no pudo encontrar ningún registro oficial.

—¿Ni en la red oscura, Gabi? —pregunta curiosa Morris.

—Se pierde la pista de golpe, tal y como nos pasó con el caso McArthur.

—Eso es exactamente lo que nos ha sucedido a nosotros en comisaría —asegura Leandro—. La propiedad de la casa sale registrada a nombre de esa asociación, pero si queremos saber a qué se dedica o de quién está compuesta nos encontramos que está completamente vetada, es la primera vez que nos encontramos con algo así.

—¿Qué hay de Héctor Morales? —pregunta Morris.

—Esa es la segunda parte de la historia. Tras hablar con Medina y que nos explicara lo que hasta ahora habían conseguido averiguar y saber el motivo de por qué habían acabado acá en Misiones, nos dirigimos a la reserva para hablar con ellos, y saber un poco más, pero sin asustarlos, y no se van a creer lo que nos encontramos. —Leandro se queda en silencio mirando a Morris.

—¿Más cadáveres? —pregunta Morris.

—No nos encontramos nada, señorita Morris —aclara.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Medina, algo confuso.

—El recinto estaba totalmente vacío —contesta muy serio Leandro.

—¿Vacío? No puede ser —exclama Morris.

—Sí —afirma Leandro—. No había ni rastro de animales, todos los ordenadores habían sido borrados, nuestro equipo está intentando recuperar algún dato, pero quien lo haya hecho sabía lo que hacía. Las salas están todas vacías y en el patio central del recinto había varios tanques con ceniza: evidentemente habían quemado los papeles que no se pudieron llevar. Hemos dado orden de búsqueda a nivel internacional de Héctor y
Bruno Morales, no nos queda otra que esperar, Morris.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —confiesa algo confusa—. ¿Sería posible ir a visitar el campamento mañana?

—Sí, sin problema, pero ¿para qué quiere ir? El equipo de la científica ha inspeccionado bien la zona —aclara Leandro.

—Igual recuerdo algo —contesta Morris sin darle mayor importancia.

—¿Usted? No lo creo, no es la misma zona donde la encontraron —explica Leandro.

—Sí, sí, lo sé —aclara Morris—. Lo que sucede es que yo estuve en ese campamento de pequeña, quizás volver allí… —Mira a Medina y este le sonríe.

—Oh, a ver si la estoy entendiendo bien. ¿Usted estuvo en la reserva? —quiere saber algo confuso el jefe de policía.

—Sí, tengo flashes de ese verano, pero no le sabría decir nada concreto. Recuerdo una sala blanca en la que dábamos de comer a murciélagos bebés, luego recuerdo estar en una cueva sola llena de murciélagos y recuerdo sentir miedo.

—Amnesia selectiva —interviene Medina—. Parece ser que Morris pasó algún suceso traumático que le hizo olvidar ese verano.

—No lo había escuchado nunca. —Leandro mueve la cabeza, estupefacto—. No se diga más, mañana por la mañana, los recojo y nos vamos de excursión a la reserva.

—Muchas gracias, señor.

—Hay algo más que debería saber, señorita Morris.

—Dígame.

—Me consta que usted tenía una relación personal con Luca… —Leandro baja la voz.

—Sí.

—Tras los análisis de sangre hemos descubierto que era el hijo de Bruno Morales.

—¿Qué? —exclaman Morris y Medina al mismo tiempo.

—¡Bárbaro! —dice Andrés rascándose la cabeza—. Absolutamente asombroso.

—Por lo visto, de pequeño, Luca tenía crisis psicóticas —explica Leandro—. Fue internado en varias ocasiones en el sanatorio de Posadas. Pero una vez fue mayor de edad, le perdimos la pista y no se supo nada más de él. Visto lo visto suponemos que emigró a España.

—O a Italia, ya que sus antepasados eran italianos —recalca Medina.

—Con el pasaporte europeo ha podido estar en cualquier parte de Europa sin levantar sospechas —sugiere Andrés.

—Andrés, ¿qué hay de tu amigo? —pregunta Leandro.

—Nada, no logro localizarlo desde que Gabriel me pidió su teléfono, se lo ha tragado la tierra…

—¿Y el hijo de Felipe? —pregunta Morris.

—¿Quién?

—Cuando Álex y yo llegamos a Posadas —empieza a explicar Morris—, nos recibió David, se supone que era el hijo de Felipe, nos dijo que su padre le había contado que veníamos a investigar y la verdad cuando nos despedimos de él fue raro, se me quedó mirando como para decirme algo, pero un segundo después se arrepintió y se fue.

—¿Sabe algún dato más del muchacho? ¿Podría hacer un retrato? —quiere saber Leandro.

—Eh, sí, creo que sí, recuerdo bastante bien su cara. Lo único que le puedo decir es dónde nos llevó a cenar y dónde nos alojamos. Quizás allí
lo conozcan.

—Estupendo, le mandaré esta tarde a un dibujante, debemos encontrarlo, parece que algo sabía.

—Ya que estamos aquí explicando todo, quería explicarles que tengo una cosa —dice Medina. Todos se giran para mirarlo.

—¿Qué pasa, Medina? —Morris lo mira inquisitivamente.

—Una de las veces que me topé con esa asociación secreta, conocí a un hombre, pero no puedo decir quién es. —Morris arruga el entrecejo—. Morris, no pongas esa cara, no puedo.

—Está bien, un testigo protegido, sigue —lo insta Morris.

—Bien, me ha enviado una especie de lista, con nombres de importantes políticos, multimillonarios y gente de la nobleza que están estrechamente ligados a la asociación secreta «La Vita Per Tre».

—Madre mía —exclama Morris—. Álex me ha dicho por teléfono que cuando le llevaron al río escuchó como Luca y Felipe hablaban de una lista, y de que, con nuestro sacrificio, su familia no podría negarles la entrada en la lista. —Leandro y Andrés los miran atentamente.

—Pues espera a que escuches esto —afirma Medina—. Mi contacto pertenece a la nobleza italiana, y su padre un día antes de fallecer le entregó una especie de libro con entradas de fechas y nombres de personalidades famosas y otros no tan famosos. Parece que es como una lista en la que se va registrando quien entra a formar parte de la asociación.

—¿Podemos ver la lista? —Leandro lo mira curioso.

—Sí, no está completa, solamente me ha enviado unas páginas, pero antes debéis saber que…

—Dispara de una vez, Gabriel —exclama Morris impaciente.

—La lista empieza año 1800, coincide con lo que encontró Laura y…

—¿Qué? —exclama Morris.

—Hay algo más, Morris… —Se queda en silencio.

—Medina, suéltalo de una puñetera vez, por favor.

—El nombre de tu padre sale en la lista. —Se la queda mirando directamente a los ojos.

Morris palidece al instante y se agarra a la mesa.

—¿Qué quieres decir con…? —Morris respira hondo—. Maldita sea. ¿Qué narices es «La Vita Per Tre»?

—Creo que es una secta —declara Medina.

—Álex piensa lo mismo.

—¿Una secta? —pregunta Leandro.

—¿Pero una secta de qué exactamente? —dice para sí, pero en voz alta Morris.

—No lo sé, Morris —contesta Medina.

—Maldita sea, pero mi padre no era rico, ni famoso, ni se dedicaba a la política, ¿no has dicho que en esa lista estaban multimillonarios, políticos…?

—Sí, aunque también hay muchos otros nombres, parece ser que hay cientos de nombres Morris.

—Déjame ver, por… —Morris se queda con los ojos en blanco.

♦♦♦

—No y no, Pedro, saldremos de esta, pero así no —decía la madre de Morris muy bajito, mientras ella se escondía en la parte baja de la escalera. Siempre lo hacía cuando sus padres discutían, y últimamente era muy habitual.

—Es la única salida, él me salvó la vida en la guerra; se lo debo, Ana, se lo debo.

—Debe haber otra solución, Pedro, por favor, piensa en nuestra hija.

—Estoy pensando en nuestra hija, y en su futuro, ¿qué va a ser de ella? ¿Qué va a ser de ti?

—Podemos ir a la policía —sugirió Ana.

—¿A la policía? Estaríamos muertos los tres en cuestión de segundos; Ana, son peligrosos.

—Maldita sea, Pedro, vuelve a hablar con él.

—¿Te crees que no lo he hecho? La única solución es mandarla al campamento.

—¿Qué le harán allí?

—Nada, querida, no le harán nada. Simplemente, necesitan jóvenes para un estudio que están haciendo, pero debes estar tranquila, ella no recordará nada.

—¿Le harán algo en la cabeza entonces? ¿Y si la dejan tonta? —Su madre se puso a llorar.

—Ana, por favor, te va a escuchar. Tenemos que actuar normal, como si nada, los vecinos no deben saber nada, es el pacto; de lo contrario…

—Maldita sea, Pedro, y maldita la hora que firmaste en ese maldito libro —volvió a llorar Ana.

—Ana, querida, yo era muy joven, estábamos en guerra y… tenía miedo. Te aseguro que, si hubiera sabido que pasaría esto…, jamás hubiera firmado, hubiese preferido morir, pero ahora ya no puedo volver atrás.

—Morris ¿estás bien? —Medina la zarandea.

—Sí —contesta ella cogiendo una fuerte bocanada de aire—. Acabo de tener otro recuerdo, ¿la entrada en el libro del nombre de mi padre fue en el año 1938?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Medina.

—Acabo de recordar una conversación que en su día no tuvo sentido para mí, pero que ahora sí. A mi padre lo obligaron a participar en la guerra civil española, tenía tan solo dieciséis años, pero creo que fue ahí cuando lo captaron para la

asociación «La Vita Per Tre».

—¿Qué has visto exactamente? —quiere saber Medina.

—A mis padres discutiendo por mi entrada en el campamento, por lo visto mi padre le decía a mi madre que no había otro remedio que enviarme. Él durante la guerra firmó una especie de contrato, no sé qué tenía que ver conmigo porque en esa época mis padres ni se conocían todavía, pero la cosa es que lo obligaban a enviarme al campamento. Ellos sabían que me borrarían la memoria y que no recordaría nada, y aun así me enviaron.

—Eso que decís es terrible —exclama Andrés.

—No sé qué deciros, pero sé que debo ir a ese campamento.

—¡Mañana los recojo! —exclama sin más Leandro levantándose—. Ahora debo irme, hay muchos temas abiertos.

—Claro, señor —contesta Morris.

—Señor Medina, por favor, déjeme hacerle una foto a esa lista.

—Por supuesto.

—Jefe —dice Morris—, ¿sería posible mañana pasar primero por la comisaría?

—Sin problema, pero ¿qué tiene en mente ahora, señorita?

—Me gustaría hablar con Felipe, siempre que a usted le parezca bien —confiesa Morris.

—Dudo que diga una sola palabra, está tremendamente bien entrenado, pero por mí, sin problema —dice al mismo tiempo que abre la puerta que
da al exterior.

—Nos vemos mañana, jefe, y gracias por las facturas. —Medina le da un buen apretón de manos.

—Hasta mañana —dice una Morris excesivamente pensativa. Hoy ya había recibido varias noticias importantes, una que podría cambiar la imagen que ella tenía de su pasado y otra que cambiaría sin duda alguna su futuro.

CAPÍTULO 38

Ducado de la Toscana - año 1792

—¿Cuándo voy a poder hacerlo solo? —quiere saber por enésima vez Bruno.

—Cuando estés preparado, todavía no.

—Francesco, llevo casi diez años haciéndolo —replica.

—Pronto, Bruno, pronto, no hay que tener prisa, las prisas no son buenas, siempre te lo digo —contesta.

—Ya —replica de mala gana.

—Quédate cuidando del carromato que tengo que hacer unas cosas en el pueblo, ¿quieres? —le ordena Francesco.

—¿Qué cosas? —pregunta Bruno, aunque él sabe perfectamente qué cosas atraen a su maestro cada vez que llegan a una ciudad o pueblo nuevo.

—Cosas, Bruno, cosas.

—¿Cosas con alguna meretriz?, te sacan los cuartos y luego no tenemos ni para una triste comida caliente —se queja.

—Tú preocúpate por cuidar de ellos —exige Francesco señalando las cajas donde duermen los murciélagos—. Y deja que yo me encargue de la
comida, ¿quieres? —contesta de mala gana al mismo tiempo que se pone su boina y se aleja del carromato.

—Últimamente, no está en sus cabales, ¿verdad? —dice en voz alta Bruno sacando con cuidado a uno de los murciélagos que debe alimentar.

Se han instalado en un pequeño claro del bosque a muy pocos metros del camino principal, Bruno se dispone a montar una de las tiendas que usan para dormir por la noche y para curar a enfermos por el día cuando una voz interrumpe sus pensamientos:

—¿Eres el curandero?

—¿Qué? —levanta la cabeza Bruno.

—¿Que si eres el curandero? Me han dicho que había llegado al pueblo un curandero infalible con el mal de fiebre —contesta un hombre fornido que va subido a un caballo, detrás de él le sigue un carromato bastante ostentoso.

—Sí —contesta Bruno levantándose sin pensárselo dos veces, van justos de dinero y no puede rechazar ninguna oportunidad.

—Por favor, coja todo lo necesario y acompáñeme —ordena el hombre.

—Enseguida, señor. —Bruno se apresura a coger los utensilios que está acostumbrado a preparar para Francesco, pero en esta ocasión le tiemblan las manos. Es la primera vez que los usará él, él solo, sin Francesco. Se queda pensando cuidadosamente qué murciélagos debe escoger, no puede equivocarse, y elige la caja número tres.

—No me falléis, amiguitos —susurra al interior de la caja y se dirige al hombre que pacientemente está esperando.

—¿Está listo? —quiere saber.

—Sí, señor —contesta Bruno muy serio.

—¿Qué lleva ahí dentro? —quiere saber el hombre.

—Lo necesario para curar el mal de fiebres —responde muy seguro de sí mismo.

El hombre lo vuelve a mirar algo dubitativo, pero finalmente asiente con la cabeza, chasquea los dedos para que lo siga. Al instante, un hombre muy flaco se apresura a abrirle la puerta del carruaje para que entre en el interior. Bruno camina despacio, pero con paso seguro, saluda cortésmente con la cabeza al señor que amablemente le sostiene la puerta y entra en el interior del carruaje. Allí se encuentra con una mujer extremadamente nerviosa, que se aprieta las manos una y otra vez, y mira hacia todos lados sin fijarse en un punto concreto.

—Buenos días, señora —dice Bruno sonriendo.

—¿Eres el curandero? —quiere saber esta con cara de pánico.

—Sí, señora. Soy Bruno, para servirla —contesta acomodándose en su asiento.

—Eres demasiado joven para ser curandero —replica la señora que lo mira de arriba abajo como si de una cucaracha se tratara.

—Que mi aspecto no le nuble los sentidos, señora, lo que le debe importar es mi experiencia, pero si no le agrado, puedo marcharme… —Bruno hace ademán de salir del carromato.

—Por supuesto, disculpe —contesta ella tirándole del brazo para obligarlo a sentarse.

—¿A dónde nos dirigimos? —quiere saber Bruno una vez que el carruaje empieza a moverse majestuosamente.

—A casa del duque Leopoldo, su mujer está muy enferma. —La mujer mira por la ventana, y parece estar muy triste.

—¿A casa de un duque? —Bruno abre los ojos con gesto de sorpresa.

—Yo soy la doncella personal de la duquesa —explica la mujer con voz pesarosa—. Tiene fiebres muy altas desde hace varias semanas. —Se queda en silencio.

—¿Qué dice el médico? —quiere saber Bruno.

—Es el mal de las fiebres, no puede hacer nada. Además…

—¿Qué? —quiere saber Bruno incorporándose un poco y acercándose a la doncella.

—Cree que no pasará de esta noche, el duque está desesperado —confiesa ella.

—Intentaremos que sí —afirma Bruno acariciando la caja que está a su derecha sobre el asiento.

—¿Qué lleva ahí dentro? —quiere saber curiosa la doncella.

—Lo necesario —contesta él sin dar más explicaciones. En muchas ocasiones los enfermos o familiares de los enfermos reaccionan de muy mala manera al saber que son murciélagos lo que llevan en las cajas, con lo que decidieron, siempre que les fuera posible, hacerlo en total intimidad.

—Estamos llegando —explica la doncella planchándose con las manos el vestido que lleva—. Por favor, no le dé esperanzas, si no va a poder hacer nada por ella, dígaselo, se lo ruego. El dinero no es lo importante, simplemente no le dé falsas esperanzas —suplica la doncella.

—Descuide, señora —contesta Bruno.

La doncella lo guía por unas escaleras infinitas hasta llegar ante una puerta blanca gigante, ella abre la puerta con mucho cuidado: la habitación está en penumbras y huele a rancio.

—Señor —dice la doncella.

—Oh, Lorenza, ya está aquí —contesta una voz rasposa masculina.

—¿Cómo sigue la señora? —quiere saber ella.

—Balbucea, pero no le baja la fiebre —contesta el duque mirando hacia la cama donde yace su esposa.

—Señor, este es Bruno, el curandero del que le hablaron. —La doncella señala a Bruno que espera pacientemente en la entrada de la habitación.

—Señor —contesta Bruno haciendo una reverencia.

—¿Cree usted en Dios? —pregunta el duque.

—Sí, señor —contesta Bruno titubeando un poco.

—¿Va a la iglesia? —quiere saber muy serio el duque.

—Cada vez que puedo, señor —miente descaradamente Bruno.

—Está bien, puede pasar.

Bruno respira hondo, está nervioso, lo ha hecho un millón de veces, pero siempre ha sido como Francesco decía, hoy por primera vez va a hacerlo a su manera. Se acerca a la cama, allí sobre almohadas está postrada una pálida duquesa. La observa por largo rato, no puede fallar, debe analizar bien la situación para saber dónde poner a los pequeños, el sitio muchas veces es clave para la sanación del enfermo y en esta ocasión no podía fallar.

—¿Cómo se llama? —pregunta Bruno al mismo tiempo que le acaricia la mejilla.

—Fiorella —contesta el duque.

—Necesitaré intimidad —dice Bruno mirando a la doncella.

—Por favor, Lorenza, retírese —ordena el duque.

—Pero, señor, yo… —replica la doncella.

—Por favor —insiste el duque.

—Claro, señor, como desee. —La doncella se queda mirando fijamente a Bruno durante varios segundos, se da la vuelta y sale de la habitación.

—Prosiga, por favor, yo no me pienso ir —aclara el duque.

—Por supuesto, señor, totalmente entendible, es su esposa —contesta.

Pone la caja de murciélagos a los pies de la cama y da tres golpecitos, se escucha un revoloteo en el interior. Abre un pequeño maletín que ha traído y pone cuidadosamente unos botes de cristal, un bisturí y un trapo blanco sobre la mesilla de noche. Se acerca a Fiorella.

—Ellos son sagrados, ellos serán sangre de tu sangre, ellos te purificarán y te salvarán, ¿estás preparada? —pregunta Bruno, Fiorella gruñe.

Bruno abre uno de los botes, unta un pequeño palillo con un ungüento amarillo y lo pone bajo la nariz de Fiorella. Espera unos segundos y se dispone a destaparla con cuidado y al hacerlo se asombra de lo que ve.

—¿Qué? ¿Por qué no me habían avisado? —exige saber bastante ofendido.

—Tiene que nacer, ese niño debe nacer —contesta bruscamente el duque—. Haga lo que tenga que hacer, no me importa, el dinero no es un problema. Salve a ese niño, si lo salva, le juro por lo más sagrado que no le faltará nada en la vida, le daré tierras, pero debe salvarlo. —El duque se le acerca tanto que Bruno puede oler el alcohol puro que emana de su garganta.

—Entendido, tranquilícese —contesta Bruno alejándose un poco del duque—. Haré todo lo que pueda. Le voy a poner unas cosas a su mujer en varias partes de su cuerpo para que ellos le quiten la infección, ¿entendido? —El duque asiente y Bruno con mucho cuidado acaba de destapar a la duquesa de tal forma que sus piernas quedan al descubierto.

—Ahora debe estar en silencio para que ellos no se alteren, ¿entendido? —pregunta Bruno señalando el interior de la caja, el duque asiente en absoluto silencio. Dentro de la caja hay seis murciélagos diminutos.

—¿Qué son? —pregunta el duque susurrando, por nada del mundo quiere interrumpir esa especie de ritual que lo tiene totalmente absorto.

—No debe tener miedo, son bebés —contesta Bruno sacando uno de
su caja. Lo acaricia, se lo pone en el pecho por varios segundos y le susurra al oído unas palabras, para posteriormente posarlo en mitad del pecho de la duquesa. Coge el bisturí y justo frente al murciélago, sobre la piel de la duquesa, hace una pequeña incisión en forma de cruz. Unos segundos después, el bebé murciélago, que parecía estar durmiendo, levanta la cabeza y se lanza directo a la incisión. Bruno coge otro murciélago, lo pone sobre el muslo de la duquesa, hace la misma incisión en forma de cruz; y por último coge un tercer murciélago y se lo pone sobre la muñeca de la mano derecha.

—¿Y los otros tres? —quiere saber el duque mirando cautelosamente en el interior de la caja.

—Al estar embarazada es un riesgo poner los seis, empezaremos con tres para ver cómo evoluciona —explica Bruno.

—Tres —dice el duque.

—Sí, tres —repite Bruno un poco confuso. Le da la sensación de que el duque está un poco «ido».

—Como la Santísima Trinidad —dice de golpe el duque en voz demasiado alta—. Una incisión por cada uno. Una por el padre, otra por el hijo y la última por el espíritu santo. —Bruno lo mira boquiabierto. El duque se lo queda mirando—. ¿A que sí? —insiste.

—Sí —contesta, siguiéndole la conversación—. Si me disculpa, por último debo ponerle una cosa en los pies que debe llevar durante tres días seguidos —explica Bruno que saca unos zapatos de tacón de montar a caballo bastante rústicos. Embadurna el interior con una especie de aceite y se los pone.

—Tres de nuevo —dice lentamente el duque. Bruno lo mira de reojo
sin decir nada. Se acerca a Fiorella y le toca la frente.

—Lo estás haciendo muy bien, Fiorella; tienes que salvar a tu hijo, tu hijo debe vivir —le dice Bruno con mucho cariño.

—¿Cuánto hay que esperar para saber…? —quiere saber el duque.

—Los bebés comen hasta que se sacian; una vez saciados hay que esperar, señor —explica Bruno sin mirarlo.

—¿Por cuánto tiempo? —insiste.

—Mañana a la misma hora hay que repetir la operación y…

—Al día siguiente otra vez, ¿verdad? —interrumpe excesivamente emocionado—. Para así completar tres por la Santísima Trinidad, ¿a que sí? —El duque mira de nuevo a Bruno esperando una confirmación.

—Eeeh, si es necesario, sí —contesta, que empieza a estar un poco asustado por la insistencia del duque.

—Bien, muy bien —contesta dando vueltas por la estancia—. El señor nos está ayudando, lo sé, me manda pruebas para ver si las supero, pero al final todo saldrá bien —repite en bucle una y otra vez.

—Ya es hora de retirarlos —dice al cabo de un rato Bruno al observar que dos de ellos ya han dejado de beber sangre. Al retirar el primero, Fiorella tose.

—Leopoldo —susurra esta.

—Oh, querida. —Se acerca a la cama de su esposa mientras Bruno acaba de retirar los otros dos murciélagos que quedan. Le desinfecta las pequeñas incisiones y las tapa con sumo cuidado.

—Disculpe, señor —interrumpe Bruno. Ella debe descansar, mañana a la misma hora volveré —dice Bruno parado a los pies de la cama, con todo recogido y dispuesto a marcharse.

—Por supuesto, mandaré al chófer a la misma hora. —El duque le entrega una bolsita que

Bruno se apresura a guardar y sale de la habitación.
Allí se encuentra con la doncella que está esperándolo con cara de pocos amigos.

—Ella ha despertado —dice Bruno; la doncella, incrédula, abre muchísimo los ojos, pero no dice nada—. Debe comer bien, por favor —ordena Bruno para después dar media vuelta y bajar las escaleras a toda prisa.

—Lléveme de vuelta lo más rápido posible —pide Bruno, ya que no quiere por nada del mundo que Francesco descubra su pequeña «travesura».

—Claro, señor, enseguida preparo todo —contesta el mozo.

Bruno vuelve el segundo y el tercer día para repetir el mismo proceso a la duquesa, para su sorpresa y para la de Lorenza la duquesa va mejorando.

—Esto sería todo, duque, yo ya no puedo hacer más —dice Bruno—. Hay que esperar.

—Y rezar —añade el duque. En ese momento la duquesa suelta un alarido y se retuerce de dolor en la cama.

—¿Qué sucede, querida? —Se acerca el duque a la cama.

—Ya viene —dice con los ojos como platos.

—No puede ser, todavía no —dice él sorprendido.

—Ya viene —repite ella y grita de nuevo de dolor.

—¿Qué sucede? —pregunta Lorenza entrando por la puerta. Al escuchar los gritos de dolor de la duquesa, se acerca, la destapa y descubre que la cama está llena de sangre.

—Oh —exclama el duque.

—Ya viene, señor, no va a dar tiempo a que venga el doctor. ¿Has asistido a algún parto? —pregunta Lorenza a Bruno.

—De ganado, sí, de una dama, jamás —contesta.

—Tendrá que servir, a fin de cuentas es lo mismo —contesta Lorenza.

—Pero… —titubea Bruno.

—Eres lo más parecido a un médico que tenemos —le recrimina la doncella.

—Está bien —acepta.

Tras varias horas de un angustioso parto, una pequeña criatura empieza a llorar en los brazos de una duquesa exhausta pero feliz.

—Es un milagro —dice el duque.

—Querido, cuida de él —ruega la duquesa mirando fijamente a su marido.

—¿Qué quieres decir? —quiere saber algo asustado el duque.

—Me voy, lo sé. Ellos lo han salvado, él debía nacer y yo me debo sacrificar.

—¿Qué estás diciendo, querida? —insiste el duque.

—Eternamente agradecida, eternamente agradecida —repite la duquesa mirando a Bruno para luego quedarse con la mirada fija en el techo de su alcoba, sin rastro de vida.

—Por la Santísima Trinidad —exclama el Duque.

—Amén —contesta involuntariamente Bruno.

—Juro frente al cuerpo sin vida de mi esposa, que jamás os faltará nada, ni a ti ni a ningún miembro de tu familia —dice el duque mirando a Bruno, este traga saliva—. Has salvado a mi familia, ahora formas parte de ella.

CAPÍTULO 39

Morris, Medina y Andrés entran con paso ligero en las dependencias policiales de la comisaría de Posadas. Allí se encuentran con un mostrador alto hecho de madera, y tras él una mujer rubia de mediana edad con unas gafas de pasta rojas a medio caer. Al verlos entrar levanta la vista y se los queda mirando mascando chicle.

—¿Sí? —pregunta con una voz de pito que hizo abrir los ojos de Medina.

—Buen día, soy amigo del comisario Leandro y ellos son los inspectores Medina y Morris —explica Andrés.

—Está ocupado —contesta ella para volver la vista hacia lo que estuviera leyendo en su escritorio.

—Hemos quedado con él —insiste Andrés.

—¿De qué se trata? —pregunta con cara de asco.

—Asuntos privados —contesta Morris mirándola fijamente.

—Muy bien. Siéntense ahí hasta que se desocupe. —Señala una fila de sillas de plástico que hay en un lateral de la sala. Los tres obedecen de mala gana.

Pasados más de veinte minutos, Morris se levanta y se dirige hacia el mostrador.

—Hola —dice con una falsa sonrisa.

—Hola —contesta la mujer.

—¿Puede ser usted tan amable de avisar al jefe Leandro de que estamos aquí? —pregunta Morris con una sonrisa amable, pero con un tono de voz absolutamente sarcástico y borde, para luego atravesar a la mujer con la mirada. La mujer traga saliva, levanta el auricular del teléfono, marca un número y dice.

—Señor, tiene visita. Sí, dos varones y una mujer, ¿los hago pasar…? De acuerdo, señor. —Se levanta de su asiento sin dejar de mascar chicle y los mira—. Acompáñenme, por favor. —Se da media vuelta y camina con poco garbo por un largo pasillo blanco hasta llegar frente a una puerta de cristal, tras ella está el despacho del comisario Leandro. Toca cuidadosamente la puerta.

—Morris, me has dado miedo hasta a mí —susurra Medina sonriéndole. Ella lo mira devolviéndole la sonrisa y le guiña un ojo.

—Adelante —se escucha decir a Leandro desde el interior. La mujer abre la puerta y se los queda mirando.

—Pueden pasar —dice finalmente con su peculiar voz de pito.

—Gracias, ha sido usted muy amable —contesta Morris entrando la primera en el despacho.

—Buen día —dice Leandro levantándose para darles la mano.

—Buenos días —contestan los tres.

—Siéntense —los invita el jefe Leandro—. Quiero comentarles algo antes de ir a la sala de interrogatorios. —Rebusca entre una pila de papeles que tenía a su derecha—. Estamos hasta arriba de robos, ¿saben?, este mes los *chorros* se están haciendo de oro.

—Los ladrones —traduce Andrés.

—Oh —dice Medina.

—Aquí —dice Leandro levantando una carpeta—. ¿Recuerdan que ayer estuvimos hablando de los fluidos que encontramos en la cueva donde usted y dos mujeres más estuvieron

secuestradas? Bien —dice Leandro sin darles opción a contestar—. Desgraciadamente, los fluidos coinciden con varias desapariciones de mujeres de la zona, pero lo más extraño es que no son recientes.

—¿De cuándo son? —quiere saber Morris cogiendo uno de los informes que le entrega Leandro.

—Para ser más exactos hemos encontrado, por el momento, cuatro fluidos diferentes; digo "por el momento" porque esto tiene pinta de que van a ser más. El primero es de una mujer llamada Madeline Rivera, una turista chilena que estuvo de vacaciones con su familia hace nada más y nada menos que tres años.

—¿Hallaron el cuerpo? —quiere saber Medina.

—Jamás —contesta Leandro.

—Igual está viva —interviene Andrés, algo esperanzado.

—Lo dudo, Andrés —contesta Leandro—. Hace tres años de su desaparición, y desgraciadamente sabiendo lo que hacían en esas cuevas, esa mujer debe estar más que muerta.

—¿Dónde? —pregunta Medina.

—Tendremos que seguir investigando —contesta Leandro—. La siguiente víctima es una señora originaria de la Selva Misionera, una madre de familia ejemplar, desapareció hace… —queda en silencio.

—Tres años —acaba la frase Morris que estaba leyendo el informe.

—Exacto, cuando volvía a su casa; trabajaba en el pueblo como

costurera, todos los días recorría el mismo camino, es imposible que se perdiera, y tenía devoción por su familia.

—Terrible —puntualiza Andrés.

—La tercera víctima desapareció, como imaginarán hace tres años también, pero su caso se denunció un año después, no teníamos constancia de la denuncia porque la denuncia de desaparición se retiró.

—¿Apareció? —pregunta Morris.

—Nada que ver —contesta Leandro moviendo negativamente la cabeza—. Acomódense, porque esta historia les va a hacer caerse de sus asientos.

—¿Por qué? —Morris se incorpora un poco para prestar más atención al relato.

—Aquí viene lo gordo —prosigue Leandro—. La señorita Míriam Castedo, era zoóloga, decidió tomarse un año sabático para viajar tras realizar su máster. Quería conocer bien la fauna de la Selva Misionera, le apasionaba esta zona. Contactó con una asociación que se dedicaba a hacer este tipo de viajes y ella se lanzó a la aventura sin pensárselo dos veces. Una vez llegó aquí, mantuvo correspondencia vía telefónica con su novia; el tercer día le contó que no estaba muy a gusto y que estaba planteándose volver a España porque esto no era lo que le habían prometido, pero no le quiso dar más detalles para no preocuparla. A la semana, Lara, la novia de la susodicha, dejó de recibir llamadas de su novia. Ella, preocupada, llamó para preguntar por Míriam y le dijeron que se había embarcado en una aventura que duraría tres meses.

Lara se quedó muy extrañada porque no le había comunicado nada, pero el señor le explicó que podría deberse a que había habido unas fuertes tormentas y habían quedado incomunicados por varios días.

—Qué raro todo, jefe —dice Medina.

—Pasaban los meses y Lara no recibía noticias de Míriam —continúa

explicando Leandro—. Con lo que reunió dinero y se vino a buscarla. Se hizo pasar por una aventurera y al llegar aquí se encontró con un tal Felipe, ¿les suena?; este le dijo que casualmente

había un viaje organizado para la siguiente semana a la Selva de Misiones y que él mismo la ayudaría a encontrar a su amiga. Lara tuvo un mal presentimiento y salió de allí esa misma tarde sin avisar a nadie.

—Pues menos mal —exclama Medina.

—Volvió a España y desde España puso una denuncia por la desaparición de su novia, explicando detalladamente todo lo que les acabo de relatar hasta ese momento —concluye Leandro.

—Pero, ¿por qué quitó la denuncia? —quiere saber Medina.

—No tiene sentido —recalca Morris.

—Esperen —los tranquiliza Leandro levantando las manos—. A la semana de poner la denuncia recibió un paquete en su casa, en el interior había un colgante con el símbolo del infinito, ese colgante se lo había regalado Lara a Míriam antes de marcharse a su viaje. El colgante llevaba una nota. —Leandro se queda en silencio.

—Por dios, jefe, sí que le gusta dar suspense a las cosas —dice Morris, todos rien.

—La nota —prosigue Leandro— decía: «no me busques más, amor, estoy bien». Lara asegura que esa nota no la pudo escribir Míriam.

—¿Por qué? —pregunta Morris.

—Lara dice que Míriam odiaba que la llamaran «amor, le parecía «cursi». La historia sigue —dice Leandro al ver las caras de sorpresa—. Una semana después el hermano de Lara tuvo un gravísimo accidente de *auto,*
en el parachoques dejaron otra nota: «deja de buscarme, amor, estoy bien».

—*¡La concha de mi madre!* —suelta Andrés—. Disculpe, pero esto es una película.

—Ella tuvo miedo y retiró la denuncia de desaparición —concluye Morris.

—Efectivamente —contesta el jefe Leandro.

—¿Quién hay detrás de todo esto? —pregunta Medina.

—Jefe —dice Morris—, dijo que habían encontrado cuatro tipos diferentes de fluidos.

—Muy atenta, señorita Morris; efectivamente el cuarto pertenece, como no podría ser de otra manera, a otra mujer. Pero ni por asomo se van a imaginar de quién es el cuarto fluido.

—Dispare —exclaman Morris y Medina al mismo tiempo.

—Su nombre era Rosa María Álvarez, el nombre no les dice nada, pero ¿y si les digo que era la madre de Bruno Morales?

—Noooo —exclama Medina con las manos en la cabeza. Morris permanece en silencio.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien? —pregunta el jefe Leandro.

—Sí, simplemente estoy intentando crear un perfil, pero me resulta imposible. Hemos estudiado asesinos en serie a lo largo de toda la historia, solitarios, en pareja, de padres a hijos, de hermanos, pero nada cuadra con un perfil de asesino en serie. Empiezo a pensar que tanto Álex como Medina tienen razón y esto es una especie de secta en la que tienen que asesinar.

—«Sacrificar», diría yo —aclara Medina.

—Sí, sacrificar —rectifica Morris—. Más concretamente sacrificar a mujeres, pero ¿cuál es el motivo? ¿Cuál es el fin? ¿Qué obtienen a cambio?

—Por lo que hemos averiguado hasta ahora —empieza a explicar Medina—. El objetivo es poder entrar en una lista, creo que no debemos dejar de lado esa lista, seguir investigando más sobre ella.

—Hay que investigar a los miembros —sugiere Leandro.

—Correcto, los miembros de la lista van a ser la clave —dice Medina.

Unos nudillos llaman a la puerta.

—Adelante —dice Leandro.

—Disculpe, comisario, el detenido está preparado en la sala.

—Vamos enseguida —contesta Leandro levantándose.

Morris entra sola en la sala de interrogatorios, mientras Medina, Andrés, el jefe Leandro y dos subinspectores más observan desde detrás del espejo cada movimiento del detenido.

—Buenos días, Felipe —dice Morris al entrar en la sala. Este levanta despacio la cabeza, se queda mirando a Morris y sonríe siniestramente. Desde detrás del espejo, Medina y los dos subinspectores se remueven inquietos en sus asientos.

—La estaba esperando… —Sus ojos la miran como si ella fuera un trofeo. Morris le aguanta la mirada sin pestañear.

—¿Y para qué exactamente me estaba usted esperando? —quiere saber al mismo tiempo que se sienta, pero sin perder contacto visual con la mirada del detenido.

—Para que sepa que en vuestro lugar habrá otra, una inocente y que solo *vos* tendrás la culpa.

—¿Dónde? —pregunta ella sin pestañear. Felipe deja de sonreír.

—El dónde y el cuándo no son de vuestra incumbencia, señorita entrometida. Los plazos se han de cumplir al igual que las normas —y tras
decir esto, deja de mirar a Morris para mirar fijamente el cristal que tiene
delante.

—Qué mal rollo, parece que nos esté mirando de verdad —dice Andrés
desde detrás del espejo.

—Sabe que estamos aquí, pero no puede vernos, tranquilo —aclara Leandro.

—Ya, pero, mira la cara de loco que tiene.

—Es que es un puto loco —dice uno de los subinspectores.

—Felipe —prosigue Morris—, ¿qué me puede decir de la lista? —Ella se lo queda mirando, pero él ya no hablaría más, lo que sí notó fue un ligero cambio en la respiración al nombrar la lista y decidió arriesgarse—. El elenco sacro —suelta Morris. Felipe no dice nada, pero traga saliva. Morris sonríe, señal inequívoca de que van por buen camino, lo sabía.

—Gracias, Felipe, has sido de gran ayuda. —Se levanta y sale de la sala.

—¿Has visto cómo ha respirado cuando has nombrado la lista, Morris? —dice Medina.

—Sí, nos estamos acercando.

—Si no hay nada más, señora, creo que podríamos ir saliendo para la reserva, tardamos casi una hora y no quiero que se nos haga tarde —sugiere el jefe Leandro.

—Por supuesto —contesta Morris.

—Lo seguimos, traje mi Land Rover —informa Andrés.

—Disculpe, jefe —interrumpe un policía alto.

—Dígame, Gómez.

—Le traigo el informe de la autopsia de Luca Morales y varios informes más de él.

—Muchas gracias —contesta Leandro. Morris y Medina se acercan—.
Entremos un momento en mi despacho, supongo que esto es importante.

—Me parece bien —contesta Morris.

—Acá en Argentina estaba buscado por fraude, acoso y bastantes multas por exceso de velocidad —empieza a leer Leandro.

—Menuda joyita, Morris —dice Medina. Ella se lo queda mirando muy seria—. Perdona, perdona, Camila, me ha salido solo.

—No se preocupe, era un embaucador nato —asegura el jefe Leandro—. Defraudó y estafó a varias mujeres acá en Argentina y algunas más en Italia, era todo un «dandi», por lo que explican

las testigos. A lo que iba, se le perdió la pista *acá* en Argentina en el año 1999. Su familia: Héctor y Bruno Morales lo repudiaron, por lo visto una vez cumplida la mayoría de edad lo expulsaron de casa. Fue un niño complicado desde bien pequeño.

—¿Se sabe algo de su madre? —quiere saber Morris.

—Eso es algo complicado de explicar por lo que veo, mire: —Leandro saca de un sobre un archivo de la policía.

—¿Qué es esto? —pregunta Medina.

—El informe policial de la muerte de Delfina Gómez, en 1994. La encontraron en la bañera de su casa a punto de fallecer con unos zapatos de tacón puestos y múltiples heridas en el cuerpo que se había auto infligido ella.

—¿Ella? —se sobresalta Morris.

—Sí, en el informe pone que la encontraron con un pequeño cuchillo en la mano, aseguró que las heridas se las había realizado ella misma.

—¿Por qué? —quiere saber Andrés, curioso.

—Para purificar a su familia, leo palabras textuales: «debo hacerlo para evitar que mis hijos se vuelvan malos, ellos son buenos aunque lleven los
genes incorrectos, ellos deben ser liberados».

—Esta familia me da escalofríos —contesta Medina.

—¿Puedo? —pregunta Morris señalando el informe de Delfina.

—Por supuesto —Leandro le entrega el informe.

—Ha dicho «hijos» —empieza a buscar en el informe Morris.

—Sí —contesta Leandro—. Delfina y Bruno tuvieron dos hijos gemelos, Luca y Gustavo.

—¿Gemelos? —grita Medina abriendo la boca.

—¿Y dónde está el otro hermano? —quiere saber Andrés.

—Internado en el sanatorio de Misiones —contesta Leandro.

—Luca también fue internado, si no recuerdo mal —puntualiza Medina.

—Sí, por lo visto, ambos encontraron a su madre a punto de morir cuando tenían quince años. Luca culpaba a Gustavo y Gustavo culpaba a Luca.

—¿Culpaba? —pregunta Medina.

—Aquí pone —interviene Morris con el informe en la mano— que Gustavo asegura que Luca incitó a su madre a que se purificase por ellos y que paralizó a Gustavo para obligarle a ver cómo su madre se autoinfligía las heridas, incluso asegura que algunas de las heridas se las realizó Luca.

—Menudo loco ya desde chiquito —exclama Andrés.

—Hay más —dice Morris señalando una parte del informe—. Al hacerle el lavado de estómago a Delfina encontraron un trozo de carne humana. —Morris levanta la vista para ver la reacción de Medina, que está con la boca abierta—. Según Gustavo, Luca se arrancó un trozo de carne que hizo tragar a su madre. Ese trozo de carne era… —Morris hace una pausa para darle más suspense todavía, coge aire—: una especie de sello
con una letra B en grande, una especie de tatuaje que Luca y su hermano llevaban tatuados debajo de su axila derecha.

—Luca tenía una cicatriz justo ahí de una caída según él—explica Morris.

—Déjame ver, por favor —pide Medina. Morris le enseña la foto. Medina traga saliva y saca su móvil.

—¿Qué está buscando, señor Medina? —quiere saber Leandro.

—Esto —dice enseñando una foto en su móvil del símbolo que había en el informe policial.

—Es el mismo —exclama Andrés.

—¿De dónde lo sacó? —Leandro vuelve a estar atónito con Medina. Medina mira a Morris.

—Tu contacto italiano, ¿verdad? —confirma Morris.

—Sí, es el sello que hay al inicio de cada una de las hojas.

—¿Qué significará la «B»? —pregunta en voz alta Camila.

—Mierda, definitivamente esto es una secta, pero… ¿de qué? ¿Una religión? ¿Una ideología?

—¿Culto a los murciélagos? —interviene Andrés.

—Parece algo más religioso por lo de purificar y sacrificar —asegura Medina—. Morris, ¿en qué piensas?

—En mi padre —se sincera ella—. ¿Qué narices hacía perteneciendo a esta locura?

—Deberíamos irnos, no me gusta que se me junte la hora del almuerzo con la de la comida —dice Leandro sin más levantándose. Los tres obedecen y lo siguen en silencio mientras intentan asimilar toda la información recibida.

CAPÍTULO 40

Tras cuarenta y cinco minutos conduciendo por una carretera secundaria sin asfaltar llena de socavones, llegan a un recinto enorme rodeado por paredes de cemento y enrejado metálico con unas gigantescas puertas de madera y un cartel enorme en el que reza:

«RESERVA MISIONERA»

—«Reserva misionera» —lee Medina. Morris está muy quieta observando la entrada por la ventanilla del coche.

—¿Recuerdas algo? —Andrés la mira.

—No, por el momento nada. Es una estructura bastante antigua, ¿no os parece?

—Sí, la reserva o por lo menos como reserva en los archivos, data de principios del siglo pasado —informa Andrés.

—Te digo yo a ti, Morris, que esto es algo gordo. Este lugar es el nexo de todo, el origen —dice Medina observando la enorme puerta de entrada.

—Pero, ¿por qué aquí en Argentina?

—¿Quizás por la inmigración? A partir del año 1870 la inmigración italiana fue descomunal —explica Medina.

—Coincide, Medina, todo coincide. Hay un triángulo: Italia, Argentina, España, sin duda. Andrés, ¿habría alguna biblioteca o algún archivo al que podamos ir donde estén registradas las personas que entraron en Argentina entre los años 1870 y 1970? —pregunta Morris.

—Podríamos ir a la biblioteca.

—Estupendo.

—Lo que ocurre es que ya tendría que ser el jueves porque los miércoles cierran —comenta Andrés.

—Por mí, sin problema —dice y sin darse cuenta, Morris entrecierra los ojos.

—¿En qué piensas, Morris? —quiere saber su compañero.

—Quiero encontrar dónde empezó esto. ¿Podrías preguntarle a tu contacto de Italia que te diga los diez primeros nombres de la lista?

—Claro, esta tarde cuando volvamos a la casa, ya que solo puedo contactar con él a unas horas específicas.

—¿Qué quieres decir? —Morris se lo queda mirando sin entender.

—Tiene un móvil de prepago que solo enciende una hora al día; para ser más exactos, lo enciende durante veinticinco minutos para que no sea rastreado.

—¿Tiene miedo?

—Por supuesto, Morris —contesta Medina como si fuera algo obvio—. Tiene terror a ser descubierto, según él, se estaba arriesgando demasiado y no sabía hasta cuándo podría seguir dándome información. Un pez gordo del gobierno italiano está en la lista.

—¿Un mandatario actual? —pregunta Morris atónita.

—Una persona que hace muy poquitos años no era nadie, y de la noche a la mañana empezó a crecer en las encuestas de popularidad, fue escalando
puestos y llegó hasta un puesto de prestigio en el gobierno.

—Tienes que intentar conseguir toda la lista, Medina.

—Lo intentaré.

—Allá llega el jefe Leandro —Andrés señala el coche que está acercándose en ese momento.

—Disculpen el retraso, me han llamado de comisaría y he tenido que parar.

—¿Pasó algo? —pregunta Medina.

—Me temo que sí, Felipe se ha intentado suicidar.

—¿¿¿Qué??? —Medina abre los ojos.

—He dado en el clavo preguntando por la lista —dice Morris.

—Me temo que sí, está en cuidados intensivos y vigilado, está vivo por el momento. Por cierto, no les he preguntado por el otro inspector —quiere saber curioso Leandro.

—Santamaría se ha tenido que volver a España —explica Medina.

—Nos vendrá bien tener un enlace allá —dice Andrés.

—¿Entramos? —Leandro señala la puerta y muestra un juego de llaves.

—Sí, señor, veamos qué más sorpresas nos esperan —Medina se frota las manos.

Abren las puertas de madera y frente a ellos tienen una larga entrada de tierra rodeada por arbustos a ambos lados, varios pájaros se asustan y salen volando. Caminan lentamente hasta llegar a lo que parece que era la recepción del campamento. Una caseta de madera con ventanas a lo largo de todas y cada una de sus paredes. No tiene puerta, así que entran sin el menor de los problemas. Allí se había refugiado una familia de yaguaretés que ni se inmutan por la llegada de extraños.

—Deben estar acostumbrados a la gente porque suelen ser bastante asustadizos y míralos, están como si nada —explica Medina acercándose a ellos—. Hola, amiguitos, tened. —Se saca un palito de comida del interior de su mochila.

—¿Desde cuándo sabes de animales? —pregunta Morris.

—Oye, que yo veo documentales —replica su compañero.

—Vale, es solo que me ha sorprendido —contesta ella levantando las manos en son de paz.

—Esta mañana he hablado con Álex y me ha dado instrucciones —confiesa finalmente.

—Ya decía yo —replica ella entrecerrando los ojos.

—Como pueden observar, aquí había algún aparato eléctrico que ha sido retirado recientemente —señala Leandro desde detrás de uno de los mostradores.

—Aquí hay un folleto del lugar, parece bastante antiguo. —Andrés muestra un tríptico lleno de polvo—. Yo sabía que hace años hacían visitas al campamento, de alguna manera tenían que sobrevivir, ¿no?

—Sí, eso parece, Andrés, pero ¿por qué dejaron de hacerlo? —pregunta ella.

—Aquí no hay mucho más por ver —indica Leandro—. Lo interesante son las dos cabañas del centro, los barracones y el laboratorio. —Los señala a través de una ventana.

Se dirigen primero hacia las dos cabañas que parecían ser aulas, ambas son exactamente iguales, con diez pupitres de madera y un pizarrón negro al fondo.

Lo más sorprendente del sitio son los dibujos que hay en las paredes. La madera ha sido pintada de color blanco y sobre ella han colgado
multitud de dibujos, claramente infantiles, en todos hay murciélagos de todos los tipos, tamaños y colores.

—Eso da bastante mal rollo —dice Medina señalando a la pared.

—Es una de las cosas que más nos llamó la atención —concuerda Leandro.

—Y una prueba inequívoca de que esto fue un campamento para niños —afirma Morris acercándose a la pared. Toca con sumo cuidado cada una de las pinturas.

—Sin duda, pero ¿en qué año? —quiere saber Andrés—. Le pregunté a un amigo que estuvo

de visita aquí hace unos diez o quince años: no recuerda ver a niños, y me recalcó que pudo visitar todo el recinto, excepto dos cabañas y una cueva.

—¿Te habías guardado esa información hasta ahora, Andrés? —Medina lo mira incrédulo.

—La verdad es que no pensé que fuera importante, pero viendo esto ahora parece que sí —se excusa Andrés rascándose la cabeza algo nervioso.

—Jefe —Morris se dirige a Leandro—, ¿sería posible que envíe a un equipo para que hagan fotos de todos los dibujos y los cataloguen?

—Por supuesto, pero ¿cómo quieren que los cataloguen? —pregunta extrañado.

—Cada dibujo tiene dos letras entre los dibujos, quiero creer que son las iniciales de los niños —explica Morris señalando varias iniciales, apenas imperceptibles para el ojo humano.

—Vaya vista tienes, Morris —Gabriel silba de admiración, mientras se acerca para observar las iniciales difuminadas.

—Excelente, inspectora —contesta satisfecho Leandro. Coge el teléfono, marca tres números y dice—: Vienen de camino; aaah, eso es
estupendo porque no me quiero ir de aquí sin que lo hagan.

—Gracias —contesta satisfecha Morris.

—Andrés, has dicho que tu amigo no pudo acceder a dos cabañas, damos por hecho que son estas y a una cueva, con lo que tenemos que encontrar esa cueva —dice Medina.

—Nosotros en el registro que hicimos encontramos tres cuevas con sus murciélagos, nada anormal —explica Leandro.

—Igual había alguna cerrada al público por algún motivo cuando vino tu amigo —explica Morris.

—Puede ser —contesta Andrés, no muy conforme.

—¿Podríamos ir a ver, jefe? —pide Morris.

—Sí, vayamos, creo que aquí por el momento no podemos hacer más. El equipo de la científica llegará en menos de media hora. La primera estaba por ese camino de piedras que baja.

Bajan con cautela por el camino de piedras que cada vez se pone más empinado y con más piedras sueltas hasta que llegan frente a una pequeña entrada con un letrero en la puerta que pone «Cueva 1». Entran, se sitúan uno detrás del otro, y se mantienen así por varios minutos hasta llegar a un claro dentro mismo de la cueva; esta curiosamente posee luz solar, parece ser que en la bóveda de la cueva y en los laterales se construyeron unas aberturas para la entrada y salida de murciélagos, cosa que facilitaba la entrada de la luz.

—Una cueva muy cuidada y totalmente adaptada a ellos —dice Morris señalando a los murciélagos que están colgados del techo.

—No encontramos nada anormal cuando hicimos el registro —dice Leandro.

—¿Cuánto tiempo calculan que pueden llevar deshabitadas las cuevas?
—quiere saber Andrés.

—Calculamos que una semana o algo más —contesta Leandro mirando a su amigo con curiosidad.

—¿Qué sucede, Andrés? —Medina lo mira.

—No hay heces —dice revisando cuidadosamente cada centímetro de la cueva.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Morris.

—Calculo que en esta cueva habrá un centenar de murciélagos, y apenas hay excrementos de ellos. Alguien está limpiando las cuevas —aclara Andrés mirando a la inspectora.

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunta la inspectora observando el suelo de la cueva.

—Completamente, mi hijo Fer va una vez por semana a nuestras cuevas para limpiarlas y

renovarles los cuencos de fruta —dice señalando un cuenco lleno de fruta que parecía estar considerablemente fresca.

—O no se han ido o… —empieza a especular Leandro.

—Han dejado a alguien a cargo —interrumpe Morris—. No creo que se arriesguen a que los descubramos, sin duda alguna hay alguien cuidando el recinto.

—Joder —exclama Medina.

—Hay que descubrir quién —dice Morris mirando directamente a Leandro.

—¿Sabemos si tenían algún otro familiar en la zona? —pregunta Medina.

—Pues si no recuerdo mal, la hermana de Delfina vive en Uruguay, en Yabotí —contesta Leandro, algo azorado por el reciente descubrimiento.

—Muy lejos para que venga hasta aquí —observa Morris.

—Investigaré algo más cuando vuelva a la comisaría —asegura Leandro.

—Señor —dice Morris—, comentó que habían encontrado una especie de laboratorio.

—Sí, ¿quiere que vayamos?

—Por favor —ruega Morris.

Salen de la cueva, suben el camino de piedras para volver al claro de nuevo y una vez allí, se dirigen hacia un pequeño camino de tierra atestado de plantas situado a la derecha, llegan a la entrada de un cubículo de metal que parece estar medio oculto por la vegetación. No tendrá más de dos metros de alto y unos seis de largo. Leandro saca de nuevo el manojo de llaves del bolsillo y se dispone a abrir la puerta.

Los restos de un laboratorio químico se muestran ante ellos, botes de ensayo en el suelo, líquidos pegajosos derramados a lo largo de toda la sala, estanterías vacías, algún que otro libro tirado en el suelo: lo que viene siendo un laboratorio que ha sido vaciado a toda prisa.

—¿Han cogido muestras de esos líquidos? —señala Morris.

—Sí, estamos a la espera de los resultados. El equipo de la científica que inspeccionó este lugar es el mismo que viene de camino, con lo que podemos hablar con ellos para saber si han encontrado algo más, o tienen algún resultado.

—Me parece perfecto —contesta Morris caminando cuidadosamente por el cubículo de metal, en ese momento está con todas las alarmas puestas en modo inspectora.

—Aquí poco más podemos hacer, Morris —dice Gabriel.

—Espera, aquí parece que hay algo. —Morris se agacha, toca el suelo.

—¿Dónde? —Medina se acerca.

—Aquí hay algo.

—¿Qué? —quiere saber tocando el suelo también. Notan una protuberancia, como si hubiera una capa de metal más abajo, van siguiendo la protuberancia por todo el suelo hasta el final del cubículo, allí encuentran un interruptor.

—Dale —la anima Medina. Morris enciende el interruptor y una bomba de algo se pone en marcha, segundos después una puerta se abre frente a ellos.

—*La reputa madre que me recontraparió,* sí que esto es una película —exclama Andrés. Morris y Medina se lo quedan mirando—. Perdón, me emocioné —se disculpa Andrés.

—No pasa nada, Andrés. Nos ha sorprendido porque jamás te habíamos escuchado hablar así.

—Entremos —ordena muy serio Leandro.

Entran en una sala con más de cincuenta pantallas a todo color, todos y cada uno de los puntos del recinto están plasmados allí, parece que están en un Gran Hermano dentro de la propia reserva.

—Esto es una sala de video vigilancia —dice Morris.

—La pregunta es… ¿por qué no la han apagado? —Medina lanza la pregunta y se queda mirando el panel de control que tiene situado en un lateral.

—Porque nos están vigilando en este mismo momento —contesta ella señalando una cámara con un pilotito de color rojo que parpadea frente a ellos. Medina se acerca al ordenador central, se pone a teclear durante varios minutos sin decir ni una sola palabra.

—Está controlado por control remoto desde algún punto de Europa,
Morris; la señal viene de… España… Más concretamente de Burgos.

—¿Burgos? —pregunta extrañado Leandro.

—Santamaría, ¡no me lo puedo creer! —balbucea estupefacta Morris.

—¡Está también en el ajo! —exclama Andrés, tapándose la boca y agarrándose con una mano a la silla en la que estaba sentado Gabriel.

—Ya no nos vas a ver más maldito hijo de… —dice Medina apagando el ordenador central y cortando la corriente.

—Es evidente que alguien sigue aquí, señor —dice Morris.

—Volvamos a las cabañas —dice el jefe Leandro, extremadamente cabreado—. El equipo de la científica debe estar ya allá, quiero hablar con ellos de inmediato.

CAPÍTULO 41

Ducado de la Toscana - año 1800

—Señor, el duque ha venido a verlo —anuncia el mayordomo a Bruno.

—Oh, por favor hágalo pasar de inmediato —cierra el libro que está leyendo y se dirige hacia los licores para servir dos copas.

—Mi queridísimo amigo, ya estás totalmente adaptado por lo que veo —exclama el duque mirando la estancia de arriba abajo.

—Sí, y todo te lo debo a ti, ¿una copa? —Bruno le ofrece una copa llena de un licor dorado.

—Sí, siempre. —El duque le arrebata la copa y se la toma de un trago.

—¿Cómo se encuentra el pequeño Bruno junior?

—Magnífico, este sábado vamos a salir de caza por primera vez.

—¿No es un poco joven? —quiere saber Bruno.

—Ya tiene ocho años, debe empezar a saber usar la escopeta —explica el duque.

—Claro —contesta Bruno más por complacer a su invitado que por tener el mismo pensamiento.

—Mi padre me enseñó a disparar con seis años —explica Leopoldo—. Mi querido Bruno, ¿dónde ha instalado a nuestros pequeños amiguitos?

—En el mejor sitio de la casa por supuesto —contesta sonriendo—. En el sótano, esta casa tiene una especie de sala para el vino, pero la temperatura que hay en el lugar es ideal para ellos, ¿quiere verlos?

—He de confesarle que siento la necesidad de verlos. —En el rostro del duque se dibuja una sonrisa.

Desde que los murciélagos ayudaron a salvar la vida de su hijo, había desarrollado una especie de obsesión y agradecimiento a partes iguales por aquellos pequeños animalitos. Hasta tal punto que tras siete largos años de negociaciones había conseguido otorgarle un título de conde a Bruno para que pudiera dedicarse en exclusividad a la crianza de estos mismos.

Bajan por unas estrechas escaleras de madera que dan a las cocinas de la casa, donde están varias mujeres cortando verduras que, al verlos aparecer, se sobresaltan.

—Sigan con sus tareas, señoritas —sugiere amablemente Bruno.

—¿Cada vez que quieres bajar debes pasar por aquí? —el duque se tapa la nariz algo asqueado.

—Merece la pena, es el mejor sitio para ellos —explica Bruno.

Al fondo de las cocinas hay una pequeña puerta de madera, y tras la puerta una estrechísima escalera de caracol que baja hacia la estancia.

—Vaya, el cambio de temperatura aquí abajo es considerable —observa el duque.

—Sí, cinco grados menos —explica Bruno.

—¿Estarán bien aquí?

—Sí, ellos están perfectamente —contesta Bruno. Enciende con mucho cuidado un pequeño candil que hay colgado en la pared y ante ellos se muestra una estancia ligeramente abovedada, el techo está lleno de pequeños murciélagos que se agitan nerviosos por la luz.

—Mira —Bruno señala los dos laterales de la estancia—: aquellos agujeros les permiten salir

y entrar cuando ellos quieren, para poder alimentarse, he observado que los que salen a comer se vuelven más fuertes y duran más años.

—¿Siempre vuelven?

—Por el momento, sí.

—¿Cómo puede saberlo? —insiste el duque.

—Todos tienen una pequeña marca en sus alas que les hago cuando son bebés —explica Bruno orgulloso.

—¿Qué clase de marca? —quiere saber el duque algo confuso.

—Sí, como las que les hacen a las reses.

—Interesante.

—Hice con un hierro una letra B con dos cruces en el interior, todos mis murciélagos están marcados en el interior del ala derecha.

—Muy buena idea —asiente con la cabeza—. Pero, ¿no te da miedo que se vayan y no vuelvan?

—No, siempre vuelven, son sumamente inteligentes, y les gusta estar en colonia, son animales familiares.

—Quiero que le enseñes a mi hijo todo lo que sabes —dice de golpe el duque.

—Señor, su hijo va a ser Duque de la Toscana en un futuro, ¿para qué quiere que sea curandero?

—Para que pueda purificar —contesta Leopoldo, como si fuera algo obvio.

—¿Purificar?

—Lo que usted hace con ellos va más allá de curar a las personas, purifica a sus familias. Usted purificó mi familia. Yo estaba casi en la ruina,
me querían quitar el título de duque y gracias a la purificación que hizo de mi esposa nació mi hijo y todo cambió. Ahora soy uno de los duques más poderosos. Gracias a lo que ellos hicieron, todo cambió. Ellos son sagrados y quiero que mi hijo sepa todo.

—No creo que ellos hayan hecho tal cosa, solo… —se justifica Bruno.

—Ellos son sagrados, ¿acaso no lo cree? —El duque se acerca tanto a la cara de Bruno que nota el olor del licor.

—Claro, señor, le enseñaré todo lo que sé. Que venga una vez al mes —contesta rápidamente Bruno.

—Estupendo, eso será estupendo —sisea—. ¿Qué hace con los que mueren?

—¿A qué se refiere? —pregunta Bruno todavía algo acalorado.

—¿Qué hace con sus cuerpos? ¿Los entierra? —insiste.

—A algunos los entierro, pero otros, los más extraños, los estudio.

—¿Cómo que los estudia?

—A lo largo de todos estos años, ha habido algunos murciélagos, digamos… «raros», más grandes de lo normal, o que han nacido con algún defecto. Los he diseccionado para saber más de ellos y algunos esqueletos los tengo guardados.

—¿Podría verlos? —pregunta emocionado el duque.

—Sí, claro. Vayamos arriba, los tengo en mi despacho.

Volvieron a subir a la planta primera y entraron en un ostentoso despacho con una enorme mesa de madera en el centro y otra más pequeña situada en una parte lateral; en esta última tenía varios botes de cristal con líquidos de diferentes colores, varios cuchillos, tijeras, bisturís y justo en medio había un murciélago abierto por la mitad.

—Aaaah —grita el Duque—. ¡Sacrilegio! ¿Cómo les puede hacer eso?

—lo mira furioso.

—Señor, tranquilo, simplemente los estudio por dentro para saber más de ellos. —Bruno coge un trapo blanco y cubre el cadáver del murciélago.

—Pero…

—¿Quiere ver un esqueleto? —pregunta para distraer a su loco amigo.

—Por supuesto —contesta emocionado.

Bruno abre las puertas de un armario enorme que tiene justo a la derecha de la pequeña mesa y allí en pequeñas vitrinas de cristal tiene unos diez ejemplares de murciélagos.

—Ooooh —exclama el Duque—. Son… son como diminutos seres humanos con alas.

—Bueno… —empieza a decir Bruno.

—Son sin duda alguna enviados por Dios, son seres sagrados. Este es enorme —señala el ejemplar más grande situado a la derecha.

—Sí, fue un ejemplar que encontramos durante nuestros años de curanderos en las afueras de una pequeña cueva, estaba malherido y yo lo cuidé hasta que estuvo bien, pero se hizo muy dependiente de mí y no pudimos devolverlo a su hábitat. Son animalitos sumamente inteligentes.

—Y sagrados —recalca el duque que se queda observando cada una de las vitrinas como el que observa una reliquia.

Bruno al verlo tan ensimismado no quiso molestarlo, pasados unos momentos el duque se santigua y se despide de Bruno sin darle opción a nada.

♦♦♦

—Señor, disculpe que lo moleste de nuevo. —El mayordomo asoma la cabeza poco después de irse Leopoldo.

—¿Ha vuelto el duque?

—No, no, es un niño, dice que ha oído hablar de usted y que necesita de su ayuda, yo le he dicho que usted ya no se dedica a eso, pero insiste en que usted una vez le dijo a su madre que, si necesitaba ayuda, recurriera a usted.

—¿A su madre? No entiendo nada, ¿quién es su madre?

—No me lo ha querido decir.

—Hágalo pasar, como poco ha despertado mi total curiosidad.

Unos minutos después un niño de ojos saltones con cara de preocupación entra en la sala, a Bruno automáticamente se le encoge el corazón. Ver a ese niño lo lleva a verse a él mismo entrando a pedir ayuda en el taller de Giovanni.

—Hola, señor, mi nombre es Luciano; mi madre está muy enferma, por favor, le suplico que la ayude, haré todo lo que me pida —dice el niño de carrerilla.

—¿Cómo se llama tu madre, pequeño?

—Amelia —susurra—. Ella me ha dicho que le diga que se conocieron hace diez años en una taberna del centro, usted iba con otro curandero y ella servía algo más que copas.

—Amelia, por supuesto que la recuerdo. —La cara de Bruno ha cambiado.

—¿Me puede ayudar? —insiste el niño.

—¿Qué le sucede exactamente? —quiere saber Bruno mientras prepara su maletín.

—Está muy enferma, con mucha fiebre y tiene heridas en la piel.

—Úlceras, mal asunto —dice él para sí sin mirar al niño—. Bajemos a la sala especial, debo recoger otra cosa.

—¿Ayudará a mi madre?

—Lo intentaremos —Bruno sonríe al niño, le acaricia la cara y en ese mismo momento la imagen de su madre se le aparece en la mente; suspira—. Recojamos lo que falta y salgamos.

Más de una hora después llegan a una zona de chabolas de madera situadas en las afueras de la ciudad, los mendigos se abalanzan sobre ellos pidiéndoles algo para llevarse a la boca, los niños lloran y las madres aterrorizadas los miran pasar. No es habitual ver un carruaje de ese tipo en esa zona.

—Menos mal que no he venido solo. —Bruno mira por la ventana. El carruaje se para, ve cómo el niño se baja de la parte delantera.

—Señor, hemos llegado. —El niño muestra una sonrisa de oreja a oreja. Le abre la puerta, lo coge de la mano y lo arrastra literalmente hacia el interior de la chabola. Allí, en el suelo, sobre unas mantas rancias, está Amelia empapada en su propio sudor, farfullando palabras ininteligibles.

—¡Oh! —Bruno se saca un pañuelo y se lo pone sobre la nariz, en aquel lugar se ha instaurado el olor a muerte—. ¿Qué es ese olor?

—Ella —dice el niño señalando hacia su madre . Efectivamente, el olor provenía de Amelia. Bruno saca de su maletín el aparatito que suele usar para ponerse en la nariz y así evitar el olor de belladona, en este caso le serviría para evitar el olor de Amelia también.

—Debes salir de aquí, pequeño, déjeme a solas con ella.

—Yo quiero estar, soy el hermano mayor y debo cuidar de la familia —se escucha una voz de niño, pero Bruno no identifica de dónde proviene.

—¿Quién habla? —pregunta.

—Yo. —Un niño flacucho de no más de diez años se lo queda mirando. A Bruno se le paraliza el corazón, ese niño, esos ojos, esa cara le resultan
tremendamente familiares…

—¿Quién eres?

—Me llamo Francesco, y soy el hombre de la familia, quiero ver lo que le hace a mi madre.

—¿Francesco? —pregunta un poco perplejo, pero sus pensamientos son interrumpidos por una tos seca y desgarradora que proviene de Amelia.

—Oh, querida, ¿qué te ha sucedido? —pregunta—. Vamos a ello, vamos a intentar salvarte.

Bruno se concentra como hacía muchos años no hacía. Saca meticulosamente los tres bisturís que usa, los dos tarritos de belladona, los algodones y finalmente destapa con mucho cariño el cuerpo de Amelia. Descubre un cuerpo que no era el que él recordaba, ese cuerpo voluptuoso de caderas anchas y pechos firmes había desaparecido para dar paso prácticamente a un esqueleto lleno de erupciones llenas de pus. Coloca seis murciélagos bebés en diferentes partes del cuerpo, y se sienta a su lado, cogiéndole la mano.

—Querida Amelia, si me escuchas, si todavía estás ahí, intenta relajarte.

—¿Le hacen daño? —pregunta el pequeño Luciano.

—No, la están purificando por dentro, pero no sé si hemos llegado a tiempo.

—¿Qué es lo que hacen exactamente? —pregunta Francesco muy serio.

—Chupan su sangre para eliminar la podredumbre que tiene en su interior —explica Bruno.

—Son preciosos. —Francesco está embelesado mirándolos. Amelia tose y abre los ojos.

—Luccc….. Frances… —acierta a decir Amelia.

—Madre, estamos aquí —dice Luciano—. Te vas a recuperar, he
encontrado a tu amigo, y te vas a recuperar.

—Amelia, querida —susurra Bruno—, estoy aquí. —Ella busca sin ver a Bruno, este le aprieta la mano y entonces sus ojos se encuentran y por un segundo vuelven a ser esos jóvenes de hace diez años que lo único que querían eran disfrutar de la lujuria y del sexo que les otorgaba la juventud.

—Bruno… Debes cuidar de ellos, te lo ruego —susurra.

—¿Qué? Amelia, tranquila —contesta Bruno, algo aturdido por el ruego.

—Mira bien a Francesco, por favor. Cuida de ellos.

—Yo… Eeeeh.

—Prométemelo. —Ella lo mira con pánico.

—Querida, ahora descansa, yo cuidaré de ellos —contesta finalmente Bruno.

—Niños… Obedeced en todo, es mi tiempo, es mi lugar —dice Amelia.

—Madre, ¿por qué dices eso? —solloza Luciano, pero ya no obtuvo respuesta, Amelia se había marchado.

—Noooooo, madre, noooo —grita Francesco.

Bruno se levanta del suelo y ahoga una arcada, sale al exterior para recuperar un poco el aire, está mareado.

Ver morir a gente que no conoces, es duro, lo asumes porque es ley de vida, pero ver morir a alguien a quien has amado es cruel, te revuelve las entrañas, te retuerce el corazón, y hace que te arda la cabeza.

—Señor, ¿se encuentra bien? —Se acerca uno de los sirvientes que lo han acompañado.

—Sí, sí, estoy bien, solo necesito algo de aire. —En ese momento recuerda que ha dejado a Amelia con los murciélagos puestos por todo el cuerpo y entra a toda prisa. La imagen que se encuentra allí lo deja
totalmente paralizado. Luciano está sobre el cuerpo de su madre llorando desconsoladamente, mientras Francesco tiene sobre su regazo a los seis murciélagos que se han quedado profundamente dormidos.

—Francesco, ¿qué haces? —pregunta Bruno.

—Empezaron a chillar, creo que sabían que madre había muerto y que no debían estar ahí, así que los cogí y se quedaron dormidos.

—Vale, vamos a meterlos aquí. —Bruno acerca la caja y mete uno a uno a los murciélagos bebés.

—Madre —solloza Luciano.

—¿Y ahora qué? —quiere saber Francesco, totalmente sereno.

—Enterraremos a vuestra madre en la fosa común, yo me encargaré de los gastos, por eso no debéis preocuparos.

—¿Y nosotros? —insiste Francesco.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Bruno, aunque en el fondo sabe perfectamente a qué se refiere.

—Le prometiste a madre que cuidarías de nosotros.

—Sí, le prometí eso, pero…

En ese momento su mente viaja a su infancia y se pregunta qué habría sido de él si Francesco no se lo hubiera llevado y lo hubiera cuidado; no era casualidad que ese niño se llamara de la misma manera y que ahora fuera él, el que estuviera en la situación inversa.

—¿Qué? —insiste.

—Recoged vuestras pertenencias, a partir de ahora viviréis conmigo.

CAPÍTULO 42

—Buen día, señor —saluda un agente de la científica que acaba de llegar al recinto.

—Buen día, Alberto, gracias por llegar tan rápido —contesta Leandro.

—A mandar.

—Le presento a los inspectores Medina y Morris. —Leandro los señala.

—Hola, ¿cómo están? —saluda Alberto. Ellos asienten con la cabeza, sonríen y se dan la mano.

—Él es Andrés, gran amigo de la infancia, aparte de ser el director de la Reserva de Santa Fe —aclara Leandro.

—Un placer, señor. —Alberto le ofrece la mano también a Andrés, después dirige su atención nuevamente hacia el jefe de policía—. ¿Qué es lo que necesita exactamente, señor? Ya tomamos muestras de todo hace unos días.

—Lo sé, pero necesitamos… Necesitamos que hagan fotografías de cada uno de los dibujos que hay en las paredes de ambas cabañas y las seleccionen.

—¿Con qué parámetros? —quiere saber el agente bastante extrañado. Leandro mira a Morris y asiente con la cabeza para invitarla a explicar la situación.

—Alberto, observando detenidamente los dibujos, hemos detectado que en cada uno de ellos hay unas iniciales ocultas tras los propios dibujos, sospechamos que puedan ser las propias iniciales de los niños que estuvieron aquí.

—Vaya, muy interesante —contesta frunciendo el entrecejo—. A mí particularmente me resultó muy extraña la situación de esas dos cabañas, pero imaginamos que en su día fue una especie de escuela y no le dimos más importancia.

—Le pediría un favor personal, siempre que el jefe Leandro esté de acuerdo —se aventura Morris, este asiente para que prosiga—. Si encuentra un dibujo con las iniciales C. M. por favor le rogaría que me lo envíe a mi… a mi correo —dice finalmente tras recordar que no tiene móvil.

—Sin problema —confirma Leandro mirando a Alberto.

—Así lo haremos —contesta este—. Ahora voy con el equipo, que queremos acabar rápido, tenemos que ir a tomar huellas en otra casa.

—¿A dónde? —quiere saber Leandro.

—Por lo visto han entrado en casa del hijo del señor Tomás Miller, como imaginará, está fuera de sí.

—Lo que nos faltaba —exclama Leandro—, entre los chorros robando a espuertas y los ricos que se piensan que estamos en exclusividad para ellos…

—¿Miller? —interrumpe Medina mirando a Morris que está con la boca abierta.

—El señor Miller es… —El jefe de policía cierra los ojos y respira profundamente—. Es un grano en el culo —dice finalmente—. Su hermano es…

—El secretario de defensa de los Estados Unidos —dicen al mismo tiempo Morris y Medina.

—Efectivamente —contesta Leandro, observa detenidamente a los policías españoles que lo miran con cara de asombro—. ¿Qué sucede?

—La primera víctima de los ataques en España fue la hija de William Miller —aclara Morris.

—Eso no puede ser —interviene el agente de la científica—. Su hija está sana y salva, lleva varios meses en casa de su tío y…

—Esa hija no… La otra… La que…

—¿Podemos hablar en privado de este tema después? —interrumpe Morris.

—De verdad que este asunto ya me está dando dolor de cabeza —se queja Leandro—. Espero que esa familia de malcriados no esté en medio de todo esto porque…

—Una cosa más —interrumpe sus divagaciones Morris.

—Diga.

—En el laboratorio hemos visto una especie de residuo pegajoso que…

—Si se pregunta qué es, lo sabemos —interviene Alberto.

—Por fin, una respuesta después de tantas incógnitas —resopla el jefe de policía.

—Es belladona en altísimas dosis, sintetizada de una manera que jamás antes habíamos visto.

—¿Belladona? —pregunta Medina.

—Es una planta altamente tóxica —explica Andrés—. Tanto que administrada en altas dosis puede llegar a ser letal.

—¿Encontraron algún residuo más? —quiere saber Leandro.

—Aquí no, señor, pero debería saber que en la cueva donde la señorita Morris estuvo secuestrada se encontró una sala con todo tipo de máquinas para sintetizar este compuesto y otro que todavía no hemos conseguido averiguar qué es. Hemos cotejado la muestra con una muestra de sangre
que tenemos de la señorita Morris y coincide a la perfección, fue con eso con lo que las paralizaron.

—¿Y no saben identificar qué es? —Medina lo observa atentamente.

—Por el momento no, debe ser una planta que no está registrada —contesta el agente encogiéndose de hombros.

—Debe ser la misma sustancia que se utilizó en España —explica Morris.

—No lograron averiguar qué era, ¿verdad?

—Pero, ¿cómo es posible? —se pregunta Medina—. Con la de avances que hay hoy en día.

—En la Selva Misionera hay multitud de especies que todavía no han sido descubiertas, tanto en plantas como en insectos. Esto es inmenso.

—Gracias, Alberto —Leandro interrumpe la conversación algo incómodo mirando el reloj—. Nosotros nos marchamos hacia comisaría.

—Claro, señor —contesta el agente.

—Por favor, si encuentra algo importante o de relevancia, hágamelo saber de inmediato —ordena el jefe.

—Sí, señor —asegura Alberto, se despide con un apretón de manos y se aleja a paso ligero.

El teléfono de Medina vibra, lo saca y se sorprende al ver que lo llaman desde el hospital de Uruguay en el que está Álex.

—Es del hospital —dice mirando a Morris.

—Álex —exclama ella algo asustada.

—¿Álex? —responde Medina—. ¿Qué? Tranquilo, no te entiendo… Más despacio. —Pasea nervioso de un lado a otro moviendo las manos.

—¿Qué pasa? —quiere saber Morris siguiéndolo en cada uno de sus
movimientos.

—¿Ella está bien? ¿Ella está bien? —repite Medina una y otra vez—. Sí, tranquilo, vale, yo se lo digo. —Mira a Morris y cuelga el teléfono.

—¿Qué pasa? —Morris está bastante nerviosa, mientras Leandro y Andrés los miran expectantes en completo silencio.

—Han incendiado la asociación de Álex en España —suelta de golpe.

—¿Qué? —exclama boquiabierta, Medina resopla—. Pero… ¿qué? —repite ella sin poderse creer las palabras de su compañero.

—¿Intencionado? —pregunta Leandro.

—Los bomberos aseguran que sí ha sido intencionado —contesta Gabriel.

—¿Qué narices está pasando? —balbuceaba Morris con la mirada fija en un punto del horizonte.

—Las cámaras se apagaron media hora antes de que se diera inicio al incendio y en el despacho de Álex dejaron un mensaje claro.

—¿Qué mensaje? —quiere saber Andrés.

—Dejaron un murciélago disecado colgando de la pared junto a la frase: «deja de investigar».

—No. —Morris se tapa la boca y se agacha hasta quedar en cuclillas.

—Escrito con “sangre” en la pared —recalca la palabra «sangre».

—No —vuelve a repetir Morris.

—Es terrible —acierta a decir Andrés.

—¿Su hermana está bien? ¿Y los animales? —pregunta incorporándose.

—Su hermana está bien, muy nerviosa, pero bien —aclara Medina—. Los animales están bien porque todas las jaulas estaban abiertas con lo que se pudieron salvar.

—Vaya, qué considerados —bufa Andrés dando una patada al aire.

—Morris, no soy de bajar los brazos y lo sabes, pero creo que es hora de pasar página en este tema —dice de golpe Medina. Ella se lo queda mirando muy seria.

—Quizás tengas razón, esto está afectando a terceros. Sinceramente, nosotros tres solos no vamos a poder hacer nada visto lo visto —concluye Morris mirando a Andrés y a Leandro.

—Señorita Morris, no siempre se averigua la verdad, en ciertas ocasiones dejar oculta la verdad salva más vidas que descubrirla —explica con cariño el jefe Leandro.

—En este caso considero sinceramente que tiene usted toda la razón —contesta Morris con la cara totalmente desencajada.

—Jefe, hemos encontrado algo —grita Alberto desde la entrada de una de las cabañas. Morris y Medina se miran sorprendidos.

—¿Esto no acaba? —Leandro resopla.

CAPÍTULO 43

Al entrar a la cabaña se percatan de que al fondo de la sala hay una trampilla abierta en el suelo, donde empiezan unas escaleras empinadas construidas en madera maciza que conducen a una habitación, según los informa Alberto. Morris y Medina se aventuran a bajar tras este.

—Esto es un zulo en toda regla, Morris —dice Gabriel mirando a su alrededor. Ante ellos tienen un camastro sucio, una estantería llena de libros, una mesita de noche llena de polvo, y al fondo un retrete sucio con una manguera al lado.

—No toquen nada, por favor —dice Alberto levantando las manos.

—No, no se preocupe —lo tranquiliza Morris. Ella mira la estancia y se queda fija mirando a un punto.

—¿En qué piensas, Morris? —Medina se acerca.

—En que hay una puerta al fondo. —Señala hacia el final de la estancia.

—¿Dónde?

—Aquí, fíjate en las marcas del suelo. —Se agacha y señala unas marcas circulares que advierten el movimiento de una puerta al abrirse y cerrarse.

—Yo no veo nada, Morris; solo veo polvo.

—Yo tampoco, señora —interviene Alberto desde detrás.

—Mira justo aquí, parece que no se abre desde hace muchísimo tiempo, por eso casi no se ve.

—De nuevo, ¡vaya vista, Morris! —exclama Medina.

Alberto se acerca y con un pequeño plumero retira el polvo y deja ver unas marcas muy finas, se levanta y se dirige a las escaleras sin decir una palabra.

—Que bajen con el equipo, parece que hay una puerta secreta —grita.

—¿Será como la de las cámaras? —especula Medina.

—Yo ya no sé qué pensar, después de lo de Álex, podemos encontrar cualquier cosa —contesta Morris.

—Abran esa puerta —indica Alberto al equipo que acaba de llegar.

Tardan más de quince minutos en conseguir abrirla sin dañarla. Un olor a rancio invade toda la estancia hasta tal punto que Alberto y Morris tienen que taparse la nariz con la mano, esta última ahoga una arcada. Medina, al que no suelen afectarle los olores, saca un pañuelo de su bolsillo interior de la americana, para taparse la nariz. Los agentes van con mascarillas, con lo que entran en la sala sin ningún problema. Ante ellos tienen una especie de "cueva-mausoleo" dedicada en exclusividad a estos pequeños animalejos. En mitad de la estancia hay una mesa de madera con esqueletos de diferentes tamaños, preservados en tarros de cristal cuadrados o circulares, con sus respectivos nombres científicos escritos en la base. La pared del fondo está llena de cuadros de cristal con partes de estos animales. A la derecha de la sala, en una estantería tallada directamente en la misma piedra, se exhiben cientos de frascos llenos de más murciélagos.

—La hostia, qué mal rollo —exclama Medina. Uno de los agentes grita.

—¿Qué? —pregunta Alberto.

—*Mirá* eso —dice señalando a la izquierda el agente.

—Mierda es enorme —exclama Morris. A la izquierda de la sala, sobre un altar con las alas totalmente desplegadas que pueden medir fácilmente metro y medio, un

enorme murciélago disecado los observa.

—No te puedo creer, ese es *regrande* —dice otro agente.

—¿Ese tamaño es normal? —Medina está con la boca abierta.

—Avisaré a Andrés —exclama Morris saliendo de la estancia. Necesita coger aire, ver a todos esos murciélagos le produce una fuerte presión en el pecho. Se tiene que agarrar a la barandilla de las escaleras porque se empieza a marear.

—Andrés —dice cogiendo aire—, te necesitan abajo.

—¿Se encuentra bien, inspectora? —pregunta Leandro al verla blanca como la pared.

—Sí, gracias, solo necesito un poco de aire.

—¿Qué encontraron allá abajo? —quiere saber Andrés antes de bajar.

—Una sala llena de murciélagos disecados, embalsamados, esqueletos… en fin. Necesito aire —asegura Morris al mismo tiempo que sale por la puerta.

Andrés baja las escaleras y a mitad de ellas ya nota el olor a putrefacción, se saca una mascarilla de su riñonera, y se la pone. Una vez abajo, observa la estancia, no lo puede creer.

—Aquí, Andrés —indica Medina entregándole unos guantes de látex.

—Voy. —Entra en el mausoleo, abre mucho los ojos y lentamente se va acercando a cada uno de los murciélagos, va diciendo sus nombres en voz alta, de vez en cuando también añade la procedencia o la edad que podría tener el ejemplar, hasta plantarse frente al murciélago gigante.

—Jamás en mi vida me hubiera imaginado encontrar a un «zorro volador filipino», esto es increíble, su envergadura suele ser bastante
notable, siento deciros que este ejemplar no es de los más grandes —
explica en voz alta—. Suelen vivir en Tailandia, Camboya o Vietnam y están en peligro de extinción. Ver uno aquí en la Argentina… es sin duda extrañísimo, debieron traerlo de chiquito…

—¿Cuántos años calculas que debe tener? —quiere saber Medina.

—No sabría decirle, pero no viven más de doce años, uyy —exclama Andrés.

—¿Qué *querés* decir con ese «uyy»? —Alberto se lo queda mirando.

—Que es una hembra —contesta.

—¿Y?

—Pues que, si es una hembra, ha podido reproducirse, ¿no? —sugiere Medina. Andrés lo mira y afirma con la cabeza.

—¿Son peligrosos? —pregunta uno de los agentes.

—Para nada. Son herbívoros, pero son animales que suelen vivir en colonias, una única hembra… es raro.

—Como todo en este caso —exclama Morris desde la puerta.

—¿Estás bien? —Medina la mira.

—Sí, le he pedido el móvil al jefe y he hablado con Álex, necesitaba…

—Lo entiendo —la interrumpe Medina cogiéndola por los hombros.

—Él está bien, pero quiero dejar todo esto, Medina, volvamos a España. ¿Has podido hablar con Maite?

—Sí, me acaba de enviar un mensaje, ella y la niña se han ido a casa de mi suegra; están bien, no te preocupes

Medina sonríe para que Morris se quede tranquila, aunque la realidad es que también necesita volver a España, ver a su familia, abrazarlas, saber que están bien. Toda esa historia está llegando demasiado lejos y, si les llegara a pasar algo, no se lo perdonaría jamás.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunta ella tapándose la nariz y

mirando al murciélago volador gigante como si estuviera mirando a un dinosaurio extinto.

—Esto parece un museo, porque están clasificados por especies. —Andrés señala una pequeña placa debajo de cada murciélago.

—Tiene pinta de llevar cerrado décadas —dice Morris mirando alrededor.

—Eso parece.

—La pregunta es: ¿cuándo narices se fundó este sitio? —pregunta Morris—. ¿Sabían Héctor y Bruno Morales de la existencia de esta sala?

—Una vez realicemos los análisis lo sabremos, inspectora —contesta Alberto.

—¿Todo bien por allá abajo? —grita el jefe Leandro desde arriba.

—Más o menos —contesta un agente.

—Explíquese —exige mientras baja lentamente las empinadas escaleras—. Ya no estoy para tanto *quilombo*, señores.

—Jefe, hemos hallado una sala oculta —explica Alberto.

—Sí, eso lo sé —contesta Leandro, malhumorado por el esfuerzo que ha realizado tras bajar las escaleras.

—Probablemente, lleva décadas cerrada —explica Andrés.

—Qué carajo es esto —exclama Leandro mirando los esqueletos con cara de asco.

—Parece un mausoleo, Leandro —Andrés sonríe al ver la cara de su amigo de la infancia.

—Analizaremos cada rincón, señor —asegura Alberto.

—Señor, ¿podríamos saber en qué año se fundó el campamento? —quiere saber Morris.

—Podríamos mirarlo en el catastro, pero hoy no está abierto. Mañana iremos. ¿En qué piensa?

—No se preocupe, era simple curiosidad, pienso que esta sala no era conocida por Héctor o por Bruno, pero de todos modos, vamos a dejar el caso, no quiero saber nada más de murciélagos —dice Morris saliendo de la sala y subiendo las escaleras apresuradamente.

—La entiendo —contesta Leandro mirando a Medina—. ¿Y esta sala para qué «miércoles» la usarían? —señala con cara de asco el camastro y el retrete.

—¿Retendrían aquí a las víctimas? —duda Medina.

—Vayámonos a almorzar —contesta el jefe Leandro—. Acá ya no podemos hacer nada.

CAPÍTULO 44

El Land Rover de Andrés va siguiendo al coche de policía de Leandro que circula lento por el camino de tierra hasta salir a la carretera principal, esa carretera los llevará de vuelta a Posadas.

—Entonces, ¿dejará de investigar? —quiere saber Andrés buscando la mirada de Morris por el espejo retrovisor.

—Sí, esto es demasiado, han atacado el refugio de Álex, y todo por mi tozudez de querer saber.

—En parte la entiendo, no debe ser fácil tener partes de su infancia borradas.

—La cuestión, Andrés, es que yo no tengo partes de mi memoria borradas.

—¿Y entonces?

—Yo recuerdo mi infancia a la perfección, el problema son los recuerdos que aparecen de la nada, y no sé dónde ubicarlos, es como si no encajaran con lo que he vivido.

—Eso sí que es extraño.

—Gabi, ¿te encuentras bien? —Ella le toca el hombro derecho desde la parte trasera del vehículo.

—Sí, sí, es solo que me jode.

—Te entiendo y te pido disculpas por arrastrarte hasta…

De repente, una furgoneta negra que nadie sabe de dónde ha salido impacta en el lateral izquierdo del Land Rover. Morris va sentada en la parte derecha con lo que se libra del impacto directo, pero todo su cuerpo sufre un zarandeo y su cabeza rebota contra el cristal provocándole una brecha que la deja con la visión del ojo derecho borrosa.

Morris logra ver al conductor del coche por unos segundos, el hombre lleva un pasamontañas negro y sus miradas se cruzan, esos ojos le resultan familiares, los ha visto antes, pero no sabe dónde. Todavía aturdida, nota como otro impacto se produce contra el cuatro por cuatro, en esta ocasión en el lado derecho del Land Rover, justo donde ella va sentada. El golpe hace que el coche salga disparado, chocando contra uno de los árboles que hay en el lateral de la calzada, la cabeza de Morris vuelve a impactar contra el cristal, pero esta vez el cristal se rompe en mil pedazos, provocándole múltiples heridas por la cara, brazos y manos. El cinturón de seguridad evita que salga despedida hacia el lateral, pero la deja sin respiración durante varios segundos, aunque ella los siente como si fueran minutos; al instante nota un fuerte dolor en su costado, una rama ha entrado por la ventana y se le ha clavado en las costillas: le cuesta respirar, escucha cómo alguien la llama a lo lejos, y de golpe todo se vuelve oscuridad.

Al rato abre los ojos, escucha voces que no comprende, gritan, repiten su nombre una y otra vez, le duele el simple hecho de respirar, todo le da vueltas y cree que va a vomitar.

A lo lejos se escuchan las sirenas de las ambulancias que vienen de camino, la voz de Leandro está repitiendo su nombre una y otra vez, pero ella no logra verlo, su visión es borrosa.

Un sonido infernal se le está clavando en el cerebro, es el claxon que no
deja de sonar.

Ahora el sonido de su cabeza impactando contra el cristal se le repite una y otra vez, el impacto, los cristales, el claxon, todo a la vez. Y, de repente, en su mente aparecen de nuevo esos ojos, ella conoce esos ojos, pero no logra recordar de quién son.

Intenta abrir los ojos, pero la luz le molesta en demasía, el dolor en el costado no la deja respirar con normalidad, y parece que le vaya a estallar la cabeza, el sonido del claxon se le sigue clavando en el cerebro como diminutas pero afiladas agujas, «¿Por qué nadie lo para?», siente como si el suelo dejara de existir bajo sus pies y un mareo terrible la invade.

—Señorita Morris —vuelve a escuchar su nombre de los labios de Leandro—, no se puede dormir, no se duerma.

—¿Está bien? —la voz de Andrés se escucha débil.

—Está perdiendo mucha sangre, el segundo impacto fue de su lado.

—Aguante —suplica Andrés.

Ella intenta hablar, pero le resulta imposible, siente que no tiene fuerzas, siente como una calma la empieza a inundar, solo quiere dormir, solo quiere dejarse ir, solo quiere que todo acabe.

—Ya llegan los sanitarios, ya llegan, aguante —ruega Leandro.

Pero ella ya no quiere aguantar, quiere irse, quiere dormir, quiere que todo acabe, quiere sentir esa paz para siempre, se deja ir y, de nuevo, llega la oscuridad…

Continuará…

Gracias, lector

Gracias, gracias y mil veces gracias por darle una oportunidad a esta novela, para mí es muy importante.

Tras cada novela hay muchísimo esfuerzo, trabajo, constancia, dedicación y amor, mucho amor. Y es por eso que me voy a atrever, a pedirte que me ayudes a difundir esta novela, para que llegue a más lectores, dejando una valoración sobre esta misma en Amazon.

Tu opinión es importante para mí.

Si quieres conocer mis próximos lanzamientos, sigue mi página de autor de Amazon a través de este QR.

Os debo tanto…

Sin duda alguna a la primera persona que debo dar las gracias es a **Labda Tatiana Leal** «*canales de YouTube Leyendo con Labda y el Rincón de la imaginación*», sin ti nada de esta aventura que estoy empezando hubiera sido posible, no tendré vida para agradecerte y devolverte todo lo que nos das, gracias mi Labda.

A mi alma gemela, mi todo, mi compañero de vida, mi marido **Damián**: gracias por animarme y alentarme a escribir ese primer relato, por apoyarme en cada una de mis locuras y por estar siempre a mi lado, en las buenas y en las malas, siempre mirando el lado positivo de todo y lo mejor, siempre con una sonrisa y dejándome mis espacios para escribir, te quiero mi «boludito».

A mis padres, por dejarme ser yo en cada momento de mi vida, por respetarme, apoyarme en cada una de mis decisiones y lo más importante por estar ahí cada vez que me caía para ayudarme a levantarme. Mi padre sé que me sigue apoyando desde allá donde esté y mi madre siempre me dice:

"*«Hija, ¿a ti eso te hace feliz? Adelante, tú puedes»*.

Gracias, mamá, te quiero. Me siento tan afortunada de que seáis mis padres que me explota el corazón.

Y cómo no, mil gracias a mis amigas, a mis compañeras, que me han hecho el aguante en estos años, porque no solo he escrito esta historia de Morris… Hay mucho más que iréis viendo a lo largo de los siguientes meses.

A mi hermano, aunque no nos digamos muy a menudo que nos queremos, nos lo demostramos cuando es necesario. Sé que no quieres que te dé las gracias, pero mil millones de gracias por estar siempre al otro lado, la distancia no es fácil, pero jamás ha sido un impedimento para nosotros. Gracias por ser un pilar importante en mi vida y por ser ese lector 0 crítico tan necesario.

Christina Martinez y **Selene Vázquez**: mis «Michis», a las que he torturado con ideas, videos, fotos, nombres de personajes…: la palabra «amigas» se queda corta para vosotras.

Cristina García, qué decirte que no sepas, nos entendemos con solo mirarnos y a veces ni eso nos hace falta, amiga. Gracias por escucharme en los ratitos libres dentro y fuera del trabajo, mil gracias por tus sabios consejos, fuiste el mejor regalo del 2022, y sé que se va a quedar para toda la vida. Te quiero mil.

No me puedo dejar en el tintero a mi guerrera, **Ángela García**, simplemente gracias por ser como eres, gracias por demostrarnos tantísimo, sigue luchando y lánzate a escribir tu libro, ya te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir: eres y serás una magnífica fuente de inspiración para el mundo. Eres oro puro.

Kriss, mi pepito grillo: *«Escribe nena, escribe»*, gracias por creer en mí cuando ni yo misma creía.

Judith Campos, mi lectora cero número uno, me alentaste desde que leíste el primer párrafo de mi otra novela que todavía no quiero desvelar… ja, ja, ja, fuiste clave para mi evolución.

Mari Cruz, llegaste en el momento justo para darle el empujón que le faltaba a Morris.

Juan y Míriam, os debo mucho, gracias por esa ilusión compartida y por apoyarme desde el minuto uno, casi sin conocerme, la vida te regala amigos que se convierten en familia. Os quiero.

Te estoy dejando para el final, mi **Lola Madera**, mi musa, mi fan número 1, mi amiga, mi hermana alicantina, sin ti esto tampoco hubiera sido posible, me has transmitido siempre una pasión arrolladora, me he inspirado un millón de veces con una simple palabra tuya, te has emocionado más que yo muchas veces con mis propias historias, me quedo sin palabras para expresar lo que siento.

Gracias a **Andrea** que fue clave ese 1 de noviembre del 2022. Y a mi **Mariló** que tantos audios convertidos casi en «*podcast*» has escuchado: te quiero, mi niña, ¡menudo trío hacemos! ¡Ja, ja, ja!

No me puedo olvidar de mi nueva familia literaria, estáis siendo un pilar fundamental en esta nueva etapa y me siento afortunada de teneros en mi vida:

En primer lugar, a mi **Roxy** (*@Librous90*), otra de mis lectoras 0, llegaste en el momento preciso que tenías que llegar, te lo dije y te lo volveré a decir, no tendré vida para darte las gracias, y sé que nuestros caminos ya están unidos para siempre, Morris no sería lo mismo sin tu ayuda y tu dedicación.

A **Kress Watson** (*@kress-escritora*) gracias por el apoyo desde el minuto cero, sin conocernos de nada me brindaste tu ayuda.

A Majo López (@majolopezand) mil millones de gracias por tus sabios consejos y por estar ahí al otro lado siempre ayudando desinteresadamente, nos queda un largo camino, estoy segura.

Y a mi Bea, eres un faro de luz que ilumina el camino de muchos, entre ellos mi camino literario, siempre, y cuando digo siempre, es porque absolutamente siempre estás ahí para brindar tu ayuda, tu sabiduría y tu sonrisa, mil millones de gracias *@elizabeth_Sea_escritora*, te mereces solamente cosas bonitas.

Y a mi chica más todoterreno, Ana Serca, gracias por tu apoyo incondicional, por tus palabras de aliento cuando la portada no me dejaba dormir, ja ja ja, y gracias por tu humor y tu sonrisa.

A **tod@s** y cada uno de vosotros, gracias por estar, gracias por el aguante, gracias por animarme a perseguir mis sueños, pero sobre todo gracias por ayudarme a ser feliz.

Sin **vosotr@s** no sería la persona que soy hoy.

Tengo el alma llena.

Os quiero.

Sobre mí…



Barcelonesa nacida en 1983 afincada en Alicante desde 2011, apasionada de las letras desde que tengo memoria y aficionada a inventar historias prácticamente desde que nací (o eso dicen mis padres)

Actualmente, tengo un canal de *YouTube* en el que encontraréis relatos cortos de terror, de vivencias reales, cuentos de Navidad y alguno que otro de ovnis.

También puedes disfrutar de mis video-reseñas de otros autores y de retos locos que nos sacamos de la manga para desconectar del día a día en mi Instagram, Verónica Sandel.

Soy autora de 90 veces sí, un libro de crecimiento personal en el que encontrarás 90 afirmaciones positivas, para que trabajes con «tu yo interior».

En julio de 2024 saldrá el primer libro de la colección Universo Morris, un thriller policiaco, en el que nada es lo que parece.

Publico bajo el seudónimo de Verónica Sandel los géneros de thriller y fantasía; y como Verónica Sánchez la colección "Tu voz interior", una colección compuesta por libros de crecimiento personal.

Puedes visitar mi página web alma y letras o escríbeme a vs.sandel@gmail.com siempre que así lo quieras.

Verónica Sandel



www.almayletras.com